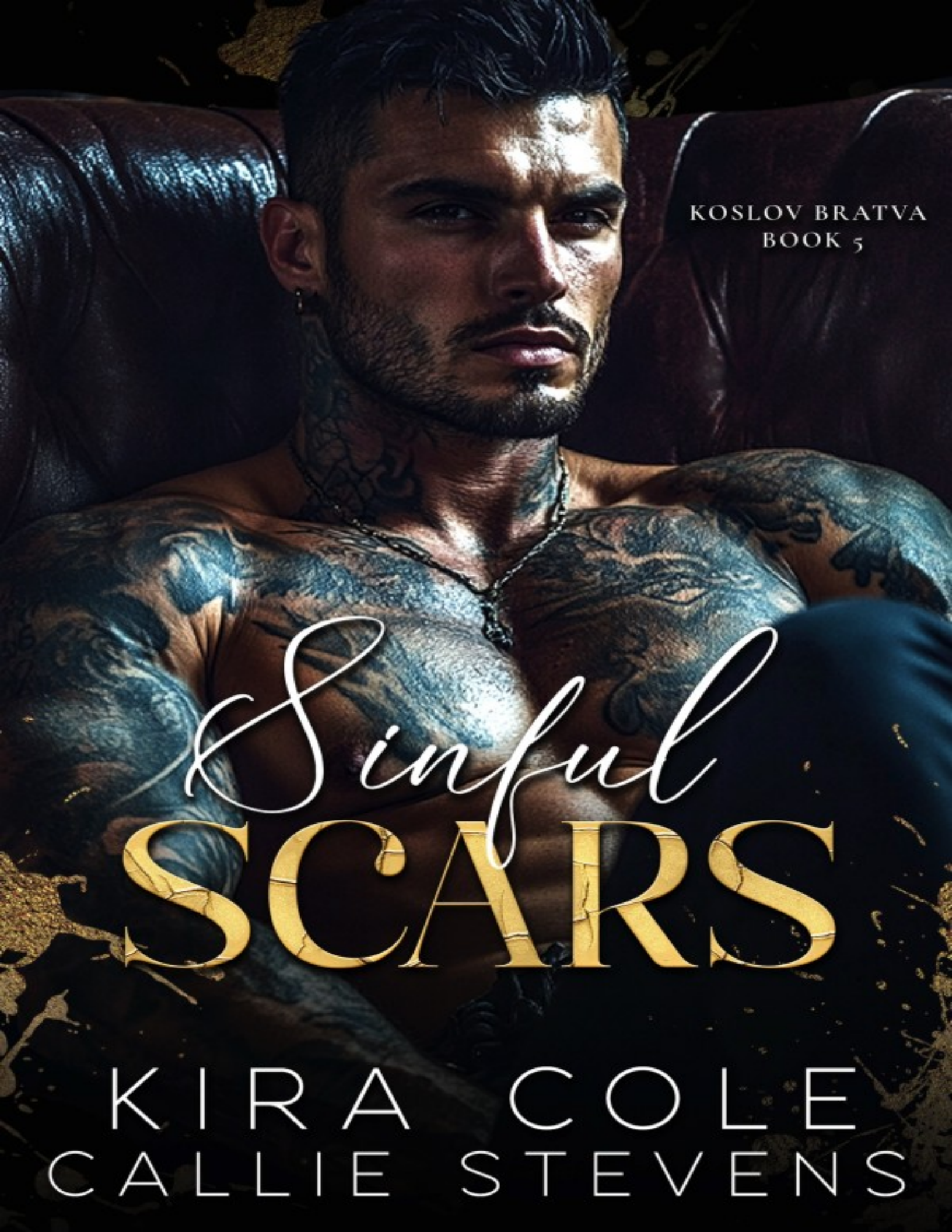

KOSLOV BRATVA
BOOK 5
Sinful
SCARS
KIRA COLE
CALLIE STEVENS

SINFUL SCARS

KIRA COLE
CALLIE STEVENS

Copyright © 2025 de Kira Cole

Todos los derechos reservados.

No puede reproducirse ninguna parte de este libro de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña literaria.

ÍNDICE

1. Lev
2. Elle
3. Elle
4. Lev
5. Elle
6. Lev
7. Elle
8. Lev
9. Elle
10. Lev
11. Elle
12. Lev
13. Elle
14. Lev
15. Elle
16. Lev
17. Elle
18. Elle
19. Lev
20. Elle
21. Lev
22. Elle
23. Elle
24. Lev
25. Elle
26. Lev
27. Elle
28. Lev
29. Elle
30. Lev
31. Elle

Epílogo

Capítulo Uno

LEV

A VECES, se me olvida que no soy un fantasma. Estoy tan acostumbrado a esconderme entre las sombras, a que la gente mire *a través* de mí en lugar de *fijarse en mí*, que es fácil olvidar que soy un ser humano de carne y hueso, con sangre corriendo por las venas y un corazón que late en mi pecho.

Sobre todo cuando me he pasado la mayor parte de mi vida siendo tratado como si no fuera más que la porquería que mi padre llevaba en la suela del zapato.

Haber sido criado por Igor Ivanov es un infierno que no le desearía ni a mi peor enemigo.

Solía decirme a mí mismo que me trataba así para curtirme, para convertirme en un hombre, pero, en realidad, yo sabía que era porque quería castigarme.

¿Por qué? No tengo ni idea.

Cometí el error de preguntárselo una vez y me costó una fractura de mandíbula, así que aprendí por las malas a mantener la boca cerrada.

Lo que fuera que hice debió de ser muy malo, porque a mis hermanos nunca los trató igual. A ellos nunca los encerraba en la oscuridad durante días sin comida ni los dejaba al borde de la muerte a base de palizas simplemente por existir.

Esos castigos estaban reservados solo para mí.

Vivir es sentir dolor. Pero llega un punto en el que el cuerpo se insensibiliza tanto que te preguntas si alguna vez volverás a sentir algo. Si siquiera quieres volver a sentir.

Pero cuando la volví a ver por primera vez después de dos años, fue como si hubiera vuelto a la vida.

Elle.

Cuando la oscuridad me rodea, el recuerdo de su risa es lo que me mantiene cuerdo; sus ojos verdes, lo que veo en mis sueños.

Antes me atormentaban los demonios, pero ahora es ella quien me atormenta.

Sale del hospital y se dirige en dirección contraria a la estación de metro.

Tengo que seguirla.

Esta ciudad está llena de depredadores que confundirían una sola sonrisa de Elle con una luz verde para pasarse la noche intentando convencerla de Dios sabe qué, y ella es demasiado educada para negarse.

Que Elle haya vuelto a mi vida después de todo este tiempo ha sido un completo accidente.

Hoy hace dos años, me topé con ella, *literalmente*.

Chocamos en las escaleras que bajaban a la estación de metro, y supe al instante que era ella.

El pelo le cayó sobre la cara mientras musitaba una disculpa, claramente avergonzada por nuestro encontronazo, y bajó corriendo las escaleras hacia el metro que la esperaba.

Tardé menos de un segundo en decidir seguirla.

Me convencí de que era porque sentía que debía protegerla, teniendo en cuenta todo por lo que había pasado.

Y eso es lo que todavía me hace seguirla día y noche.

La sigo hasta el hospital donde trabaja como enfermera y espero fuera hasta que termina su turno. No paro de repetirme que es solo porque quiero vigilarla mientras vuelve a su apartamento.

Hace turnos tan largos en el hospital que parece un fantasma para cuando sale.

Verla tan agotada me pone nervioso, sobre todo cuando vuelve a casa andando a cualquier hora de la noche.

Aunque, en parte, es culpa suya. Es ella la que decide hacer turnos extra en el hospital, lo que la deja tan agotada que, para cuando llega a casa, lo más probable es que caiga rendida.

Es casi como si estuviera huyendo de algo...

No tengo más remedio que seguirla, solo para asegurarme de que llega a casa sana y salva, incluso si eso significa, como hoy, pasar un rato en un bar.

Cualquier cosa por ella.

Cuando entra en el bar, espero quince segundos y la sigo.

Tiendo a evitar los lugares llenos de gente y ruidosos. Sitios como este me ponen nervioso, y ya me duele la mandíbula de tanto apretarla.

Mis ojos la encuentran en cuanto entro.

Todo mi cuerpo se tensa cuando ella echa un vistazo a su alrededor.

No se da cuenta de mi presencia, nunca lo hace, pero aun así se me eriza el vello de la nuca solo de pensar que podría pillarme observándola.

Elijo una mesa oculta de las luces anaranjadas de la barra. La camarera me toma nota de la bebida y, mientras espero, me subo la capucha de la chaqueta para ensombrecer mi rostro y me arreglo el pelo para que me cubra los ojos, por si acaso.

Mi mirada se aparta de ella solo lo suficiente para inspeccionar mi entorno.

Algunas mujeres ya se han fijado en mí, pero no por interés. Quizás por miedo...

En cuanto me sirven la bebida en la mesa, me llevo el vaso a los labios, arriesgándome a echarle otro vistazo a Elle.

Es egoísta por mi parte buscar consuelo en sus sonrisas, pero no puedo evitarlo.

Me encanta su sonrisa. Me hace pensar que, por un segundo o dos, podría ser feliz, a pesar de todo por lo que ha pasado.

Pero no es feliz. Ni de lejos.

Durante unos minutos, bebo mi vodka lentamente mientras observo el ajetreado bar, con los oídos atentos al sonido de su voz mientras charla animadamente con su amiga, la que sé que trabaja con ella en el hospital.

Es viernes por la noche, y el local está abarrotado de personal de hospital con exceso de trabajo y de banqueros de inversión sobrepagados, todos buscando a alguien que les caliente la cama por una noche.

Elle ya va por su tercer vodka con tónica y, por el ligero rubor de su piel, sé que el alcohol está empezando a hacerle efecto.

Es preciosa, con su largo pelo oscuro y sus brillantes ojos verdes que se iluminan cuando sonríe.

Se ha cambiado el uniforme azul del hospital por un vestido de color burdeos oscuro que se ciñe perfectamente a sus curvas y resalta su piel bronceada. Apenas puedo apartar los ojos de ella, y no soy el único.

Ya he contado a más de una docena de hombres que la han mirado, a los que prácticamente se les caía la baba mientras ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe, dejando al descubierto la delicada piel de su cuello, que pide a gritos ser explorada.

Aunque sé que no puedo tenerla, eso no significa que quiera que la tenga otro. La idea de que alguien le ponga las manos encima, que sienta su suave piel y oiga los sonidos que hace cuando se corre, me hace rechinar los dientes.

No hay ni un solo cabrón en este sitio que sea digno de tan solo una sonrisa de Elle Conti, y no me opondré a dejárselo claro a cualquiera de ellos que se atreva a acercarse a ella.

Mientras me acabo la bebida y le hago un gesto a la camarera para que me sirva otra, veo por el rabillo del ojo cómo se levanta la amiga de Elle.

Me enderezo en el asiento mientras observo a su amiga desaparecer en dirección a los baños.

Mis ojos se posan en el tipo que está sentado solo en una mesa cercana y que, en el momento en que Elle se queda sola, se pone en pie y pasa a la acción.

Ni de putísima coña.

El cuerpo me pide a gritos que intervenga mientras el tío se le acerca.

Parece un gilipollas integral con su traje de imitación de diseñador y el pelo engominado.

Casi me río, porque sé que ni de coña Elle va a quedar impresionada por él. En los dos años que llevo vigilándola, no ha salido con nadie en serio, así que no me cabe duda de que no le interesa nada de este tipo.

Y, sin embargo, percibo un atisbo de sorpresa en sus ojos cuando el tipo se le acerca, como si no pudiera creer que alguien estuviera dispuesto a hacerle caso.

Ojalá pudiera verse a través de mis ojos. Si fuera mía, no dejaría pasar ni un día sin decirle lo guapa que es, no solo por fuera, sino también por dentro.

Al coger mi copa recién servida, intento ignorar la opresión que me va creciendo en el pecho mientras observo a Elle.

Sonríe, pero incluso desde el otro lado de la barra sé que no es una sonrisa de verdad, de esas que le iluminan toda la cara y le arrugan la nariz de la forma más adorable. Esas sonrisas son poco comunes y, desde luego, no están reservadas para gilipollas con trajes baratos y frases para ligar aún más baratas.

Sus ojos miran a cualquier parte menos a él, y mis labios se contraen en una mueca ante su falta de interés.

—Lárgate, asqueroso —mascullo mientras le doy otro sorbo a mi copa.

El vaso casi se me resbala de los dedos cuando el tío hace todo lo contrario.

Ignorando la falta de interés de Elle, le pone la mano en el muslo desnudo y le aprieta la suave carne.

Mi cuerpo empieza a vibrar mientras la sangre me hierve en las venas.

Cuando te crías con un padre como el mío, no te puedes permitir perder los estribos, así que aprendes a interiorizar la ira. He

aprendido a canalizarla de una forma que agudiza mi concentración y mis sentidos, a pesar del martilleo en mis oídos.

Estoy a un segundo de intervenir cuando Elle se pone de pie, negando con la cabeza mientras busca a su amiga con la mirada.

Incluso desde el otro lado de la barra, me doy cuenta de que Elle le está pidiendo que la deje en paz.

Muevo la rodilla sin parar, luchando contra el impulso de intervenir. Sé que Elle puede defenderse sola, pero no debería tener que hacerlo.

Su palabra merece ser respetada, pero parece que a este cabrón no le enseñaron a respetar a las mujeres.

Mi autocontrol está a punto de romperse cuando el miedo asoma en los ojos de Elle, pero entonces él levanta las manos y retrocede como si hubiera malinterpretado su sonrisa educada y su vestido ajustado como una invitación.

Mientras se aleja hacia el fondo, no se me escapa cómo le tiembla la mano al coger la copa y llevársela a los labios.

Odio que la hayan hecho sentir así, como si tuviera que disculparse por algo cuando hombres como él no soportan un golpe en su ego.

Quizá si no hubiera visto el destello de miedo en sus preciosos ojos, me habría conformado con dejarlo pasar. Lo único que necesito es saber que es feliz.

A quién quiero engañar…

Puede que al final haya captado el mensaje, pero con eso no es suficiente, joder.

Me deslizo del taburete y me dirijo al baño antes de que pueda disuadirme a mí mismo.

Casi se me escapa una carcajada cuando encuentro al cabrón arreglándose el pelo excesivamente engominado en el espejo.

—¿Le pone acosar a las mujeres? —digo, cerrando la puerta de golpe a mi espalda.

Sus ojos se clavan en los míos en el espejo y una profunda arruga aparece en su entrecejo.

—¿Disculpe?

—Claramente no estaba interesada. —Doy un paso hacia él.

Si quiere salir, primero va a tener que pasar por encima de mí.

—¿De qué coño está hablando? —Se gira para mirarme, y no se me pasa por alto cómo infla el pecho mientras me mira de arriba abajo.

—Sabe perfectamente de lo que hablo.

Una sonrisa salvaje se dibuja en su boca cuando lo pilla.

—Puedo tener a cualquier mujer de este sitio, así que puede quedarse con la putita…

Mi puño se estrella contra su mandíbula.

Su cabeza se ladea de golpe y suelta un gruñido de dolor.

—Necesita aprender a tener un poco de puto respeto. —Lo agarro por el cuello de la camisa y lo estampo contra la pared de enfrente —. Se cree muy impresionante con su traje barato y su Rolex falso, pero no hace falta ser un genio para ver lo que es.

—Podría decir lo mismo. —Me empuja en el pecho.

Reprimo una carcajada al ver que apenas me muevo un centímetro.

—No vuelva a ponerme las manos encima. —Lo lanzo contra la encimera de mármol.

Rebota contra ella antes de desplomarse en el suelo, boqueando por la fuerza del impacto.

No pierdo el tiempo y le doy una patada rápida en el abdomen, provocándole otro gruñido de dolor que es música para mis oídos.

—Debería aprender a aceptar un no por respuesta. —Le doy otra patada, esta vez en las costillas—. Y para que conste, ella estaba tan jodidamente fuera de su alcance que debería considerarse increíblemente afortunado de que le haya dedicado un minuto de su tiempo.

Le doy una última patada en las costillas por si acaso antes de obligarme a alejarme para no perderme en mi propia ira.

Me duelen los nudillos al flexionar la mano, pero me da igual.

Se merece mucho más que un puñetazo en la mandíbula y unas cuantas costillas rotas, pero no puedo permitirme perder de vista a Elle. No cuando es probable que se vaya en cualquier momento, y necesito asegurarme de que llega a casa sana y salva.

—Que tenga una buena noche. —Salgo del baño y vuelvo a la barra en busca de Elle.

Pero se me encoge el estómago cuando miro hacia su mesa y me doy cuenta de que he llegado demasiado tarde.

Se ha ido.

Capítulo Dos

ELLE

El pasado tiende a sorprenderte cuando menos te lo esperas, y yo siempre he sentido el mío acechando justo fuera de mi vista, por mucho que intente olvidarlo.

Hoy ha sido un día especialmente malo. La paranoia tiende a empeorar cuando me falta el sueño, y cometí la estupidez de aceptar hacer dos turnos seguidos de cuarenta y ocho horas en el hospital, seguidos de unas copas por el cumpleaños de una compañera.

Se acerca la medianoche y estoy hecha un zombi.

Pero no me importa.

Me encanta mi trabajo de enfermera, y estar tan agotada después de un turno significa que cada noche me caigo en la cama demasiado cansada siquiera para soñar. Mis sueños siempre se las apañan para convertirse en pesadillas.

El subidón de los tres vodka-tonics está empezando a desaparecer y los párpados me empiezan a pesar, lo que significa que por fin ha llegado la hora de dar por terminada la noche.

Mientras espero a que mi compañera de trabajo, Alice, vuelva del baño, saco el móvil del bolso y pido un Uber.

Mi apartamento está a solo unas manzanas y podría volver a casa andando fácilmente en quince minutos, pero no me gusta correr riesgos. Lo atribuyo a que soy una chica joven y a que sería una estupidez por mi parte volver a casa a oscuras. Pero, en realidad, es porque quiero escapar de la sensación de que me vigilan.

La sensación siempre se intensifica cuando está oscuro, y el alcohol que he bebido no hará más que empeorar mi paranoia.

No es una sensación nueva. Llevo años sintiendo un cosquilleo en la nuca. Es como si pudiera sentir a alguien escondido en las sombras, observándome sin más.

Suena a auténtica locura, sobre todo porque no tengo ni una prueba de que sea verdad.

Nunca he pillado a nadie merodeando fuera de mi apartamento o siguiéndome hasta el metro y, sin embargo, no puedo quitarme de encima la sensación de que siempre hay alguien ahí.

La explicación lógica es que simplemente estoy agotada, pero he llegado a la conclusión de que más vale prevenir que curar. Así que contacto con un conductor que está a diez minutos y el nudo de ansiedad que tengo en el estómago se afloja un poco. Puede que solo sea una sensación, pero no pienso arriesgarme.

—Gracias otra vez por venir esta noche, Elle —dice Alice mientras recogemos los abrigos del guardarropa—. Sé que ha sido de última hora, pero de repente me ha entrado pena al pensar en no celebrar mi cumpleaños.

—Me alegro de que te lo hayas pasado bien. —Me pongo el abrigo.

Aunque es la primera semana de septiembre, la temperatura en Nueva York ha bajado considerablemente, y el frío siempre se me hace mucho peor cuando estoy agotada.

—Sí, me lo he pasado bien. —Alice se ríe, metiéndose el pelo detrás de las orejas—. Y ha sido un plus conseguir un par de números. Te

he visto hablando con un tío en la barra cuando he vuelto del baño de chicas.

Pongo los ojos en blanco. —No es mi tipo.

—Ah, ¿y desde cuándo un tío alto con un traje caro y una mandíbula que podría cortar el cristal no es tu tipo? —Alice me mira con los ojos entrecerrados, y yo finjo ajustarme el cinturón del abrigo para evitar su mirada acusadora.

—Ya me conoces, mi trabajo es mi novio.

No suelo tener citas, y digo que es porque no tengo tiempo, pero esa no es la verdadera razón.

Es porque no quiero arriesgarme a intimar con alguien por si me abandona, porque esa mierda duele, y hace mucho tiempo, después de que mis padres murieran, me prometí a mí misma que nunca volvería a sentir ese tipo de dolor.

Así que estoy casada con mi trabajo, y eso llena el vacío. La mayor parte del tiempo, al menos...

—Elle... —suspira Alice mientras me coge del brazo—. Deberías animarte a salir y tener citas. Estás cañón, pero tu culo solo va a estar así de bien una vez en la vida. A partir de los treinta, todo va cuesta abajo. Literalmente.

—Gracias —digo con una risita.

—De nada —sonríe Alice—. Ahora, esperemos que mi conductor de Uber quiera parar a por unas patatas fritas con queso de camino a mi apartamento.

Alice y yo nos abrimos paso entre la multitud que pulula fuera del bar y buscamos nuestros coches en la calle. En cuanto veo el Toyota Prius plateado, le doy a Alice un rápido abrazo de despedida y me apresuro hacia el coche.

—¿Elle Conti? —El conductor ni siquiera me mira mientras me siento en el asiento trasero y me abrocho el cinturón de seguridad.

—Sí, 428 East 83rd Street.

Rebusco en mi bolso para coger el móvil.

¿Dónde está?

El conductor se aleja del bordillo e inmediatamente toca el claxon cuando otro conductor de Uber nos cierra el paso.

—¿Dónde demonios está mi móvil? —empiezo a sacar cosas al azar del bolso.

Después de revisar tres veces el contenido y de palparme los bolsillos del abrigo, sigo sin encontrarlo.

—¿Podríamos dar la vuelta? Creo que me he dejado el móvil en el bar.

Mi conductor no da ninguna señal de haberme oído. Mantiene la vista en la carretera y el coche da una sacudida al acelerar.

—¿Oiga? Creo que me he dejado el móvil en el bar. Necesito que vuelva.

Sus ojos avellana se cruzan con los míos en el espejo retrovisor, pero, una vez más, me ignora mientras sigue conduciendo.

No puedo detener la oleada de pánico que me invade.

—Pare el coche...

Suena su teléfono y me agarro al tirador de la puerta mientras responde a la llamada.

Inmediatamente empieza a gritar por el teléfono, no en inglés, sino en ruso.

Mi ritmo cardíaco se dispara ante el tono agresivo de su voz.

Puede que sea medio rusa, pero hace tanto tiempo que no hablo el idioma que solo puedo descifrar una de cada tres palabras, más o menos.

Mi madre insistió en que aprendiera el idioma de niña pero, después de que mis padres murieran y me fuera a vivir con mi abuela italiana, no me dejó continuar mis estudios, alegando que el idioma no me serviría de nada ahora que mi madre estaba muerta.

Qué equivocada estaba...

Tengo que largarme de este coche como sea. Me quito el cinturón de seguridad y tiro del tirador de la puerta, dispuesta a tirarme del vehículo en marcha si es necesario.

Pero no pasa nada. Estoy encerrada.

—Vamos —gimo mientras tiro del tirador, pero es inútil.

Estoy completamente indefensa. No tengo móvil, ni un arma.

Mi tío solía insistir en que llevara una pistola pequeña conmigo en todo momento, pero después de trabajar en un hospital durante los últimos dos años y ver a innumerables víctimas de heridas de bala, me negué.

Me aterrorizaba la idea de dispararla accidentalmente, así que me conformé con usar un bote de espray de pimienta que me he dejado en la taquilla del trabajo.

—Maldita sea. —Golpeo la ventanilla—. ¡Pare el maldito coche!

—¡Cálmese! —me espeta el conductor por encima del hombro.

Se me llenan los ojos de lágrimas y sus rasgos se vuelven borrosos.

Durante toda mi vida, me han advertido sobre qué hacer en situaciones como esta. Que me fije en los rasgos distintivos de mi agresor, que memorice matrículas o el color de un vehículo. Pero nunca me advirtieron de que puedes quedarte tan paralizada por el miedo que cuesta un mundo acordarte siquiera de respirar.

Ignoro al conductor y vuelvo a golpear la ventanilla.

No soy lo bastante fuerte como para romper el cristal, pero no puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada cuando mi vida está en juego.

—¡Que se calme de una puta vez o Lucia morirá!

Lucia.

Me quedo helada al oír el nombre de mi prima.

—¿De qué demonios está hablando? ¿Dónde está Lucia?

El conductor vuelve a ignorarme y un sudor frío me recorre la piel al darme cuenta de que no es un ataque fortuito.

El padre de mi prima, Massimo Conti, es un hombre increíblemente poderoso con muchos enemigos que no se lo pensarían dos veces antes de secuestrar y torturar a un miembro de su familia. Ya lo dejaron claro una vez, cuando secuestraron a Lucia hace casi dos años y amenazaron su vida y la de su hijo nonato. Si algo le ha pasado a ella, o a la dulce Vivi...

Trago la bilis que me sube por la garganta mientras intento calmarme lo suficiente como para pensar con claridad.

—¿A... a dónde me lleva? —Intento ver mejor al conductor.

Se parece a muchos de los hombres que trabajan para mi tío, con su pelo oscuro y corto.

—Ya casi llegamos.

—¿Me lleva con Lucia?

Silencio.

Secándome los ojos, me vuelvo para mirar por la ventanilla.

No sé cuánto tiempo llevamos en el coche, pero el corazón se me acelera cuando me doy cuenta de que estamos en la autopista,

alejándonos de Manhattan.

Me aprieto las palmas de las manos contra los ojos.

Para, Elle. Piensa.

Recuerdo haber comprobado la matrícula del coche para asegurarme de que coincidía con la de la aplicación antes de subir, lo que significa que no ha sido un accidente. Quienquiera que me haya cogido ha hackeado el sistema para asegurarse de que me metiera en el coche sin levantar sospechas.

—Oh, Dios. —Debería haberme ido directa a casa después de mi turno, como había planeado. No es que el cerrojo de la puerta de mi piso fuera a ser suficiente para mantenerme a salvo de los enemigos de mi tío, pero quizá no me habrían buscado allí.

Rodeándome el cuerpo tembloroso con los brazos, me obligo a mantener la vista en la carretera en lugar de cerrar los ojos con fuerza.

No puedo ceder al miedo, no cuando cualquier movimiento en falso podría costarme no solo mi vida, sino también la de Lucia.

Cuando el coche empieza a frenar y aparece la imagen de un motel destartalado, se me revuelve el estómago.

La cosa empeora cuando el conductor abre mi puerta de un tirón y, medio arrastrándome, medio llevándome en volandas, me saca del coche y me conduce por el aparcamiento vacío hacia la única habitación con la luz encendida.

¿Es aquí donde me encontrarán?

Tropiezo al pensarlo, y el conductor me aprieta el brazo con más fuerza mientras nos acercamos a la puerta. Me tiemblan tanto las piernas que apenas puedo sostenerme en pie.

—No diga ni pío —gruñe antes de aporrear la puerta con el puño.

Apenas puedo oírlo por encima del zumbido en mis oídos.

Siento el cuerpo terriblemente frío, como si toda la sangre se me hubiera subido a la cabeza, y las rodillas se me doblan sin parar al pensar en lo que podría estar esperándome al otro lado de esta puerta.

He visto demasiadas películas para saber que, sea lo que sea, no será bueno.

Cuando la puerta por fin se abre, me empujan al interior de la estrecha habitación de motel, donde esperan otros dos hombres.

Me encojo cuando el que sostiene la puerta me mira de arriba abajo con un brillo salvaje en los ojos.

—¿Dónde está Lucia? —Me tiembla la voz.

Percibo un movimiento por el rabillo del ojo y me giro para ver a otro hombre que se acerca a mí con cara de piedra, cruzando la pequeña habitación.

—Ahora mueres tú. —Saca una pistola del bolsillo de su chaqueta y le mete una bala al conductor justo entre los ojos.

Grito cuando se desploma en el suelo con un golpe seco.

Si antes no estaba cagada de miedo, desde luego que ahora sí que lo estoy.

Capítulo Tres

ELLE

SOLO HAY DOS cosas de las que estoy absolutamente segura.

La primera es que no tengo ni idea de si Lucia está viva o no. Y la segunda es que lo más probable es que muera en esta habitación de motel.

No es que sean los pensamientos más reconfortantes del mundo, pero con el cadáver de mi secuestrador a mis pies, en un charco de su propia sangre, mi habitual habilidad para ver el lado bueno de las cosas me está resultando difícil.

No forcejeo con las ataduras que me mantienen sujeta a la desvencijada silla de madera en la esquina de la habitación del motel. Casi me eché a reír cuando mis captores me ataron las muñecas con una cuerda, teniendo en cuenta que ambos miden más de un metro ochenta y juntos pesan como un oso grizzly.

No estoy precisamente en posición de plantarles cara, lo que solo aumenta el pánico que hace que se me revuelva el estómago dolorosamente.

Hago todo lo posible por no respirar por la nariz, ya que la habitación huele a humedad y a sangre, lo cual, mezclado con el

alcohol que aún tengo en el estómago, me está provocando unas náuseas que están a punto de hacerme vomitar.

Para distraerme del miedo paralizante, observo en silencio a mis dos captores mientras se sientan uno al lado del otro en el sofá apolillado y hablan en susurros.

Con cada mirada en mi dirección, se me dispara el pulso, y sé que pueden ver el miedo en mis ojos por mucho que intente mantener una expresión neutra. Lo cual ya es bastante difícil de por sí teniendo el cuerpo de mi secuestrador justo a mis pies.

Un movimiento en falso y podría acabar como él.

Tragándome la bilis que me sube por la garganta, intento prestar atención a su conversación para sacar toda la información que pueda con mi limitadísimo vocabulario de ruso.

La única razón por la que estoy aquí es por Massimo, antiguo don de la mafia Conti y mi tío.

Quiero mucho a mi tío, pero no siento ningún aprecio por la profesión que ha elegido. Aunque supongo que no tuvo elección después de que mataran a mis padres y él asumiera el cargo de cabeza de familia. Una parte de mí desearía haber podido vivir con él y quedarme en Nueva York después de que murieran, en lugar de que me enviaran a vivir con mi abuela a Italia, pero estoy agradecida de haberme criado lejos de los horrores de su mundo.

Eso fue hasta que decidí mudarme a Nueva York al cumplir los dieciocho para estudiar enfermería en la NYU. Fue la mejor decisión para mi formación y, por suerte, Massimo me acogió y me dejó vivir en su ático de Tribeca sin pagar alquiler, además de costearme toda la matrícula. Pude pasar tiempo con mis primos.

Siempre le estaré agradecida por eso, pero no significa que quiera convertirme en un peón en uno de sus muchos y retorcidos juegos.

Pero cuando los jugadores son mi familia, puede que no tenga elección.

Mi prima Lucia se casó hace poco con un miembro de la Bratva Koslov, mientras que su hermano, Federico, relevó a Massimo como cabeza de la mafia Conti después de que Massimo sufriera unas heridas casi mortales durante una emboscada el día de la boda de Lucia, hace casi dos años.

La red de enemigos que podrían estar detrás de mi secuestro se extiende más allá de los Conti, y solo puedo esperar que no estén a punto de subastarme al mejor postor.

Quizás sea por el agotamiento o por el miedo, pero mientras contemplo la expresión vacía del cuerpo a mis pies, esta empieza a transformarse en la de Lucia.

Parpadeo, y ahora es Federico.

Vuelvo a parpadear, y ahora son mis propios ojos muertos los que me devuelven la mirada.

Reprimiendo un sollozo, intento no caer en una espiral, lo cual es difícil cuando estoy completamente a merced de dos hombres que no tienen reparos en meterle una bala en el cráneo a alguien.

La muerte no me es ajena. Tenía ocho años cuando mis padres y mi hermano murieron en el incendio de nuestra casa, y no hay un día que no me sienta culpable por ser la única que sobrevivió.

A menudo pienso que sus muertes me empujaron inconscientemente hacia una carrera en la que estoy constantemente rodeada de enfermos y moribundos. He perdido la cuenta de la cantidad de vidas que he ayudado a salvar de las mismas heridas por las que ellos murieron.

Solía esperar que, al salvar a otros, se aliviara la culpa que me pesa en el corazón, pero solo lo empeora.

Unas pocas palabras en ruso captan mi atención y me sacan de la espiral de culpa en la que a menudo me encuentro.

No es momento de regodearse en el pasado. No si quiero salir viva de esta habitación de motel.

Necesito un plan.

Lucia es la única persona que tiene mi ubicación en su móvil, pero está acostumbrada a mis periodos de silencio, sobre todo después de una larga semana de turnos de noche. Aunque no importa, ya que me dejé el móvil en el bar.

Para cuando se dé cuenta de que he desaparecido, probablemente será demasiado tarde para mí.

No hay un novio que espere mi vuelta a casa, ni siquiera compañeros de piso que se preocupen por mi ausencia en la cocina en cuanto el café de la mañana está listo.

Estoy completamente sola.

La idea hace que me escuezan los ojos.

—Ne-necesito ir al ba-baño.

Ninguno de los dos hombres actúa como si me hubiera oído. En su lugar, su atención sigue centrada en sus móviles mientras continúan murmurando entre ellos en ruso.

Quizá si lo digo más alto…

—Necesito ir al baño.

—No —gruñe el más grande sin mirarme.

—Por favor. —Tiro de las cuerdas que me atan las muñecas.

Se me quiebra la voz, y es suficiente para llamar la atención de mi otro captor, el mismo que le apuntó con su pistola a mi secuestrador.

Intento no encogerme cuando se pone en pie y se acerca a mí con una expresión de asco en la cara.

Saber que lleva una pistola metida en la chaqueta casi hace que me orine aquí mismo, en esta silla.

—Necesito ir al baño.

Arruga la nariz antes de ponerse en cuclillas frente a mí y examinar la cuerda que rodea mis muñecas.

—Nada de tonterías.

Niego con la cabeza.

—Nada de tonterías.

Me mira con el ceño fruncido antes de alargar la mano para empezar a desatar la cuerda.

Sus dedos callosos deslizándose por mi piel solo aumentan mis ganas de vomitar.

—Tiene un minuto. —Tira la cuerda a un lado y me agarra del brazo.

Asiento. Parpadeo para contener las lágrimas e intento no imaginar todas las formas en las que podría matarme con sus propias manos.

Me levanta de un tirón y me arrastra por la diminuta habitación hacia el cuarto de baño. Casi espero que insista en entrar para vigilarme pero, por suerte, apenas hay espacio para moverse entre el inodoro y el lavabo, y ambos parecen no haber sido limpiados en bastante tiempo.

—Ni se le ocurra hacer ninguna tontería. —Me empuja dentro del baño y cierra la puerta de un portazo.

No necesito que me lo recuerde, pero quizá sea la única frase que se sabe.

Me tomo un momento solo para respirar.

El corazón me late con fuerza en los oídos y me tambaleo mientras intento controlar mis emociones. Esta podría ser mi única oportunidad de escapar, así que no puedo permitirme cometer ningún error.

Secándome las lágrimas con la manga de la blusa, me agacho para deslizar lentamente el cerrojo de la puerta. No bastará para mantener a raya a ninguno de los dos hombres, pero podría darme unos segundos extra que, a estas alturas, podrían marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

El cuerpo me vibra por lo fuerte que me late el corazón en el pecho.

Mis ojos recorren el estrecho cuarto de baño y se posan en la diminuta ventana que hay sobre el inodoro.

Quizá, después de todo, haya un resquicio de esperanza.

Antes de tener la oportunidad de darle demasiadas vueltas al hecho de que por la ventana apenas cabría un niño, me subo a la tapa del inodoro y alargo la mano para empujar el cristal.

La bisagra está oxidada y rígida, pero con otro empujón consigo forzar la ventana para abrirla.

—Allá voy. —Subo un pie al inodoro mientras me agarro al borde de la ventana.

Justo cuando estoy a punto de auparme, un puñetazo en la puerta me hace dar un brinco tan repentino que casi pierdo el equilibrio.

Mierda.

—¡Dese prisa!

El pomo forcejea y se me corta la respiración al oír unas cuantas palabrotas en ruso al otro lado de la puerta.

Es ahora o nunca.

Me impulso desde el inodoro y logro pasar el torso por la ventana justo cuando abren la puerta de una patada.

—¡Joder! —Me agarra de las caderas.

Las manos se me raspan contra el marco astillado cuando me mete de nuevo a través de la ventana con brusquedad.

—Por favor.

Me rodea el cuerpo con los brazos y me arrastra contra su pecho.

—Se lo advertí, joder —sisea mientras me lleva de vuelta a la habitación.

Mi mirada se cruza con la de mi otro captor, que permanece en el sofá con aspecto de estar completamente aburrido de toda la situación.

—Suél… te… me. —No soy rival para su fuerza.

Me lanza sobre la cama. —Trae la cuerda.

Lloro mientras él se sube a la cama y me sujeta las manos por encima de la cabeza con una de las suyas. —Por favor.

Las venas de sus antebrazos se marcan al apretar hasta el punto de hacerme daño.

Está tan cerca que el calor que irradia su cuerpo me abrasa, y huele a sudor y a tabaco.

Contengo las arcadas mientras se inclina, su barba áspera rozándome la mejilla mientras me susurra al oído.

—Va a arrepentirse de su intentito de fuga.

Intento retorcerme, pero él se coloca a horcajadas sobre mí, atrapándome las piernas bajo sus fuertes muslos.

—Las cosas que podríamos hacer juntos. —Su mano libre me roza el muslo desnudo—. Menos mal que tenemos toda la noche.

Una risa estridente resuena desde el otro lado de la habitación, y esa pequeña chispa de esperanza en mi pecho se extingue cuando giro la cara hacia el otro hombre.

Me observa con una diversión salvaje mientras se afloja la corbata negra del cuello.

Ya sé cómo va a acabar esto.

Estoy paralizada mientras la cuerda vuelve a mis muñecas, atándome a la cama, dejándome completamente a su merced.

Si hubiera sido más rápida…

Sé que, cuando esto acabe, voy a suplicar que la muerte me lleve.

Le lanza su corbata al gilipollas que me tiene inmovilizada en la cama.

—Apuesto a que le gusta que le den duro —me susurra al oído mientras me ata la venda sobre los ojos—. Las que parecen inocentes son siempre las más pervertidas en la cama.

Contengo un gemido cuando todo se vuelve oscuro.

Una pequeña parte de mí esperaba encontrar consuelo en la oscuridad, pero esta solo agudiza mis otros sentidos mientras unas manos recorren mi cuerpo.

Cuando sus dedos agarran los botones de mi blusa, me preparo para el momento en que la abre de un tirón para dejar al descubierto mi torso desnudo y el sujetador.

—Normalmente no me gustan las tetas pequeñas, pero estas me pueden valer. —Sus dedos se deslizan por la curva de mis pechos.

El otro tipo se ríe de nuevo y las lágrimas asoman a mis ojos cuando me suben la falda hasta la cintura, dejando al descubierto mi ropa interior.

—Vaya, qué traviesas —gruñe mientras mete dos dedos en la cinturilla de mis bragas de encaje rojo—. Quizá se las deje puestas para empez…

Se oye una explosión. No, espera, un disparo.

Grito.

El peso que tengo encima desaparece en un instante, y suena otro disparo seguido de gritos confusos tanto en ruso como en inglés.

Una de las voces es nueva y masculina, pero no la reconozco. Por lo que sé, podría ser otro captor que busca reclamarme como un premio en lugar de un caballero de brillante armadura.

Un sollozo ahogado se me escapa de los labios mientras parece que se desata el infierno.

Se oye otro disparo, seguido de un golpe seco. ¿Es alguien cayendo al suelo?

Pero ¿quién?

Mi cuerpo se estremece con cada disparo.

¿La próxima bala será para mí?

—Oh, Dios. —Me pitan los oídos, y estoy cubierta de sudor mientras intento forcejear con mis ataduras.

—¡Socorro! —grito mientras me revuelvo en la cama—. ¡Ayúdenme!

Estoy completamente atrapada, sin forma de saber si voy a vivir o a morir.

Suena otro disparo y grito al oír otro golpe seco.

Por un momento, todo queda en silencio, excepto mi respiración agitada.

—Por favor —susurro en la oscuridad—. No… no me haga daño.

Me estremezco al oír unos pasos pesados que se acercan a la cama.

—Por favor —se me quiebra la voz—. Por favor...

Se me corta la respiración cuando unas manos cálidas me rodean la cintura.

Por una fracción de segundo, me temo lo peor, pero entonces me bajan la falda y me colocan la blusa para cubrirme el torso.

No me atrevo a moverme mientras las manos empiezan a desatar las cuerdas que me atan a la cama; el roce de sus dedos contra mi piel es tan delicado que resulta casi reconfortante.

Reprimo un sollozo cuando la cuerda cae y las manos me levantan de la cama para acunarme contra un pecho cálido. Me aferro a la suave tela de la ropa del hombre mientras sus brazos se estrechan a mi alrededor, reconfortándome mientras sollozo en silencio.

Sigo con la venda en los ojos, pero no se me escapa la forma en que se inclina hacia mí.

Mi cuerpo se estremece cuando su aliento me hace cosquillas en la piel mientras me susurra al oído:

—Ya está a salvo.

Capítulo Cuatro

LEV

Odio el sonido de los sollozos de Elle casi tanto como me odio a mí mismo.

He dejado que la ira se apoderara de mí y eso casi le cuesta la vida a Elle.

Si nunca hubiera seguido a ese gilipollas al baño, nada de esto habría pasado. Habría pillado al falso Uber de inmediato y habría intervenido antes de que ella tuviera siquiera la oportunidad de subir al coche.

Esto es lo que pasa. Me consumo tanto en mis propios pensamientos sobre Elle que pierdo por completo la razón. El deseo de mantenerla a salvo era tan fuerte que no consideré lo que pasaría si la dejaba sola en el bar.

Fui un imprudente y debería haberlo sabido.

Pero entonces no podrías estar a solas con ella.

El pensamiento me pilla desprevenido y aprieto los dedos en el volante mientras intento ahogar el sonido de Elle llorando suavemente en el asiento trasero del coche.

Durante mucho tiempo, no he deseado otra cosa que sentir su cálido cuerpo contra el mío, oír el suave sonido de su respiración mientras busca consuelo en mis caricias. Pero nunca a costa de su seguridad.

Cuando vi a ese hombre encima de ella, algo dentro de mí se rompió y no me lo pensé dos veces antes de disparar mi arma. No es que sienta remordimientos cuando quito una vida. Hace mucho que me he vuelto insensible a la muerte. De hecho, me excita.

Al fin y al cabo, soy hijo de mi padre.

Pero a ese hombre nunca se le debería haber permitido acercarse tanto a ella, ponerle las manos sobre la piel desnuda, sentir la suave curva de sus pechos con las yemas de sus dedos.

Me duele la mandíbula de tanto apretarla, intentando no imaginar a Elle tumbada en la cama, medio desnuda y sollozando.

Por una fracción de segundo, consideré meterle una bala directa en la columna en el momento en que entré en la habitación, pero no quería que se desplomara sobre Elle y la asustara aún más. Tuve que ser metódico en mi ataque, a pesar de mi rabia.

Se merecía sufrir por lo que hizo, pero el tiempo no es un lujo que tenga ahora mismo.

Elle sorbe ruidosamente por la nariz y se me encoge el pecho.

—Está a salvo —le prometo—. No tengo intención de hacerle daño.

Se queda callada un momento y lucho contra el impulso de estirar el brazo hacia atrás para cogerle la mano, para ofrecerle algún tipo de consuelo.

—¿Quién es usted? —susurra.

Nadie que valga la pena conocer.

—Eso no es importante. Lo que *sí* es importante es sacarla del mapa.

—¿Sa-sacarme del ma-mapa?

Me paso los dedos por el pelo mientras intento pensar en una respuesta que no asuste a Elle.

Necesita saber la gravedad de la situación para estar preparada, pero tampoco quiero asustarla más de lo necesario.

—Esos hombres eran peligrosos. —Mantengo la vista en la carretera mientras hablo—. Pero ni de lejos tan peligrosos como los que enviarán para limpiar el estropicio que han dejado.

—¿Quién *es* usted? ¿Cómo sé que puedo fiarme?

No puedes.

—No tiene otra opción.

Ambos guardamos silencio un momento. El único sonido es el rugido del motor mientras acelero hacia una cabaña cerca del lago Rye. Es el único lugar donde puedo garantizar que no la encontrarán.

Y yo lo sé bien, llevo años viviendo allí.

Salgo de la interestatal. —¿Lleva encima un teléfono o un reloj? ¿Algo que pueda usarse para rastrear su ubicación?

—Me dejé el móvil en el bar. Así supe que algo iba mal.

Frunzo el ceño. —¿Qué quiere decir?

—El conductor del Uber... bueno, el falso, al menos, se negó a volver a por él a pesar de que apenas estábamos a una manzana del bar.

—Tiene sentido.

—¿Los conocía? ¿A esos hombres?

—No personalmente. Lo que sí sé es que llevaban un tiempo siguiéndola.

Jadea. —¿Cómo sabe eso?

—Porque yo también la he estado siguiendo. —Las palabras se me escapan de la boca antes de que pueda detenerme.

Quizá no debería haber divulgado esa información, pero Elle se merece saber la verdad. No debería pintarme como un héroe, como un caballero de brillante armadura.

No soy más que oscuridad y ella se merece mucho más que a mí.

—¿P-por qué?

No respondo y Elle deja el tema.

Conducimos el resto del camino hasta el lago Rye en silencio, aunque mi mente está de todo menos tranquila. Es una de las razones por las que elegí vivir aislado durante tantos años. Estar solo en la naturaleza es una de las pocas cosas que me aportan una sensación de paz. Eso y ver a Elle.

Por eso también mantengo un apartamento en la ciudad, para cuando necesito estar cerca. Pero todo el ruido y la gente me crispan los nervios.

Prefiero estar solo, perderme en mi propia oscuridad, porque así sé que no haré daño a nadie.

He demostrado demasiadas veces que no puedo fiarme de mí mismo. Y, sin embargo, le estoy pidiendo a Elle que confíe en mí.

Si llegara a hacerle daño...

Me aclaro la garganta. —Ya casi hemos llegado.

Mientras tomo el desvío oculto en el denso bosque que conduce a la cabaña, el sol empieza a salir. No pasará mucho tiempo hasta que las mañanas sean negras como boca de lobo y el hielo cubra el suelo.

Si por mí fuera, Elle y yo seguiríamos aquí cuando las estaciones cambien de otoño a invierno. La cabaña está abastecida con suficientes provisiones para que nos quedemos aquí semanas, y yo

estaría más que dispuesto a ir a la ciudad a por provisiones extra si ella necesitara algo desesperadamente.

Haría cualquier cosa por ella.

Pongo el coche en modo de aparcamiento. —Necesito que se deje la venda puesta.

—¿Por qué?

—No voy a hacerle daño. Pero es importante que se la deje puesta.

—N-no lo entiendo. Si no va a hacerme daño, ¿por qué he de llevarla puesta?

—Es por su propia seguridad.

Me desabrocho el cinturón de seguridad, salgo del coche y lo rodeo hasta la puerta del lado del copiloto.

Elle se ha acurrucado en el asiento de cuero, con la corbata negra aún sobre los ojos mientras mira al frente. Tiene los brazos cruzados sobre el cuerpo, sujetando la blusa en su sitio, ya que ese hijo de puta le arrancó todos los botones…

—No lo entiendo. —No hace ademán de salir del coche—. Si no va a hacerme daño, ¿por qué me ha estado vigilando?

Apoyo la mano en el capó del coche e inclino la cabeza, exhalando profundamente.

Elle permanece en silencio, pero veo cómo traga saliva.

Ya le he contado suficiente verdad. Un poco más y podría quitarse la venda y echar a correr hacia los árboles. Si supiera lo profunda que es mi obsesión, que llevo años siguiendo cada uno de sus movimientos, nunca confiaría en mí lo suficiente como para que la mantuviera a salvo.

—Debería dormir. —Me inclino y me estiro para desabrocharle el cinturón de seguridad.

Su cuerpo se tensa cuando me acerco, pero me aseguro de no tocarla, por mucho que lo desee.

Su dulce aroma me llega a la nariz, y reprimo un gemido cuando su pelo me hace cosquillas en ella.

—Permítame que la ayude. —Mi voz suena ronca por el deseo mientras la guío con delicadeza para que salga del coche. El aire es fresco y Elle se estremece mientras se ajusta la blusa.

No tardo en quitarme la chaqueta y ponérsela sobre los hombros. Le queda enorme, pero es suficiente para mantenerla caliente hasta que pueda encender un fuego dentro de la cabaña.

—Debería habérsela ofrecido antes, le pido disculpas.

Elle se muerde el labio mientras se gira en la dirección de mi voz.

Por un segundo, me permito admirar sus delicados rasgos. La boca como un capullo de rosa, el ligero hoyuelo en su mejilla derecha.

Me tiemblan los dedos con el impulso de alargar la mano y acunarle la cara, de pasarle el pulgar por el carnoso labio inferior.

Ella se estremece, sacándome de mi ensimismamiento.

—Cójame la mano.

Levanta la mano con cautela y la entrelazo con la mía izquierda, intentando no estremecerme cuando sus dedos rozan la cicatriz abultada.

No da ninguna señal de haberlo notado y yo exhalo.

Mi cuerpo está plagado de cicatrices, tanto por dentro como por fuera. No podría contar las historias que hay detrás de todas y cada una de ellas aunque quisiera. Igor se encargó de eso.

Elle aprieta mi mano y me concentro en la sensación de su cálida piel contra la mía mientras la conduzco con cuidado por los escalones de la cabaña.

Hay un porche cubierto que rodea toda la cabaña, y a menudo me siento en una de las mecedoras cuando hay tormenta, escuchando el sonido de la lluvia al golpear el tejado.

Tras abrir la puerta, guío a Elle al interior y la cierro detrás de nosotros.

No he estado aquí más de unas pocas horas en el último mes, pero la cabaña todavía huele ligeramente a leña quemada.

Es un espacio pequeño, con una sala de estar y un comedor combinados, con un dormitorio y un baño contiguo más allá de la cocina.

A pesar de la falta de efectos personales, esta pequeña cabaña se ha convertido más en un hogar para mí en los últimos años que la enorme mansión en la que crecí.

Pensé que se me haría extraño tener a otra persona en la cabaña, pero tener a Elle aquí sienta tan *bien*. Es como si fuéramos las dos únicas personas en el mundo y, al menos por un tiempo, puedo vivir esa fantasía.

—El dormitorio está por aquí —le explico, aunque no pueda ver. Pero quiero seguir hablando con la esperanza de calmar su miedo.

La guío con cuidado a través de la sala de estar, asegurándome de que no se tropiece con la esquina de ningún mueble.

Elle guarda silencio mientras abro la puerta del dormitorio y la llevo hasta la cama, donde se sienta en el borde.

Esto es solo un escondite. No hay ninguna estantería rebosante de libros ni paredes cubiertas de fotos de amigos y familiares como en el apartamento de Elle.

Pero no necesito mucho. Solo a ella.

Y ahora está aquí.

—Puede quitarse la venda cuando salga de la habitación. No antes.

—Vale —susurra, mordiéndose el labio inferior.

—Voy a encerrarla en esta habitación, pero necesito que entienda que es por su propia seguridad. Puede confiar en mí. ¿Lo entiende?

Asiente con la cabeza, sus labios apretados en una fina línea mientras permanece completamente inmóvil en el borde de la cama, con mi chaqueta ceñida a su alrededor.

Debería dejarla, pero no puedo evitar tomarme un segundo para admirarla. He soñado con tenerla así de cerca durante tanto tiempo. Tenerla durmiendo en mi cama, vistiendo mi ropa…

Mi mano se mueve para ajustarme cuando mi polla empieza a endurecerse en mis pantalones, y lo tomo como la señal para irme antes de tomar más decisiones estúpidas.

—Que duerma bien —murmuro antes de salir de la habitación y girar la llave en la cerradura.

Conteniendo la respiración, me inclino para apoyar la frente en la puerta, escuchando el sonido de Elle quitándose finalmente la venda.

No deseo otra cosa que estar ahí dentro con ella, pero es mejor que ponga toda la distancia posible entre nosotros, a pesar de lo pequeña que es la cabaña.

Cuando está cerca, pierdo la capacidad de pensar con claridad, y no puedo arriesgar su vida por mi propia y egoísta necesidad de estar cerca de ella.

Lo que empezó como curiosidad se ha convertido en algo mucho más serio, hasta el punto de que consume todos mis pensamientos. Pasan días sin que ni siquiera duerma porque tengo tanto miedo de que, si le quito los ojos de encima, pueda pasar algo malo.

Lo de esta noche es la prueba de ello, y no volveré a cometer el mismo error.

Capítulo Cinco

ELLE

Me incorporo de golpe en la cama y me encuentro la habitación a oscuras, con el cuerpo empapado en sudor. Cojo las sábanas y me las subo hasta la barbilla mientras echo un vistazo a la ventana de mi izquierda. Las cortinas están abiertas, pero no se proyecta ninguna luz anaranjada sobre la cama desde las farolas de la calle. No suenan sirenas y, por una vez, no oigo al gato del vecino maullar al otro lado de la ventana, pidiendo que lo dejen entrar...

—Dios mío —resuello, llevándome la mano al corazón mientras todo vuelve a mí de golpe.

El secuestro.

Los disparos.

Todo me cae encima como una losa, y me dejo caer de nuevo sobre las almohadas mientras intento recuperar el aliento, calmar el pánico que me acelera el corazón y los disparos fantasma que me retumban en los oídos.

Estoy a salvo.

Respiro hondo y un aroma intenso y almizclado me llega a la nariz. *Su* aroma.

Me hundo más bajo las mantas y dejo que los párpados se me cierren mientras mi cuerpo empieza a calmarse, envuelta por el olor de mi captor.

Aunque quizá no sea mi captor. Al fin y al cabo, gracias a él salí viva de aquella habitación de motel solo con una blusa rasgada.

Debería estar agradecida y, sin embargo, no sé si fiarme del todo de él.

¿Cómo podría, si insistió en encerrarme en esta habitación?

Dijo que era por mi propia seguridad, pero no puedo evitar preguntarme si era para protegerme a mí de *él*.

—Debería estar como loca —susurro en la oscuridad—. Y, sin embargo..., no lo estoy.

Quizá el trauma de anoche me ha dejado en estado de shock y, en algún momento de las próximas horas, me golpeará de verdad. Es que no encajo en el perfil de alguien que ha sido secuestrada por dos personas distintas en una noche.

Estoy demasiado tranquila, demasiado a gusto teniendo en cuenta la cama extraña y el hombre aún más extraño que espera al otro lado de la puerta.

Si Lucia estuviera aquí, se estaría riendo y haciendo bromas groseras sobre que hace falta un secuestro para que me quede a solas en una habitación con un hombre, porque así de reacia a las citas me he vuelto.

El pensamiento casi me hace sonreír, pero entonces las lágrimas empiezan a asomar a mis ojos al pensar en mi prima, y la espiral comienza a arrastrarme.

Por lo oscuro que está el cielo, es probable que haya dormido todo el día, lo que significa dos cosas. La primera es que a estas alturas ya habrán descubierto a los dos hombres del motel, así que quienquiera que encargara mi asesinato estará intentando

reconstruir un rastro que pueda conducir a donde sea que esté. Por lo que sé, mi muerte podría ser inminente en las próximas horas, lo que no es un pensamiento precisamente reconfortante.

La segunda es que sigo sin tener ni idea de si Lucia está a salvo.

Solo puedo esperar que usaran su nombre como una treta para mantenerme callada, porque la alternativa hace que mi corazón amenace con romperse en dos.

Hundiéndome más bajo las mantas, empiezo a practicar una técnica de anclaje que me enseñó un terapeuta hace años y que me ayuda a salir de mis pensamientos catastrofistas. No siempre funciona, pero, como estoy encerrada en una habitación sin otras opciones, lo intento de todos modos.

—Vale, cinco cosas que veo... —Intento distinguir algo en la absoluta oscuridad que me rodea, y luego me giro para mirar al techo—. Absolutamente nada. Un gran comienzo.

¡Siguiente!

Cuatro cosas que puedo sentir.

La seda de mi blusa. El suave algodón de la manta. La madera lisa del cabecero...

—No quiero pensar en cabeceros. —Me froto distraídamente la piel dolorida de las muñecas, tratando de no pensar en lo cerca que estuve de sufrir una agresión—. Uf, esto no está funcionando.

Me siento de nuevo y me envuelvo en las mantas.

Incluso después de haber dormido todo el día, sigo agotada. Me duele el cuerpo y siento que podría dormir otras diez horas si mi mente me dejara.

Pero los pensamientos llegan deprisa, y una vez que caigo en la espiral, hace falta poco menos que un milagro para sacarme de ella.

Incluso en la oscuridad, distingo la silueta de la puerta.

¿Está al otro lado, escuchando?

Debería asustarme la idea de estar en una cabaña en el bosque con un hombre extraño que admitió que me observaba. He visto suficientes películas de terror para saber cómo acaba esta historia y, sin embargo, no suena ninguna alarma cuando pienso en él. En todo caso, me reconforta en cierto modo saber que está justo al otro lado de la puerta.

Mi terapeuta se va a poner las botas con semejante revelación.

Lo que no consigo quitarme de la cabeza es que no me dejara *verlo*, lo que podría significar varias cosas.

La primera que se me ocurre es que ya lo conozco, lo que explicaría mi falta de miedo a que me tenga encerrada en una cabaña en medio de la nada. Pero su voz no me resultaba familiar. Así que tiene que ser porque, o bien planea mantenerme con vida por ahora y no quiere arriesgarse a que dé su descripción a la policía, o bien se avergüenza de su aspecto y no quiere que lo rechace.

—Qué pensamiento más propio de Lucia. —Me paso los dedos por el pelo enmarañado.

No importa lo mal que se pongan las cosas, mi prima siempre encuentra la forma de convertir la situación en una broma o de aligerar cualquier ambiente con un único comentario grosero. Es una de las razones por las que congeniamos tan bien. Ella es la luz y yo la oscuridad.

El sonido de la llave al girar en la cerradura me hace gritar, y entro en pánico cuando la puerta se abre. No llevo la venda en los ojos como me pidió, pero no entra luz en la habitación, así que solo aparece su silueta en el umbral.

Es alto, hasta el punto de que tiene que agacharse un poco para entrar en la habitación, y casi tan ancho como el marco. Pero no puedo distinguir nada más. Ni rasgos faciales. Ni siquiera el color de su pelo.

—¿Está usted bien? —Su voz grave y profunda me provoca un escalofrío—. Me ha parecido oírla gritar en sueños.

—Estoy bien. —Me arden las mejillas. De repente, agradezco que no haya luz en la habitación—. Una pesadilla.

—¿Quiere...? —Se aclara la garganta, pero no hace ademán de acercarse a mí—. ¿Quiere hablar de ello?

Una sonrisa asoma a mis labios ante su amable gesto, pero no quiero molestarlo con mis problemas. Para eso le pago a mi terapeuta.

—Estoy bien, gracias. Pero necesito usar el baño.

—Eh, claro. Necesito que se vuelva a poner la venda.

Pongo los ojos en blanco, pero no le discuto. Busco a tientas la venda en la cama antes de ponérmela en los ojos.

En el momento en que termino de atármela detrás de la cabeza, sus pasos pesados se acercan y contengo la respiración mientras me coge de la mano y me ayuda a bajar de la cama.

Le paso el pulgar por el dorso de la mano.

Su cuerpo se tensa a mi lado, pero no me suelta, así que lo hago otra vez.

La piel se siente diferente, casi áspera. Pero no como una costra. No, esto es distinto. ¿Cicatrices, tal vez?

¿Es por eso que tengo que llevar la venda? ¿Porque tiene cicatrices?

Antes de poder contenerme, le acaricio suavemente el dorso de la mano una vez más como un gesto silencioso de consuelo, con la esperanza de que se dé cuenta de que puede confiar en mí tanto como yo confío en él.

Me guía hasta el cuarto de baño y, en cuanto la puerta se cierra, me quito la venda y hago una mueca ante las duras luces fluorescentes.

El espacio es rústico, con listones de madera en las paredes y el suelo, una bañera con patas a la derecha y el inodoro y el lavabo a la izquierda.

No puedo evitar darme cuenta de la falta de espejos sobre el lavabo, así como de artículos de aseo personal, a excepción de un cepillo de dientes, lo que no hace más que aumentar mi curiosidad.

Quizá no solo se esconde de mí, sino también de sí mismo.

Sé muy bien lo que es estar tan carcomida por la culpa y la vergüenza que cuesta mirarse en el espejo. Durante mucho tiempo después de la muerte de mis padres, me odié por ser la única que sobrevivió. Todos decían que había sido un milagro, desde los bomberos hasta los sanitarios que declararon a mis padres y a mi hermano muertos en el acto.

Mi *nonna* siempre decía que me habían dado una segunda oportunidad y que debía ver la vida como un regalo en lugar de algo por lo que sentirme culpable. Pero con ocho años, era incapaz de verle el lado bueno a todo aquello.

¿Cómo podría, si a los que más quería en el mundo se los habían llevado demasiado pronto?

Me miro y me estremezco al ver mi blusa rota.

Se me hace raro que este desconocido haya visto tanto de mí, más de lo que ningún hombre ha visto en mucho tiempo, y ni siquiera sé cómo se llama...

Cuando termino de hacer mis necesidades, vuelvo a atarme la venda y doy unos golpecitos suaves en la puerta para hacerle saber que ya he acabado.

No tarda en cogerme de la mano para llevarme de vuelta al dormitorio, y me relajo con su contacto. Es tan cálido y delicado, a pesar de su imponente tamaño.

—Le traeré algo de comer —me suelta la mano una vez que hemos vuelto al dormitorio.

—Espere —el pánico repentino de quedarme sola me pilla por sorpresa—. No se vaya...

—Tiene que comer algo.

Puede que sea el hecho de que este desconocido está mostrando más preocupación por mi bienestar que ningún otro hombre en el pasado, excepto quizá mi tío, o puede que sea el hecho de que todavía estoy en shock por lo que ha pasado, pero no quiero que nuestra interacción termine.

—¿No podemos comer juntos en la cocina? Le prometo que puede confiar en mí. Yo... no huiré.

—No.

—Por favor —se me quiebra la voz y me maldigo en silencio por sonar tan desesperada y débil.

—No —hay un filo duro en su voz, y sé que no va a ceder.

—¿Puedo al menos verle la cara?

—Lo siento. Es por su propia seguridad. Por favor, confíe en mí, Elle.

Me quedo boquiabierta.

—Sabe mi nombre.

No sé por qué me sorprende. Por supuesto que sabe mi nombre. El hombre ha admitido que me ha estado acosando durante Dios sabe cuánto tiempo y, aun así, sigue siendo un shock oírselo decir con esa voz grave y profunda.

—Vuelvo en unos minutos.

—No se preocupe, creo que prefiero descansar un poco más.

—Muy bien. Avíseme cuando tenga hambre —cierra la puerta, echando el cerrojo una vez más.

Me quito la venda y parpadeo al ver que la luz del techo está encendida.

La bombilla no es brillante, pero baña la habitación con un suave resplandor.

Cuando miro a mi alrededor, veo que la habitación es bastante pequeña; la cama y la mesita de noche ocupan la mayor parte del espacio. Hay una pequeña cómoda, pero nada más. Me doy cuenta de la notable ausencia de objetos personales, a excepción de una única fotografía enmarcada de una mujer sobre la mesita de noche, que parece granulada y gastada, como si hubiera sido tomada hace décadas. Aparte de eso, no hay cuadros colgados en las paredes ni frascos de colonia en la cómoda. No hay libros apilados junto a la cama ni siquiera una taza de café solitaria de una perezosa mañana de domingo.

Cuando abro los cajones, están completamente vacíos de ropa.

—¿Quién es usted?

Su chaqueta está tirada en el suelo; la recojo y me la pongo, aspirando ese olor familiar antes de sentarme en el borde de la cama. Las mangas me quedan enormes y no puedo evitar recordar lo que fue estar acunada en sus brazos, sentir su cálido cuerpo contra el mío.

—Me estoy volviendo loca —murmuro por lo bajo mientras me arropo con la chaqueta.

Pero no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que su olor no es lo único que me resulta familiar en él. Hay algo más, pero no logro descifrar qué es.

Busco rápidamente en los bolsillos un billete de metro suelto o el recibo de un restaurante. Cualquier cosa que pueda darme una pista

sobre quién es mi acosador misterioso.

Cuando no encuentro nada, me dejo caer de espaldas en la cama y me quedo mirando al techo, preguntándome si he perdido la cabeza por completo, porque no puedo evitar confiar en que este desconocido realmente quiere mantenerme a salvo.

Capítulo Seis

LEV

No recuerdo cuándo dormí por última vez. Debió de ser hace casi cuarenta y ocho horas, pero mi mente va a mil por hora como si me acabara de tomar un café exprés triple. Tener a Elle tan cerca me pone nervioso, y no solo porque me preocupe su seguridad.

No puedo dejar de imaginármela en mi cama. Qué no daría por meterme con ella, por apretar su cuerpo contra el mío y enterrar la nariz en su pelo...

No tengo derecho a tener esos pensamientos.

Elle no es mía y nunca lo será, por mucho que deseara que fuera de otra manera.

Tras encerrarla de nuevo en el dormitorio, me quedo junto a la puerta y pego la oreja a ella. Por la forma en que da pisotones, parece frustrada.

Sé que esperaba encontrar algo en uno de los cajones que delatara mi identidad, pero llevo años ocultándome. Aprendí hace mucho tiempo a no tener nada de valor sentimental, porque solo me trae recuerdos que preferiría olvidar, así que no tengo fotos de mi

infancia. Ni reliquias familiares ni preseas antiguas que mi bisabuela heredó el día de su boda.

Una vez tuve una familia. Pero de eso hace mucho tiempo, y prefiero fingir que nunca existieron. Así duele menos.

Por mucho que quiera quedarme fuera de la puerta del dormitorio escuchando a Elle, no puedo permitirme perder más tiempo. Si quiero tener alguna oportunidad de averiguar quién demonios conducía el coche que se la llevó, tengo que moverme rápido.

Saliendo de la cabaña con el mayor sigilo posible, rodeo el porche hasta llegar al lado opuesto del dormitorio.

No quiero arriesgarme a que Elle oiga la conversación y entre en pánico. Ya se ha despertado por una pesadilla, sin duda provocada por el secuestro, y no quiero causarle más angustia.

Solo hay una persona en la que puedo confiar para que investigue esto, así que saco mi móvil de prepago del bolsillo y marco de memoria el número de Pyotr.

—Lev —gruñe después de contestar a la llamada.

—Parece que estabas durmiendo.

—He estado en un trabajo los últimos dos días. Estoy hecho polvo, así que, sea lo que sea que vayas a pedirme, ¿puede esperar?

—No.

—Me lo imaginaba...

Pyotr es una de las pocas personas con las que sigo en contacto de cuando era adolescente. Era amigo de mi hermano Maxim, pero, de alguna manera, con los años se distanciaron y nosotros nos unimos más. Quizá fue por el trato obligado, pero Pyotr nunca me trató como a un extraño, que es como me sentí la mayor parte de mi vida.

Siempre me he preguntado si fue porque él se sentía igual, pero nunca he indagado.

Sabe que puede hablar conmigo, y a veces eso es suficiente para construir el tipo de confianza que tenemos.

—Más vale que te prepares una cafetera, esto puede llevar un rato.

Mi amigo permanece en silencio mientras le hago un breve resumen de lo que le ha pasado a Elle y le recito la matrícula del falso Uber. Es tan bueno en lo que hace que probablemente podría haber localizado al culpable solo con el color del coche y nada más. Por eso es uno de los investigadores privados más cotizados del estado.

—Necesito saber quién es el responsable, Pyotr.

—Eso me lo imaginaba.

—Devuélveme la llamada a este número en cuanto tengas algo.

Siguiendo mi propio consejo, vuelvo a entrar en la cabaña y pongo agua a hervir para prepararme un café mientras espero con impaciencia a que suene el teléfono.

Elle está en silencio, y no me cabe duda de que se ha vuelto a dormir.

Ojalá pudiera dejarla salir y que pudiéramos disfrutar de la compañía del otro, sentados en el sofá frente a la chimenea, hablando hasta altas horas de la noche. Pero la idea de que me vea hace que se me oprima el pecho hasta el punto de doler.

Pyotr hace honor a su reputación y me devuelve la llamada antes de que haya tenido tiempo de terminarme la segunda taza de café.

Cojo la taza medio vacía, salgo y me siento en los escalones de la entrada mientras contesto a su llamada.

—Los tipos que te cargaste pertenecen a una banda criminal con vínculos conocidos con la mafia. Resulta que planeaban usar a Elle como rehén para exigirles bienes a la familia Conti.

—Me lo imaginaba —me paso una mano por la cara—. Supongo que no me habrás conseguido una ubicación, ¿no?

—La tengo, pero dudo en dártela.

—Pyotr —cierro la mano que me queda libre en un puño.

—Está bien, te enviaré la ubicación, pero tengo que advertirte. Hay al menos seis miembros allí ahora mismo, puede que más, y supongo que piensas asaltar el lugar. Sé que no te gusta que te den consejos, pero serás hombre muerto si entras ahí solo.

—Sé cuidarme solo.

—Puedo ir contigo...

—Necesito que vengas a la cabaña y vigiles a Elle.

Pyotr resopla. —¿Quieres que haga de niñera de tu rehén?

—*No* es una rehén.

—Intenta decírselo a ella.

—Agradezco que quieras ayudar, pero no hay nadie más en quien confíe lo suficiente para que cuide de Elle mientras no estoy.

—Me siento halagado. Déjame al menos llamar a algunos de mis hombres para que ayuden. La mayoría me deben uno o dos favores, así que lo harían sin hacer preguntas, si eso es lo que te preocupa.

—No es necesario. Puedo encargarme de esto yo solo.

Siempre lo hago.

Una hora después, Pyotr llega justo cuando termino de cargar el coche con dos escopetas y un puñado de cuchillos que guardo escondidos bajo las tablas del suelo de la cocina. Lleva el pelo más corto desde la última vez que lo vi y va bien afeitado, lo cual es inusual. Normalmente, luce un aspecto más rudo, parecido al mío, lo

que me hace preguntarme por el reciente trabajo que acaba de terminar.

Observa el maletero lleno de armas, pero no dice nada mientras termino de revisar mis pertrechos. Más bien, se le ve un atisbo de decepción en la cara cuando me subo al asiento del conductor, le dedico un seco asentimiento con la cabeza antes de dar marcha atrás para alejarme de la cabaña, e intento no pensar en el hecho de que estoy dejando a Elle.

Tardo más de una hora en llegar al lugar que Pyotr me ha indicado como la guarida de la banda. Aprovecho el tiempo para despejar la mente.

No puedo permitirme dejarme llevar por las emociones, no si quiero volver con Elle antes del amanecer.

Para cuando aparco y cojo las armas del maletero, mi cuerpo está casi entumecido, como si me observara desde arriba.

No soy dueño de mis movimientos mientras cruzo la calle sigilosamente y entro en la lavandería de aspecto abandonado que, para cualquier transeúnte, parecería olvidada desde hace mucho.

Pero yo sé que no es así.

No me cuesta mucho forzar la puerta, y avanzo con sigilo por el suelo inmundo, ajustándome la escopeta en la mano. Apenas noto su peso mientras me acerco a la puerta que hay detrás del mostrador y que conduce a los hombres que organizaron el ataque a Elle.

Un movimiento en falso y es probable que acabe con una bala entre ceja y ceja, y eso, sencillamente, no es una opción.

Va a ser rápido y sucio.

Mi forma preferida de luchar.

Respiro hondo por última vez, tranquilizando la mente mientras me concentro en el peso del arma en mis manos, y reviento la puerta de una patada.

Antes de que ninguno de los hombres sentados alrededor de la mesa sepa siquiera lo que está pasando, dos de ellos ya están muertos.

Disparo un tercer tiro directo al cuello del tipo que está sentado de espaldas a mí mientras llego al final de la escalera. Para cuando su cuerpo cae al suelo con un golpe sordo, ya he metido dos balas en la cabeza de otros dos tipos, reventándoles el cráneo.

La mayoría de los hombres ya están muertos antes de tener la oportunidad de reaccionar, a pesar de la media docena de pistolas esparcidas por la mesa.

Me pitan los oídos por los disparos mientras la sangre me salpica la cara, cubriéndome la piel, así como el suelo y las paredes.

Apenas me inmuto ante el retroceso del arma mientras la fuerza de las balas destroza un cráneo tras otro.

Mi rabia toma el control, sacándome de mi cuerpo y dejándolo funcionar por instinto.

Mis reflejos siempre han sido excepcionalmente agudos, gracias a pasar la mayor parte de mi vida siendo el saco de boxeo de mi padre.

La ira que nunca pude desatar sobre él permanece latente en mis venas para momentos como este, donde puedo descargarla sobre escoria como la que yace muerta a mis pies.

Jadeando, echo un vistazo a los cuerpos que cubren el suelo, la mayoría irreconocibles por las heridas de bala que les he infligido.

Nueve muertos.

Todos merecen algo mucho peor que una bala en la cabeza por atreverse a acercarse a Elle, pero no tengo tiempo que perder torturándolos. Necesito volver con ella, así que reprimo mi profundo deseo de venganza y me concentro en obtener algunas respuestas.

Queda uno más, dependiendo de lo bien que coopere.

He aprendido que en una banda siempre puedes encontrar a uno que valore su vida por encima de la lealtad, y sé por la forma en que este cabrón se esconde debajo de la mesa después de mi primer disparo que él es el eslabón débil. No se ha atrevido a moverse de su escondite mientras la sangre de sus amigos forma un charco a su alrededor.

Jodidamente patético.

—Le sugiero que coopere —digo mientras me agacho, agarro al último superviviente por el cuello de la camisa y lo arrastro de debajo de la mesa.

Balbucea como un niño asustado, con las lágrimas ya corriéndole por las mejillas.

—P-por favor —gimotea, levantando las manos temblorosas mientras mira el cañón de mi arma.

La entrepierna de sus pantalones se oscurece y arrugo la nariz cuando me llega el hedor a orina.

No creo haber visto nunca una imagen tan patética.

—¿Por qué atacasteis a Elle Conti? —Le pongo el pie en el pecho para mantenerlo en el suelo mientras le apunto a la cabeza con la pistola.

—Nosotros… nosotros queríamos… —Traga saliva, su cara pierde el último resquicio de color al mirar el cuerpo a su derecha.

La masa encefálica mancha la alfombra y le dan arcadas.

Se me está acabando la paciencia. —Hable. Si no, se unirá a él.

—Las armas —dice con voz ahogada, volviendo a mirar mi pistola—. Q-queríamos a-acceso.

Tendría que haberlo sabido.

Massimo Conti ha construido una de las mayores redes de fabricación de armas, no solo en Nueva York, sino en todo el país. Los intentos de infiltrarse en ella no son raros, pero secuestrar a un miembro de su familia como cebo sí lo es. Solo alguien verdaderamente poderoso sería tan estúpido como para arriesgarse a tal movimiento.

—¿Por qué Elle? ¿Por qué no la hija de Massimo?

—Está casada con… con un… —Traga saliva, y no se me escapa el destello de miedo en sus ojos.

—Koslov, ya lo sé.

Aprieto el gatillo.

PYOTR ESTÁ SENTADO a la mesa de la cocina cuando vuelvo a la cabaña. Me mira y pone los ojos en blanco al ver mis manos y mi camisa ensangrentadas.

—Eres libre de irte.

Juraría que suelta una risita mientras paso de largo junto a él y entro en el baño para quitarme el olor a cobre que se me ha pegado a la piel.

El agua abrasadora me deja la piel en carne viva mientras me limpio toda la sangre. Al final, el agua sale limpia, pero sigo sintiéndome sucio.

Si Elle no estuviera aquí, me pasaría otra hora bajo el agua, incluso después de que se enfriara, lavándome la piel una y otra vez hasta

dejarla en carne viva.

Pero tengo que llevar a Elle de vuelta a su apartamento antes del amanecer. Ahora que me he encargado de los hombres que estaban detrás de su secuestro, no hay razón para que se quede en la cabaña, y mantenerla encerrada para mi propia satisfacción no es una opción.

Tiene una vida que vivir. Una sin mí en ella.

ELLE ESTÁ CALLADA durante el trayecto de vuelta a la ciudad. No sé si es porque está enfadada o simplemente perdida en sus propios pensamientos.

El silencio me viene bien, pero no puedo evitar echar de menos el sonido de su voz.

Debería estar agradecido por poder estar tan cerca de ella, aunque solo sea por poco tiempo, pero quiero más.

Siempre quiero más.

Elle no pregunta cómo sé dónde vive ni por qué la estoy guiando por la escalera de incendios hacia su pequeño balcón. Aun así, permanece en silencio y empiezo a sentirme inquieto.

Aunque eso pronto se convierte en frustración cuando descubro que la ventana de su balcón está abierta de par en par.

—No deberías dejar esta ventana sin el pestillo echado.

—Es por si hay alguna emergencia. —A ella le cuesta pasar las piernas por encima del alféizar—. De todas formas, necesito coger la llave de repuesto de la puerta, ya que mi bolso ha desaparecido, igual que mi móvil.

—No es seguro tener la ventana abierta. —Me pongo nervioso al pensar en dejar a Elle—. Cualquiera podría subir por tu escalera de incendios.

—¿Como tú?

No digo nada, y las comisuras de sus labios se contraen.

—Si lo piensas bien, nada es seguro. Podría atragantarme con un trozo de sushi o tropezar en la acera y abrirme la cabeza.

Me erizo ante sus palabras, ante las imágenes que está metiendo en mi cabeza, pero decido permanecer en silencio mientras la guío hasta su cama, donde se sienta en el borde.

Cuántas veces he imaginado meterme en la cama a su lado, rodearla con mis brazos y escuchar los suaves sonidos de su respiración mientras duerme plácidamente.

Aclarándome la garganta, me giro hacia la ventana y siento que el pecho se me oprime ante la idea de marcharme.

Antes de que empiece a hacer más preguntas que no puedo responder.

—Debería irme.

—Espera.

Me quedo paralizado, con los sentidos en máxima alerta mientras Elle se pone de pie.

Miro por encima del hombro y la veo tambalearse; la falta de visión hace que pierda el equilibrio.

Me lanzo a sujetarla antes de tener tiempo de contenerme.

Mis manos le sujetan suavemente los hombros, manteniéndola quieta mientras recupera el equilibrio.

—Ya de por sí soy torpe… —murmura—. Solo… quería…

Se inclina hacia mí y me rodea la cintura con sus brazos, abrazándome con fuerza.

Tardo un segundo en reaccionar.

No recuerdo la última vez que alguien me abrazó, y todo mi cuerpo se tensa ante el contacto cercano.

Apenas me llega al hombro, y la siento tan pequeña, tan frágil, mientras mis brazos la rodean instintivamente.

—Solo quería darte las gracias —susurra, con la mejilla apoyada en mi pecho—. Por salvarme la vida.

Tenerla tan cerca me hace dudar de mi decisión de dejarla marchar. Es egoísta por mi parte desearla así, buscar consuelo en sus caricias cuando ella solo lo hace por obligación.

Nunca podría quererme como yo la quiero a ella, porque, en última instancia, eso es lo que siento por Elle.

Amor.

Porque si me conociera de verdad, lo único que sentiría por mí sería odio.

—Por favor, ¿puedo quitarme la venda? Quiero ver quién eres.

Aparto los brazos y me alejo, porque no puedo pensar con claridad cuando su cuerpo está presionado contra el mío, cuando su aroma inunda mis fosas nasales como una droga.

—Créeme, es mejor así. —Mis palabras salen más frías de lo que pretendo, pero no parecen desanimar a Elle.

Se muerde el labio inferior, y estoy tan hipnotizado por su boca que no me doy cuenta de que se está poniendo de puntillas, llevando las manos a mis hombros para estabilizarse mientras se inclina.

Parpadeo, y sus labios están sobre los míos.

El contacto es vacilante, pero cuando no me aparto, entreabre los labios y algo dentro de mí estalla.

Entrelazo los dedos en su pelo oscuro, sujetándola mientras mi lengua roza suavemente su labio inferior en una invitación silenciosa.

Elle entreabre los labios con avidez y, cuando mi lengua roza la suya, no puedo reprimir el gemido que nace en mi garganta.

Sabe incluso más dulce de lo que imaginaba, y devoro su boca como si fuera mi última cena, acariciando su lengua con la mía del mismo modo que lo haría si estuviera entre sus muslos.

Sus dedos se aferran a mi camisa, atrayéndome hacia ella mientras le inclino la cabeza hacia atrás para tener mejor acceso.

Se me somete sin rechistar, y mi mente se llena de pensamientos que no debería permitirme mientras exploro su boca, mordisqueándole suavemente los labios con los dientes, lo que hace que su cuerpo se derrita contra el mío.

Todo en ella es suave. Sus labios, sus mejillas, su pelo.

No deseo otra cosa que explorar cada centímetro de su piel con mi boca, saber si su coño sabe igual de dulce…

Me aparto, jadeando mientras intento recuperar el aliento.

Mi polla late dolorosamente, y si Elle se acercara más, sentiría lo mucho que la deseo.

Ya he cruzado demasiados límites, y no puedo arriesgarme a cruzar ninguno más.

—Tengo que irme. —Desenredo los dedos de su pelo y me aparto fuera de su alcance.

Elle se queda inmóvil, con los labios hinchados por nuestro beso y el pelo oscuro revuelto.

No creo haberla visto nunca tan guapa, y por eso mismo necesito largarme de aquí antes de hacer algo de lo que me arrepienta.

Capítulo Siete

ELLE

No me quito la venda hasta mucho después de que los pasos desaparecen por la escalera de incendios, con el cuerpo todavía paralizado por lo que acaba de suceder.

Lo *he besado*. A mi captor anónimo, o mi salvador, según se mire. Todavía no sé cómo etiquetarlo, aunque en realidad no importa.

Lo que sí importa es lo increíble que ha sido.

La forma en que tomó el control de inmediato, tan desesperado por explorar mi boca con su lengua, hizo que se me pusieran los ojos en blanco y se me acelerara el pulso.

Ningún beso me ha parecido nunca tan intenso, y estoy desesperada por más.

Muchísimo más.

Si estuviera en mi sano juicio, iría ahora mismo a casa de mi tío a contarle con todo lujo de detalles los sucesos de las últimas cuarenta y ocho horas. Todo, desde el secuestro hasta el hombre misterioso que me mantuvo encerrada en su cabaña en medio del bosque.

Pero no estoy en mi sano juicio. Acabo de demostrarlo por la forma en que me he liado con un hombre que ha admitido abiertamente que me acosaba.

Si Massimo llegara a descubrir la verdad, *él* estaría muerto, y por alguna razón enferma y retorcida, eso es lo último que quiero.

Una risa histérica se me escapa de los labios mientras finalmente me quito la venda.

En parte, desearía que se hubiera colado dentro mientras yo revivía mentalmente todo el asunto. Pero cuando echo un vistazo, encuentro el espacio vacío y exactamente como lo dejé el viernes por la mañana.

Mi cesto de la ropa sucia sigue a rebosar, mi maquillaje todavía está esparcido por el tocador de cuando me preparé a toda prisa para mi turno, y la pila de libros junto a mi cama sigue esperando a ser leída.

Todo es tan aburrido y mundano. Casi podría fingir que nada de esto ha sucedido y, ahora que estoy de vuelta en mi dormitorio, parece que así ha sido. Es como si lo hubiera soñado todo.

La única prueba que tengo de que fue real es el ligero hormigueo en mis labios y el sabor persistente de *él* en mi lengua.

—Necesito quitarme esta ropa —murmuro. Paso las manos por la cara y suelto un suspiro.

Mientras la ducha se calienta, llenando el baño de vapor, me quito la blusa y la falda y las tiro directamente a la basura.

No quiero ningún recordatorio físico de mi estancia en ese motel, excepto, quizá, el recuerdo de ser llevada en *sus* brazos…

—Basta, Elle.

Entro en la ducha, gimoteando cuando el agua hirviendo cae en cascada por mi espalda y relaja los músculos tensos de mis

hombros. Cojo rápidamente el gel de baño y uso casi la mitad del bote mientras me enjabono la piel, lavando la pesadilla del secuestro.

Cuando mis manos se mueven sobre mi cuello y pecho, me detengo.

Algo va mal.

La esponja se me cae de la mano mientras mis dedos recorren la piel desnuda de mi cuello, donde suele estar mi collar.

—Oh, no, no, *no* —gimo mientras miro el suelo de la ducha, buscando ansiosamente mi collar y sin encontrarlo.

El colgante es demasiado grande para haberse caído por el desagüe, lo que significa que podría estar en cualquier parte, incluida esa misma habitación de motel.

—Oh, Dios mío —sollozo al pensar que lo he perdido para siempre. Perteneció a mi madre y lo he llevado todos los días desde que me lo dio cuando cumplí ocho años. Era la única posesión que llevaba encima cuando me sacaron del incendio, así que es todo lo que me queda para recordarla.

O lo era...

Con el corazón encogido, cierro el grifo y salgo de la ducha.

Mi cuerpo y mi mente están tan agotados que sé que sería inútil intentar buscar mi collar ahora mismo. Así que, mientras me preparo para ir a la cama, prometo buscarlo mañana con la esperanza de que aparezca.

Porque la idea de que se haya perdido para siempre me parte el corazón en dos.

A PESAR DEL AGOTAMIENTO, apenas duermo. Cada vez que cierro los ojos, me invade una oleada de pánico que me deja cubierta de un sudor frío. Tumbada en la oscuridad, intento recordarme a mí misma que he vuelto a casa, que estoy a salvo, pero aun así mi corazón se acelera como si estuviera de nuevo en esa habitación de motel.

Es ingenuo por mi parte pensar que podría fingir que no ha pasado nada. Quizá porque que me inmovilicen en una cama y me amenacen con violarme no es lo peor que me ha pasado.

Mi psicóloga me dice que no reste importancia a mis sentimientos comparando cada mala experiencia con el incendio que acabó con mi familia, pero no puedo evitarlo.

Cuando sobrevives a un trauma como ese, te endureces rápido. Si puedo sobrevivir a eso, entonces, seguro que puedo sobrevivir a cualquier cosa.

Para cuando sale el sol, ya he salido por la puerta y estoy cruzando la ciudad en dirección a casa de Lucia.

El aire es gélido, pero el sol brilla, así que me envuelvo en un abrigo largo de color canela con una bufanda gruesa, con la esperanza de que un poco de vitamina D me ayude a sentirme mejor.

Paso por nuestra cafetería favorita de camino a su casa y cojo dos cafés con leche y moca y un café solo para Mikhail, además de unos bollos. Supongo que no está de más congraciarme primero con mi prima con su pastelito de cereza favorito antes de decirle que me secuestraron.

Se va a cabrear como una mona por no habérselo contado en cuanto llegué a casa, pero no quería que se preocupara. Ya ha pasado por bastante en los últimos años, y odio sentirme como una carga.

El corazón se me acelera mientras llamo a la puerta principal.

He intentado ensayar exactamente lo que le iba a decir de camino hasta aquí, pero todo suena tan ridículo. No solo el incidente del secuestro, sino el hecho de que no tengo ni idea de quién me rescató en realidad. Suena como un extraño sueño febril, y sigo pensando que en algún momento voy a despertar para darme cuenta de que *él* nunca fue real.

No puedo evitar sentirme decepcionada ante esa idea.

Todavía estoy intentando ordenar mis ideas cuando la puerta principal se abre, revelando a una Lucia con aspecto desaliñado. Lleva el pelo recogido en un moño despeinado y viste un pijama de satén rosa.

—Elle. —Me mira entrecerrando los ojos mientras la luz del sol le inunda la cara—. Ni siquiera son las siete de la mañana.

—Me imaginé que estarías despierta. ¿Puedo pasar? He traído café. —Levanto la bolsa con los pasteles y Lucia se hace a un lado.

Coge un café de la bandeja mientras paso por su lado antes de cerrar la puerta detrás de mí.

La casa está inquietantemente silenciosa, y echo un vistazo a mi alrededor mientras me conduce al salón, donde Mikhail está sentado en el enorme sofá, completamente vestido con una camisa y unos pantalones negros y bebiendo un café solo. Aunque lo conozco desde hace unos años, no me resulta menos intimidante con su complexión musculosa y sus innumerables tatuajes.

—¿Dónde está Vivi? —pregunto, fijándome en los juguetes y libros esparcidos por el suelo.

—Sigue dormida. La pequeña mocosa estuvo de fiesta en la cuna hasta las tres.

Mikhail bufa. —Ha salido a su madre.

Reprimo una risa, y Lucia le pone los ojos en blanco a su marido.

Me siento en el sofá y dejo los cafés y los pasteles sobre la mesa. —¿Cómo le va todo, Mikhail?

Se encoge de hombros.

—Lo de siempre. —Nunca ha sido muy hablador, y por eso creo que encaja tan bien con mi prima. Lucia es de lo más extrovertida y, por lo que he oído decir a los hermanos de Mikhail, ha hecho maravillas para que se suelte.

Me da curiosidad saber cómo era él antes de conocer a Lucia.

Lucia se deja caer entre Mikhail y yo y coge una danesa. —¿Y bien? ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Yo…, eh…, necesito hablar contigo de una cosa. —Cojo mi taza de café solo para tener algo en las manos que me impida juguetear con ellas.

—Os dejo a solas. —Mikhail apoya las manos tatuadas en los muslos.

—En realidad, puede que a usted también le interese oír esto.

Mikhail frunce el ceño y Lucia se pone rígida al instante.

—Elle, me estás asustando. —Me coge la mano—. ¿Va todo bien?

—Sí. Pero hay algo que deberíais saber.

Mikhail y Lucia guardan silencio mientras les cuento todo lo que ha pasado en los últimos días, desde que perdí el móvil en el bar hasta que me rescataron y me llevaron a una cabaña en el bosque.

El rostro de Lucia se va quedando sin color a medida que hablo, pero Mikhail permanece inquietantemente quieto, con el rostro como una máscara de piedra mientras lo asimila todo.

Mi prima me sujeta la mano. —¿Pero qué coño, Elle? ¿Por qué me entero de esto ahora?

—Bueno, perdí el móvil... —mascullo.

—¿Estás bien? Quiero decir, esto es… Joder, no sé ni qué decir. —Los ojos de Lucia brillan con lágrimas mientras me aprieta la mano.

—Estoy perfectamente. De verdad.

—Te juro que, si te vuelven a secuestrar, quiero que me llames en cuanto escapes.

No puedo evitar reírme. —Te lo prometo.

Lucia me suelta la mano y me rodea con sus brazos.

Me escuecen los ojos mientras le devuelvo el abrazo.

Siempre he sentido a Lucia más como una hermana que como una prima, y hasta nos parecemos. Siempre ha sido una parte muy importante de mi vida, pero más aún desde que me mudé aquí.

Sinceramente, sin Lucia, no sé dónde estaría hoy.

Al final, nos separamos, y Lucia se seca discretamente los ojos con la manga de la camiseta.

Mis ojos se dirigen a Mikhail, cuyo silencio me resulta desconcertante.

—¿Mikhail?

—Los hombres del motel… —Se pasa las manos por la mandíbula mientras mira al frente.

—Se encargaron de ellos.

Vuelve a quedarse en silencio, y sé que está repasando mentalmente cada pequeño detalle para evaluar la amenaza. —¿Y mencionaron específicamente el nombre de Lucia?

Miro el rostro de mi prima, bañado en lágrimas, y asiento. El pecho se me oprime cuando mis pensamientos se desvían hacia Vivi, que duerme plácidamente en el piso de arriba.

Si algo le pasara a Lucia…

No quiero que Vivi experimente nunca el dolor de crecer sin madre, así que haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a mantenerla a salvo.

—Nunca llegué a saber qué buscaban.

Lucia frunce el ceño. —Lo que yo quiero saber es quién demonios es ese tipo misterioso. Me pregunto por qué no quiso revelar su identidad.

—Se lo pregunté varias veces, pero se negó en rotundo.

—Es sospechoso, desde luego —masculla Mikhail—. ¿Admitió que la había estado siguiendo?

—Sí.

—Debe tener cuidado, Elle. Puede que solo la rescatara para ganarse su confianza, y no podemos estar seguros de sus motivos.

Lucia mira a Mikhail. —¿Crees que volverá?

—Es una posibilidad.

Se me acelera el pulso al pensarlo. No es que se lo fuera a admitir a Lucia, porque pensaría que estoy loca, pero *quiero* que vuelva.

A pesar de no saber qué aspecto tiene ni cómo se llama, la conexión que sentí con él es innegable. El beso que compartimos lo confirmó.

Un escalofrío me recorre la espalda al recordar cómo mi cuerpo cobró vida al sentir sus labios sobre los míos.

Mikhail me saca de mi momentáneo ensueño. —¿Hubo algo distintivo que recuerde de él? ¿Un acento, quizá?

—Tenía…, eh…, algunas cicatrices en las manos, por lo que pude ver.

—Puedo trabajar con eso. ¿Algo más?

—¿Cree que podría intentar recuperar mi móvil? Lo perdí en el bar.

—Por supuesto, y mientras tanto le conseguiré otro. Aunque insistiré en ponerle un dispositivo de rastreo en condiciones. La aplicación de localización se puede hackear, y no quiero correr ningún riesgo.

—Se lo agradezco, Mikhail.

Mikhail inclina la barbilla y me ofrece una leve sonrisa.

—Bueno, debería irme. Tengo que estar en el hospital pronto, y va a ser un turno largo.

Lucia frunce el ceño. —¿Crees que es buena idea ir a trabajar? Acabas de pasar por algo muy gordo, Elle. Seguro que deberías tomarte unos días libres, quedarte aquí conmigo y con Vivi o algo.

—Necesito mantenerme ocupada. Quedarme en casa sin nada que hacer... me pondrá ansiosa. —Me pongo de pie.

Mikhail me mira. —Puedo hacer que Feliks o Yakov vengan a vigilarla.

—De verdad, estoy bien.

—Elle... —empieza Lucia, pero niego con la cabeza.

—No necesito un guardaespaldas.

Mikhail asiente. —Bueno, la oferta sigue en pie. Y si alguna vez se siente insegura, por favor, no dude en llamarme.

—Lo prometo.

Pero es mentira, porque la verdad es que me siento más segura sabiendo que *él* está ahí fuera, vigilándome desde las sombras.

Capítulo Ocho

LEV

La obsesión se suele describir como una preocupación persistente y perturbadora por una idea o un sentimiento a menudo irracional.

No podría estar más en desacuerdo.

Mi preocupación por mantener a Elle a salvo no es perturbadora ni irracional. Es una *necesidad*.

Se la llevaron de delante de mis narices, la ataron como a un animal y casi la violan. La bilis me quema la garganta al tratar de no pensar en ella tumbada en aquella cama mientras ese hombre le pasaba las manos por su piel perfecta.

Nunca debería haberse acercado lo suficiente para tocarla, para hacerla gritar…

Me presiono los ojos con las manos, intentando ahuyentar el recuerdo.

Mi obsesión solía estar alimentada por algo parecido a la lujuria, pero después de los últimos acontecimientos, mis actos están más motivados por la culpa.

Una culpa tan fuerte que me está consumiendo vivo.

Pero no merezco menos. Al fin y al cabo, ese cabrón se acercó lo suficiente para tocarla por mi culpa. Elle sufrió por *mi* culpa, y nunca me lo perdonaré.

Por esa culpa vivo por y para Elle Conti. Día y noche, dondequiera que vaya, yo voy.

La observo mientras se arropa bajo las sábanas por la noche y duerme. La observo mientras viaja en metro al trabajo, disfrutando de su café moca favorito mientras escucha un pódcast. Incluso estuve allí cuando quedó con una amiga para tomar un café un día antes de ir a trabajar.

Necesito desesperadamente dormir y comer en condiciones, pero cada vez que pienso en dejar a Elle sola, me aterra que alguien me la vaya a arrebatar.

Lucho contra el cansancio porque no soporto la idea de causarle más dolor.

Porque *está* sufriendo.

Puede que no lo parezca por fuera, con su sonrisa radiante y su actitud despreocupada, pero la conozco. Quizá mejor de lo que se conoce a sí misma.

Me doy cuenta de la sombra que se cierne sobre su rostro cuando cree que nadie la mira. Del modo en que se pone la mano en el pecho y da suaves golpecitos con los dedos para intentar distraerse de la ansiedad que, sin duda, bulle en su interior.

Me mata saber que nunca podré ser yo quien la consuele cuando más lo necesita. Sobre todo por la noche, cuando las pesadillas la despiertan de golpe, dejándola temblando y boqueando en busca de aire.

No me cabe duda de que está reviviendo la noche en el motel, igual que yo cada vez que el sueño logra vencerme. El sonido de sus

gritos desesperados en la oscuridad casi me hace romper mi regla de permanecer oculto, porque odio saber que está sufriendo sola.

Sé demasiado bien lo que es eso.

Ojalá supiera cuánto lo siento, cuánto desearía que nunca hubiera pasado. Mi padre siempre me dijo que yo era un inútil y un estorbo, y mientras escucho los llantos de Elle, sé que tiene razón.

Debería haberlo hecho mejor, y pasaré el resto de mi vida intentando compensarla.

Anoche estaba tan convencido de que un hombre había estado siguiendo a Elle que no pude soportar la idea de esperar al otro lado de la calle del hospital hasta que terminara su turno.

Mis pies se movieron por voluntad propia, y me encontré sentado durante horas en Urgencias, fingiendo estar con un paciente, solo para poder vigilarla.

Ver a Elle trabajar era hipnótico. Me asombraba la calma con la que trataba a sus pacientes, cómo conseguía tranquilizarlos, a pesar de estar en un entorno tan ajetreado. Me hizo preguntarme qué parte de su personalidad dulce y atenta es resultado del trauma que sufrió de niña.

Un trauma que revivo cada día.

Cuando el sueño por fin me vence, a menudo sueño que Elle nunca logró salir del incendio. Siempre estoy paralizado, obligado a ver cómo las llamas la consumen. Veo arder su precioso pelo caoba, y su piel impecable derretirse de sus hues…

—¿Le pongo algo más?

Parpadeo y me encuentro a una camarera de pie junto a mí, impidiéndome ver a Elle.

—Apártese —le digo agitando la mano mientras intento mirar a su alrededor para asegurarme de que Elle sigue en su sitio junto a la

ventana.

—No tiene por qué ser tan maleducado, ¿sabe? —resopla la camarera, se da la vuelta y se aleja.

Unos cuantos clientes cercanos miran en mi dirección, y me ajusto el sombrero, bajándome más el ala sobre los ojos para ocultar el rostro.

Afortunadamente, Elle está demasiado absorta en su libro para haberse dado cuenta, y respiro aliviado por no haberme delatado.

Hoy es uno de los pocos días libres de Elle.

La seguí hasta una cafetería y me senté unas mesas detrás de ella. Lo bastante cerca para intervenir si pasara algo, pero no tanto como para que sospeche de mi presencia. No es que se dé cuenta de que estoy ahí.

Me pregunto si podrá sentir que estoy cerca. Al fin y al cabo, se me escapó que la había estado siguiendo durante años. Aunque no me dio la impresión de que mi confesión la asustara. Es más, pareció reconfortada por ella.

Es bueno ver a Elle relajarse un poco. Trabaja muchísimo y muy rara vez se dedica tiempo a sí misma, siempre anteponiendo las necesidades de los demás a las suyas. A pesar de la pila de libros que tiene junto a la cama y de las diversas estanterías repletas de su apartamento, casi nunca la veo leer, aunque está claro que le encanta.

Me consuela saber que tenemos eso en común. Cuando era más joven, solía robar libros de la colección personal de mi padre y me pasaba las horas en las que se suponía que debía estar durmiendo perdido en mundos de ficción llenos de familias felices.

Muchos de los libros que robé estaban en ruso y, aunque hablaba el idioma con fluidez, nunca me enseñaron a leerlo.

Nunca me enseñaron a leer, y punto.

Mi padre envió a mis hermanos a los mejores colegios del país, y a mí me dejaron atrás, encerrado en ese infierno que se suponía que era mi hogar. Mientras mi hermano y mi hermana aprendían matemáticas e historia, yo aprendí a colocar un hombro dislocado y a coser una herida con un clip y un poco de hilo dental.

Todo lo que aprendí, me lo enseñé a mí mismo con los libros que podía robar y leer por la noche.

Es decir, cuando me permitían tener luz.

Los párpados me pesan a pesar del café solo triple que acabo de tomar.

De verdad que necesito dormir un poco. Es probable que Elle pase la noche en su apartamento, que está en uno de los barrios más seguros de la ciudad. Quizá podría dormir unas horas esta noche…

Mi actual móvil de usar y tirar vibra en mi bolsillo y lo saco rápidamente, mirando la pantalla para ver el nombre de Pyotr parpadeando en ella.

Sin apartar la vista de Elle, cojo la llamada y me llevo el móvil a la oreja.

—Igor se está moviendo. Lo han visto visitando la guarida de la banda que estuvo detrás del secuestro de Elle.

Me pongo tenso. Aunque no me sorprende que mi padre esté tramando algo, saber que está involucrado con esa banda no puede ser una coincidencia. Nunca me he fiado de mi padre, y sus anteriores desacuerdos con la mafia Conti no son precisamente un secreto.

Tengo que asegurarme de que no estuviera involucrado en lo que le pasó a Elle, pero si lo han visto entrar en la guarida, entonces no puedo descartarlo.

Sinceramente, cualquier cosa es posible cuando se trata de Igor.

—Necesito que sigas detrás de él —murmuro entre dientes mientras veo a Elle juguetear con la punta de su coleta al leer.

La luz del sol que entra por la ventana realza los ligeros tonos rojizos y dorados de su pelo, y no se me escapa cómo algunos de los clientes masculinos miran en su dirección.

Me clavo las uñas en la palma de la mano para intentar reprimir el impulso de estamparles los puños en la mandíbula.

—Te mantendré informado —me promete Pyotr.

—Te lo agradezco. ¿Y qué hay de Alexei Koslov?

Que Pyotr siga al mayor de los hermanos Koslov no es nada raro, teniendo en cuenta que el *pakhan* de la Bratva lleva años intentando encontrarme. Ha estado cerca varias veces, por eso nunca conservo mis pisos en la ciudad más de unos meses.

No puedo arriesgarme a que me encuentre, porque sé que, si lo hace, no viviré lo suficiente para contarle mi versión de la historia.

La historia en la que yo asesiné a sus padres.

—Me temo que nada que contar al respecto.

Elle mira a su alrededor y yo me tenso.

Ha cerrado el libro y sé que, en unos minutos, se levantará para marcharse.

—¿Y qué hay del hermano? —mi voz se vuelve aún más queda—. ¿El que entró en mi antiguo piso?

—No ha vuelto. Parece que, por el momento, han desistido.

Sé de sobra que los Koslov no han abandonado mi búsqueda. Querrán venganza, y no se detendrán ante nada para conseguirla.

—Te lo agradezco, Pyotr.

—Cuídate, Lev —dice mi amigo antes de que se corte la llamada.

Dejando escapar un suspiro de frustración al saber que mi padre podría estar involucrado de algún modo en el secuestro de Elle, me guardo el móvil en el bolsillo y saco el collar de Elle que he estado guardando estas últimas semanas.

Mientras la miro de reojo, veo que se frota el cuello distraídamente con la mano, una costumbre que le he visto hacer muchas veces. Solo que la delicada cadena de oro con la que normalmente juguetea cuando parece nerviosa está ahora en mi poder.

A lo largo de los años, me he preguntado a menudo qué guardaba Elle dentro del colgante que lleva tan cerca del corazón. Así que, cuando encontré el collar en el asiento trasero de mi coche, cedí a la curiosidad y abrí el colgante.

Dentro hay una foto de Elle y su madre de cuando era una niña, de la edad que tenía cuando la conocí hace tantos años...

Siento una punzada de culpabilidad por habérmelo quedado tanto tiempo, sabiendo lo mucho que significa para Elle, pero en secreto he disfrutado llevando un trozo de ella conmigo de esta manera, porque es lo más cerca que podré estar de ella jamás.

Ojalá pudiera tener más, pero ya he cruzado demasiadas líneas en lo que respecta a Elle. Aunque es poco probable que me recuerde de hace tantos años, no puedo arriesgarme. Mi identidad debe permanecer en secreto si quiero seguir vivo lo suficiente para proteger a Elle.

Nunca deberíamos habernos besado. Me dejé llevar tanto que podría haberse quitado la venda de los ojos fácilmente, y se habría acabado el juego.

No puedo permitirme bajar la guardia así de nuevo. Si llegara a saber quién soy y eso llegara a oídos de Alexei...

Mi cuerpo se estremece al pensarlo.

Mi atención se centra bruscamente en Elle cuando se pone de pie, guardando con cuidado su libro en el bolso y poniéndose el abrigo.

Es la hora de irse.

Hago una bola con la delicada cadena de oro y me la guardo de nuevo en el bolsillo, emocionado ante la perspectiva de tener una excusa para visitarla más tarde.

No será la primera vez que entre en su habitación mientras duerme, y estoy seguro de que no será la última.

Capítulo Nueve

ELLE

Su aliento abrasador me quema la mejilla mientras se inclina para susurrarme al oído.

—Seguro que te va la marcha —dice con sorna mientras me ata la venda a los ojos—. Las de apariencia inocente son siempre unas viciosas en la cama.

Todo se queda a oscuras.

Debería sentirme agradecida por no tener que verle la cara, por no ser testigo del sádico placer en sus ojos.

Me arde la garganta mientras lucho contra las náuseas al ponerse a horcajadas sobre mí. El peso de su cuerpo sobre el mío hace que me escuezan los ojos.

Estoy completamente indefensa ante él.

Sus muslos me inmovilizan las piernas y tengo las manos atadas con tanta fuerza al cabecero que es imposible liberarlas.

—Por favor... —se me quiebra la voz cuando la realidad de lo que está a punto de ocurrir se impone.

—Me pone jodidamente cachondo que supliques. —Pasa un dedo calloso por mi mejilla—. Llora todo lo que quieras, bonita. Las lágrimas solo consiguen ponerme más duro.

Solo es un sueño. Salí a tiempo, *él* no dejó que llegaran tan lejos como para hacerlo.

Pero no puedo escapar.

Cuando los dedos de mi agresor agarran los botones de mi blusa, reprimo un sollozo mientras la abre de un tirón.

Respira.

Sobreviviré a esto.

—Normalmente no me gustan las tetas pequeñas, pero con estas me apaño. —Sus dedos recorren la curva de mis pechos.

Tengo la falda subida hasta la cintura, dejando al descubierto mi ropa interior.

—Qué traviesas son estas. No sé si dejártelas puestas o no.

Gimo de dolor al tirar de la cuerda que me ata las manos a la cama; la piel de mis muñecas está en carne viva y agrietada.

—No seré delicado. No es mi estilo. Y no prometo que vayas a disfrutar...

Intento dar una patada, pero mi fuerza no es rival para la suya. Solo hay una forma de salir de esta situación, pero hasta que él *llegue, soy impotente.*

A estas alturas él *ya debería estar aquí.*

¿Por qué no ha llegado todavía?

—¡Para! —grito cuando me arranca las bragas.

Me preparo para el sonido del disparo, el que me dice que él *por fin está aquí, que por fin se ha acabado...*

Pero nunca llega.

Finalmente, caigo en la cuenta de que él *me ha dejado aquí.*

No va a venir a salvarme.

Nadie lo hará.

—Cuando acabe con ella, te toca —se ríe mi agresor antes de desabrocharse la hebilla del cinturón—. Joder, qué ganas tengo de estar dentro de ti...

Me incorporo de golpe en la cama y me llevo una mano al cuello mientras intento recuperar el aliento.

El corazón me late tan deprisa que estoy convencida de que va a pararse en cualquier momento, lo que solo hace que me entre más pánico.

Intento respirar hondo y aguantar la respiración unos segundos antes de soltar el aire, un truco que aprendí para calmar la ansiedad, pero ninguna pesadilla que haya tenido jamás me ha parecido tan *real*.

Las lágrimas me caen por la barbilla hasta el edredón mientras los efectos físicos de la pesadilla persisten.

Sus risas resuenan en mis oídos.

Me froto las muñecas, aunque solo sea para recordarme que estoy libre. No hay cuerdas atándome a una silla ni ningún hombre inmovilizándome en la cama para usar mi cuerpo para su placer en contra de mi voluntad.

Ha sido una pesadilla.

No era real.

Él *vino a salvarte.*

Por cómo me tiembla el cuerpo, parece que ninguna reafirmación mental va a ayudar a calmar mi sistema nervioso.

No soy ajena a las pesadillas, así que esperaba tener algunas durante un tiempo después del secuestro, pero han pasado tres semanas y las pesadillas no hacen más que empeorar.

Con cada noche que pasa, las pesadillas se hacen más y más largas, y me despierto aún más aterrorizada. Está llegando a un punto en el que me da miedo irme a dormir porque sé lo que me espera en cuanto cierro los ojos.

No puedo evitar sentir que me están castigando por haberme salvado. Como si de alguna manera hubiera engañado al destino y ahora me viera obligada a vivir lo que debería haber ocurrido.

—Estás bien —susurro en voz alta—. Estás a salvo. Estás en tu cama, en tu piso.

Me pregunto si las pesadillas son una forma que tiene mi subconsciente de alimentar la loca fantasía que he creado en torno a mi héroe anónimo.

¿Será que, como quiero estar cerca de él, empiezo soñando con aquella noche con la esperanza de revivir lo que sentí cuando *él* me salvó? ¿Cuando *él* me estrechó contra su pecho y me susurró al oído que todo iba a salir bien?

Pero en lugar de que el sueño termine con él llevándome de vuelta a la cabaña donde pasa el resto de la noche atendiendo todas mis necesidades, me despierto bañada en sudor frío, con el cuerpo temblando de miedo mientras intento deshacerme de la pesadilla.

He hecho suficiente terapia como para saber que mi cuerpo aún no se ha desprendido del trauma de lo que pasó, y la única forma de que lo haga es si trabajo de verdad las emociones difíciles en lugar de obsesionarme con mi hombre misterioso.

En algún momento, el agotamiento por la falta de sueño me pasará factura, y no es bueno para mí estar tan falta de sueño, sobre todo teniendo en cuenta lo intenso que es mi trabajo.

Estoy de pie doce horas seguidas, a menudo más, atendiendo a pacientes uno tras otro sin descanso. Si cometiera un error por estar cansada, podría ser perjudicial no solo para mi carrera, sino también para mis pacientes, y no puedo permitir que eso ocurra.

Si tengo alguna esperanza de volver a dormirme, necesito intentar calmarme. Cuando me encuentro en un estado tan alterado, lo único que me ayuda es una ducha caliente. Nunca falla para relajarme, así que aparto las sábanas y salgo con cuidado de la cama.

Estoy un poco inestable, pero consigo caminar sobre el suelo de madera hasta el baño a pesar del temblor de mis piernas.

El pulso no empieza a ralentizarse hasta que me meto bajo el agua caliente, dejando que caiga en cascada sobre mi cuerpo y relaje mis músculos tensos.

Cierro los ojos y me concentro en el sonido del agua hasta que el pulso empieza a volver a la normalidad y la ansiedad por fin se disipa.

Cuando por fin cierro el grifo, el cuarto de baño está completamente lleno de vaho y la piel se me ha puesto de un intenso color rosado.

Me pongo el albornoz y voy a la cocina a mirar la hora en el móvil.

Por suerte, Mikhail logró encontrar mi móvil en el bar. Se empeñó en borrarlo por completo, comprobar si tenía micrófonos ocultos e instalar todo tipo de rastreadores dentro del propio teléfono antes de devolvérmelo.

Debería estar agradecida de tener gente en mi vida que se preocupa de verdad por mí. Durante mucho tiempo, en realidad solo tenía a Lucia, y aún no me acostumbro a formar parte de una familia tan grande y unida como resultado de su matrimonio con Mikhail. Sé lo

que es perder a las personas que más quieres, y la idea de volver a experimentar un dolor así me cago de miedo.

Es la razón principal por la que nunca he salido con nadie ni he tenido una relación, aunque eso nunca se lo admitiría a Lucia. Es más fácil fingir que soy feliz casada con mi trabajo que admitir la verdad: que tengo demasiado miedo de abrirme a la idea del amor.

Toco la pantalla del móvil y gimo al ver que no son ni las cuatro de la madrugada. No tengo que ir al hospital hasta mañana por la tarde, pero le prometí a Lucia quedar para comer, así que voy a tener que intentar dormir un poco si quiero tener alguna posibilidad de seguirle el ritmo a su yo extrovertido. Al apagar la pantalla y volver a la cama, una corriente de aire frío entra por la ventana abierta y me estremezco, apretándome más el albornoz.

No deberías dejar esta ventana abierta sin el pestillo.

Sus palabras resuenan en mi mente mientras cruzo la habitación y me paro frente a la ventana, observando la calle de abajo.

Está a oscuras, salvo por el suave resplandor de las farolas, y no se ve ni un alma.

O al menos ninguna que yo pueda ver...

—¿Estás ahí fuera? —susurro, esperando que mis palabras le lleguen con la suave brisa de septiembre.

Me llevo los dedos a los labios mientras pienso en el beso que compartimos.

La conexión entre nosotros era innegable y, sin embargo, no he vuelto a saber nada de él en las tres semanas que han pasado desde entonces.

Un vacío se instala en mi estómago al pensar en no volver a sentir un beso como aquel, en no tener la oportunidad de explorar más a fondo esta conexión.

En cierto modo, esperaba que empezara a aparecer más a menudo después de cruzar esa línea, pero quizá lo interpreté todo mal.

A lo mejor el beso no fue tan bueno como yo lo recordaba y al final acabé alejándolo...

Supongo que solo hay una forma de averiguarlo.

Acercándome a la ventana, me llevo los dedos al cinturón del albornoz y me muerdo el labio al pensar que él está ahí fuera.

Sé que estoy actuando como una loca, pero no puedo evitarlo. Me excita que pueda estar observándome en secreto desde las sombras.

Me desato el cinturón y dejo que el albornoz se abra, exponiendo mi cuerpo desnudo a mi calle dormida.

Los pezones se me endurecen al instante por el aire frío, y me estremezco mientras dejo que el albornoz caiga al suelo, quedándome completamente desnuda frente a la ventana.

Quiero que me vea. *Quiero* que me desee de la misma forma en que yo lo deseo a él.

Mi mano asciende por mi vientre hasta ahuecarme los pechos mientras mis ojos se cierran, y la fantasía cobra vida en mi mente.

El calor se concentra en mi bajo vientre al pensar que me observa, y estoy desesperada por ir más allá, por provocarlo tanto que no le quede más remedio que aparecer.

Me pregunto qué haría conmigo.

¿Se enfadaría porque lo he atraído de nuevo a mi habitación? ¿Insistiría en vendarme los ojos o se vería tan superado por el deseo que ni siquiera su necesidad de permanecer oculto podría impedirle tomar lo que quisiera?

Un gemido se me escapa de los labios al pensarlo.

Me pesan los pechos y estoy desesperada por bajar los dedos, por aliviar el dolor que se acumula entre mis muslos.

Pero mientras me froto los pulgares sobre los pezones endurecidos, con el cuerpo temblando de placer, una sirena suena cerca y me saca violentamente de mi fantasía.

Chillo y me aparto de un salto de la vista de la ventana mientras el corazón me martillea en el pecho, pero no de miedo..., sino de emoción.

Nunca he hecho algo tan atrevido, pero, claro, nunca he sentido nada parecido a lo que sentí cuando lo besé.

Soy adicta, y parece que haré lo que haga falta para conseguir mi dosis.

Con una sonrisa en la cara, me meto de nuevo en la cama y me deslizo bajo las sábanas.

Mientras se me cierran los ojos, empiezo a soñar que estoy de vuelta en la cabaña con el hombre al que nunca he visto y en el que, sin embargo, no puedo dejar de pensar.

Capítulo Diez

LEV

Debo de estar soñando.

Mientras permanezco en la penumbra, mis ojos siguen fijos en la ventana del dormitorio de Elle, atónito por lo que acabo de presenciar.

Reprimo un gemido mientras me recoloco, con la polla dura como una piedra mientras la imagen del cuerpo desnudo de Elle, iluminado por la luz de la luna, se repite una y otra vez en mi mente.

¿Acaso ese numerito era solo para mí?

De todas las veces que la he observado, nunca ha sido tan audaz, tan atrevida. No puede ser una simple coincidencia que se esté desnudando delante de la ventana después de haberme besado...

No puedo evitar agarrarme la polla dolorida y apretarla con fuerza para intentar conseguir un mínimo de alivio. Pero no sirve de nada. Nada lo hará, salvo enterrarme dentro de ella.

He imaginado muchas veces cómo sería ver a Elle desnuda, pero nada se compara con la realidad.

Es tan hermosa, tan suave y delicada.

Qué no daría por poder tocarla, por oír los suaves gemidos que se escapan de sus labios mientras adoro cada centímetro de su piel.

Se me hace la boca agua al pensar en ponerme de rodillas y complacerla con la lengua delante de la ventana para que todo el mundo lo vea. Quiero que toda la puta ciudad la oiga gritar mi nombre para que sepan que me pertenece, y *solo* a mí.

Me cuesta un mundo no subir corriendo por la escalera de incendios para verlo por mí mismo.

Quizá este sea mi castigo por haberla besado, por haber cruzado la línea que podría poner en peligro no solo mi vida, sino también la suya. Si los Koslov se enteraran de mi paradero, se acabaría todo.

No me cabe duda de que les ha contado lo del secuestro, y es imposible que haya podido evitar contarles cómo consiguió escapar. Es probable que Alexei ya lo esté investigando, así que tengo que andarme con ojo si quiero permanecer oculto.

Pero no puedo evitar sentir que Elle *quería* que la vieran, como si la idea de ser observada la excitara.

Mi dulce y pequeña Elle tiene un lado travieso.

Por la forma en que se ahuecó los pechos, cómo echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, sé que se estaba perdiendo en una fantasía, y una parte egoísta de mí espera que estuviera pensando en mí, en el beso que compartimos.

El beso que ha atormentado mi mente como una enfermedad.

¿Habrá vuelto a la cama para terminar lo que empezó?

—Joder.

Mi polla gotea en mis pantalones.

Sería un error por mi parte entrometerme, aprovecharme de su vulnerabilidad, pero, por cómo me palpita la polla, me cuesta pensar con claridad.

Meto la mano en el bolsillo trasero y palpo la delicada cadena de su collar.

Todavía no se lo he devuelto, y sé que a Elle le inquieta que haya desaparecido.

—Quizá debería hacerle una visita después de todo... —Vuelvo a mirar hacia su ventana.

No hay señales de que siga despierta, pero espero otra media hora para asegurarme antes de cruzar la calle y empezar a subir por la escalera de incendios que lleva a su ventana.

Debería molestarme que haya dejado la ventana abierta después de que le advirtiera que no lo hiciera, pero cuando la veo profundamente dormida en su cama, con su cuerpo desnudo enredado en una sábana, esa molestia se transforma rápidamente en deseo.

Su pelo oscuro está esparcido sobre la almohada y sus labios carnosos, ligeramente entreabiertos.

Nunca he visto nada más hermoso, y me siento con cuidado en el borde de la cama y la observo durante un rato.

Es reconfortante verla con un aspecto tan tranquilo. Durante los últimos días, parecía muerta de cansancio, con oscuras ojeras bajo los ojos y una palidez en las mejillas. Ha estado cogiendo turnos extra en el hospital, lo que me preocupa.

Sé que no tiene problemas de dinero, teniendo en cuenta que su tío le compró este piso, así que eso me hace pensar que está intentando distraerse, llevar su cuerpo hasta el agotamiento para tratar de escapar de las pesadillas.

Se me ocurre una distracción mucho mejor que la ayudaría a sumirse en un sueño sin ensoñaciones.

Un suspiro entrecortado se escapa de los labios de Elle mientras se remueve ligeramente.

Contengo la respiración, con el cuerpo congelado mientras ella se gira para ponerse boca arriba, y la sábana resbala lo justo para dejar al descubierto la parte superior de sus pechos.

Aprieto los dientes, esperando que no baje más y los deje completamente al descubierto, ya que no sería capaz de contenerme y no agacharme a cogerle un pezón con la boca.

¿Le gustaría eso? ¿Despertarse y encontrarme dándole placer? Después de su numerito, tengo curiosidad por saber si eso es lo que esperaba.

Quizá no volvió a la cama para terminar de tocarse. Quizá estaba esperando a que me uniera a ella...

Reprimo un gemido al pensar en retirar la sábana y separar sus suaves muslos para encontrarla húmeda y lista para mí.

Mi mano se mueve hacia mi cinturón y, en silencio, me desabrocho los pantalones, demasiado superado por la necesidad como para pensar con claridad.

Mantengo los ojos en Elle mientras saco mi polla palpitante y, con la primera embestida de mi mano, casi me delato.

Todo mi cuerpo se estremece cuando un chorro de líquido preseminal se escapa de la punta, cubriendo mi mano.

Contengo un gemido mientras aprieto más fuerte, intentando no pensar en lo cerca que estoy de su cuerpo desnudo.

Es tan perfecta. La única forma en que podría verse mejor sería si estuviera sentada en mi regazo con mi polla enterrada en lo más profundo de su ardiente estrechez. Me aceptaría tan bien, dejándome abrazarla con fuerza contra mi cuerpo mientras la embisto tan duro que la haría gritar de placer.

Me masturbo al pensar en ella cabalgándome aquí mismo, en esta cama, con la cabeza echada hacia atrás, su largo pelo oscuro

cayéndole en cascada sobre los pechos mientras gime mi nombre una y otra vez.

Un hormigueo me recorre la espalda y muevo la mano más rápido.

Intento respirar hondo mientras paso la mano por la sensible punta, pero mi orgasmo se acerca rápidamente.

Qué no daría por quitar esta sábana y enterrar mi cara entre los muslos de Elle, por mover mi polla al compás de mi lengua para que ambos nos corriéramos jun...

Me muerdo el puño mientras me corro, y mi eyaculación cubre mi mano mientras sigo bombeando mi miembro.

Con cada chorro de semen, mi cuerpo se estremece, y es un milagro que consiga permanecer en silencio con lo intenso que es el placer.

Nunca he sentido nada parecido, pero no sería nada comparado con lo bien que sentaría correrme dentro de Elle, que fuera ella quien me hiciera llegar al límite de esta manera.

Si supiera el poder que tiene sobre mí.

La vergüenza me inunda el cuerpo mientras contemplo el rostro tranquilo de Elle, con la prueba de mi orgasmo cubriéndome la mano.

En silencio, cojo la caja de pañuelos de su mesilla de noche, me limpio rápidamente y me meto la polla de nuevo en los pantalones.

Antes de poder tomar otra decisión imprudente, me pongo en pie y me dirijo en silencio a la zona de la cocina, donde dejo su collar. No puedo tener ninguna excusa para volver a visitarla, por mucho que quiera.

Su móvil me llama la atención y frunzo el ceño.

¿No lo perdió en el bar? ¿No fue esa la razón por la que se dio cuenta de que el Uber no era de verdad?

He estado siguiendo sus movimientos meticulosamente desde el secuestro y no ha ido ni una sola vez al bar a recuperar el móvil. Aunque de alguna manera hubiera conseguido recuperarlo, quién sabe qué tipo de localizador podrían haberle puesto mientras tanto.

Sospecho al instante, cojo el dispositivo y le doy vueltas en la mano. Cuando toco la pantalla, se abre automáticamente en su página de inicio, que muestra un fondo genérico.

No tiene código de acceso y aún no ha personalizado la pantalla, lo que me hace albergar la esperanza de que sea un móvil nuevo. Estoy tentado de llevármelo y hacer que Pyotr lo revise en busca de micrófonos para estar seguro, pero me he quedado sin tiempo esta noche. En su lugar, abro rápidamente la aplicación del teléfono y copio su número en mi propia lista de contactos, solo para quedarme más tranquilo.

Sé que podría pedirle a Pyotr que me consiguiera esa información, pero no quiero que me haga preguntas. El hecho de que sepa de mi conexión personal con Elle por el asunto del secuestro me inquieta.

Si los Koslov se enteraran de alguna manera de que trabaja para mí, no me lo perdonaría jamás.

Apago el móvil de Elle y me guardo el mío en el bolsillo. Con una última mirada a Elle durmiendo, salgo por la puerta principal y bajo por la escalera de incendios interior hasta la salida trasera del edificio, que da a un callejón.

Si voy directamente a mi apartamento, que está cerca, quizá pueda dormir unas horas y volver aquí antes de que Elle se despierte.

A pesar de que la calle está desierta, me bajo la capucha sobre la cara por costumbre. Aunque, probablemente, no esté de más ser extremadamente precavido.

No puedo permitirme ser tan imprudente, lo que poco a poco se está convirtiendo en la norma cuando se trata de Elle Conti.

El sonido de mi móvil me despierta de golpe y parpadeo.

Me miro y compruebo que sigo completamente vestido con la ropa de ayer, y me martillea la cabeza como si me hubiera pasado la noche bebiendo chupitos de vodka.

El dolor sordo en la espalda me dice que me he quedado dormido en el sofá, *otra vez*, porque estaba demasiado agotado como para llegar a la cama.

—Joder —gimo mientras el móvil sigue sonando.

Al incorporarme, veo la pantalla parpadeante en el suelo. Solo hay una persona que podría estar llamándome, y el hecho de que siga oscuro fuera de la ventana, que el sol aún no haya salido, me preocupa.

Mis músculos protestan cuando me pongo en pie y cruzo el pequeño salón para coger el móvil.

Veo la hora y gimo. Son casi las seis, lo que solo me da treinta minutos para volver a casa de Elle antes de que se despierte.

A veces, sale directamente a por un café y ni de coña voy a dejar que cruce la ciudad a oscuras.

—¿Qué pasa, Pyotr?

—Buenos días. —Pyotr se ríe al otro lado.

Le ofrezco un gruñido como respuesta, lo que provoca otra risa de mi único amigo.

—Tengo algo de interés para ti.

—¿Es imprescindible que lo compartas conmigo a una hora tan intempestiva?

Tengo la garganta terriblemente seca y el estómago me ruge, pero no tengo tiempo para atender mis necesidades.

—Estaría encantado de poner toda esta mierda en un correo electrónico, pero claro, no soy yo el que insiste en trabajar de forma tan extraoficial.

—Lo sé. —Suspiro, empezando a recoger mis cosas—. Te agradezco que hagas esto por mí, Pyotr.

—Pensé que querrías saber que no eres el único que está investigando a Igor.

—Por qué no me sorprende —murmuro mientras me pongo los zapatos.

—Alexei tiene a varios hombres vigilando los… intereses de Igor.

Me enderezo, pasándome los dedos por el pelo.

—¿Intereses?

—Lo han pillado relacionado con algunos proveedores de droga nuevos de las afueras. Parece que se está expandiendo.

—¿Por qué le interesaría eso a Alexei? Los Koslov seguro que tienen negocio más que suficiente. ¿De verdad merece la pena ir a por el de Igor?

—No he podido reunir mucha información hasta ahora. Sobre todo, los nombres de los hombres que utiliza para vigilar los cargamentos. Pero estaré encantado de investigarlo más a fondo si es lo que necesitas.

—Creo que merece la pena investigarlo. Quiero saber qué trama Alexei.

Aunque el dinero puede ser un motivador suficiente para ir a por un hombre poderoso como Igor Ivanov, la venganza es uno aún mayor.

Quizás Alexei espera que Igor revele mi paradero.

Está claro que los Koslov se han dado cuenta de mi implicación en la muerte de sus padres, y no esperarán mucho tiempo. En algún momento querrán vengarse, y necesito saber a qué me enfrento.

Si Alexei está planeando un ataque, necesito asegurarme de que estoy preparado.

Capítulo Once

ELLE

Me despierto con el sol que entra a raudales por la ventana y me calienta la cara. Por un instante, siento una sensación de paz, hasta que las punzadas en las sienes se apoderan de mí y me quejo del martilleo que tengo en la cabeza.

—¿En serio? —Cierro los ojos con fuerza; la luz del sol me agrava el dolor de cabeza—. ¿Cómo es posible que me encuentre peor?

Me doy la vuelta y hundo la cara en la almohada, intentando ignorar la pistola de clavos que parece estar taladrándome el cerebro. Después de mi numerito, conseguí volver a dormirme sin problemas y he dormido más profundamente que en las últimas semanas. Ni siquiera antes del secuestro creo haber dormido tan bien y, sin embargo, me encuentro peor por ello.

Manda narices.

Aparto las sábanas, me arrastro hasta el cuarto de baño y me echo un poco de agua fría en la cara. Al mirarme en el espejo que hay sobre el lavabo, hago una mueca al ver las ojeras que tengo.

No habrá maquillaje que pueda ocultarle a mi prima este color amoratado, lo que significa que me espera una buena regañina

durante la comida.

Si pudiera estar segura de que Lucia no se plantaría aquí para exigir saber qué me pasa, cancelaría la comida.

Después de lavarme los dientes, me recojo el pelo en una coleta y me aplico una crema para descongestionar el contorno de ojos con la esperanza de que me haga parecer menos un zombi.

—Creo que estoy librando una batalla perdida. —Me quedo mirando mi aspecto.

De vuelta en la cocina, enciendo rápidamente la cafetera y cojo las diversas natas y siropes que a mi nonna italiana le provocarían un infarto.

Lleno el depósito de agua. —Tendría que haber hecho esto primero.

Nunca he funcionado bien sin dormir y, sin embargo, elegí una carrera en el sector sanitario, donde se considera una medalla de honor encadenar turnos de doce horas sobreviviendo a base de siestas cortas y cafeína.

Mientras se hace el café, cojo el móvil de la barra de desayuno para ver si Lucia me ha enviado algún mensaje.

No tengo palabras para agradecerle a Mikhail que me haya devuelto el móvil. Su preocupación por mí hace que eche de menos a mi propio hermano, al que apenas pude conocer antes de que se lo llevara el incendio de casa, pero agradezco tener gente que se preocupa por mí. Durante mucho tiempo, solo estuvimos mi nonna y yo, y a menudo soñaba con tener el tipo de núcleo familiar que los Koslov me han proporcionado.

Siento un nudo de emoción en la garganta, pero antes de que las lágrimas tengan la oportunidad de asomar a mis ojos, una familiar cadena de oro sobre la encimera me llama la atención.

—Oh, Dios mío.

Mi collar.

El mismo que llevaba semanas desaparecido, el que creía perdido para siempre, ha aparecido milagrosamente en la encimera de mi cocina.

Es imposible que haya estado aquí todo este tiempo. Me habría dado cuenta, lo que significa que alguien lo ha puesto ahí a propósito para que lo encontrara...

Me quedo helada, con los dedos suspendidos sobre el colgante al darme cuenta.

Él ha estado aquí, en mi piso, mientras yo estaba *dormida*.

Es la única explicación.

Cojo el collar y lo aprieto contra mi pecho mientras observo la ventana abierta.

Debería horrorizarme la idea de que se haya colado aquí y, sin embargo, no es así. Es más, me reconforta pensar que está velando por mí.

¿Me estoy volviendo loca? ¿Es algún tipo de síndrome de Estocolmo lo que me hace apegarme a él de esta manera? Porque no debería sentirme tan tranquila ante la idea de que un desconocido entre en mi piso mientras estoy tumbada en la cama, desnuda y dormida.

Pero no. Estoy un poco... excitada...

Suelto un gemido mientras me paso una mano por la cara.

Quizá sea hora de llamar a la doctora Mills.

LUCIA YA ME espera en la cafetería cuando llego; ha conseguido una mesa privilegiada junto a la ventana, perfecta para observar a la gente.

Le agradezco que haya llegado pronto y nos haya guardado una mesa, ya que el local está hasta los topes de clientes, todos deseosos de probar los mejores paninis de la ciudad, solo superados por los de mi nonna, por supuesto.

Mi prima, como siempre, tiene un aspecto impecable a pesar de la niña que tiene en el regazo, que está devorando un panecillo y cubriéndolos a ambas de migas.

—¡Vivi!

—Acababa de conseguir que se sentara quieta —suspira Lucia mientras cojo a la niña en brazos y le doy vueltas.

—¿Has echado de menos a la tía Elle? —le hago cosquillas a Vivi.

A ella le da un ataque de risa.

El corazón se me acelera. —Te juro que, si se pudiera embotellar ese sonido y venderlo, serías millonaria.

—Ya lo soy —se ríe Lucia, enseñando la enorme roca de su anillo—. Os he pedido comida porque mi hija es excepcionalmente exigente.

—Qué raro, me pregunto de quién lo habrá sacado... —Pongo los ojos en blanco mientras me siento y acomodo a Vivi en mi regazo para darle mis llaves para que juegue.

—¿Por qué no podía haber salido a Mikhail? —Lucia se aparta el pelo detrás de las orejas—. Es decir, él es callado y puede dormirse en cualquier sitio.

—Quizá tengas un mini Mikhail con el siguiente.

Lucia gime. —Ni empieces. Si por Mikhail fuera, estaría pariendo renacuajos cada nueve meses hasta que se me sequen los ovarios. Te juro que nunca pensé que un hombre pudiera estar tan encaprichado de una niña, pero Vivi ha conseguido relegarme al último lugar en el orden de prioridades.

Me río mientras balanceo a Vivi. —Tienes a tu papi comiendo de la palma de tu manita.

—Ya lo creo —la sonrisa de Lucia me dice todo lo que necesito saber. Está tan enamorada de su hija como de Mikhail.

Nunca la he visto tan feliz, y no puedo evitar sentir un poco de envidia de su «y vivieron felices para siempre».

Consigo mantener la conversación centrada en Vivi hasta que llega nuestra comida, momento que Lucia aprovecha para empezar el interrogatorio.

Deja su café en la mesa y se recuesta en la silla, cruzándose de brazos mientras me observa con los ojos entornados. —¿Qué tal estás?

Reprimo el impulso de poner los ojos en blanco y mantengo la atención en mi comida. —Estoy bien, dentro de lo que cabe.

—Pareces cansada.

—Trabajo en un hospital, siempre estoy cansada —bromeo a medias mientras parto un trozo de mi sándwich para que lo coma Vivi.

—Nunca te había visto *tan* cansada.

—Me ofrecieron algunos turnos extra y pensé que sería una buena forma de mantenerme ocupada. —No le digo lo terribles que son las pesadillas porque sé que se preocuparía.

Lucia asiente, mordiéndose el labio inferior. —¿Has tenido algún contacto con el hombre que te salvó?

Mis dedos buscan automáticamente mi collar y jugueteo con el colgante mientras dudo si contarle la verdad a Lucia.

Siempre hemos estado muy unidas, más que primas, hermanas. Nos lo contamos todo, pase lo que pase.

Pero esta situación es diferente... Lucia no lo entenderá. Joder, ¿cómo iba a entenderlo si ni siquiera lo entiendo yo?

—¿Elle?

Suspiro. —Estuvo en mi apartamento mientras dormía.

—¿*Qué*? —A Lucia parece que se le van a salir los ojos de las órbitas.

—¡Chis! —Miro por encima del hombro y le dedico una sonrisa de disculpa a la pareja de ancianos sentada detrás de nosotras—. Baja la voz.

—¡Si quieres que baje la voz, a lo mejor no deberías contarme que un acosador psicópata se cuela en tu apartamento!

—No es eso... —Ya me arrepiento de haberle dicho la verdad—. No forzó la entrada.

Lucia resopla. —¿Le has dado su propio juego de llaves? Qué hospitalaria por tu parte, Elle.

—Entró por la ventana.

—Claro, joder, cómo no. No confundas esto con una película de adolescentes con problemas, Elle. Esto es muy serio.

—Lo sé...

—¿Cómo sabes que estuvo allí? ¿Acaso... acaso *hizo* algo? —Su rostro palidece y sé hacia dónde van sus pensamientos.

—No, nada de eso. —Jugueteo con mi collar—. Perdí mi collar la noche del secuestro y esta mañana estaba sobre la encimera de la cocina, al lado de mi móvil.

—¿Entró en tu apartamento para devolverte el collar?

—Sí.

—Esto no tiene sentido.

Me encojo de hombros y centro mi atención en Vivi mientras dejo que Lucia procese todo lo que le he contado.

—Creo que deberías mudarte conmigo y con Mikhail durante un tiempo. Puedo pedirle a Mikhail que envíe a algunos de sus hombres a tu apartamento para que cambien las cerraduras y demás, para que te sientas más segura.

—Me siento segura. No va a hacerme daño.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque ha tenido muchas oportunidades a lo largo de los años —murmuro antes de darle un bocado a mi panini para que Vivi no me lo robe.

—¿*Años*?

Vivi se estremece en mis brazos y Lucia se apresura a estirar la mano por encima de la mesa para acariciar la mejilla de su hija y tranquilizarla. —¿Te ha estado acosando durante años? Por Dios, Elle. Ese tipo parece un desequilibrado.

—Me salvó la vida.

—Eso no le da carta blanca para entrar en tu apartamento cuando le dé la gana. Por favor, Elle, si insistes en quedarte allí, al menos deja que Mikhail envíe a uno de sus hombres para que te vigile.

—No.

—Elle, *por favor*. —La voz de Lucia se quiebra.

No se me escapa cómo sus ojos se desvían hacia Vivi, con una expresión cargada de preocupación, y me invade una punzada de culpabilidad.

He estado tan absorta en mi propia obsesión por mi hombre misterioso que he olvidado que Lucia también estaba en el punto de mira.

—Estoy preocupada por ti.

—Lo sé, pero estoy bien, Lucia. Es mi vida, mi decisión.

Tengo derecho a elegir quién quiero que me vigile y quién no.

Y, por ahora, le quiero a *él.*

—No tienes por qué hacerte la fuerte conmigo.

—¿Bastará con que te prometa que acudiré a ti en cuanto me sienta insegura? —Ojalá nunca hubiera sacado el tema.

La reacción de Lucia es más contenida de lo que esperaba, pero aun así no puedo negar que estoy decepcionada. Tenía la esperanza de que al menos intentara comprenderlo en lugar de ponerse en lo peor.

—Entonces, ¿cuándo vas a hacer otro como este? Porque un bebé para achuchar no es suficiente. —Me río mientras le hago cosquillas a Vivi.

—Quizá cuando empiece el colegio. Ahora mismo, se mete en todo. No puedo quitarle los ojos de encima ni un segundo, así que la idea de tener que cuidar a dos me aterra.

—Sabes que puedes contratar ayuda, ¿no?

—Si Bianca puede con todo, yo también.

—Bianca es sobrehumana. —Me río al pensar en la mujer de Alexei —. Se ocupa de que toda la familia funcione como un reloj.

—Creo que quiere reunir a todo el mundo para el cumpleaños de Ben y Sasha dentro de unas semanas. La fecha viene bien, ya que para entonces Nina y Anton habrán vuelto de su luna de miel con bebé.

—¿No se supone que una luna de miel con bebé es un viaje que se hace *antes* de tenerlo?

—Técnicamente, sí, pero como se casaron justo antes de que Nina saliera de cuentas, no podía volar, y se moría de ganas de ir a Hawaii de luna de miel. Así que lo pospusieron hasta que el bebé fuera un poco más grande y combinaron las dos cosas.

—Bueno, agradezco que Bianca me invite a mí también. —A menudo me siento mal por colarme en los eventos de la familia Koslov, ya que *técnicamente* no tengo ningún vínculo con ellos, salvo a través de Lucia.

—¡Claro, eres parte de la familia! Además, necesitamos toda la ayuda posible con tanto niño correteando por ahí.

—Estaré encantada de ayudar. Ya sabes lo mucho que me gustan los niños. —Le doy un beso a Vivi en la coronilla.

—Creo que la fiesta va a ser una sorpresa, así que no le digas nada a Zara. Bianca quiere planearlo todo ella, y estoy casi segura de que es temática, pero sinceramente no recuerdo los detalles. Te juro que el cerebro me está encogiendo por la falta de sueño.

Apenas escucho a Lucia mientras recita ideas de regalos para los gemelos, mi atención se desvía hacia la ventana que tenemos al lado. Escaneo los rostros de todos los hombres que pasan, preguntándome si alguno de ellos será él.

¿Me estás observando ahora mismo?

No puedo evitar desear en secreto que así sea.

Capítulo Doce

LEV

Subo el aire acondicionado del coche para no quedarme dormido. Tengo la piel de gallina y me castañetean los dientes por el frío, pero Elle está a punto de terminar su turno y necesito mantenerme despierto para asegurarme de que llega a casa sana y salva.

Las últimas doce horas han sido una tortura y los párpados me pesan terriblemente mientras los mantengo fijos en la entrada del hospital.

—¿Dónde estás, Elle? —Miro el reloj de nuevo.

Elle tendría que haber terminado su turno hace diez minutos y, aunque es habitual que acabe tarde, no puedo evitar ponerme en lo peor.

Estoy a punto de irrumpir en el hospital en busca de Elle cuando entra una llamada de Pyotr en la pantalla central de mi coche.

Ha estado callado estos últimos días y estoy desesperado por que me ponga al día sobre Alexei Koslov.

—¿Qué tienes para mí, Pyotr?

—¿Estás solo?

—Sí. —Mis ojos se desvían hacia la entrada principal del hospital.

—Bien. Porque tengo información para ti que quizá prefieras guardarte.

—Eres la única persona con la que hablo.

Pyotr se ríe entre dientes. —Es todo un honor.

—Suéltalo ya, Pyotr. —Miro el reloj de la pantalla.

Empiezo a tamborilear con los dedos en el volante.

Los turnos de Elle suelen alargarse, pero eso no hace que me preocupe menos.

—Fue Igor quien ordenó el ataque a Elle.

Mi cuerpo se queda rígido. —¿Estás seguro?

—Sí.

No debería sorprenderme y, sin embargo, lo estoy.

—Voy a matarlo, joder.

La razón por la que Elle se despierta cada noche, gritando de terror, es por culpa de mi padre.

¿Por qué haría algo así?

Si quería ir a por Alexei, atacar a Elle como lo hizo no tiene sentido. Debería haber ido a por su mujer o su hijo, o incluso a por uno de sus hermanos.

Solo hay una razón por la que iría a por Elle, y al darme cuenta de ello la bilis me quema la garganta.

Lo hizo para llegar hasta mí.

Quería sacarme de las sombras en las que me he estado escondiendo estos últimos años, y solo hay una persona por la que me atrevería a arriesgarme a exponerme.

—Por lo que he podido averiguar, no está planeando otro.

Me paso una mano por la mandíbula mientras observo a unas cuantas enfermeras salir del hospital.

Elle ya lleva quince minutos de retraso, y ahora que sé que mi padre la tiene en el punto de mira, no puedo evitar ponerme en lo peor.

Si vuelvo a quitarle los ojos de encima como hice en el bar, puede que no tenga la suerte de llegar a tiempo otra vez.

Supongo que dormir tendrá que esperar un poco más.

—¿Y Alexei? —Me tiembla la voz mientras lucho contra la rabia que burbujea lentamente en mi interior.

—Nada destacable que comunicar.

—¿En serio?

—En serio.—Hay algo que no me cuadra en todo esto.

—¿En qué sentido?

—Alexei lleva años investigándome. Que de repente se quede callado... —Contengo la respiración mientras otro grupo de personal del hospital sale por las puertas dobles, y mis ojos buscan furiosamente cualquier señal de Elle.

Si mi padre la encuentra...

Conozco demasiado bien los métodos de tortura preferidos de Igor, y una oleada de náuseas me golpea al pensar en él poniendo sus manos sobre mi dulce Elle.

Quizá valdría la pena darle a Alexei un soplo anónimo con la ubicación de mi padre. No ha ocultado que lleva años tras él, y así podría matar dos pájaros de un tiro.

Pero si Alexei la cagara de alguna manera, podría salirme el tiro por la culata a lo grande, y no estoy seguro de que el riesgo merezca la

pena.

Si conozco en algo a mi padre, probablemente negociaría por su vida entregándole a Alexei información sobre mí. Mi vida no vale nada para él, pero lo es todo para los Koslov.

—Necesito que pongas a alguien a vigilar a mi padre en todo momento.

—Lev...

—Ni de coña va a rendirse y a pasar página, Pyotr. El hecho de que Elle se escapara lo habrá humillado, y a mi padre no se le da bien que lo humillen. Tomará represalias, y esto se convertirá en un baño de sangre. No voy a dejar que se acerque a Elle, aunque me cueste la vida.

No me lo pensaría dos veces antes de dar mi vida a cambio de la de Elle. Ya casi lo he hecho. Miro mis manos llenas de cicatrices. Cicatrices que su pulgar acarició.

—¿Estás seguro de que esta tía merece la pena las consecuencias?

Aprieto las manos en puños.

—Como vuelvas a referirte a Elle como «esta tía»...

La amenaza implícita queda suspendida en el aire, y Pyotr se queda en silencio un momento.

—Lo siento, no pretendía faltarte al respeto.

—No pierdas de vista a Igor hasta que sepa qué hacer. —Elle ya lleva veinte minutos de retraso, y estoy desesperado por ir a averiguar qué la retiene.

—Hecho. Y, Lev...

—Sí.

—Lo siento de nuevo.

—Hablamos pronto. —Cuelgo la llamada y abro la puerta.

Justo cuando estoy saliendo del coche, veo a Elle.

Se pone el abrigo a toda prisa mientras atraviesa las puertas correderas, con el pelo recogido en una coleta que le azota la cara cuando el viento la golpea.

Tiene la cara un poco pálida y los hombros caídos por el agotamiento, pero eso no es nada fuera de lo normal.

Siento que se me quita un peso de encima al observarla.

Mi padre no la ha encontrado.

Todavía.

Deja de pelearse con el abrigo y se aparta a un lado de la entrada, dejando caer el bolso al suelo y quitándose el abrigo por completo.

Reprimo un gemido al verla con su pijama sanitario azul claro.

¿Cómo es posible que consiga que un uniforme tan anodino parezca tan jodidamente sexi?

La forma en que la tela se le ciñe al cuerpo y resalta cada una de sus curvas hace que se me haga la boca agua.

Qué no daría por arrancarle ese uniforme y dejar al descubierto el precioso cuerpo que esconde debajo.

Imágenes de ella de pie en la ventana, completamente desnuda, me asaltan la mente y la polla se me empieza a poner dura.

Hacérmelo anoche apenas me alivió. De hecho, solo empeoró mi necesidad de Elle, pero no puedo arriesgarme a volver a colarme en su apartamento.

Aunque dudo que hiciera falta mucho más que un rápido vistazo a esas tetas respingonas para que mi autocontrol saltara por los aires.

Parpadeo y me doy cuenta de que llevo los últimos minutos mirándola embobado a la vista de todo el hospital. Bastaría con que mirara un poco a la izquierda para pillarme observándola.

¿Se daría cuenta de quién soy? ¿Se asustaría? ¿O me rodearía con los brazos como la otra noche en su apartamento y me besaría como si fuéramos amantes perdidos que se reencuentran?

No puedo evitar imaginar que sería lo segundo.

Después de ponerse el abrigo, se entretiene buscando en el bolso antes de sacar el móvil. Mientras habla, sus mejillas se van tiñendo de un tono rosa oscuro. Luego se ríe y yo me tenso, invadido por una extraña sensación de celos al ver cómo se le ilumina la cara a Elle.

¿Es un hombre el que la hace sonrojarse así?

Frunzo el ceño, intentando devanarme los sesos para ver si recuerdo haberla visto con algún chico.

Pero Elle no ha tenido una cita en meses, así que la repentina oleada de celos que me hace rechinar los dientes es sorprendente.

Si estuviera saliendo con alguien, es imposible que yo no lo supiera.

No es la primera vez que veo a Elle con hombres, así que no debería sentirme tan celoso, pero quizá sea porque nunca ha sido nada serio. En todos los años que llevo observándola, su vida sentimental no ha consistido en nada más que un puñado de rollos de una noche.

Rollos de una noche que he presenciado.

Habría pensado que verla ser follada por otro hombre me haría sentirme abrumado por los celos y la rabia, pero tuvo el efecto totalmente contrario.

Nunca he estado más excitado que cuando presenciaba el clímax de Elle mientras cabalgaba la polla de otro hombre. Su cuerpo desnudo

moviéndose de esa manera, los sonidos que hacía mientras su orgasmo iba en aumento... Esos momentos eran hipnóticos y los revivo a menudo.

Los hombres siempre han sido irrelevantes en esas situaciones porque me imaginaba a mí mismo siendo el que estaba debajo o detrás de ella, trabajando su cuerpo de la manera que sé que la haría gritar al correrse. Así que sus rollos de una noche siempre terminaban conmigo agarrando mi polla, mi propio orgasmo creciendo junto al suyo.

Nunca fue más que sexo, que es probablemente la razón por la que nunca me molestó.

Una relación, por otro lado, eso ya requiere una conexión emocional más profunda. Una que se construye con el tiempo, con cada película vista juntos y cada conversación compartida durante una cena. Es así como el deseo se convierte en amor, y eso es algo que nunca podré tener con Elle, por lo que la idea de que tenga ese tipo de conexión con alguien que no sea yo es casi suficiente para llevarme al límite.

Nunca podré tenerla. Al menos no de la forma en que realmente la quiero.

—Joder —me paso una mano por la cara.

Verla con hombres siempre me ha puesto un poco celoso, pero eso no es nada comparado con lo que estoy sintiendo ahora mismo.

Quizá sea porque ahora sé lo que es besarla, sentir su lengua deslizarse contra la mía mientras enredo los dedos en su pelo. La idea de que otro hombre experimente el sabor de sus labios hace que mi cuerpo vibre y me hierva la sangre.

Me deslizo rápidamente de nuevo en el asiento del conductor y cierro la puerta antes de que pueda ir hacia ella como una furia a exigirle respuestas.

Elle sigue ocupada hablando por teléfono, con la sonrisa todavía pegada a la cara, así que me reclino en el asiento e intento mantener la calma mientras espero a que empiece a dirigirse a casa.

Noto los párpados muy pesados por la falta de sueño.

Hace días que no duermo más de una o dos horas, y de verdad que empieza a pasarme factura.

Sé que no le sirvo de nada a Elle si estoy así de agotado, pero estoy aún menos dispuesto a echar una cabezada ahora que sé que es mi padre quien está detrás de su secuestro.

Puede que los Koslov estén vigilando a Elle, teniendo en cuenta con quién está casada su prima, pero por lo que veo, su protección es una chapuza.

No he visto a ninguno de sus sicarios habituales merodeando por el hospital o su apartamento, lo que me hace pensar que no se están tomando en serio la amenaza contra su vida, así que la seguridad de Elle recae sobre mis hombros.

Alexei se considera un hombre muy familiar y, sin embargo, deja que Elle se pasee por Nueva York con una diana en la espalda.

¿No se da cuenta de lo valiosa que es?

—Capullo egoísta —estiro el cuello.

Toda esta ira y estrés contenidos no son buenos para mí. En algún momento, no voy a ser capaz de reprimirlo por más tiempo, y es entonces cuando es más probable que tenga un episodio. Necesito intentar mantener la calma, lo cual es difícil teniendo en cuenta que siempre estoy estresado o enfadado por algo.

Con un rápido vistazo a Elle para asegurarme de que no se va a ninguna parte, me reclino en el asiento y cierro los ojos un segundo mientras respiro hondo.

La tensión ya se está acumulando detrás de mis ojos, y siento los músculos del cuello como si un *boy scout* los hubiera estado usando para practicar a hacer nudos.

Cuento hacia atrás desde sesenta, dándome solo un minuto para sentarme en la oscuridad. Si es más tiempo, Elle podría estar en peligro. Así que dejo que el mundo a mi alrededor se desvanezca en la nada mientras intento calmar mi sistema nervioso...

Me despierto de un sobresalto cuando un claxon suena detrás de mí.

El corazón me martillea dolorosamente en el pecho mientras parpadeo.

Siento el cuerpo pesado y me cuesta enfocar la vista. Es como si hubiera estado dormido durante días y, sin embargo, solo he cerrado los ojos un segundo...

Más bocinas suenan a mi alrededor y, al mirar por la ventanilla, descubro que la entrada principal del hospital ha sido sustituida por la concurrida autopista que va de Manhattan a Brooklyn.

—¿Pero qué cojones?

Los coches pasan a toda velocidad junto a donde estoy aparcado en el arcén, y no tengo ni puta idea de cómo he llegado aquí.

Miro el reloj del salpicadero.

Han pasado dos horas.

¿Cómo?

—¡Joder! —golpeo el volante con las manos.

He vuelto a perder el conocimiento, *otra vez.*

Aprieto con más fuerza el volante mientras hago todo lo posible por no entrar en pánico ante lo que podría haber pasado en el tiempo que he perdido.

Dos horas es tiempo más que suficiente para que a Elle le haya sucedido algo. Joder, si solo necesité ausentarme cinco minutos en el bar para que la secuestraran, no quiero ni imaginar lo que mi padre podría haberle hecho en dos horas.

O peor... Lo que *yo* podría haber hecho.

Ignorando los bocinazos, me reincorporo a la concurrida autopista, cruzo los carriles y doy la vuelta para volver en dirección a Manhattan.

Da igual cuántas veces pierda el conocimiento, el terror que acompaña a esas lagunas mentales nunca se desvanece.

Quizá sea porque sé que no puedo fiarme de mí mismo. Mi historial no está precisamente limpio y, aunque ahora mismo no tenga las manos manchadas de sangre, eso no significa que sea inocente.

Sé de sobra de lo que soy capaz, y eso me acojona.

Capítulo Trece

ELLE

YAZCO EN LA OSCURIDAD, fingiendo estar dormida, con la esperanza de que *él* vuelva a visitarme.

Ha pasado más de una semana desde que encontré mi collar en la encimera de la cocina y, aunque debería estar aterrorizada ante la idea de que un desconocido se cuele en mi apartamento mientras duermo, no siento más que ganas de pillarlo con las manos en la masa.

Noche tras noche, hago todo lo posible por luchar contra mis pesados párpados, pero el agotamiento que me invade después de un largo turno en el hospital siempre gana, y me despierto por la mañana llena de decepción por no haberlo visto. Pero aún no me he desanimado.

En cuanto se pone el sol, me meto en la cama y me quedo mirando la ventana abierta mientras mi apartamento se sume poco a poco en la oscuridad, esperando a que aparezca entre las sombras.

Me pregunto si se queda de pie fuera de mi apartamento, mirando hacia mi ventana e imaginándome allí de pie, completamente desnuda, para su disfrute.

Sabía que mi pequeño numerito de la otra noche serviría para atraerlo a mi apartamento, pero soy reacia a repetirlo por si no es el único que me está observando ahí fuera...

Debería sentir repulsión ante la idea de que esté ahí fuera, espiándome. Pero no puedo evitar que me *guste* la idea de que sea el único que llegue a verme así.

Aunque me muero por saber cuánto lo disfrutó.

Por lo que recuerdo de él cuando me sacó en brazos de aquella habitación de motel, se le sentía ancho y musculoso, y tan *cálido*.

Tumbada en la cama, un dolor sordo empieza a crecer entre mis piernas al pensar en él, pero mi imaginación tiene que rellenar los huecos, teniendo en cuenta que no tengo mucho de lo que partir.

Y, aun así, funciona.

Fantasear con un hombre que espía mi cuerpo desnudo y se cuela en mi dormitorio para verme dormir me excita tanto que apenas necesito frotarme los dedos sobre el clítoris para gritar de placer.

Que es exactamente lo que he hecho cada noche de esta semana.

¿Estoy tan falta de atención masculina que tener un acosador me pone más que me echa para atrás?

Considerando el hecho de que mi último lío fue con un tipo en la fiesta de Navidad del trabajo hace casi un año y duró menos de dos minutos, diría que sí.

Son pensamientos como estos los que harían que Lucia me reservara una cama en el psiquiátrico.

Aunque no ha vuelto a sacar el tema desde que le confesé la verdad durante la comida del otro día, no interpreto su silencio como aceptación. Así que no he vuelto a hablar de mi acosador secreto, sobre todo teniendo en cuenta que mis fantasías no han hecho más

que empeorar desde que descubrí que se ha estado colando en mi apartamento.

Me lo imagino entrando por la ventana para encontrarme tumbada desnuda en la cama, con los dedos bombeando dentro y fuera de mi coño húmedo.

Le invade tanta excitación que no puede evitar tomar el control, haciéndome correr con la lengua antes de desabrocharse los pantalones y clavarme la polla tan fuerte que grito de placer.

Otras veces, me imagino despertándome para encontrar su cabeza entre mis muslos mientras lame y chupa suavemente mi clítoris. Aumentaría mi placer tan lentamente que yo gemiría con la necesidad de correrme, y aun así no me daría lo que quiero.

Solo cuando le suplicara una y otra vez que me dejara correrme, cedería por fin, envolviendo con sus labios mi clítoris hinchado y succionando la sensible yema para que me corra tan fuerte que vea las estrellas.

Un gemido se escapa de mis labios mientras me entrego a mis fantasías secretas.

Mi coño se contrae, tan desesperado por ser llenado por él, pero lucho contra el impulso de llevar la mano entre mis muslos y hundir dos dedos dentro de mí para intentar aliviar el dolor.

Un orgasmo solo ayudaría a que me durmiera, y eso es lo último que quiero hacer.

Me he prometido que esta noche será diferente.

Hoy he tenido un raro día libre en el hospital y me lo he pasado casi todo durmiendo en el sofá con la esperanza de poder mantenerme despierta esta noche. Pero, por si acaso, he salido después de cenar y me he comprado un expreso triple para tomármelo en la cama en lugar de mi habitual manzanilla, para curarme en salud.

Normalmente no soy de tomar cafeína después de comer porque soy muy sensible a ella, así que puedo garantizar que no me voy a dormir dentro de poco.

Mientras yazco en la cama, el corazón empieza a acelerárseme en el pecho, aunque no sé si es por toda la cafeína o por la emoción ante la perspectiva de verlo a *él*. Así que cierro los ojos y empiezo a recitar mentalmente el alfabeto ruso al revés para intentar calmarme.

Estoy a mitad de camino cuando un ruido suena fuera de mi ventana y me quedo helada.

¿Alguien ha dado un golpe en la barandilla de hierro de mi escalera de incendios?

Se me acelera el pulso.

¿Es él?

Es posible que esté tan desesperada por que aparezca, y tan alterada por la cafeína, que esté alucinando.

Así que abro un ojo y miro hacia la ventana, casi ahogando un grito al ver una gran sombra cerniéndose fuera.

Es *él*. *Él* está aquí.

Contengo la respiración mientras su sombra se mueve fuera de la ventana. Por un momento, temo que se marche, y casi me delato suplicándole que se quede. Pero entonces su sombra cambia y, lentamente, entra en mi apartamento por la ventana abierta.

Joder.

Cierro los ojos con fuerza una vez más e intento con todas mis fuerzas respirar lenta y profundamente para fingir que estoy dormida.

Durante la última semana, no he deseado otra cosa que se colara en mi habitación, pero ahora que está aquí de verdad, me invade el

pánico al darme cuenta de lo imprudente que he sido.

No sé nada de este hombre ni de lo que es capaz. Podría matarme aquí mismo, ahora mismo.

¿No me dijo que mantuviera la ventana cerrada? ¿Era su forma de advertirme que me protegiera de él?

Frunzo el ceño ante la idea.

Ninguna de sus acciones cuadra con que sea un verdadero peligro. Después de todo, podría haberme matado en esa habitación de motel, o en la cabaña, o incluso cuando se coló hace unos días mientras yo dormía.

Pero no lo hizo.

En vez de eso, prefirió salvarme la vida, lo que significa que no puedo evitar confiar en él.

Mordiéndome el labio, abro los ojos y lo encuentro de pie en la penumbra del rincón junto a la ventana.

Su rostro sigue oculto en la oscuridad, así que no puedo distinguir ninguno de sus rasgos, lo que me irrita más que nada.

¿Por qué no se muestra?

Mi necesidad de saber la verdad es mayor que el miedo que se ha instalado en mi pecho.

Quién sabe cuándo tendré otra oportunidad como esta para enfrentarme a él de nuevo, así que, antes de que pueda disuadirme a mí misma, me incorporo de golpe en la cama y lo pillo desprevenido.

Retrocede inmediatamente hacia la ventana, claramente sobresaltado por el hecho de que estoy despierta, y el pánico me inunda ante la idea de que salga huyendo.

—No te vayas. —Extiendo la mano hacia él.

No estoy segura de si puede ver el gesto en la oscuridad, pero no hace ningún otro intento por marcharse, lo que tomo como una buena señal.

—Yo... solo quiero hablar.

—No es buena idea.

Se me pone la piel de gallina al oír su voz.

Mi recuerdo no le hace justicia. Es más grave y áspera de lo que recordaba y terriblemente sexy.

Lo que daría por oírle susurrar en mi oído mientras me follaba lentamente, por oírle gemir mi nombre mientras se corría dentro de mí...

—Por favor —suplico, ignorando la tensión que se acumula entre mis muslos—. Necesito respuestas.

Él guarda silencio, y me lo tomo como una señal para continuar.

Hay tantas cosas que quiero preguntarle, tanto que quiero saber, que no estoy segura de por dónde empezar. Así que decido hacer la primera pregunta que me viene a la mente.

—El día que me secuestraron... ¿Cómo supiste que estaba en apuros? ¿Me seguías entonces también?

—Te observo siempre.

Dejo que sus palabras calen en mí por un momento.

Él siempre me observa *a mí*.

No mi apartamento, ni el hospital donde trabajo.

A *mí*.

¿Estaba allí la noche en que acabé vomitando en un callejón después de que Lucia y yo saliéramos de copas? ¿O quizá cuando me llevé a un chico a mi antiguo estudio y no pudimos llegar a la

cama antes de arrancarnos la ropa, así que acabé follando con él en el sofá a la vista de mi ventana?

—Dios mío. —Me doy cuenta del alcance de todo lo que podría haber presenciado.

La punzada entre mis muslos se vuelve insoportable al pensar en la posibilidad de que me haya visto tener sexo con otro hombre. Es tan sucio y perverso y, sin embargo, nunca he estado más excitada, sobre todo al pensar en él dándose placer al verme llegar al clímax.

—Lo siento, yo... no debería estar aquí. —Su voz me devuelve de golpe al presente.

Se mueve hacia la ventana, pero no estoy lista para que se vaya todavía, no cuando apenas hemos hablado.

—Por favor —logro decir con voz ahogada—. Quiero que te quedes. Es la única forma de que pueda dormir.

Quizá admitirle tal verdad sea un error, pero quiero que lo vea como una ofrenda de confianza. Quiero que sepa que no le tengo miedo.

El corazón se me acelera mientras espero que ignore mi petición.

Pero no lo hace. En vez de eso, se acerca hasta sentarse en el borde de mi cama.

El colchón se hunde bajo su peso.

Está tan cerca que puedo oír el sonido de su respiración, pero aun así, no puedo ver más que el contorno de su cuerpo.

Solo tendría que inclinarme y encender la luz para que se me revelara. Pero no quiero traicionar su confianza y arriesgarme a perderlo cuando apenas he tenido la oportunidad de conocerlo.

—Cuéntame algo. —Me llevo las rodillas al pecho y las abrazo con fuerza.

—¿Sobre qué?

Observo el oscuro contorno de su cuerpo, desesperada por tender la mano y tocarlo.

Si supiera lo húmeda que estoy entre los muslos al pensar en él observándome, ¿perdería por fin el control? ¿Confiaría finalmente en mí lo suficiente como para revelarse?

—Tú lo sabes todo sobre mí y, sin embargo, yo no sé nada de ti.

—Esa es literalmente la definición de acosar.

—¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Acosarme?

—Creo que ya sabes la respuesta.

Trago saliva, esperando que el miedo me invada por fin. Pero con cada segundo que pasa, parece que solo me relajo más en su presencia.

—¿Qué quieres saber de mí?

Aunque está dispuesto a sincerarse un poco, noto por el ligero matiz brusco en su voz que se siente incómodo, y no quiero arriesgarme a alejarlo. Sobre todo cuando he tardado tanto en tener otra oportunidad de hablar con él.

—Lo que estés dispuesto a compartir.

Se queda callado un momento, pero el silencio no resulta incómodo.

—La última vez que me sentí feliz de verdad fue cuando mi madre vivía.

Se me oprime el pecho ante sus palabras, y noto que mi mano busca mi collar mientras pienso en mi propia madre. Soy muy consciente del tipo de pena que lo atormenta.

—¿Cómo murió?

—Estaba enferma. Pero fue una enfermedad rápida.

—Lo siento mucho.

—Después de que muriera, me enviaron a vivir con mi padre. —Hace una pausa, como si decidiera cuánto contarme, y no puedo evitar reprimir un bostezo al sentir una oleada de cansancio.

Parece que la adrenalina de tener a un desconocido colándose en mi habitación se ha disipado, y vuelvo a luchar contra las ganas de dormir.

—Se supone que mi presencia aquí es para ayudarte a dormir, no para impedírtelo.

—Intentaré dormir.

Aunque dudo mucho que vaya a pegar ojo con toda la cafeína que ahora mismo corre por mis venas, me acomodo entre las almohadas, tranquilizada al saber que vela por mí.

—Gracias por ser sincero conmigo —susurro en la oscuridad mientras me subo las sábanas hasta los hombros—. Espero que, con el tiempo, quieras compartir más.

—Confía en mí —murmura mientras mis párpados se vuelven pesados—. Cuanto menos sepas de mí, mejor.

Capítulo Catorce

LEV

DEBERÍA HABER SABIDO que Elle se estaría haciendo la dormida. No me había vuelto a colar en su apartamento desde la noche en que le dejé el collar en la encimera precisamente por eso. Era imposible que no hubiera deducido que fui yo quien lo puso allí, y no es que haya sido precisamente sutil con su deseo de conocer mi identidad.

Fue ingenuo por mi parte pensar que no intentaría pillarme con las manos en la masa.

Así que me he mantenido alejado, la mayor parte del tiempo.

He seguido vigilándola día y noche, pero a una distancia más segura. Ojalá pudiera explicarle a Elle que me mantengo oculto no solo para protegerme a mí, sino para protegerla *a ella*.

Desde que la llevé a mi cabaña, me he recreado con demasiada frecuencia en la fantasía de nosotros dos. Estar cerca de Elle me hace sentir casi normal, aunque no es que sepa muy bien cómo es sentirse normal. Pero durante esos breves instantes en los que hemos intercambiado unas palabras, o cuando nos besamos, todo se silenció y me invadió una sensación de paz que nunca antes había sentido.

Y es exactamente por eso por lo que debo mantenerme alejado.

El apagón de hoy ha sido un toque de atención. La laguna en mi memoria es una señal de advertencia que me recuerda de lo que soy capaz.

Pero esta noche no he tenido más remedio que volver a colarme en su apartamento.

Después de perder el conocimiento y perder de vista a Elle durante dos horas, necesitaba ver por mí mismo que estaba bien. Que estaba *viva*.

Necesitaba saber que no había vuelto a cagarla de forma monumental como en el bar.

Para cuando conseguí volver a la ciudad, la vi de pasada por la ventana de su dormitorio en pijama, así que supe que estaba a salvo. Pero eso no fue suficiente para calmar el pánico que bullía en mi interior desde que volví en mí.

Antes de poder convencerme de no hacerlo, ya estaba trepando por su escalera de incendios.

Debería haberme ido en cuanto me di cuenta de que Elle estaba despierta. Pero entonces no estaría sentado en el borde de su cama, viéndola quedarse dormida.

Mi presencia no debería reconfortarla.

Si supiera la verdad, yo sería el motivo de sus pesadillas.

La respiración de Elle no tarda en volverse más pesada, y la observo dormir un rato, escuchando el sonido de su respiración como si fuera mi propia nana personal. Han pasado semanas desde la última vez que durmió a pierna suelta toda la noche sin que la despertaran a la fuerza los recuerdos que la atormentan, y no quiero molestarla yéndome.

O, al menos, eso es lo que me digo a mí mismo.

Ojalá pudiera llevármelos todos, cargar con el peso de su pasado y liberarla por fin de todo. Al fin y al cabo, para mí no hay esperanza.

Mi propio pasado es demasiado pesado, está demasiado intrincadamente entretejido en mi ADN como para poder escapar de él, así que ¿qué más da un poco más de peso?

—Duerme bien —susurro en la oscuridad.

Cuando voy a levantarme, un suave suspiro se escapa de los labios de Elle, enviando un torrente de sangre directo a mi polla.

Me quedo helado cuando se agita un poco, estirando los brazos por encima de la cabeza y haciendo que la sábana que la cubre se desplace.

En la oscuridad, no consigo distinguir ningún detalle concreto, lo que me tienta a encender la luz.

Tengo que largarme de aquí.

Como soy un cabrón egoísta sin autocontrol, alargo la mano y le acaricio suavemente la mejilla, reprimiendo un gemido al notar la suavidad de su piel contra mis dedos.

—Dulces sueños, Elle —susurro.

De repente, su mano me rodea la muñeca, sujetándome en el sitio.

—Elle.

Suelta un gemido que hace que se me hinche la polla en los pantalones mientras guía mi mano hacia su pecho.

Se me escapa un sonido ahogado al rozar la tela de seda del top que lleva, aunque, por la ligera curva de su pecho que puedo sentir, no parece que cubra mucho.

Quiere que la toque.

Aprieto los dientes mientras ella se mueve bajo la sábana, con mis dedos todavía acariciando la curva de su pecho.

¿Se está frotando los muslos?

Se me hace la boca agua al pensar en retirar la sábana y hundir la cara entre sus muslos para aliviar la tensión que, sin duda, se está acumulando entre ellos.

Pero no debería.

Tocarla así estaría mal.

Muy, muy mal…

Elle gimotea suavemente mientras arquea la espalda, lo que hace que mis dedos le rocen el pezón a través del top, y mi autocontrol se hace añicos.

Paso a ahuecarle el pecho, apretando y amasando suavemente la carne blanda.

Vuelve a gemir, y yo le paso el pulgar por el duro botón, pellizcándolo a través de la tela entre el pulgar y el índice.

Joder, he soñado tanto tiempo con tocarla así.

Es tan perfecta, tan suave, y mi polla palpita dolorosamente en mis pantalones mientras intento no imaginar cómo sería tenerla inmovilizada debajo de mí, oír sus gemidos de placer en mi oído mientras la follo.

—Por favor —susurra ella mientras empieza a guiar mi mano hacia abajo.

Mi cabeza me grita que pare, pero cuando la sensación de seda bajo mis yemas se convierte en piel desnuda, gimo al darme cuenta de que está completamente desnuda de cintura para abajo.

—Joder.

Le recorro el bajo vientre con los dedos.

De verdad que quiere esto.

Dejo que me guíe la mano hacia abajo y paso suavemente los dedos por la suave piel de la cara interna de su muslo, intentando contener un gemido al sacarlos mojados.

—Por favor.

Es toda la confirmación que necesito antes de llevar mi mano a su entrepierna y recorrer con un dedo los pliegues de su coño.

Ya está tan hinchada y húmeda, y me estremezco cuando mi polla empieza a gotear en mis pantalones.

Jugueteo suavemente con el índice en su entrada, cubriéndolo de su excitación antes de deslizarlo a lo largo de su sexo.

Cuando le rozo el clítoris, su cuerpo da una sacudida y suelta un grito de placer que hace que mi polla se contraiga.

Qué receptiva.

Me tomo mi tiempo para explorar su coño con los dedos, disfrutando de los suaves suspiros de placer que emite.

No creía que pudiera ser más adictiva, pero poder tocarla así me está provocando un subidón con el que ninguna droga podría competir.

Cuando Elle empieza a retorcerse bajo mi mano, frustrada porque no le doy lo que quiere, hundo un dedo en su interior y gimo cuando se aprieta a mi alrededor.

Se frota contra mi mano y no tardo en hundirle un segundo dedo mientras mi pulgar empieza a estimular su hinchado clítoris.

—Oh, joder —gime mientras empiezo a meter y sacar los dedos de su apretado coño.

Mi mano está empapada con su excitación y, por la forma en que sus gemidos de placer se hacen más fuertes, sé que no tardaré en hacerla gritar.

Muevo los dedos más rápido, usando sus gemidos como guía.

El sonido de mis dedos entrando y saliendo de sus pliegues empapados hace que mi polla presione contra la cremallera.

Lo que daría por sentarla en mi regazo y hacerla bajar sobre mi miembro, dejando que cabalgue mi polla como intenta cabalgar mi mano.

—Joder —siseo por lo bajo.

—Oh, Dios, qué bien sienta esto —jadea ella.

Cuando curvo los dedos en su interior, le empiezan a temblar las piernas y alarga la mano para agarrarme el antebrazo.

—¡*Sí*! —Me clava las uñas en la tela de la manga de mi camisa mientras se frota contra mi mano.

Aplico más presión en su clítoris, llevándola más cerca del límite mientras mis dedos rozan el punto sensible de su interior.

Por un momento, todo su cuerpo se tensa y, entonces, un torrente de humedad inunda mi mano.

Elle grita al correrse, todo su cuerpo tiembla mientras su coño palpita alrededor de mis dedos.

—Joder —gruño mientras la acompaño en su orgasmo.

Me duele la mandíbula de tanto apretarla, intentando con todas mis fuerzas no correrme en los pantalones mientras Elle tiembla por las secuelas de su liberación.

Hacer que Elle se corra es la mejor experiencia de mi vida, aunque tampoco es que tuviera muchas otras con las que competir.

Mientras jadea en busca de aire, con mis dedos aún enterrados en su ardiente interior, sé que debería largarme de su apartamento antes de que decida usar este momento para atraparme y obligarme a revelarme.

Puede que crea que está a mi merced, pero es al revés. Bastaría con que alargara la mano y encendiera la lámpara de su mesilla para que todo se acabara.

Pero que se corra en mi mano no es suficiente.

Necesito *saborearla*.

Antes de poder disuadirme, saco los dedos de su coño y aparto la sábana.

—Oh, joder, sí —gime ella al darse cuenta de lo que quiero.

Una sonrisa asoma a mis labios al ver lo desesperada que está por más.

Ojalá pudiera verle la cara, ver la necesidad en sus ojos mientras le abro los suaves muslos y empiezo a bajar mi boca hacia su coño.

Me tomo un momento para suspender mi boca sobre ella, dejando que mi aliento le haga cosquillas en su sensible clítoris.

Las piernas de Elle tiemblan mientras le agarro la parte posterior de los muslos, sujetándola mientras por fin deslizo la lengua por su coño.

Casi llego al clímax con su primer sabor.

Está chorreando por su primera liberación y tan jodidamente dulce que tengo que tomarme un segundo para respirar e intentar calmarme. Por fácil que fuera desabrocharme los pantalones y empezar a masturbarme para que pudiéramos correrno juntos, quiero que toda mi atención esté en Elle.

Mi placer puede esperar.

Me tomo mi tiempo, explorando cada centímetro de ella con mi lengua.

Gime suavemente cuando ignoro su clítoris, pero sé que estará sensible, así que centro mi atención en su entrada, rodeándola con la lengua.

Cuando sigo sin darle lo que quiere, sus dedos se hunden en mi pelo y me tenso.

Esto está yendo demasiado lejos.

Pero cuando se arquea contra mí y hundo la lengua en lo más profundo de su interior, pronto olvido mi moral.

—Qué bueno —gime mientras empiezo a follármela con la lengua.

Sus dedos en mi pelo me hacen gemir contra su coño.

Cuando por fin deslizo la lengua a lo largo de su sexo y le doy un toque al clítoris, me agarra el pelo con fuerza y me sujeta contra ella mientras sus caderas se arquean.

Es un puto milagro que no me haya corrido en los pantalones solo con sus gemidos.

—Por favor —jadea Elle mientras rodeo su clítoris con la lengua tan suavemente que apenas lo toco—. No… no me *tomes el pelo*.

Una risa escapa de mis labios ante sus ruegos desesperados.

—Necesito correrme.

—Puedes correrte cuando yo lo diga —gruño.

Hundiendo los dedos en la suave carne de su culo, le inclino las caderas para tener mejor acceso antes de rodear con los labios su clítoris hinchado.

Chupo ese sensible haz de nervios mientras le hundo dos dedos hasta el fondo de su interior, sin ganas ya de tomármelo con calma.

Quiero hacerla gritar.

—¡Oh, sí! —Las paredes de su interior se aprietan en torno a mis dedos—. Oh, joder, no pares.

Aumento el ritmo, moviendo los dedos al compás de mi lengua.

Está chorreando, y relamo con avidez cada gota, gimiendo ante su dulce sabor mientras el líquido de su excitación me resbala por la barbilla.

Sus dedos siguen hundidos en mi pelo, sujetándome en mi sitio mientras ella se retuerce contra mi boca a medida que su orgasmo se intensifica.

—Es-estoy a punto —jadea.

Gimo al oír sus palabras, intentando ignorar mi polla dolorida mientras le lamo y le chupo el clítoris.

Sus gemidos de placer se han convertido en gimoteos y sus muslos tiemblan a ambos lados de mi cabeza.

—Elle —gruño contra su coño.

Su nombre en mis labios la hace estallar por los aires.

Sus dedos se clavan dolorosamente en mi cuero cabelludo mientras inunda mi cara con su orgasmo, y, joder, me encanta.

Mis propias caderas se mueven, mi polla desesperada por algún tipo de fricción mientras acompaño a Elle en su orgasmo.

Finalmente, su cuerpo se relaja y suelta el agarre de mi pelo, pero no dejo de lamerle y chuparle el clítoris hasta que suelta un suspiro de satisfacción.

Esa es mi chica.

No deseo otra cosa que pasar el resto de la noche haciéndola correrse, pero necesita dormir.

Con un último beso en cada muslo, saco lentamente los dedos de su coño y levanto la cabeza.

Limpiándome la boca con el dorso de la mano, con la otra me aprieto la polla.

Estoy duro como una piedra, y la idea de que Elle me rodee la verga con sus delicados dedos me hace sisear entre dientes.

Pero no debería permitirme esos pensamientos. No cuando ya me he quedado demasiado tiempo.

Tengo que largarme de aquí.

Afortunadamente, Elle parece haberse quedado dormida por el sonido de su respiración, y una sonrisa de suficiencia se dibuja en mis labios al saber que la he dejado agotada.

Después de volver a colocarle la sábana sobre su cuerpo dormido, me pongo en pie.

Mi polla se tensa dolorosamente contra la cremallera, y por mucho que quiera tocármela aquí y ahora, tengo que irme.

Si Elle se despertara con mi polla fuera y dura como una piedra, no habría forma de evitar acabar enterrado en su interior.

Tendré que conformarme con correrme con su sabor en la lengua.

Mientras me dirijo a mi coche, juro en silencio que lo que acaba de pasar entre nosotros no volverá a ocurrir. He cruzado una línea y, por increíble que haya sido hacer que Elle se corriera, he estado a punto de revelarme.

Necesito recordar mis prioridades.

No solo estoy protegiendo a Elle de mi padre, sino también de mí mismo.

Capítulo Quince

ELLE

NUNCA ME HA hecho tanta ilusión quitarme el pijama de quirófano. La enfermería es gratificante, pero los horarios suelen ser largos y poco sociables, *sobre todo* cuando te toca hacer turnos de noche como a mí durante la mayor parte de septiembre. Aunque mi cuerpo se aclimata bastante rápido a un horario nocturno, los turnos son lentos y toda la gente que conozco está durmiendo, lo que significa que intentar hacer planes es una pesadilla.

Pero durante las próximas dos semanas, me han puesto en el turno de día, lo que significa que salgo de trabajar cuando el sol se pone, en lugar de cuando sale.

Sin embargo, después del día que he tenido, me estoy planteando dejar la enfermería por completo y conseguir un trabajito agradable y cómodo en un cubículo donde pueda garantizar que no me mearán ni me vomitarán encima, y mi comida consistirá en algo más que una barrita de cereales que devoro mientras corro entre Urgencias y la UCI.

Rebuscando en mi taquilla, saco el desodorante y un espray corporal de olor dulce que me convenció para que comprara una dependienta que apenas aparentaba haber salido del instituto, con la esperanza

de enmascarar el olor ligeramente fétido que se me ha pegado a la piel.

Me hizo tanta ilusión la idea de terminar de trabajar a una hora razonable que quedé para cenar con Lucia esta noche. Aunque, al olisquearme rápidamente el pelo y hacer una mueca por el olor, ya me estoy arrepintiendo de no haberle propuesto pedir comida para llevar y noche de peli y manta en la impresionante sala de cine de mi prima.

Apesto a vómito y a otros fluidos corporales en los que prefiero no pensar, pero no tengo tiempo de ducharme antes de la hora a la que he quedado con Lucia.

—Con esto tendrá que bastar. —Me paso un cepillo por el pelo antes de recogérmelo en una coleta.

Me pongo unos vaqueros de talle bajo y una bonita rebeca azul marino, cojo el resto de mis cosas y salgo del vestuario, echando el pijama de quirófano en el cesto de la ropa sucia al pasar.

Lucia me ha mandado un mensaje esta mañana para decirme que ha conseguido mesa en *Antonio*'s, donde preparan la mejor carbonara auténtica, un plato que hace que me rujan las tripas solo de pensarlo.

No suelo echar de menos vivir en Italia, pero después de un buen plato de pasta y un buen vino, me descubro añorando la cocina de mi *nonna*. Hace demasiado tiempo que no vuelvo a visitarla. La vida en Nueva York nunca afloja el ritmo, y tengo que ser más consciente de que ella también se está haciendo mayor.

Como siempre, *Antonio*'s está a reventar y, solo para llegar a la recepción, tengo que abrirme paso entre una cola de gente que espera conseguir mesa.

—Tengo una reserva a nombre de Conti —digo un poco sin aliento mientras lucho por desenredar la bufanda de la coleta.

El otoño ya está oficialmente aquí y ya siento las mejillas agrietadas por el paseo desde el hospital.

Quizá no sea solo la comida lo que echo de menos de Italia, sino también el calor.

—Ah, sí, su acompañante ya está aquí.

Frunzo el ceño y miro la hora en el móvil.

Lucia dijo que había reservado mesa para las ocho, y apenas pasan cinco minutos.

—¿En serio? —Mi prima es muchas cosas, pero puntual no es una de ellas.

—Llegó hace unos diez minutos.

—Perdone, es que normalmente es ella la que llega tarde.

El *maître* parece no poder estar menos interesado, así que cierro la boca y le ofrezco una sonrisa educada, indicándole que estoy lista para que me acompañe a la mesa.

Encuentro a Lucia sentada en uno de los reservados al fondo del abarrotado restaurante, con un martini ya en la mano mientras mira la carta.

—Te juro que, desde que tienes a Vivi, de repente has desarrollado la capacidad de ceñirte a un horario. —Me río mientras me deslizo en el reservado frente a mi prima—. Estaba segura de que llegaría antes que tú a pesar de que mi turno se ha alargado.

—Los niños te hacen eso —ríe, dejando la bebida—. Además, tengo que estar de vuelta a las diez para relevar a Mikhail de sus funciones porque ha quedado con Anton y Danil en el *Espionage* más tarde.

—¿Recuerdas cuando éramos nosotras las que salíamos a las diez? Míranos ahora, cenando, tomando algo y acostándonos a una hora razonable como adultas civilizadas.

No puedo negar que me agrada la idea de llegar a casa a las diez, aunque no es porque tenga intención de acostarme pronto.

—Uf, ya lo sé. La maternidad ha hecho que mi espontaneidad se vaya al garete junto con mi tolerancia al alcohol. —Lucia niega con la cabeza—. Pero eso significa que soy una cita barata.

—Tú eres de todo menos barata —digo entre risas.

—No, supongo que no. En fin, ¿qué tal el trabajo? Me alegro de que tengas turnos de día durante un tiempo. Significa que puedo verte más de una vez al mes.

—Ya lo sé, lo siento. —Suspiro y cojo la carta.

—No lo sientas, estás trabajando muy duro.

Nuestro camarero aparece con otra ronda de martinis y, ansiosa, me bebo la mitad del mío de un trago.

—Otro de estos y pronto me olvidaré de que llevo vómito en el pelo.

—¡Puaj! —Lucia hace una mueca—. Aunque, dicho esto, probablemente yo también lleve.

Lucia me pone al día de todas las trastadas de Vivi mientras ojeamos la carta, aunque las dos siempre pedimos la carbonara.

Me preocupaba que su única razón para cenar conmigo esta noche fuera interrogarme más a fondo sobre mi hombre misterioso. Pero, hasta ahora, no ha hecho más que repasar el carrete de su cámara, mostrándome docenas de vídeos adorables de Vivi y sus primos en una improvisada tarde de juegos que organizó la otra mañana en casa de Zara y Dimitri.

Estoy tan feliz de que Lucia por fin haya encontrado gente que se preocupa de verdad por ella. Durante mucho tiempo, malgastó su tiempo y energía en falsas amistades a las que solo les importaba su dinero, su estatus y lo que podía ofrecerles.

Odiaba ver cómo se aprovechaban así de su generosidad y, al final, la hacían desgraciada.

Pero no puedo evitar sentir también una punzada de celos. Perder a mis padres y a mi hermano a una edad tan temprana y que luego me criara únicamente mi abuela durante más de una década, me ha hecho anhelar un núcleo familiar como el que tienen los Koslov.

No es que se lo fuera a admitir nunca a Lucia. No quiero darle otra razón para que se preocupe por mí.

Aunque parece que no me equivocaba con la estratagema secreta para interrogarme, ya que en cuanto llega la comida, Lucia no pierde el tiempo en desviar la conversación hacia mi hombre misterioso.

—Bueno, no he sabido nada de tu… *amiguito*. —Me entorna los ojos.

—¿Ni siquiera podías dejarme dar un bocado a la pasta antes de sacar el tema? —dejé el tenedor.

Resopla. —¿Te sorprende que pensaras que no iba a sacar el tema para nada? No me gusta la indiferencia con la que te estás tomando todo esto. Este hombre te está *acosando*.

Está haciendo mucho más que eso.

Siento que me arden las mejillas mientras intento no pensar en lo que pasó anoche.

Había esperado que, al quedarme despierta, por fin lo pillaría con las manos en la masa. Ni en mis sueños más locos pensé que la cosa acabaría con él dándome los mejores orgasmos de mi vida.

Espero que vuelva a visitarme esta noche, y no solo porque disfruté de la forma en que hizo que mi cuerpo cobrara vida de un modo que ningún hombre había conseguido antes, sino porque me gustó saber que estaba allí.

He pasado demasiadas noches en una cama vacía, y fue agradable dormirme sabiendo que no estaba sola.

Aunque siento curiosidad por saber si las cosas entre nosotros por fin irán a más.

Por los ruidos que hacía mientras me devoraba el coño, era evidente que él estaba disfrutando tanto como yo. En un momento dado, pensé que cedería a sus propias necesidades y me follaría, y no puedo negar que la idea hace que se me caliente la sangre.

Si es capaz de hacerme gritar solo con la lengua, no puedo ni imaginar lo que puede hacer con su polla.

La idea de despertarme y encontrarlo quitándome la ropa y subiéndose encima de mí hace que se me acelere el pulso.

Desde luego, esa no es la reacción que debería tener al pensar en mi acosador.

—Lo tengo todo bajo control. —Le doy un sorbo a la bebida, aunque solo sea para ocultar un poco mi expresión de culpabilidad.

—¿Ha vuelto?

Enrollo unos espaguetis en el tenedor, con la esperanza de que mi silencio haga que se aburra del tema. Pero parece que mi silencio solo echa más leña al fuego que ha estado avivando lentamente desde que le hablé del secuestro.

—Creo que deberías hablar con alguien. Es obvio que toda esta situación te ha provocado una especie de crisis nerviosa inducida por el trauma...

—¿Es por eso que me has invitado a cenar? ¿Para interrogarme?

—El hecho de que te pongas tan a la defensiva no hace más que confirmar mis suposiciones. —Lucia coge su propio tenedor y le da un bocado a la comida.

—No estoy a la defensiva.

—No estás siendo inteligente.

Dejo caer el tenedor sobre el plato y cojo el bolso.

—¿En serio te vas a ir?

—He tenido un día muy largo, Lucia, y no tengo energía para discutir contigo sobre esto.

—¡No hay nada que discutir! Un hombre te está acosando, y tú estás...

—¿Estoy qué? Por favor, dime qué estoy haciendo, Lucia.

—Lo estás *fomentando*.

—Increíble. Precisamente tú no deberías juzgarme ahora mismo.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Tú no tienes precisamente un pasado impecable. Nunca te juzgué por acostarte por ahí. ¿O qué me dices de cuando decidiste engañar a Mikhail para que no se casara contigo? Me senté y lo escuché *todo*, Lucia, sin ofrecerte más que palabras amables y apoyo, porque eso es lo que hacemos. Y ahora, la única vez que *de verdad* necesito que hagas lo mismo, ¿me sales con estas?

—Tienes razón. —Suspira y extiende la mano por encima de la mesa para cogerme la mía.

Intento apartarla, pero me aprieta con más fuerza.

—He sido dura y te he juzgado un poco. Pero es solo porque estoy preocupada por ti. Todo este comportamiento es tan... impropio de ti.

—Aun así, no te da derecho a juzgarme.

La expresión de Lucia se suaviza y asiente.

—Lo siento. Por favor... no te vayas. Terminemos la cena.

Una parte de mí quiere dar un golpe de efecto saliendo del restaurante, pero sé que eso solo empeoraría las cosas.

—Esta es mi vida, y sé lo que hago. —Vuelvo a coger el tenedor—. Ahora, ¿podemos cambiar de tema, por favor?

Ella suspira, pero asiente, cogiendo su propio tenedor y atacando la pasta.

—¿Te he contado las palabrotas que Danil les ha enseñado a los gemelos?

Cuando termina la cena y Lucia paga amablemente la cuenta, a modo de disculpa por lo de antes, salimos a la fresca noche de otoño.

Lucia se abrocha el abrigo. —Ven a cenar el viernes por la noche. Hago la lasaña de la abuela, tu favorita.

Sé que me invita solo porque se siente culpable, pero no quiero que sea otra excusa para interrogarme sobre mi hombre misterioso. Principalmente porque no quiero seguir mintiéndole si se muestra tan sentenciosa con lo poco que le he contado. No puedo ni imaginar qué diría si supiera toda la verdad.

—Iré, con una condición.

—No haré que te sientes al lado de Vivi, si es eso lo que te preocupa. Sé lo poco que te gusta compartir tu lasaña. —Lucia se ríe.

—No, no es eso. —Me ajusto el bolso en el hombro—. Quiero que me prometas que no volverás a mencionar a *él*.

—Elle...

—Lo digo en serio, Lucia, no quiero tener esta conversación cada vez que te vea.

—Está bien.

—Quiero que lo prometas.

Lucia duda, y puedo ver en sus ojos cuánto le cuesta dejarlo pasar. Pero después de nuestro casi encontronazo durante la cena, decide no llevarme la contraria.

—Lo prometo.

Tras despedirme de Lucia, vuelvo a casa a pie.

La idea de pedir un Uber me inquieta, así que me convenzo de que el aire fresco y el ejercicio me vendrán bien.

A la mayoría de la gente le preocuparía volver a casa sola por la noche, y yo era una de ellas.

Pero ya no.

Sé que *él* está ahí fuera, observándome.

Hundo la nariz en la bufanda, intentando protegerme del frío, mientras acelero el paso. Estoy desesperada por llegar a casa, por ver si *él* querrá continuar donde lo dejamos anoche...

Me detengo en seco.

He dejado que un completo desconocido, que todavía no me ha dicho su nombre ni me ha mostrado su cara, se cuele en mi dormitorio y me corra, no solo con sus dedos, sino con su lengua.

Y quiero que lo vuelva a hacer.

Si eso no es una llamada de auxilio, no sé lo que es.

A lo mejor Lucia tiene razón, después de todo...

Me apunto mentalmente que tengo que escribirle un correo a mi terapeuta en cuanto llegue a casa. No he hablado con ella desde que me gradué en Enfermería y mi vida se volvió tan ajetreada que dejé la terapia, pero siempre sacaba tiempo para verme cuando lo necesitaba.

He pasado incontables horas sentada en su consulta, hablando con ella sobre el trauma de perder a mis padres y a mi hermano. Lo cual fue difícil, teniendo en cuenta que no recuerdo nada de la noche del incendio.

Perderlos ya fue bastante duro, pero no recordar las últimas palabras que le dije a mi hermano antes de irnos a dormir, o el cuento que mi madre me habría leído esa noche, duele todavía más.

Pasé mucho tiempo enfadada conmigo misma por no ser capaz de recordar, aunque la doctora Mills me explicó que es una respuesta completamente normal a un suceso traumático. Es la forma que tiene mi cerebro de protegerme del dolor, de evitar que reviva esa noche una y otra vez.

Pero sigo sin verle la ventaja.

No recordar solo hace que me sienta peor. Hace que parezca que nada de eso fue real, como si me lo hubiera imaginado todo.

He deseado tantas veces despertarme una mañana y que esos recuerdos hubieran resurgido milagrosamente. Que, con el tiempo, mi cerebro me considerase lo bastante fuerte para afrontarlos y los desenterrase del pequeño rincón de mi mente donde están guardados.

Pero ese día aún no ha llegado.

Quizá mi falta de una respuesta apropiada hacia mi acosador sea otra forma que tiene mi cerebro de protegerme.

En lugar de sentir miedo, mi mente está retorciendo esa emoción para convertirla en algo que se parece a... ¿deseo?

No estoy muy segura de lo que siento, pero Lucia tiene razón. No es una respuesta normal, y me preocupa que cualquier emoción que mi cerebro esté intentando reprimir vaya a aflorar de repente más adelante y acabe en un psiquiátrico.

Es hora de llamar a la doctora Mills antes de que las cosas se me vayan de las manos.

Capítulo Dieciséis

LEV

SUBIR LAS ESCALERAS hasta mi piso de mierda me cuesta hasta la última gota de energía que me queda. Saber que tengo menos de una hora antes de tener que volver a casa de Elle me hace sentir el cuerpo pesado.

Estoy más que agotado, y me duelen los músculos con cada paso que doy.

Normalmente, me tomaría otro café y aguantaría el cansancio como fuera, pero el desmayo del otro día me acojonó vivo.

Si perdiera el conocimiento estando con Elle y le pasara algo… nunca me lo perdonaría. No puedo arriesgar su vida de esa manera, así que tengo que empezar a dar prioridad al sueño, aunque solo sea una hora aquí y allá.

La solución obvia es no volver a colarme en el piso de Elle y quedarme despierto casi toda la noche viéndola dormir. Pero se ha convertido en una especie de ritual nocturno para mí.

Antes me bastaba con sentarme en el coche con los ojos fijos en su ventana. Saber que estaba allí arriba, a salvo y dormida, solía

reconfortarme, y me sentía lo bastante seguro como para pegar ojo diez minutos de vez en cuando.

Pero desde el desmayo, si no la oigo respirar físicamente, me entra el pánico.

Al menos, así es como me explico la opresión en el pecho y el corazón desbocado cada vez que no estoy cerca de ella.

También podría deberse al hecho de que no he podido dejar de pensar en hacer que se corra, lo que tiene mi cuerpo permanentemente en tensión. Llevo años soñando con poder tocarla así, y oír por fin sus dulces gemidos mientras llega al orgasmo para mí ha hecho que se me caliente la sangre y se me endurezca la polla a todas horas del día y de la noche.

Lo que daría por poder hacérselo todas las noches. Por adorar su cuerpo con mi lengua, por oírla gritar mi nombre mientras se corre…

Pero eso no puede pasar nunca.

Estuvo mal por mi parte cruzar esa línea, aprovecharme así de su confianza. Ella no sabe de quién se está enamorando, y yo soy demasiado cabrón y egoísta para decírselo.

Pero quizá debería. Quizá entonces se alejaría, y todo podría volver a ser como antes. Conmigo viéndola vivir su vida, sabiendo que nunca podré formar parte de ella.

La idea me pesa en el pecho mientras subo el último tramo de escaleras.

Elle tiene el día libre hoy, y suele quedarse durmiendo hasta tarde, así que supuse que no pasaba nada si me escapaba una hora para intentar recuperar algo de sueño.

Aunque parece que Pyotr tiene otros planes para mí.

Al acercarme al último piso de mi edificio, me encuentro a mi único amigo apoyado en la puerta de mi casa con un portavasos de cartón

y una bolsa de papel.

—¿Qué haces aquí?

—He pensado que te vendría bien un reconstituyente. —Levanta la bandeja de cafés—. Además, tengo que hablar contigo de una cosa.

Tiene un aspecto impresionantemente arreglado, teniendo en cuenta que no son ni las seis de la mañana. Lleva una camisa blanca recién planchada y unos pantalones de vestir azul marino bajo el abrigo, el pelo bien peinado y la mandíbula sin rastro de barba.

Me miro mi propia ropa y me estremezco.

—Para eso se inventaron los teléfonos. —Me busco las llaves en el bolsillo de los vaqueros—. Solo tengo una hora, Pyotr, y de verdad que necesito dormir un poco.

—Seré breve.

Pyotr se hace a un lado para que pueda abrir la puerta antes de seguirme adentro.

—Me gusta lo que has hecho con el sitio. —Echa un vistazo a mi piso, que está prácticamente vacío.

Deja los cafés en la encimera de la cocina antes de volverse hacia mí.

—¿Me vas a decir por qué has venido? —Cojo la bolsa de papel y me sirvo un dónut.

Me rugen las tripas al darle un bocado, y me doy cuenta de que no recuerdo cuándo fue la última vez que comí.

Pyotr se cruza de brazos mientras me observa.

Sé que tengo una pinta horrible. Mi barba de varios días se está convirtiendo poco a poco en una barba hecha y derecha, y mis vaqueros negros y mi sudadera con capucha parecen haber sido mi pijama, lo cual no deja de ser irónico.

—Nina te ha estado buscando.

El nombre de mi hermana hace que mi cuerpo se tense.

Debería haber supuesto que es de eso de lo que Pyotr quería hablar. ¿Por qué si no querría verme en persona a estas horas?

—¿Por qué? —Intento que no se me note la preocupación, pero sé que Pyotr no se lo traga.

—¿Porque eres su hermano?

—Hace años que no soy su hermano, Pyotr. —Me froto la mandíbula —. Ni siquiera recuerdo la última vez que la vi.

Nina y yo estuvimos unidos, en otro tiempo. Pero de eso hace mucho. Han cambiado muchas cosas desde entonces.

—Bueno, quizá no estaría de más que la llamaras.

—¿Para qué? Después de cortar con ella como lo hice, dudo que llame solo para ponernos al día. —Me termino el dónut y cojo otro de la bolsa.

Nina y yo siempre tuvimos una relación complicada mientras crecíamos. Como le sacaba ocho años, era naturalmente difícil que tuviéramos ese estrecho vínculo fraternal que sé que ella anhelaba. No es que tener una edad más cercana hubiera ayudado. Mi hermano Maxim solo era un año mayor que yo, y no soportaba a ese capullo.

Aunque eso probablemente fuera culpa de mi padre.

Le gustaba enfrentar a todos sus hijos unos contra otros, haciendo que lucháramos por su afecto. Nunca ocultó su decepción por haber tenido una hija, lo que hizo que Nina sintiera celos de Maxim y de mí por naturaleza.

Así que pasaba la mayor parte del tiempo con su madre, al menos hasta que esta murió.

Pero nuestra relación se fortaleció cuando Nina era adolescente. Empecé a contactar más con ella, por pura soledad, y durante un tiempo, las cosas entre nosotros fueron bien. Casi… *normales*.

Durante años, se convirtió en la persona a la que llamaba cuando estaba en problemas, lo que ocurría a menudo, y me ayudaba a superar los desmayos. Era la única que podía calmarme después, cuando el pánico se apoderaba de mí por las lagunas en mi memoria.

Eso fue, hasta que descubrí la verdad de lo que había hecho durante uno de esos desmayos y decidí que Nina estaría mejor sin mí en su vida.

—Han cambiado muchas cosas, Lev. Ahora está casada y tiene un hijo.

¿Que Nina tiene un hijo? ¿Desde cuándo?

La última vez que la vi, soñaba con venir a Nueva York a estudiar ballet antes de unirse al American Ballet Company. Quería pasarse los días sobre el escenario, bailando la música que solía escuchar con su madre de niña.

¿Qué demonios ha pasado?

—Me alegro por ella —mascullo.

Han pasado años desde la última vez que nos vimos. Es probable que dejara atrás su sueño de ser bailarina hace mucho tiempo, cambiándolo por uno nuevo. Uno con una familia perfecta y una valla blanca.

Lo que no me esperaba era que la noticia me hiciera sentir tan *vacío*.

Quizá sea porque la vida ha seguido adelante para todos, excepto para mí.

—¿Quién es el tío?

No se me escapa la vacilación de Pyotr y me preparo para lo que está a punto de salir de su boca.

—¿Quién es, Pyotr?

—Anton Koslov.

Casi me atraganto con el café. ¿Está casada con un *Koslov*?

—Estás de broma.

—En absoluto. —No hay ni un atisbo de diversión en los ojos de Pyotr, y lucho contra el impulso de lanzar la taza de café a través de la diminuta cocina.

—*Joder*. —Me paso la mano por la cara—. ¿Cómo *coño* ha acabado casada con un Koslov? Es imposible que mi padre lo hubiese permitido.

Esto no tiene sentido. ¿Qué demonios hace Nina?

—¿Y también tiene un crío?

—Una niña. Solo tiene unos meses.

—Una niña...

—Supongo que eso te convierte en tío —se ríe Pyotr por lo bajo.

Se me encoge aún más el estómago.

Esto tiene el sello de mi padre por todas partes.

—Por lo que he podido averiguar, tu padre intentó usar a Nina para sacarle información a Anton, pero al final le salió el tiro por la culata.

—Claramente —resoplo—. Joder, esto no es bueno.

Si Nina me está investigando, es probable que sea porque su marido se lo ha pedido. Ni de coña los Koslov desconocen la verdad sobre sus orígenes, y seguramente cuentan con que yo ignoro su matrimonio para sacarme información.

—Esto no es nada bueno. —Dejo el café y apoyo las manos en la encimera.

Que Elle estuviera directamente vinculada a la bratva Koslov a través de su prima ya era bastante arriesgado. ¿Y ahora Nina está casada con el primo del Pakhan?

Parece que nunca voy a librarme de ellos.

Quizá sea la forma que tiene el universo de castigarme por lo que hice.

Al fin y al cabo, por mi culpa el anterior Pakhan y su mujer están a dos metros bajo tierra.

—Llámala, Lev. —Pyotr saca un trozo de papel del bolsillo y lo deja en la encimera—. Está preocupada por ti.

—No tiene por qué. Estoy bien.

—¿Lo estás?

Aprieto los dientes ante el tono acusador de Pyotr.

—¿Tienes algo más para mí? Porque de verdad necesito darme una ducha.

—De momento no. Tu padre está resultando ser muy difícil de investigar.

—No es la primera vez que lo siguen detectives privados. Alexei lleva detrás de él casi una década, así que se ha vuelto bueno borrando su rastro.

—No me digas.

—Te agradezco que te hayas pasado, y la comida.

—No hay de qué. Y ya sabes que puedes llamarme cuando quieras, ¿verdad?

Asiento, con la garganta demasiado atenazada por la emoción para hablar.

Pyotr me da una palmada de despedida en el hombro antes de coger su café y salir.

En cuanto la puerta se cierra de un portazo, cojo el trozo de papel y lo desdoblo para encontrar el número de Nina garabateado dentro.

Llamarla es arriesgado. Cualquiera de los Koslov podría estar escuchando.

Pero después de enterarme de lo de su hija, siento el impulso de llamarla, de advertirle que tenga cuidado. Mi padre es un hombre cruel y no dudaría en usar a su propia nieta como moneda de cambio.

Antes de que el silencio de mi apartamento se vuelva demasiado pesado para soportarlo, me dirijo al diminuto dormitorio, donde no hay más que un colchón desnudo en el suelo y una maleta abierta llena de algo de ropa.

Puede que mi abuela materna me dejara una buena cantidad de dinero al morir, pero no tengo ningún deseo de gastarlo en amueblar un sitio en el que nunca estoy.

Las cosas materiales no me importan.

Solo me importa Elle.

Encuentro uno de mis muchos móviles de prepago escondido entre la ropa. Al menos así, puedo estar seguro de que ni ella ni ninguno de los Koslov podrán rastrear mi ubicación.

Sentado en el borde del colchón, marco el número de Nina y contengo la respiración mientras el teléfono empieza a sonar.

—¿Diga? —La voz de mi hermana me hace sentir como si me estuvieran desgarrando el pecho—. ¿Diga? ¿Quién es?

—¿Nina? —Se me quiebra la voz, y me aclaro la garganta mientras espero a que responda.

—Lev. —Suspira—. Estás vivo.

—¿Estás sola?

—En su mayor parte. —Oigo el llanto de un bebé de fondo y lucho contra el impulso de colgar—. Las cosas han cambiado mucho desde la última vez que hablamos.

—¿Eres feliz?

—No sabía lo que era la felicidad hasta hace poco... En fin, ¿cómo... cómo estás? ¿Has hablado con papá últimamente?

—¿Y tú?

—No... Ahora mismo no estoy precisamente en su lista de personas favoritas.

—Bienvenida al club.

Se ríe en voz baja, y mis labios se contraen al oírla.

—¿Lo sabe? —No soy capaz de expresar mis preocupaciones directamente, pero Nina parece pillar lo que quiero decir.

—Sí, pero no te preocupes. No se va a acercar a mi hija.

—Tiene sus métodos, Nina.

—Y yo estoy tomando todas las precauciones necesarias. ¿Has llamado por eso?

No digo nada, agarrando el teléfono con tanta fuerza que mis nudillos se ponen blancos.

—Es un detalle que te preocupes.

—Debería colgar...

—Se llama Lilya.

Me quedo helado. —Como tu madre.

—La verdad es que se le parece mucho.

Se oyen ruidos de fondo, seguidos de otro llanto del bebé, y de repente una oleada de soledad me cae encima como una losa.

—Bueno, ¿y qué tal está Elle?

Me tenso al oír su pregunta.

—¿Cómo sabes lo de Elle?

—Mi cuñado, Mikhail, me comentó que tenía un acosador.

Debería haber sabido que Lucia se enteraría y se lo contaría todo a su marido. Es otra razón por la que debo tener más cuidado cuando esté con Elle.

Si se enteraran de lo que pasó entre nosotros la otra noche, estaría muerto en cuestión de horas. Y entonces, ¿quién quedaría para asegurarse de que Elle esté a salvo?

—¿Y qué? —Me pellizco el puente de la nariz con el pulgar y el índice —. Podría ser cualquiera.

—Un acosador con cicatrices en las manos.

—¿Qué estás insinuando, Nina?

—No estaba segura de si eras tú o no, pero por tu forma de reaccionar, supongo que sí.

—Nuestro padre estuvo detrás de su secuestro. Yo simplemente me he estado asegurando de que esté a salvo.

—Mientras solo sea eso...

—La verdad es que tengo que irme.

—Quería preguntarte otra cosa.

Cierro los ojos con fuerza. —Adelante.

—Alexei y sus hermanos creen que sus padres están muertos por... —inspira hondo y yo me preparo para lo que va a preguntarme—... por tu culpa. ¿Es eso cierto, Lev?

Su voz está ahogada por las lágrimas y yo aprieto los dientes mientras intento pensar cómo responder sin hacerle más daño del que ya le he hecho.

—¿Sinceramente? Es posible.

—¿Qué significa eso?

—Lo único que sé es que perdí el conocimiento esa noche. No fue hasta años después que Igor me informó de lo que había pasado, de lo que yo había hecho.

—Ah...

—Ya no sé qué pensar. Pero si algo sé es que a Elle no le pasará nada malo. Te lo prometo.

—¿Sigues teniendo esas pérdidas de conocimiento?

Mi mente se llena con el recuerdo de despertarme en el arcén de la interestatal y me estremezco.

—Me estoy ocupando de ello.

Mi hora casi ha terminado y necesito volver con Elle antes de que se despierte.

Pues nada, adiós a dormir un poco.

—Lev...

—Será mejor que no vuelvas a ponerte en contacto conmigo.

Capítulo Diecisiete

ELLE

ESTOY SENTADA EN la cama con las piernas cruzadas en la oscuridad, con la mirada fija en la ventana.

He decidido no perder el tiempo fingiendo que estoy dormida. Después de la otra noche, sabrá que lo estoy fingiendo de todos modos, y quiero ir al grano.

El corazón me revolotea en el pecho mientras espero con ansia que aparezca, desesperada por saber si sintió algo parecido a lo que sentí yo cuando me tocó la otra noche.

Me quedé dormida antes de tener la oportunidad de corresponderle, y cuando me desperté se había ido.

Aunque los efectos persistentes de su lengua seguían muy presentes.

Después de volver a casa anoche tras cenar con Lucia, estuve esperándolo despierta durante horas, pero no apareció. Supuse que no quería parecer insistente o hacerme sentir incómoda.

O quizá le da vergüenza lo que pasó…

¿Es por eso por lo que no ha vuelto?

La idea hace que se me forme un nudo en el estómago.

—A lo mejor es que es tímido —digo mientras me aliso el pelo, intentando ignorar la angustia que siento en el estómago.

Probablemente sea un poco triste que me haya asegurado de tener el pelo bien peinado y que me haya cambiado mi vieja y raída camiseta de la universidad por un conjunto a juego de camisola y pantalones cortos de seda, por si acaso esta noche es la noche en que mi hombre misterioso por fin decide encender las luces.

Pero no me importa.

Soy una mujer adulta y soy libre de permitirme un poco de diversión nocturna con un desconocido si quiero.

Esto es, si es que el desconocido se digna a aparecer.

Los párpados me pesan cada vez más por el cansancio mientras el reloj pasa de la medianoche.

Hoy he tenido el día libre en el hospital y, a pesar de haberme quedado hasta tarde en la cama, he conseguido llenar el día de recados, además de una sesión de última hora con la doctora Mills, lo que me ha dejado bastante agotada.

Estoy a punto de darme por vencida y meterme bajo las sábanas cuando diviso una sombra en movimiento fuera de mi ventana.

Ha vuelto.

Contengo la respiración mientras la sombra se acerca a mi ventana.

No es más que una silueta oscura mientras empieza a pasar por el alféizar.

—Hola.

Se queda paralizado al darse cuenta de que lo estoy esperando despierta.

—Es tarde —dice con ese tono grave suyo que me calienta la sangre.

—No sabía que tenía que acostarme a una hora tan estricta.

Como no hace ningún intento por entrar en mi habitación, empiezo a ponerme nerviosa por si se marcha.

—¿No te quedas?

La doctora Mills se daría un festín si supiera los pensamientos que se arremolinan en mi cabeza ahora mismo.

—¿Quieres que me quede?

—Sí.

Me muerdo el labio inferior mientras él termina de entrar por la ventana, pero no hace ningún movimiento para reunirse conmigo en la cama. En lugar de eso, se queda junto a la pared, completamente oculto por la sombra.

Desearía poder verle la cara, aunque solo fuera para leerle la expresión.

¿Se siente incómodo por lo que pasó la otra noche? ¿Sus ojos están llenos de arrepentimiento o de lujuria?

Estoy a punto de preguntárselo cuando él habla.

—¿Cómo ha ido tu sesión de terapia?

—Yo… eh… —No debería sorprenderme tanto que sepa que he visitado a la doctora Mills esta tarde, pero su pregunta aun así me pilla por sorpresa—. Ha estado bien.

—¿Simplemente bien?

—No hemos hablado de nuestra… situación, si es eso lo que te preocupa. —Jugueteo con el dobladillo de la camisola.

—No me preocupa.

—Ah, vale, entonces.

—Pero me gustaría que me contaras cómo ha ido.

Se me eriza la piel mientras mi cuerpo cobra vida por la excitación, imaginándomelo hablándome así al oído mientras me toca.

Me aclaro la garganta, intentando ignorar el palpitar sordo que está creciendo entre mis muslos.

—Te lo contaré si tú me dices algo sobre ti primero.

Su suspiro como respuesta me provoca un cosquilleo en el estómago.

No quiero espantarlo, no ahora que por fin lo tengo aquí. Pero necesito más.

—No me gusta el brócoli.

—Eso no me vale.

—Vale. Tampoco me gusta el queso.

—No, no voy a jugar a este juego. Tú sabes detalles íntimos sobre mí, sobre mi vida, y yo no sé absolutamente nada de ti.

—Es por tu propio bien…

—¿Estás diciendo que no puedo saber nada? Venga, dime algo sobre ti que nadie más sepa. Y te juro que si dices que no te gusta la pizza o algo así, vamos a tener un problema.

—¿Ahí es donde pones el límite? —Su voz está teñida de diversión.

—Qué te voy a decir, soy medio italiana. Pero supongo que eso ya lo sabías.

—Tu apellido era una pista bastante obvia.

—Eres exasperante.

—Ya sabes más de mí que la mayoría de la gente.

—¿Qué? ¿Que eres hábil con la lengua?

Su risa como respuesta me provoca un escalofrío por la espalda. Es vacilante, como si le sorprendiera.

Se me oprime el pecho al pensarlo.

—Dime algo *de verdad*.

Su sombra se mueve cuando se apoya en la pared, envuelto en la oscuridad, y resisto el impulso de inclinarme y encender la lámpara, solo porque sé que si lo hiciera, se iría y no volvería jamás.

La idea de no volver a hablar con él me inquieta.

Curiosamente, él es la única constante en mi vida ahora mismo que me reconforta. Saber que siempre está cerca por si lo necesitara me aporta una sensación de paz que no he sentido en mucho tiempo.

—Yo… —Respira hondo y yo contengo la respiración mientras espero a que continúe.

Su voz, aunque grave y áspera, es tranquilizadora.

—Solo me he enamorado una vez.

Sus palabras flotan, pesadas, en la oscuridad que hay entre nosotros.

Era lo último que esperaba que dijera, y siento curiosidad por saber por qué ha sentido la necesidad de decírmelo.

¿Es porque se refiere a mí?

¿Me quiere?

No puede quererme. No me *conoce*.

Aunque, por otro lado, no tengo ni idea de cuánto sabe sobre mí…

Debería estar cagada de miedo con esto. Debería llamar a la policía o, como mínimo, a Lucia, o incluso a Mikhail.

Debería estar haciendo un montón de cosas, pero por la forma en que se me sonroja la piel y un dolor sordo empieza a acumularse entre mis muslos, está claro que sus palabras están teniendo el efecto contrario en mi cuerpo.

—Enciende la luz —susurro, moviéndome hasta quedar arrodillada en la cama—. Quiero verte la cara.

—No.

Me pilla por sorpresa su brusca respuesta. Creía que estábamos empezando a progresar, que él empezaba a confiar en mí.

—¿Por qué? —No me molesto en ocultar mi irritación—. ¿Tienes algo que ocultar?

—Todo el mundo tiene algo que ocultar.

—Yo no.

—¿En serio?

—Nop. Soy un libro abierto.

—Entonces, ¿tu prima sabe que estás dejando que un desconocido te haga correr en tu dormitorio en mitad de la noche?

Se me escapa un sonido ahogado y él se ríe entre dientes.

—Ya me lo imaginaba.

Resoplo. —Eso es diferente.

—¿Lo es? Dime, Elle, ¿por qué mantienes nuestras conversaciones en secreto?

—No me avergüenzo de ti, si es eso lo que te preocupa... —Me froto las manos arriba y abajo por mis muslos desnudos.

—No estoy preocupado. Solo tengo...*curiosidad*.

—No le he contado a mi prima lo que ha pasado entre nosotros porque ya cree que mi comportamiento contigo es muy impropio de mí.

—¿En qué sentido?

—Para empezar, el hecho de que dejara que me hicieras correr la otra noche no es exactamente algo que haya hecho antes. Además, yo... pienso mucho en ti... De formas en las que no debería.

—¿Como cuáles?

—Haces demasiadas preguntas. —Se me encienden las mejillas.

—Compláceme, Elle. —Su voz es grave y ronca.

Se me endurecen los pezones y me humedezco entre los muslos al oír mi nombre en sus labios.

Joder.

—Pienso en todas las cosas que quiero que me hagas —susurro—. Como la otra noche... Es en *todo* en lo que he podido pensar.

—¿Qué quieres que te haga, Elle?

Mis ojos se cierran mientras intento reprimir un gemido.

Estoy desesperada por tocarme entre los muslos, por aliviar el dolor que se acumula ahí, pero quiero que sea *él* quien lo haga.

—Quiero que me folles...

—Créeme, lo he pensado. —Su voz está cargada de excitación, y me muerdo el labio inferior para no hacer ruido mientras mi clítoris late.

—Verte desnudarte en la ventana me volvió puto loco. Me corrí con unas ganas que te cagas.

Se me escapa un quejido al pensar en él corriéndose con mi cuerpo desnudo.

—Y luego probarte la otra noche... —Emite un sonido ahogado que hace que mi autocontrol se quiebre.

Llevo las manos a mis pechos para ahuecarlos y frotarme suavemente los doloridos pezones.

—Que te corrieras en mi lengua fue increíble.

—Puedes volver a hacerlo si quieres. —Me masajeo los pechos hinchados.

No sé si soy tan atrevida porque no puede verme o porque me siento naturalmente cómoda con él.

—No deberíamos.

—¿Por qué? Los dos queremos esto.

—No deberías desearme.

Mis manos caen sobre mis muslos y suelto el aire, esperando no arrepentirme de lo que estoy a punto de decir.

—Pero te deseo, de cualquier forma que me dejes tenerte. Así que, por favor, *tócame*.

Estoy sin aliento por la necesidad, y su silencio como respuesta hace que se me escape un quedo quejido de los labios.

—Necesito que te tapes los ojos.

Algo aterriza suavemente en la cama y, al estirar la mano, encuentro una venda.

—Si de verdad quieres que te toque, necesito que sea así.

No me molesto en discutir con él.

Me ato la venda sobre los ojos y vuelvo a colocar las manos en los muslos, esperando a que él haga el siguiente movimiento.

Se oye un crujido de ropa y me muerdo el labio cuando algo cae al suelo.

¿Está desnudo?

La cama se hunde bajo su peso y unos vaqueros rozan mi muslo.

Eso responde a mi pregunta.

—¿Te has puesto esto solo para mí? —Tira de los finos tirantes de mi camiseta.

Jadeo al sentir sus dedos callosos contra mi piel.

—He pensado que sería demasiado directo si te esperaba desnuda en la cama.

—Quizás... Aunque no es nada que no haya visto antes...

Su pelo me hace cosquillas en el cuello mientras se inclina para besarme la clavícula.

Jadeo, arqueándome contra su roce mientras estiro los brazos para agarrarle los hombros.

Que están desnudos.

Mis dedos recorren su piel cálida, deleitándose con el duro músculo que encuentro.

La venda me hace ser hiperconsciente no solo de su tacto, sino también del mío, y él se queda quieto, dejándome explorar su torso con los dedos.

Se estremece cuando paso las manos por su ancho pecho y subo por su cuello, sintiendo cómo la piel cambia de textura. Me recuerda a la piel de sus manos, como si también tuviera cicatrices ahí.

Me escuecen los ojos por las lágrimas mientras recorro suavemente la piel con los dedos.

Se queda completamente inmóvil mientras lo toco y, cuando me inclino hacia delante y le beso el cuello, todo su cuerpo se estremece.

—Elle —grazna cuando mi lengua sale y lo lame.

Quiero que sepa que las cicatrices no me producen repulsión. Nada de él lo hace.

Subo las manos por su cuello hasta que le acuno la cara, mis pulgares frotando la barba incipiente de su mandíbula.

—Bésame —susurro.

Se inclina y se me corta la respiración cuando sus labios rozan los míos.

Al principio se muestra vacilante, pero cuando mi lengua juguetea con su labio inferior, emite un sonido gutural desde el fondo de su garganta, y entonces sus dedos se enredan en mi pelo y mete su lengua a la fuerza en mi boca.

Dejo con entusiasmo que su lengua explore mi boca como lo hizo con mi coño, gimiendo ante su sabor mientras su lengua se desliza contra la mía.

—Te necesito —jadeo contra sus labios.

—Quítate la ropa y túmbate para mí, Elle.

Capítulo Dieciocho

ELLE

NUNCA LE HABÍA cedido por completo el control a un hombre como a este. Siempre pensé que me haría sentir débil, pero siento todo lo contrario.

Nunca me he sentido tan *poderosa*.

Mientras tiro del bajo de mi camiseta de tirantes, él se mueve y, acto seguido, la lámpara de la mesilla hace clic al encenderse, inundando la habitación de luz.

Quiere mirarme.

Me muerdo el labio inferior mientras me quito la camiseta por la cabeza y la tiro al suelo, dejando mis pechos desnudos a su vista.

—Joder —gime.

Me arden las mejillas mientras me recuesto sobre las almohadas y empiezo a bajarme los pantalones cortos por los muslos.

No debería sentirme tan cohibida, no cuando este hombre ha tenido literalmente la lengua entre mis muslos, pero eso fue al amparo de la oscuridad.

Esta vez, voy a desnudarme ante él, en más de un sentido, y nunca me he sentido más vulnerable.

Cuando los pantalones cortos me llegan a los tobillos, me los quito de una patada y contengo la respiración mientras separo lentamente los muslos.

Se le corta la respiración, y lucho por no sonreír mientras abro más los muslos.

—Qué guapa.

La necesidad en su voz me arranca un gemido mientras él se toma su tiempo.

Nunca he sido tan atrevida, pero el intenso dolor entre mis muslos apenas me deja lugar para sentirme cohibida.

—Después de verte desnuda en la ventana, no puedo dejar de pensar en tus pechos perfectos. —Me coge un pecho con la mano y lo aprieta con fuerza—. Ni en este coño.

Aparta la mano de mi pecho para ahuecarla entre mis muslos, siseando.

—Estás tan mojada, Elle.

—Por favor...

Su dedo juega a lo largo de mi centro.

No tener nada en qué concentrarme más que en la sensación de su tacto me excita tanto que siento que se me llenan los ojos de lágrimas cuando me roza el clítoris.

—No pares. —Mi espalda se arquea sobre la cama mientras él rodea mi clítoris con el dedo.

—La otra vez no pude admirarte como es debido, así que perdóname si quiero tomarme mi tiempo. —Desliza el dedo desde mi clítoris

hasta mi entrada antes de hundirlo en mí, siseando cuando me contraigo a su alrededor.

Hunde otro dedo dentro de mí, y mis muslos se tensan mientras empieza a bombearlos dentro y fuera de mi coño.

—Oh, joder. —Mis manos se van a mis pechos.

Cada centímetro de mi cuerpo está tan sensible que estoy segura de que podría correrme solo con jugar con mis pezones.

—Eso es, Elle, tócate, *dushenka*.

Me pellizco los pezones entre el pulgar y el índice.

—Me gusta mirarte —murmura mientras su pulgar empieza a frotar mi hinchado clítoris.

—Mmm... —Me amaso los pechos.

—¿Te has tocado así? —Saca lentamente los dedos de mí.

—N-no en un t-tiempo. —Una sacudida de placer me recorre cuando frota mi clítoris con más fuerza—. Pero... me gusta la idea de que me mires mientras me toco.

Mis caderas se sacuden contra su mano.

—Joder. Quiero eso.

No poder ver significa que estoy únicamente concentrada en el sonido de sus dedos moviéndose dentro de mí. El sonido es tan erótico que mi orgasmo ya se está acumulando con solo unas pocas embestidas de sus dedos.

—Te necesito.

Se queda en silencio un momento antes de sacar los dedos de mí.

Casi se me escapa un sollozo por la sensación de vacío, pero entonces su cuerpo se mueve sobre el mío y, cuando presiona la

parte inferior de su cuerpo contra mí, jadeo al sentir su polla dura rozando mi coño.

—¿Es esto lo que quieres? —murmura contra mis labios.

Pongo los ojos en blanco mientras frota su erección contra mi clítoris, y solo puedo gemir, lo que le hace soltar una risita.

Se restriega contra mí con más fuerza y yo grito, con las manos aferradas a sus hombros mientras el placer recorre mi cuerpo.

Incluso a través de sus pantalones, puedo sentir lo grande que es, y mi coño se contrae al pensar en él enterrándose dentro de mí.

—Voy a tomarme eso como un sí —dice con una risita.

—Sí. —Mis pezones rozan su pecho desnudo.

Gime, y sube la mano para ahuecar uno de mis pechos.

—Las cosas que quiero hacerte, Elle —gime él antes de agacharse para tomar mi pezón en su boca.

—Haz lo que quieras. —Me arqueo hacia su caricia.

Su lengua rodea mi pezón antes de chupar el sensible botón.

Gimo mientras hundo los dedos en su pelo para mantenerlo en su sitio.

Es sedoso al tacto y lo bastante largo como para que pueda agarrarlo con fuerza.

—Podrías arrepentirte de haber dicho eso. —Su aliento me hace cosquillas en el sensible pezón.

—Mientras me corra, no lo haré —digo entre dientes.

—Confía en mí, *schast'ye*, vas a correrte. —Con un último beso en mi pecho, desciende por mi cuerpo, asegurándose de besar y lamer mi piel a su paso.

Para cuando pasa la lengua por mi centro, me tiemblan las piernas, y gimo tan fuerte que estoy tentada de cerrar la ventana para no despertar a mis vecinos.

Pero entonces su lengua me roza el clítoris, y ya no me importa.

—Joder, no puedo esperar a estar dentro de ti —gime antes de hundir su lengua en mí.

—¡Sí! —grito, hundiendo los dedos en su pelo para mantenerlo en su sitio.

Él gime contra mí mientras tiro de las raíces de su pelo, mis caderas se sacuden contra su cara mientras lame mi coño.

En cuanto pasa la lengua por mi centro y empieza a chupar mi clítoris, no tarda en acumularse mi orgasmo.

Nada ha parecido nunca tan perfecto como sus cálidas manos agarrando mis muslos, atrayéndome más cerca de su boca. Es como si conociera mi cuerpo mejor que yo misma.

Ningún hombre me ha puesto tan cachonda tan rápido.

Cuando mis muslos empiezan a temblar a cada lado de su cabeza y mis gemidos se hacen más fuertes, también lo hacen los suyos, y no puedo negar lo mucho que me gusta oírle disfrutar a él también.

—Oh, joder, sí, córrete para mí, Elle —gruñe antes de rodearme el clítoris con los labios.

No necesito que me lo pida dos veces.

Grito.

Le tiro del pelo con los dedos, sujetándolo en su sitio mientras me restriego contra su lengua, con el cuerpo temblando mientras él sigue estimulándome durante mi orgasmo. Lo único que oigo es el sonido de su lengua lamiendo mis jugos, y casi me corro otra vez solo con eso.

Justo cuando creo que he terminado, otra oleada de placer me invade y grito mientras mi coño sigue palpitando.

—Bien hecho, *dushenka*. —Ralentiza el ritmo, pasándome la lengua por el sexo.

Una vez que estoy completamente exhausta, me desplomo sobre las almohadas, jadeando en busca de aire mientras mi coño sigue latiendo por las secuelas de mi orgasmo.

—Podría hacer esto toda la noche. —Me acaricia suavemente los muslos.

No consigo articular palabra para responder, lo que le provoca una risita.

Ni siquiera puedo protestar cuando aparta las manos de mis muslos y la cama se mueve al ponerse de pie; entonces, se oye el ruido de un cinturón al caer al suelo.

Ha llegado el momento.

El subidón del orgasmo se convierte rápidamente en nerviosismo al oírle quitarse el resto de la ropa.

Quiero hacerlo, pero eso no significa que no esté inquieta. No he olvidado el hecho de que sigo sin tener ni idea de quién es este hombre. Pero él me conoce, quizá mejor que nadie, y ese pensamiento me reconforta cuando vuelve a posar las manos en mis muslos y me los separa con delicadeza.

—¿Estás segura de esto? —Es como si pudiera oír los pensamientos dentro de mi cabeza.

—Sí —susurro mientras alargo la mano para recorrerle los anchos hombros.

Se coloca sobre mi cuerpo, acomodándose entre mis muslos.

En el momento en que la punta de su polla me roza la entrada, mi coño se humedece aún más.

—Podemos parar en cualquier momento. —Me da un beso en el cuello y luego en la mandíbula.

—Vale. —Me relajo con cada roce de sus labios.

Mientras me besa en la boca, se introduce suavemente en mí.

Jadeo ante su tamaño y él se detiene, dejándome que me adapte antes de empujar dentro hasta el fondo.

Chillo.

—Bien hecho, *schast'ye*.

Nunca me he sentido tan *llena*.

—Oh, Dios, qué bien sienta. —Hundo la cara en su cuello.

Su cuerpo es tan cálido y reconfortante, e inspiro su aroma almizclado mientras empieza a moverse lentamente dentro de mí.

Se toma su tiempo, dejándome que me adapte mientras se desliza fuera de mí.

Gimo por el vacío y entonces vuelve a hundirse en mí, gimiendo en mi oído mientras me contraigo a su alrededor.

Aprieto los brazos a su alrededor, atrayéndolo aún más cerca mientras las lágrimas me escuecen en los ojos. No de dolor, sino de emoción.

Sabía que sentaría bien, pero no esperaba que sentara *tan* bien.

—Te tengo —murmura, llevando la mano a la nuca mientras desliza su polla fuera de mí antes de volver a hundirla hasta el fondo.

Es tan gruesa y dura que apenas puedo pensar con claridad por el placer que me recorre.

Grito cuando roza la sensible pared interior de mi coño.

Nunca he experimentado un placer como este, y lo único que puedo hacer es acordarme de respirar mientras empieza a embestirme con más fuerza. Sus gruñidos y gemidos resuenan en mis oídos a medida que se acerca su propio orgasmo.

Mi boca explora su cuello, su mandíbula, mientras él se mueve dentro de mí.

Ojalá pudiera verle la cara, ver el placer en sus ojos mientras me folla, pero tendré que conformarme con esto. Con sentir sus duros músculos bajo las yemas de mis dedos, con saborearlo en la punta de la lengua mientras una fina capa de sudor empieza a cubrir su piel.

—Más fuerte. —Hundo los talones en su espalda.

—Qué avariciosa. —Me chupa el cuello.

Pero hace lo que le pido: se retira justo hasta que la punta me roza la entrada antes de volver a clavármela con tanta fuerza que mi cama se golpea contra la pared.

—¡Sí!

—*Elle*… —Me tira del pelo mientras acelera el ritmo, su respiración agitada. El dolor agudo me hace jadear, pero pronto se convierte en placer cuando vuelve a embestirme.

—Tócate, Elle. Quiero sentirte correr en mi polla.

Sus palabras hacen que me ardan las mejillas, pero hago lo que me dice.

Él cambia su cuerpo para quedar suspendido sobre mí, dándome espacio para estirar la mano entre nosotros. Se queda quieto dentro de mí mientras me rozo tímidamente el clítoris con el dedo. Todavía está tan hinchado y sensible de antes que gimo.

—No… no puedo.

—Sé que está sensible. —Sus labios me rozan la mejilla—. Pero te sentará muy bien. ¿Confías en mí?

Asiento sin dudarlo.

—Frótate el clítoris, Elle. —Se desliza fuera de mí.

Me muerdo el labio inferior mientras me aprieto el clítoris al mismo tiempo que él me clava la polla. La oleada de placer me hace gritar mientras me contraigo a su alrededor, pero no me detengo.

Mis dedos se vuelven resbaladizos por mis jugos, y empiezo a masturbarme más deprisa, al compás de sus movimientos.

Coloca sus labios sobre los míos, nuestros gemidos se entrelazan mientras ambos perseguimos nuestro orgasmo.

—Joder, Elle, me corro —gruñe mientras hunde la cara en mi cuello, empujando contra mí con tanta fuerza que se me ponen los ojos en blanco.

—Yo también —jadeo mientras me froto el clítoris con más fuerza.

—Eso es, *dushenka*, córrete en mi polla.

Oírle llamarme cariño, mezclado con la sensación de su aliento en mi nuca, es suficiente para llevarme al límite.

Grito al correrme y, con una última estocada dentro de mí, él se une a mí.

—Joder —sisea mientras se corre dentro de mí, con mi coño latiendo alrededor de su gruesa verga, cogiendo hasta la última gota que me da.

—Oh, Dios mío.

Pongo los ojos en blanco mientras su corrida me gotea por la cara interna de los muslos.

Me derrumbo sobre las almohadas. —Ha sido increíble.

Quizá, después de todo, podría acostumbrarme a la venda.

Me llena de besos suaves el cuello y la mandíbula mientras recupero el aliento, y gimo de vez en cuando al sentir mis espasmos a su alrededor.

—Podría quedarme así para siempre —susurra tan bajo que casi no le oigo.

—¿Puedes quedarte?

Su cuerpo se tensa y un gran peso se me instala en el pecho mientras se desliza lentamente fuera de mí.

Reprimo un sollozo ante el vacío, que sigue consumiéndome incluso cuando se tumba a mi lado y me atrae hacia su pecho.

—Hasta que te duermas. —Me da un beso en la frente.

Después de lo que acabamos de compartir, no estoy segura de que tenerlo así por mucho más tiempo vaya a ser suficiente.

Apaga la luz y luego tira de los lazos de la venda, dejándome libre por fin mientras me duermo.

Capítulo Diecinueve

LEV

Un viento gélido me azota la cara y me estremezco de frío. El olor a sal me llega a la nariz y oigo el sonido de las olas rompiendo en la distancia.

Hace meses que no sueño con el mar.

Mi padre solía llevarme a los acantilados de Oyster Bay como una forma de asustarme para que me sometiera. Me amenazaba con tirarme por el precipicio, diciendo que no le servía para nada, ni a él ni a nadie, en realidad.

Lo que no entendía era que a mí nunca me dio miedo ahogarme.

De hecho, todo lo contrario.

La idea de cerrar los ojos y dejar que el agua me llenara lentamente los pulmones me proporcionaba una sensación de paz que siempre había anhelado.

Una paz que finalmente encontré cuando estaba hundido en lo más profundo de Elle—

Abro los ojos de golpe y ahogo un grito al darme cuenta de que el sonido del agua no está en mi cabeza, sino que está, en realidad, a

quinientos pies por debajo de mí.

—¡Joder! —Me alejo a gatas del borde del acantilado. Un movimiento en falso y podría haberme despertado cayendo al vacío.

¿Dónde coño estoy?

Me tomo un momento para intentar respirar. Entrar en pánico nunca ayuda, solo provoca otra laguna mental, lo que podría ser fatal teniendo en cuenta dónde estoy.

Mientras el corazón sigue martilleándome en el pecho, miro a mi alrededor para ver si mi coche está cerca. Pero, por lo que parece, estoy completamente tirado, sin la más remota idea de cómo he llegado hasta aquí.

—¡Joder! —Me paso los dedos por el pelo.

Lo noto húmedo de sudor y, cuando me miro las manos, veo que tengo la piel cubierta de pequeños cortes y la suciedad incrustada bajo las uñas.

¿He venido andando desde la ciudad?

Ni de coña. Habría tardado horas en llegar a cualquier lugar cerca del océano, aunque, por cómo me duelen los músculos y me palpita la cabeza, no me sorprendería que eso fuera *exactamente* lo que he hecho.

Es probable que haya conducido la mayor parte del camino y haya abandonado el coche en algún sitio, y las posibilidades de que lo encuentre son escasas o nulas.

Dejándome caer de espaldas, me quedo mirando el cielo despejado e intento recordar lo último que hice.

Lo que resulta ser no mucho.

No ayuda que, cada vez que cierro los ojos, mi mente se llene con la imagen de Elle desnuda debajo de mí mientras le meto la polla dentro.

Han pasado unos días desde que nos acostamos y es en *todo* lo que he podido pensar.

Sé que debería sentirme culpable por lo que pasó, pero no puedo. Fue, sin lugar a dudas, la experiencia más increíble de mi vida, una que no puedo dejar de revivir en mi mente.

Incluso tumbado a pocos metros del borde de un acantilado del que podría haberme caído fácilmente, mi polla todavía se las arregla para endurecerse al recordar la cara de Elle mientras se corría alrededor de mi verga.

Era impresionante.

Pero supe que la había cagado en el momento en que me pidió que me quedara cuando terminamos.

Se suponía que esto no debía pasar. Se suponía que debía mantener las distancias para que ella pudiera vivir una vida normal sin saber nunca que yo existía. Era mejor para los dos así.

En cambio, bastó una mirada a su cuerpo desnudo en la ventana para que mi autocontrol se hiciera añicos, y no estoy seguro de ser lo bastante fuerte como para recomponerlo.

Me pongo en pie, me limpio las manos cubiertas de tierra en los vaqueros y suspiro al notar el móvil en el bolsillo.

No pierdo el tiempo en marcar el número de Pyotr, con la esperanza de que no esté fuera del estado por trabajo y de que esté dispuesto a conducir hasta dondequiera que esté para recogerme.

—Vamos…

El teléfono sigue sonando.

Después de otros treinta segundos más o menos, me rindo.

No va a contestar, lo que me deja con una sola opción.

A juzgar por lo alto que está el sol en el cielo, no es mucho más de mediodía, lo que significa que Elle podría haber estado desprotegida durante al menos las últimas doce horas. Hoy no tenía que ir a trabajar hasta la noche, y es probable que esté pasando el día en la ciudad, disfrutando del sol leyendo en el parque o en su cafetería favorita.

Todos lugares donde mi padre podría interceptarla con bastante facilidad.

Por lo que sé, podría estar atada en otra habitación de motel, suplicando por su vida.

La idea me pone de rodillas mientras mi boca se abre en un silencioso grito de rabia.

Esto no puede seguir pasando. No puedo seguir fallándole a Elle de esta manera. Necesito afrontar el hecho de que mis lagunas mentales están volviendo a ser frecuentes y más largas, lo que la deja desprotegida y en peligro.

Es hora de que me trague el orgullo y admita que no soy suficiente para ella, y que nunca lo he sido.

Lo que me lleva a mi única opción... Tengo que llamar a mi hermana.

No tengo ni idea de si Nina estará dispuesta a ayudarme. Después de todo, a los ojos de su nueva familia, yo soy el enemigo. Pero tengo que esperar que esté dispuesta a dejar el pasado a un lado por Elle. Al fin y al cabo, los Koslov tienen recursos infinitos en cuanto a hombres y armas, lo que significaría que Elle tendría protección las veinticuatro horas del día.

—¿Diga?

—¿Nina? Soy Lev. Necesito que vengas a por mí.

Un Range Rover negro con los cristales tintados que se acerca me hace contener la respiración.

Han pasado años desde la última vez que vi a mi hermana, y estoy hecho un manojo de nervios mientras el coche se detiene y la puerta del conductor se abre.

Cuando Nina baja, una oleada de pena me golpea al ver lo mucho que ha crecido.

En cierto modo, tiene exactamente el mismo aspecto, con su largo pelo oscuro recogido en un moño pulcro y vistiendo su característico color rosa. Esta vez, en forma de un largo abrigo sobre lo que parece ser su ropa de baile.

Pero, por otro lado, una cierta madurez surca sus rasgos. Sus mejillas están menos redondeadas por la juventud y se mueve con una seguridad que nunca antes había visto en ella.

Supongo que así se ve uno cuando por fin se ha librado de nuestro padre.

Me recorre con la mirada y hace una pausa; su ademán es cauteloso mientras me estudia.

Permanezco en silencio, demasiado abrumado por la emoción para hablar. Ya no está mi hermana pequeña, que solía colarse en mi cuarto del sótano para presumir de sus bailes y así traer algo de luz a mi, por lo demás, oscura existencia. En su lugar hay una mujer hecha y derecha que parece tan segura de sí misma, tan… *feliz*.

Y aquí estoy yo, siendo un cabrón egoísta una vez más por arrastrarla a mis problemas.

—Joder, Nina, siento haberte llamado. —Me paso la mano por la cara.

—¿Estás bien? —pregunta, apartándose el flequillo de los ojos.

Asiento. Estoy demasiado perdido en mis pensamientos para hablar.

—¿Has perdido el conocimiento? ¿Es por eso que estás… aquí? —pregunta, y al mirar a su alrededor y ver el borde de los acantilados detrás de mí, se le va todo el color de la cara.

Avanzo hacia ella, con los ojos fijos en el suelo.

—¿Lev? ¿Sigues recibiendo ayuda del psiquiatra con el que te puse en contacto?

Niego con la cabeza y siento un peso enorme en el estómago.

—Me ayudó durante un tiempo, pero no solucionó el problema, así que dejé de ir. —Alzo la vista para encontrarme con la suya.

Asiente, mirando más allá de mí, hacia la vista de los acantilados, perdida en sus propios pensamientos por un momento.

—Vamos a llevarte a casa. —Se da la vuelta y se dirige de nuevo al coche.

La sigo, arrastrando los pies por el agotamiento. Cuando me subo al asiento del copiloto, echo un vistazo por encima del hombro y me estremezco al ver la silla de coche rosa, otro recordatorio más de que las vidas de los demás han seguido adelante.

Nina me pilla mirando, pero no dice nada mientras arranca el motor.

Permanece en silencio mientras emprende el viaje de vuelta a la ciudad y yo apoyo la cabeza en la ventanilla, cerrando los ojos.

Me despierto de un sobresalto cuando el coche se detiene frente a mi edificio de apartamentos.

—Ya hemos llegado.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —pregunto, con los pensamientos todavía confusos por el sueño.

—Yo también tengo mis contactos. Pero no te preocupes, ellos no lo saben.

Sé que se refiere a Alexei y al resto de la bratva Koslov.

Nina no tiene ninguna razón para mantener a salvo mi ubicación, pero se lo agradezco de todos modos.

—No puedo ocultarle todo esto a mi familia, Lev. —Mira al frente, con las manos en el volante.

Mis ojos se detienen en el enorme anillo de compromiso de diamantes y en la alianza a juego que le regaló Anton.

Las cosas sí que han cambiado…

—Elle forma parte de esa familia, y Lucia, *especialmente*, tiene derecho a saber.

—No quiero que se lo ocultes. —Me froto las manos arriba y abajo por los muslos.

—¿En serio?

—Alexei debería saberlo. Igor fue probablemente quien estuvo detrás del secuestro de Elle, y ella necesita protección. Tú, mejor que nadie, deberías saber lo peligroso que es nuestro padre.

—¿Él está detrás de esto? —pregunta ella, volviéndose ahora para mirarme.

Asiento, sin querer protegerla de la verdad.

—¿Pero por qué? No tiene ningún sentido. Entendería que hubiera ido a por Lucia o incluso a por Zara.

Decido no contarle la verdad: que probablemente va a por ella para hacerme salir de mi escondite.

—Necesito que me prometas que convencerás a Alexei para que ayude. Por favor, Nina.

—¿Por qué estás tan obsesionado con su seguridad, Lev? ¿Qué no me estás contando?

—No es importante.

—Claramente, lo es. —Se cruza de brazos.

—Tú… prométemelo. —Las últimas energías se me están agotando.

—Vale, pero creo que deberías venir conmigo a hablar con Alexei. Ni siquiera sabemos con certeza si tuviste algo que ver con la muerte de sus padres, así que quizá si pudiéramos convencerle…

—No. No me pintes como inocente, Nina. No cuando las pruebas sugieren lo contrario.

—Lev… —Su voz se quiebra y yo me encojo, odiándome a mí mismo por la situación en la que la he puesto.

—Deberías volver. —Echo mano al tirador de la puerta.

—Espera, hay algo que tienes que saber.

Me detengo y miro a Nina. Veo que le tiembla el labio inferior mientras intenta contener las lágrimas.

—¿Qué pasa?

Cuando las lágrimas empiezan a correr por sus mejillas, sé que lo que sea que vaya a decirme no es bueno.

—¿*Nina*?

—Tu madre… tu-tuvo una aventura.

—¿Una aventura? —Mi voz sale gélida.

—Con Andre Koslov.

—¿Qué estás diciendo, Nina?

El corazón empieza a martillearme en el pecho mientras considero lo que intenta decirme.

—Igor no es tu padre, Lev.

Oírselo decir en voz alta me quema la garganta con la necesidad de vomitar.

—Los Koslov… Son t-tus hermanos.

Hermanos.

Ni de puta coña.

—No puedes estar hablando en serio.

—Es verdad, Lev. Andre Koslov es tu padre.

Andre Koslov. El hombre al que maté a sangre fría. ¿Es mi padre?

Abro de golpe la puerta del coche y vacío el contenido de mi estómago en la acera.

Me pitan los oídos mientras me limpio la boca con el dorso de la mano, intentando comprender qué coño me acaba de decir Nina.

Si esto es cierto, seré la razón por la que mi propio padre yace en un ataúd a dos metros bajo tierra.

Ese pensamiento me provoca otra arcada.

Soy un puto monstruo.

—No soy mejor que Igor —digo con voz ahogada, recostándome en el asiento y cerrando la puerta de un portazo.

—Lev, no te pareces *en nada* a él.

—No estoy tan seguro.

Me presiono los ojos con las palmas de las manos y aprieto los dientes para no estallar. Esto explicaría por qué Igor me hizo sufrir como lo hizo durante todos esos años. Es probable que me culpara por lo que hizo su mujer y pagara su rabia con un niño inocente.

No me cabe duda de que, cuando volví a casa con la sangre de Andre Koslov en las manos, se regodeó de lo que había hecho. Me obligó a matar a mi propio padre como pago por la traición de mi madre y me arrebató el último ápice de humanidad que pudiera quedarme.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —me tiembla la voz mientras intento contener la rabia.

—No me fiaba de que lo supieras. —Se mira el regazo—. Pensé que estabas metido en este lío con Igor y que de alguna manera usarías la información contra mi familia. Lo siento mucho, Lev.

—Estabas protegiendo a tu familia. —Vuelvo a colocar las manos sobre los muslos—. Jamás te haré sentir mal por proteger a tu familia.

—No debería haber dudado de ti, pero con la forma en que me apartaste de tu vida... Tenía que estar segura.

—Lo entiendo.

—Significa que no soy tu hermana... —A Nina se le quiebra la voz y se cubre la cara con las manos mientras su cuerpo se estremece por los sollozos.

Le cojo el hombro y se lo aprieto con delicadeza.

—Siempre serás mi hermana, Nina.

Baja las manos y asiente, con las mejillas sonrojadas y los ojos enrojecidos.

—Vuelve conmigo, Lev. Podemos solucionarlo. —Se le llenan los ojos de más lágrimas y me busca la mano—. Formas parte de nuestra familia...

—Ellos nunca me verán como parte de la familia. —Me aparto de su contacto—. Igor se aseguró de eso desde el principio.

Capítulo Veinte

ELLE

Durante años, la consulta de la doctora Mills fue el único lugar donde pude encontrar algo de paz tras sufrir en silencio durante tanto tiempo el trauma de perder a mi familia.

Perder a mis padres y a mi hermano siendo tan joven me dejó una herida que no estoy segura de que vaya a cicatrizar jamás, pero la doctora Mills me ha ayudado a hacer que el dolor sea soportable.

Solía pensar que la terapia era algo extraño. No podía imaginarme sintiéndome lo bastante cómoda como para hablar con una desconocida de mis problemas cuando ni siquiera podía abrirme del todo con Lucia.

Pero, en cierto momento, tuve que enfrentarme a la realidad de que no iba a ser capaz de gestionar todos mis sentimientos por mi cuenta y, en algún punto del camino, la doctora Mills se convirtió en alguien a quien podía acudir cuando lo pasaba mal.

Aunque a Lucia le rompería el corazón saber que sigo teniendo pesadillas sobre el incendio después de todo este tiempo, no quiero cargarla con mis problemas.

Este es mi dolor, y necesito aprender a lidiar con él.

—Hola, Elle, me alegro de verla —aparece la doctora Mills en la sala de espera.

Viste de manera informal con un jersey azul marino y vaqueros. De hecho, todo en su consulta resulta informal y relajado, lo que hace que sea muy fácil olvidar que estoy en la consulta de una médica.

Hablo con ella de una forma que imagino que habría hablado con mi propia madre si estuviera viva. Aunque dudo que le hubiera confesado que me he acostado con mi acosador…

Ese pensamiento hace que me ardan las mejillas mientras me pongo en pie y sigo a la doctora Mills por el pasillo hacia su despacho.

Esta será mi segunda sesión de la semana. Acordamos que lo mejor sería tener sesiones dos veces por semana durante el primer mes para ayudarme a intentar recuperar un poco el control sobre mis pensamientos.

Han pasado muchas cosas en las últimas semanas y no me he permitido procesarlas de verdad. En lugar de eso, he escondido la cabeza bajo el ala, eligiendo distraerme con el trabajo, y ahora con el sexo, en lugar de centrarme en las emociones subyacentes que lo rodean todo.

—¿Cómo ha estado desde la última vez que nos vimos? —pregunta la doctora Mills sentándose en su sillón de cuero negro frente a mí.

Me hundo en el mullido sofá, meto los pies debajo de mí y abrazo uno de los cojines verde salvia contra mi pecho. El color es un tema recurrente en toda su consulta, y lo encuentro relajante.

—Bien —le ofrezco una sonrisa.

La doctora Mills se limita a asentir y coge su inseparable libreta de la mesita que hay junto a su sillón, que sin duda está llena de toda clase de secretos oscuros y profundos.

—He de decir que estoy un poco preocupada después de nuestra sesión del lunes.

—¿Ah, sí?

Me encojo al recordar la sesión del lunes. Básicamente, solo hablé del trabajo, poniéndola al día de mi vida en los pocos años que habían pasado desde la última vez que la vi. Todo fue muy superficial, y cada vez que la doctora Mills hacía una pregunta profunda, me las arreglaba para cambiar de tema de alguna manera.

—No puedo evitar sentir que estaba evitando hablar de algo. Algo que claramente la perturba lo suficiente como para querer reiniciar la terapia. ¿Me equivoco al pensar eso, Elle?

Asiento, con los ojos escociéndome.

Parece que no puedo evitar el tema eternamente, así que empiezo a relatar todo lo que ha sucedido recientemente, desde el secuestro y el casi asalto, hasta el hombre misterioso que no solo me salvó, sino que también admitió que me acosaba.

Mientras hablo, es casi como si estuviera recitando un guion, como si los acontecimientos de los que hablo no me hubieran sucedido a mí, sino a otra persona completamente distinta.

—¿Se puso en contacto con la policía?

Niego con la cabeza mientras jugueteo con un hilo suelto del cojín. —Es… complicado. Pero ya se han encargado de los hombres que me atacaron.

—¿Legalmente?

—Por supuesto —me obligo a mirarla a los ojos.

La doctora Mills me sostiene la mirada durante unos segundos, pero al final decide no insistir en el tema. Sin embargo, me muero por saber qué está escribiendo mientras garabatea más notas en su libreta.

—Y este hombre que la sacó… —sigue escribiendo—. ¿La ha vuelto a contactar?

—Sí.

Hace una pausa, con el bolígrafo suspendido sobre la página.

—Varias veces.

Frunce los labios en una fina línea.

—¿Puedo hacer una observación?

—Por supuesto.

—No parece demasiado asustada por esto.

—No lo estoy. Más bien todo lo contrario.

—¿En qué sentido?

—Bueno… —jugueteo con el hilo suelto, intentando encontrar una manera de explicar mi situación sin sonar completamente loca.

—Este es un espacio seguro, Elle.

Asiento, respirando hondo.

—Es en lo único que puedo pensar. Sé que probablemente sea solo una especie de respuesta traumática y que me estoy aferrando a él. Pero, sinceramente, siento que tenemos algo más profundo que eso. Algo que es… *real*.

—¿Y este es el hombre que admitió que la acosaba?

—¿Ve? A eso me refiero. Suena mal dicho así, pero siento que solo me está echando un ojo. Saber que está ahí fuera, vigilándome… Bueno, casi me resulta reconfortante.

La doctora Mills garabatea más notas en su libreta, y me preparo para lo que va a decir.

Sé que sueno como una loca, pero es la verdad.

—Es interesante que sea capaz de depositar tanta confianza en ese hombre, teniendo en cuenta los problemas que ha tenido en el

pasado para confiar y abrirse a la gente.

—Supongo. Quiero decir, si planeara hacerme daño, ya lo habría hecho.

—El acoso no funciona necesariamente así, Elle. Solo porque no le haya hecho daño todavía no significa que no lo vaya a hacer y, francamente, gran parte de su comportamiento debería preocuparla.

—Lo sé —suspiro, sintiéndome culpable por no mencionar el hecho de que también me he acostado con este hombre.

Pensaba que el hecho de que una profesional licenciada me dijera que este hombre es peligroso rompería la burbuja en la que he estado viviendo desde el secuestro. Que saldría de esta consulta con la intención de ir directamente a la policía, o como mínimo a ver a Lucia.

Pero la idea de no volver a verlo *nunca* más hace que se me revuelva el estómago, y sé que solo me estaría mintiendo a mí misma si hiciera tales promesas.

—Se nos ha acabado el tiempo —la doctora Mills cierra su libreta, y el sonido me saca de mis pensamientos—. ¿La veo el lunes?

Salgo de la consulta de la doctora Mills con la cabeza hecha un lío. Siempre estoy emocionalmente agotada después de una sesión de terapia, y lo único que me hace sentir mejor es un largo baño de espuma con una copa de vino o dos.

Mi prima ha insistido en que fuera a cenar con ella y con Mikhail esta noche.

Rebusco el móvil en el bolso mientras salgo de la consulta de la doctora Mills.

Cuando lo encuentro, veo que tengo un mensaje de Lucia.

Quizá le ha surgido algo con Vivi y va a cancelar.

Pero no hay suerte. Me confirma la hora.

—Genial... —Le envío una respuesta rápida para decirle que ya estoy de camino.

Espero de verdad que a Lucia no se le haya ocurrido contarle todo lo de mi hombre misterioso a Mikhail. Aunque, conociéndola, lo más probable es que Mikhail ya sepa todo lo que ha estado pasando y que se pase la mayor parte de la noche insistiendo en ponerme seguridad veinticuatro horas.

Quiero muchísimo a mi prima, pero no sabe guardar un secreto ni aunque le vaya la vida en ello.

Durante todo el camino hasta el adosado de Lucia, ensayo mentalmente formas de librarme de la cena, hasta el mismísimo momento en que llamo a la puerta.

—Elle, has venido. —Lucia me dedica una sonrisa un tanto forzada.

—Me has invitado tú. —Cruzo el umbral.

Su risa es forzada y frunzo el ceño al mirarla.

—¿Está todo bien?

—Ah, sí, todo va bien. —Cierra la puerta.

No me lo trago.

No se me escapa que Lucia evita mirarme a los ojos.

—¿Le pasa algo a Vivi?

—En realidad no está. —Lucia se pasa las manos por la blusa de color crema—. Se ha quedado a dormir en casa de Zara.

—¿Ah, sí? —No tengo fuerzas para ocultar mi decepción por no ver a la pequeña.

Apenas me da tiempo a quitarme el abrigo antes de que me conduzca por el pasillo hacia la cocina.

—Vamos a tomar algo.

—¿Por qué te comportas de forma tan extrañ...?

Entro en la cocina y me encuentro no solo a Mikhail, sino también a Alexei, Dimitri, Danil y Anton, todos sentados a la mesa.

Siento como si acabase de entrar en un velatorio; todos van vestidos de negro y tienen la misma expresión sombría.

—¿Qué demonios es esto? —me vuelvo hacia Lucia, que se ha puesto más pálida de lo normal—. Por favor, dime que no me has invitado para montar una especie de intervención ridícula.

Abre la boca, pero vuelve a cerrarla, sin molestarse en negarlo.

Creo que nunca he visto a mi prima quedarse sin palabras, lo que no hace más que confirmar mi temor.

—Dios mío, lo has hecho. —Se me escapa una risa histérica al darme cuenta de que toda la familia Koslov sabe de mis encuentros secretos en el dormitorio con un hombre del que ni siquiera sé el nombre.

Deben de pensar que estoy completamente loca.

—No puedo creerlo.

Alexei se pone en pie.

—Elle...

—No estoy hablando con usted. —Levanto una mano para hacerlo callar—. Lucia.

—Necesitas oír lo que tienen que decir. —Mira nerviosa a Mikhail, que también se pone en pie.

—Venga y siéntese, Elle. —Me ofrece su silla.

—Estoy bien donde estoy. —Me cruzo de brazos—. Es increíble.

Mikhail rodea la mesa para colocarse junto a su mujer.

—Créame cuando le digo que Lucia no quería hacer esto. Pero no teníamos otra opción.

Aprieto los dientes cuando él le pasa una mano tatuada por la cintura y la atrae hacia sí.

A ella se le llenan los ojos de lágrimas y, en ese momento, rodeada de mi familia política, creo que nunca me he sentido más sola.

—Permítame que disienta. —No me molesto en disimular mi enfado —. Estoy harta de hablar de esto. Es lo único que he hecho últimamente.

Alexei se remueve en su asiento.

—Está en peligro, Elle.

—No sería la primera vez.

La habitación se queda en un silencio sepulcral mientras los miro a todos uno por uno. Incluso Danil, que siempre parece encontrarle el humor a cualquier situación por grave que sea, tiene una expresión pétrea.

Lucia levanta ligeramente la mano en mi dirección y la deja caer de nuevo, como si hubiera cambiado de opinión.

—Escucha lo que tienen que decir, Elle.

Espero a que uno de ellos hable. Supongo que cuanto antes digan lo que tengan que decir, antes podré largarme de aquí.

Veo que Mikhail mira a Alexei, que asiente con la barbilla.

—Es Lev. —Mikhail rompe el silencio.

—No lo entiendo.

—El hombre que la ha estado acosando. Es Lev.

Los Koslov llevan *años* buscando a Lev, desde que se enteraron de que fue él quien asesinó a sus padres. Sé perfectamente quién es Lev y lo que ha hecho, y es ridículo que piensen que se trata del mismo hombre.

Joder, es imposible que el hombre que me abrazó mientras me quedaba dormida, que adoró mi cuerpo con tanta ternura, sea capaz de asesinar.

No encaja.

—Está de broma.

—Ojalá.

Miro a cada uno de los Koslov por turnos y, cuando ninguno niega la afirmación de Mikhail, me doy cuenta de que no están bromeando.

Hablan completamente en serio.

—Eso es imposible. —Niego con la cabeza—. E-eso es... No, se lo están inventando.

—Es verdad. —Alexei se apoya en la encimera de la cocina y se mete las manos en los bolsillos.

Una mierda. —¿C-cómo lo saben? ¿Qué pruebas tienen?

Debo de sonar histérica, pero no puedo creer que estemos hablando de la misma persona.

¿Cómo pueden pensar que mi amante misterioso y secreto es su hermanastro desaparecido?

Anton me mira.

—Ha estado en contacto con Nina. Se lo ha confesado todo.

No se me escapa cómo se tensa el músculo de la mandíbula de Anton al mirar a Alexei.

Quiero gritarle que se equivoca de cabo a rabo, que no es el hombre que buscan.

No puede ser Lev. Simplemente no puede.

—¿Por qué no ha venido Nina a hablar conmigo? No había ninguna necesidad de involucrarlos a todos ustedes de esta manera.

—Pensó que podría ignorar la amenaza si venía de ella.

—¡No hay ninguna amenaza! Se ha sacado todo de quicio. —Le lanzo una mirada a Lucia y ella se estremece—. Aunque este hombre *sea* Lev, no es un peligro. Ni para mí ni para nadie.

Mikhail da un paso hacia mí.

—Elle...

—Hace semanas que no lo veo —miento—. Si quisiera hacerme daño, ya lo habría hecho.

Lucia suelta a Mikhail. —Eso no significa nada, Elle.

Mikhail la mira antes de volver a posar su mirada en mí. —Pero no queremos que se preocupe. Vamos a encargarnos de esto.

Niego con la cabeza. —No hay nada de lo que encargarse, así que déjenlo estar.

Alexei se encoge de hombros. —Por desgracia, no podemos hacer eso. Usted forma parte de esta familia, Elle, y no me tomo a la ligera las amenazas a mi familia.

—No soy de su propiedad, Alexei. No puede controlarme.

—No, pero si Massimo se enterara...

—Juro que como impliquen a mi tío en esto...

Sabía que no debería haber venido esta noche. Tuve un mal presentimiento en el momento en que Lucia no paraba de enviarme

mensajes para asegurarse de que venía, y no debería haberlo descartado tan a la ligera.

—No nos dé motivos para hacerlo.

—Tengo... tengo que irme —mascullo, sintiéndome de repente demasiado agotada para luchar.

—Elle... —la voz de Lucia se quiebra, pero no le doy la oportunidad de que intente convencerme de que me quede antes de salir furiosa de la cocina.

—Déjala ir... —dice Mikhail mientras avanzo por el pasillo y abro de golpe la puerta principal.

Es interesante que sea capaz de depositar tanta confianza en este hombre.

Las palabras de la doctora Mills resuenan en mi cabeza mientras cierro la puerta de un portazo a mi espalda y empiezo a caminar de vuelta a mi apartamento.

No soy una persona que confíe fácilmente. Desde que perdí a mi familia en aquel incendio, siempre me ha aterrorizado la idea de perder a cualquier otra persona a la que quiero. Por eso aparto a cualquier pareja sentimental en el momento en que la cosa se pone seria, por eso nunca me abro a nuevos amigos. Por miedo al dolor de perderlos también.

Pero con él, nunca me he sentido así. Siempre que está cerca, es como si todas mis ansiedades se desvanecieran y por fin pudiera estar en paz.

¿Pero y si ese era su plan desde el principio?

Me tambaleo cuando la idea me asalta.

—No —susurro, con los ojos anegados en lágrimas.

¿Era yo el eslabón débil de todo esto? Si de verdad es Lev, ¿me ha estado utilizando como una forma de acercarse a los Koslov para

poder acabar con ellos de una vez por todas?

Pero si eso fuera cierto, ¿por qué se habría sincerado y se lo habría confesado todo a Nina?

—Oh, Dios mío. —Me cubro la cara con las manos mientras un gran peso se me instala en el pecho.

Nada de esto cuadra, y la única forma de que descubra la verdad es si me enfrento a él yo misma.

Esta noche.

Capítulo Veintiuno

LEV

Me bajo la capucha sobre los ojos mientras subo por la escalera de incendios con el mayor sigilo posible. La luz del dormitorio de Elle está apagada, pero tengo la sensación de que me estará esperando despierta.

No he vuelto a visitarla desde la otra noche, cuando dormimos juntos, pero por una buena razón.

Fue egoísta por mi parte ceder a mi propia necesidad de tenerla. Sabiendo quién soy, lo que *he hecho*...

Elle se merece algo muchísimo mejor que yo.

Después de hablar con Nina el otro día, su advertencia no ha dejado de resonar en mi mente desde entonces.

No puedo ocultarle esto a mi familia, Lev.

Su familia.

La que quedó destrozada por el dolor por mi culpa.

Es solo cuestión de tiempo que Elle sepa la verdad sobre quién soy, y es precisamente por eso que quiero tener la oportunidad de hablar con ella una última vez.

Como esperaba, en cuanto me asomo por la ventana abierta, me encuentro a Elle sentada en el borde de la cama. Pero algo es diferente.

Algo... *no encaja.*

Está completamente vestida, a pesar de que es más de medianoche, y tiene los brazos cruzados sobre el pecho. No es que esperara que estuviera tumbada desnuda y lista para mí, pero esto contrasta totalmente con cómo estaba la otra noche.

¿Es porque no he vuelto? ¿Cree que ya he terminado con ella ahora que he conseguido lo que quería?

Se me oprime el pecho al pensarlo.

La verdad es que no puedo culparla por pensar así. Después de todo, no he intentado hablar con ella desde aquella noche.

Pero necesita saber que me mantuve alejado por su propio bien, y no porque no disfrutara.

El hecho es que he disfrutado *demasiado*, y eso es lo que me ha hecho mantenerme alejado.

O quizá esto tenga algo que ver con lo que ha pasado antes...

He seguido a Elle por la ciudad hasta la casa de su prima después de su sesión de terapia, pero apenas ha estado dentro diez minutos cuando la he visto salir corriendo por la puerta con lágrimas cayéndole por la cara.

He estado a punto de irrumpir en el lugar y exigir saber qué demonios le habían dicho para hacerla llorar, pero entonces he considerado la realidad de la situación.

Puede que Nina ya se me haya adelantado, lo que significa que he llegado demasiado tarde.

Sabe la verdad, y todo ha terminado.

Por mi propio bien, espero que no sea eso.

El corazón empieza a martillearme en el pecho mientras entro por la ventana.

Estoy desesperado por ir hacia ella, por suplicarle que me perdone, pero sé que no me lo merezco. Así que mantengo las distancias, optando por apoyarme contra la pared e intentar ignorar el dolor en mi pecho.

—¿Elle? —susurro cuando sigue sin hablar.

Joder, ojalá pudiera verle la cara, aunque solo fuera para leer su expresión. Ir a ciegas de esta manera es una tortura.

—¿Está todo bien?

Guarda silencio, pero no la presiono.

—¿Es verdad? —susurra.

Su voz es tan fría e inexpresiva que cada sílaba es como un puñetazo en el estómago.

—¿El qué es verdad? —Pero ya sé a qué se refiere.

—Alexei me ha dicho que eres Lev.

Se me va todo el aire de los pulmones cuando por fin pronuncia mi nombre en voz alta.

Se acabó todo.

—Así que te lo preguntaré otra vez. ¿Es verdad que eres el responsable de la muerte de los padres de Alexei y sus hermanos?

Bajo la cabeza ante sus palabras.

—Me iré si quieres —consigo decir a través del nudo que tengo en la garganta—. Pero no dejaré de vigilarte, Elle. No hasta que esté seguro de que estás a salvo.

—Quiero que te quedes —susurra.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Quiero que te quedes, Lev.

—¿Cómo...? ¿Cómo puedes quererme *cerca* de ti ahora que sabes la verdad de lo que he hecho?

Ella suspira.

—Sé que debería odiarte. Sé que debería hacer muchas cosas. Pero no puedo ignorar el hecho de que me salvaste la vida. No estaría aquí si no fuera por ti.

Odio la indiferencia con la que lo dice.

¿Es que no entiende lo peligroso que soy?

—No dejes que eso nuble tu juicio sobre mí, Elle. No soy bueno para ti. No soy bueno para nadie.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Los mataste?

Me paso una mano por la cara mientras intento respirar hondo.

—Sinceramente, no lo sé. Las pruebas sugieren que lo hice, pero yo... yo no me acuerdo.

—Estoy confundida. ¿Cómo puedes no acordarte de algo así?

No me cabe duda de que a Elle le han contado la historia de los asesinatos de Andre Koslov y su mujer. De cómo Alexei fue testigo de cómo los masacraban en su propia casa y no pudo hacer nada mientras su madre y su padre se desangraban.

Fue brutal y completamente salvaje.

Lo cual, al parecer, es algo que soy.

—No me acuerdo de muchas cosas.

—¿Qué quieres decir? ¿Como amnesia o algo así?

—No, no es eso. Es más bien que... pierdo el conocimiento. A veces, puedo estar ausente cinco minutos, y a veces son horas. Me despierto, a menudo en un lugar completamente aleatorio, sin recordar cómo he llegado allí ni qué he hecho.

—¿Con qué frecuencia te pasa?

—Varía, pero he tenido unos cuantos episodios hace poco.

—Eso suena aterrador.

—Lo que es más aterrador es no saber lo que he hecho durante ese tiempo perdido —niego con la cabeza—. Cuando perdí el conocimiento el otro día, Nina vino a buscarme. Resulta que había abandonado mi coche en el arcén de la interestatal y había caminado durante horas hasta llegar al borde de un acantilado.

—Oh, Dios mío...

—Nina ha sido la que me ha ayudado con mis pérdidas de conocimiento en el pasado, por eso cedí y la llamé. Fue entonces cuando me dijo la verdad sobre cómo mi madre tuvo una aventura con Andre Koslov, lo que significa que Igor nunca fue mi verdadero padre.

—Oh, Lev...

—Lo que significa que maté a mi propio padre a sangre fría —reprimo las ganas de vomitar mientras las palabras salen de mis labios.

—¿Cómo te hace sentir eso? ¿Que Igor no sea tu padre?

¿En serio está ignorando el hecho de que acabo de admitir que asesiné a mi propio padre?

—Dímelo.

Casi me río de su intento de convertir esto en una especie de sesión de terapia.

Debo reconocerle el mérito a la doctora Mills. Parece que Elle ha aprendido un par de trucos de ella a lo largo de los años.

—Alivio —admito—. Pero eso pronto se convirtió en horror y culpa. ¡*Odio* no poder ni siquiera recordar haberlo hecho, joder!

Se me sube la sangre a la cabeza y cierro la mano en un puño.

Estoy a punto de estamparlo contra la pared cuando Elle se levanta y se acerca a mí.

—No eres una mala persona...

—No digas eso —niego con la cabeza—. No merezco salirme de rositas. Debería tener que sufrir con los recuerdos de haberlos asesinado por el resto de mi vida.

—Igor es un hombre terrible. Nina me lo contó todo sobre él. Lo que amenazó con hacerle a su hija si no le entregaba a Anton... —Su voz se apaga y aprieto la mandíbula.

—Ese maldito cabrón. ¿Qué le pidió que hiciera?

—No importa. Lo único que importa es que Lilya está sana y salva.

Por ahora.

Igor sigue ahí fuera, esperando el momento oportuno, y no se detendrá ante nada para vengarse.

Soy la prueba viviente de ello.

—Ahora que sé quién eres, ¿puedo verte? Quiero decir, verte de *verdad*.

—Elle...

¿Cómo puede querer verme después de todo lo que he hecho?

—Por favor.

No espera a que proteste y se acerca a su mesita de noche para encender la luz.

Cierro los ojos con fuerza mientras intento ignorar la creciente sensación de pánico que me hace temblar las manos.

He imaginado este momento docenas de veces a lo largo de los años, pero siempre termina con Elle mirándome con asco al ver mis cicatrices.

Quizá sea eso lo que haga falta para que se dé cuenta de la verdad.

Me tiemblan las manos mientras me bajo la capucha para que por fin pueda verme como realmente soy.

Con cicatrices.

Dañado sin posibilidad de reparación.

Alzo la vista para examinar su rostro mientras ella me observa lentamente. No se me escapa la forma en que sus ojos se detienen en las cicatrices que asoman por mi cuello por debajo de la sudadera, y espero el atisbo de repulsión, pero nunca llega.

—Elle... —susurro, devolviendo sus ojos a los míos.

Mantiene su mirada fija en mí mientras acorta la distancia que nos separa.

Incluso con mallas y una sudadera ancha, con el pelo recogido en lo alto de la cabeza, está impresionante.

Sus caderas se contonean a cada paso, y trato de no recordar lo que sentí al explorar su cuerpo con las manos. Y cuando por fin consigo mirar fijamente sus ojos verdes, algo que he soñado hacer durante años, se me corta la respiración.

Es todo lo que quiero y, sin embargo, no puedo tener.

Me fijo en las diminutas motas marrones que rodean sus pupilas, así como en el pequeño grupo de pecas del puente de su nariz.

Es como si la viera por primera vez, y es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—Elle...

Pero sus ojos se han posado de nuevo en mis cicatrices.

Me quedo helado cuando alarga la mano para recorrerlas con las yemas de los dedos; la piel se me eriza bajo su contacto.

—No te tengo miedo —me acaricia suavemente la piel llena de cicatrices.

Me estremezco, tanto por sus palabras como por su caricia.

—Deberías.

Me ignora mientras recorre mi hombro y luego baja por mi brazo hasta que sus dedos se entrelazan con los míos.

—Siéntate conmigo —tira de mí hacia la cama.

No me quedan fuerzas para oponerme, así que hago lo que me dice y me siento en el borde de la cama, a su lado.

Nuestras rodillas se rozan y Elle no me suelta la mano, apretándola con fuerza.

—Estás perdido en tus pensamientos.

—Sí... —suspiro, con los hombros caídos por el peso de los últimos días.

—¿Te hizo daño? —Elle se lleva mi mano a su regazo—. ¿Por eso tienes estas cicatrices?

Le da la vuelta a mi mano para empezar a trazar las que la cubren.

—Mi padre... —niego con la cabeza—. *Igor* me hizo daño de muchas maneras.

Me odio por no contarle toda la verdad.

—¿Puedes quedarte a pasar la noche?

Se me oprime el pecho al oír la esperanza en su voz.

¿Cómo puede ser tan indulgente con lo que hice?

No me lo merezco.

No la merezco a *ella*.

Solo puedo esperar que sea igual de indulgente cuando descubra qué más le he estado ocultando.

—Quiero, pero tengo que irme —alargo la mano para colocarle un mechón de pelo suelto detrás de la oreja—. Pero quiero que sepas que siempre estaré ahí fuera, protegiéndote, Elle. Te lo prometo.

Sus hermosos ojos verdes empiezan a brillar por las lágrimas, pero asiente.

Me permito recorrer su labio inferior con el pulgar antes de ponerme de pie.

Cada paso que doy para alejarme de ella es como si llevara un peso de diez toneladas a la espalda, pero es lo mejor.

Necesita tiempo para asimilarlo, y acostarnos juntos solo la confundiría más.

Estoy a punto de escabullirme por la ventana cuando Elle se pone en pie.

Me giro por instinto y reprimo un gruñido cuando ella se acerca contoneándose hacia mí con tal necesidad en los ojos que casi me pone de rodillas ante ella.

—Espera —susurra antes de rodearme el cuello con los brazos y besarme.

Al primer contacto con sus labios, se derrite contra mí.

Necesito hasta la última gota de mi fuerza de voluntad para no agarrarla por la cintura y empujarla contra la pared. Para separar sus muslos y apretar mi polla cada vez más erecta contra ella para que sienta lo mucho que la deseo.

Pero eso no puede ocurrir.

Por mucho que lo desee.

Cuando ella abre los labios, invitándome a explorar su dulce boca con mi lengua, me aparto y apoyo mi frente en la suya.

—Qué guapa —susurro mientras le acaricio la mejilla.

Cierra los ojos al sentir mi contacto y, por un momento, me pierdo en la sensación de su piel bajo mis dedos, en la expresión de satisfacción de su rostro mientras la toco.

Puede que mi corazón ya esté roto sin posibilidad de reparación, pero alejarme de Elle después de que me mirara como lo ha hecho, como si yo *importara*, es suficiente para hacerlo añicos por completo.

—Dulces sueños, Elle —susurro antes de apartar la mano de su cara.

Mantiene los ojos cerrados, como si no pudiera soportar verme marchar.

Por una vez, no miro atrás mientras bajo por la escalera de incendios; no quiero pensar en lo que dejo atrás al adentrarme en la noche.

Antes de que tenga siquiera la oportunidad de bajar de la escalera de incendios a la acera, una mano tatuada me agarra del cuello y me arroja al suelo.

—Uf.

—Eres un puto mierda —me gruñe Mikhail Koslov en la cara—. Voy a matarte.

Debería haber sabido que me estaría esperando. Fui estúpido al pensar que tendría más tiempo con Elle. Pero, aunque me hubiera dado cuenta, no me habría impedido colarme por la ventana de Elle esta noche. Necesitaba hablar con ella, saber que no me odiaba.

Aunque no soy tan ingenuo como para ignorar que es solo cuestión de tiempo que lo haga.

—Que te jodan. —Le cojo la cara a Mikhail con las manos y estrello mi cabeza contra su nariz.

Maldice, pero surte efecto.

Se lleva las manos a la nariz, que ahora le sangra a chorros, y no me cuesta nada quitármelo de encima.

Me da vueltas la cabeza mientras me pongo en pie y la sangre empieza a chorrearme por el cuello.

Joder, genial.

Cuando me preparo para darle un puñetazo en la cara a Mikhail, el clic del seguro de una pistola al quitarse hace que me quede helado.

No está solo.

—Si fuera tú, me quedaría donde estoy —dice otra voz a mi espalda.

Anton.

Me superan en número y estoy completamente desarmado. No se me ocurrió coger mi propia pistola de la guantera del coche cuando fui a visitar a Elle. Fui un ignorante al pensar que no la necesitaría, y ya es demasiado tarde para volver a por ella.

Lo que importa es alejar a Mikhail y a Anton del apartamento de Elle antes de que me disparen y me dejen desangrándome hasta morir.

—Dale recuerdos a mi hermana de mi parte —le murmuro a Anton por encima del hombro antes de echar a correr.

—Joder. Mikhail, vámonos.

No me arriesgo a mirar hacia atrás al girar a la izquierda al final de la calle de Elle. Solo puedo esperar que no haya nadie más esperándome para tenderme una emboscada mientras me dirijo en la dirección opuesta a mi propio apartamento de Manhattan.

Lo último que necesito es que Mikhail y Anton aparezcan en la puerta de mi casa.

—¡No puedes correr toda la puta noche! —ruge Mikhail.

A juzgar por cómo me arden los pulmones y me lloran los ojos, tiene razón. No he dormido y he vivido a base de café durante las últimas treinta y seis horas. Si alguien va a rendirse primero, seré yo.

Pero no puedo permitir que eso ocurra.

Tengo que seguir.

Apretando los dientes, acelero el paso y me desvío bruscamente a la izquierda.

Sus pasos son cada vez más débiles, así que giro a la derecha y enseguida me meto en un callejón lateral diminuto que alberga numerosos contenedores de basura a rebosar.

El hedor me da arcadas, pero no pasará mucho tiempo hasta que me alcancen. Tapándome la nariz, me deslizo entre dos de los contenedores y contengo la respiración mientras se acerca el estruendo de sus pasos.

Observo cómo sus sombras pasan por delante de la entrada del callejón.

El corazón me martillea en el pecho mientras espero el sonido de los disparos.

Pero nunca llega.

En su lugar, las sombras se pierden de vista, y por fin suelto el aire que había estado conteniendo.

—¡Aléjate de Elle, joder, o te mato! —grita Mikhail en la noche mientras sus pasos y los de Anton se desvanecen en la nada.

—Quizá deberías —murmuro mientras me pongo en pie e inicio el largo camino de vuelta a mi coche.

Capítulo Veintidós

ELLE

He pasado muchas noches en vela, imaginando qué aspecto tendría Lev. Por lo que he sentido bajo las yemas de mis dedos al tocarlo, sabía que tendría una mandíbula afilada, sin duda cubierta de barba incipiente, y el pelo alborotado cayéndole sobre los ojos.

Esos ojos...

Mostraban más tormento del que había imaginado. Eran del tono más profundo de marrón, tan oscuros que, con cierta luz, seguro que parecerían casi negros. Y la oscura ojera amoratada bajo ellos contaba la historia de alguien abrumado por el peso de su pasado.

Lo sé porque yo misma he tenido esas mismas ojeras en un momento de mi vida.

Pero eso no lo hacía menos guapo.

Sé que se avergüenza de las cicatrices que le cubren el cuello y las manos, pero para mí solo representan su fuerza. No podía dejar de tocarlas. Quería que supiera que no hay nada en él que me repugne, ni siquiera después de todo lo que he descubierto.

Por eso me sorprendió tanto que se marchara con tanta prisa.

Pensé que quizá él *querría* quedarse.

No puedo negar que no deseaba otra cosa más que llevármelo a la cama y subirme encima de él, aunque solo fuera para ver la expresión de placer en su rostro mientras se corría dentro de mí.

En cambio, ha pasado casi un mes y no ha habido ni rastro de él.

Cada vez que salgo del hospital, me quedo un rato en la entrada, preguntándome si de alguna manera se manifestará. Incluso cuando me preparo para acostarme, me quedo de pie en bata junto a la ventana, con la esperanza de atraerlo de nuevo dentro con la promesa de sexo.

Pero nada funciona.

Quiero creer que ha sido fiel a su promesa, que sigue ahí fuera en alguna parte, observándome. Pero no puedo quitarme la sensación de que algo va mal.

Después de que por fin me dejara encender la luz, pensé que eso nos uniría más. No que nos distanciaría.

Intento que no me afecte, pero ¿cómo no voy a sentirme utilizada?

—La noto agitada, Elle. —La voz de la doctora Mills me devuelve a la consulta, con el bolígrafo suspendido sobre su cuaderno.

—Mmm... —jugueteo con el borde del jersey.

En mis últimas sesiones, he conseguido desviar el tema de Lev y me he centrado sobre todo en mis problemas del pasado. Pero sabía que en algún momento tendría que admitir la verdad sobre mi relación, si es que se puede llamar así, a la doctora Mills.

—¿Hay algo en particular que le preocupe?

—Sí. Va a pensar que me he vuelto loca.

—No estoy aquí para juzgarla, Elle. Sea lo que sea, vamos a afrontarlo juntas.

—Me acosté con él. Ahí está. Lo he dicho. En voz alta.

—¿Con quién se acostó, Elle?

—Con mi acosador. —Medio río, medio sollozo—. Me acosté con él y, básicamente, me está dando largas. Si es que eso es posible... Uf, ¡qué demonios me pasa! —levanto las manos, exasperada.

—Retrocedamos un poco.

Pero no le hago caso. Es como si, ahora que por fin he sido sincera, no pudiera parar.

—Ah, y descubrí su verdadera identidad —resoplo—. Y no gracias a mi prima, que fue por ahí largándole todo el asunto a su marido y a su familia. Resulta que no solo es su hermanastro desaparecido, sino que ha hecho algunas cosas bastante turbias que han perjudicado directamente a la gente que me importa. Así que eso me pone en una situación bastante delicada.

—¿Qué clase de cosas turbias?

—No estoy excusando lo que ha hecho, pero se ha puesto en peligro repetidamente para protegerme, y no puedo simplemente olvidar eso.

—¿Saben su prima, o alguien de su familia, el alcance de su relación?

—No. Y no pueden saberlo nunca.

—¿Por qué?

—Porque... —me paso los dedos por el pelo—. Creen que estoy en peligro.

—¿Y qué piensa *usted*?

—Pienso que soy una idiota por suspirar por un tío al que claramente solo le interesa una cosa. Cosa que, por cierto, le puse

prácticamente en bandeja de plata. No hice que se lo currara ni un poco, y ahora ha terminado conmigo.

—Elle, pensemos racionalmente por un momento.

—No estoy segura de poder hacerlo.

—¿Cree que está en peligro?

—No, que es lo que he intentado decirles a Mikhail y a sus hermanos. Pero se *niegan* a escuchar mi versión. ¡Me tratan como a una niñita tonta que no puede tomar sus propias decisiones! Así que no, no quiero decirles la verdad porque probablemente me encierren y tiren la llave.

—¿Cree que lo que piense su familia es lo único que les impide estar juntos? Porque supongo que eso es lo que usted quiere.

—Creía que era lo que ambos queríamos, pero desde que descubrí quién es en realidad, no he vuelto a saber de él.

Me empiezan a escocer los ojos, lo que solo me enfurece más.

—Así que no tengo ni idea de lo que pasa entre nosotros.

—¿Ha considerado que quizá necesite algo de tiempo para procesar las cosas por su cuenta antes de volver a verla? Al fin y al cabo, es evidente que mantuvo su identidad en secreto por una razón, así que derribar finalmente esa barrera debe de haberle hecho sentir muy vulnerable.

—Supongo...

—Yo no lo descartaría tan rápido, Elle.

El consejo de la doctora Mills se repite en mi mente mientras salgo de la consulta al terminar nuestra sesión.

Sé que debería darle a Lev el beneficio de la duda, pero a veces solo necesito regodearme en la autocompasión.

Lo que significa que, en lugar de ir a casa a limpiar el piso, voy a pasar el resto de la tarde libre haciendo lo único que nunca falla en animarme cuando estoy de bajón.

Ir de compras.

Entro en una tienda tras otra para abastecerme de todo lo necesario para la noche de autocuidado perfecta. Justo cuando estoy echando una mascarilla de tela redensificante en la cesta, el móvil empieza a vibrar en mi bolso.

No me molesto en mirar quién es porque sé que es Lucia. Ha llamado prácticamente cada hora en punto desde que salí hecha una furia de la casa hace semanas. Y he desviado todas esas llamadas al buzón de voz.

Me pilló totalmente por sorpresa después de que me jurara que mantendría mi secreto, y todavía estoy muy enfadada con ella.

Cojo otra mascarilla de tela y, justo cuando estoy leyendo las docenas de beneficios que aparecen en el reverso, suena un aviso de un mensaje entrante.

—No te rindes —digo mientras dejo las bolsas y la cesta a rebosar en el suelo y rebusco el móvil en el bolso.

Como era de esperar, un mensaje de Lucia aparece en la pantalla.

¡¡¡POR FAVOR, devuélveme la llamada!!! Siento mucho si te sentiste acorralada la otra noche, pero solo intentaba hacer lo que creía que era lo mejor. Espero que puedas perdonarme. Te echo de menos y Vivi también <3

—Mierda.

Debe de estar desesperada si ha jugado la carta de Vivi.

La verdad es que he odiado cada minuto que he pasado sin hablar con Lucia. Odio guardar rencor, pero sobre todo con ella.

Además, no parece justo que esté dispuesta a aceptar lo que Lev ha hecho en el pasado pero no a perdonar a Lucia.

Es como ella dijo, solo intentaba protegerme.

No se merece un castigo por eso.

Yo: Estoy de compras. ¿Quedamos para tomar un café en diez minutos?

Lucia: ¡¡Nos cojo una mesa en el Café Joyeux!!

Mientras apago el móvil y lo guardo de nuevo en el bolso, ya me siento un poco mejor solo de pensar en hacer las paces con Lucia.

Odio pelearme con ella y nos vendrá bien aclarar las cosas y, con suerte, superar todo esto.

Solo espero que ella esté más dispuesta a escuchar que su marido y sus sobreprotectores hermanos.

Después de gastarme el equivalente a un mes de alquiler en productos de belleza, voy por la calle hacia la cafetería donde ya me está esperando Lucia.

Me encanta ir a la cafetería al atardecer, cuando está llena de gente que busca relajarse después de un día de trabajo. La mayoría de las veces, simplemente me siento y veo la vida pasar, apuntando cualquier libro que me llame la atención y que esté leyendo otro cliente, y dedicando tiempo de verdad a saborear un bollo en lugar de devorarlo entero de camino al hospital.

—Parece que alguien ha estado ocupada —dice Lucia, mirando las bolsas que dejo en el suelo mientras empiezo a intentar desenredarme la bufanda del pelo.

—Necesitaba una terapia de compras.

Lucia frunce el ceño mientras alterna la mirada entre las bolsas y yo.
—¿Algún motivo en particular?

—¿Acaso lo necesito? —pregunto mientras saco la silla para sentarme.

—A la persona equivocada preguntas —se ríe Lucia—. Es que no sueles… excederte tanto.

—He pensado que ya era hora de darme un capricho.

—Me he adelantado y he pedido por las dos —dice Lucia, dedicándome una sonrisa forzada—. Tu té matcha y cruasán de almendras de siempre.

—Gracias. —Me encojo de hombros para quitarme el abrigo y lo cuelgo en el respaldo de la silla—. Me extraña que no hayas traído a Vivi.

—Ella y Mikhail tienen una cita de padre e hija.

—¿Seguro que quiero saber qué están haciendo?

—Conociendo a Mikhail, la ha llevado a una clase de artes marciales para niños pequeños.

—La verdad es que sería adorable.

—Bueno, no es que sea muy de fiestas de té de princesas, pero se esfuerza.

Asiento, pero me doy cuenta de que no sé qué más decir.

Quiero decir, Lucia y yo podríamos pasarnos dos horas hablando de Vivi para evitar el verdadero motivo por el que estamos aquí. Pero ¿y luego qué? ¿Pasamos página y nos olvidamos de que todo esto ha pasado?

Nos traen las bebidas y la comida y agradezco tener algo que hacer con las manos. El silencio es incómodo, algo a lo que no estoy acostumbrada con Lucia.

Esperaba que hubiera traído a Vivi para amortiguar la situación, pero parece que vamos a tener que ser adultas e ir directas al grano.

—Siento no haber llamado. Estaba muy enfadada. Todavía lo estoy, hasta cierto punto.

Lucia asiente. —Tienes todo el derecho a estar enfadada. Crucé una línea que prometí no cruzar, pero pensé que era mejor que supieras la verdad.

Me rugen las tripas y le doy un gran bocado al cruasán; las escamas de hojaldre se me pegan a los labios.

—Yo también lo creo.

—Pero no quiero que te preocupes. Mikhail tiene hombres vigilándote las veinticuatro horas para asegurarse de que Lev no vuelva.

—¿Qué?

—Tu cara de sorpresa me dice que no te has dado cuenta, lo cual supongo que es bueno. No queríamos que sintieras que te seguían constantemente.

Apenas escucho a Lucia mientras mi mente empieza a acelerarse.

Lev no se mantiene alejado porque no quiera saber nada de mí. Se mantiene alejado porque Mikhail no le da otra opción.

Si tan solo tuvieran en cuenta que puede que yo sí *quiera* verle.

Sé que ir a ver a Mikhail y exigirle que retire a sus perros guardianes sería una pérdida de tiempo. Es más cabezota que Lucia, si es que eso es humanamente posible. E incluso si lo hiciera, Alexei se encargaría de tomar el relevo.

Así que, hasta que encuentre una solución que signifique que Lev se sienta lo suficientemente seguro como para visitarme, tendré que hacerme a la idea de que puede que no lo vea durante un tiempo.

—No, no me había dado cuenta —digo sin molestarme en ocultar mi enfado.

Lucia hace una mueca mientras picotea su bollo.

—Elle, siento mucho todo esto. De verdad espero que puedas perdonarme.

Le doy otro bocado a mi cruasán.

Mientras mastico el dulce hojaldre, me golpea una oleada de náuseas tan violenta que me da una arcada.

—Elle, ¿estás bien?

Me obligo a tragar antes de coger el vaso de agua.

—Sí. Quizá enterarme de eso con el estómago vacío no ha sido la mejor idea. —Dejo el resto del cruasán en el plato; de repente, solo con verlo me dan ganas de correr al baño.

—¿Quieres venir a casa a ver una peli? Hace siglos que no hacemos algo así. Incluso podría conseguir que Mikhail se quedara en casa de Zara y Dimitri con Vivi para que tuviéramos la casa para nosotras solas.

—La verdad es que solo me apetece irme a la cama pronto. —En cuanto veo la decepción en la cara de Lucia, me arrepiento de mi respuesta—. Estoy agotada después de doblar turnos toda la semana, pero ¿quizá podamos quedar la semana que viene? Prometo que podrás elegir la película. Aunque si me haces ver *La princesa prometida* una vez más, te juro que consigo que Massimo te desherede.

—Trato hecho —se ríe Lucia, alargando la mano por encima de la mesa para cogerme la mía—. Te he echado de menos, Elle.

—Y yo a ti.

Después de que Lucia se zampe el resto de mi comida y rebusque entre mi botín de compras en busca de cosas que quiera pedirme prestadas, salgo del café y emprendo el corto camino a casa.

La sensación de saber que hay alguien ahí fuera, aparte de Lev, observándome, es diferente.

Con él, me siento reconfortada.

Esta noche no siento más que inquietud.

Tengo el estómago revuelto durante todo el camino a casa y un par de veces incluso tengo que pararme y taparme la boca con la mano al sentir unas ganas repentinas de vomitar.

—Gimo—. Desde luego, no debería haber olido todos esos exfoliantes corporales.

Suelto un suspiro de alivio al ver mi bloque de apartamentos.

No me apetece otra cosa que darme una ducha larga y caliente, meterme en la cama y quedarme dormida viendo una reposición de *Gilmore Girls.*

Antes de pasar mi llave electrónica para entrar en el edificio, miro por encima del hombro por si acaso Lev me está observando.

Cuando una sombra pasa por detrás de un coche aparcado al otro lado de la calle, se me corta la respiración al percatarme de una figura con una capucha oscura que le cubre la cara.

—¿Lev? —susurro, y una oleada de emoción me invade.

Estoy a punto de volver a llamarlo cuando una ráfaga de viento hace que la capucha del hombre se le caiga hacia atrás, dejando al descubierto una mata de pelo rubio ceniza que hace que se me encoja el estómago.

—¿Dónde estás, Lev? —Niego con la cabeza, abro la puerta de un empujón y entro.

Para intentar distraerme de la realidad de no poder ver a Lev en un futuro próximo, coloco todos mis nuevos productos para el cuidado de la piel en el tocador y pongo la ducha lo más caliente posible.

Muy pronto, el baño se llena de vapor, y me enjabono la piel con un jabón con olor a fresa y me aplico una mascarilla en el pelo en un intento de devolverle algo de hidratación a mis puntas secas.

Para cuando me pongo el pijama nuevo y me meto en la cama, los ojos empiezan a pesárme y me quedo dormida antes incluso de tener la oportunidad de echar de menos a Lev.

Capítulo Veintitrés

ELLE

Debería haberme ido a dormir hace horas. Si mis padres supieran que todavía estoy despierta, sin duda me castigarían el resto del mes.

A estas alturas, mis padres ya deberían estar acostumbrados. Siempre entran a ver si estoy bien antes de acostarse y me encuentran sentada junto a la ventana con la nariz metida en un libro.

Pero esta noche es diferente.

Me despierto de un sobresalto y veo que el libro se me ha caído al suelo, con la sobrecubierta toda arrugada, y la lámpara de la mesilla todavía encendida.

—¡Oh, no! —salgo a toda prisa de la cama para rescatar mi libro.

Justo cuando estoy arreglando la sobrecubierta, alguien grita en el piso de abajo.

Me quedo helada al oír la voz atronadora de mi padre. Está gritando en inglés, lo cual es raro.

Normalmente, cuando se enfada, se le escapa el italiano, su lengua materna, a pesar de que nadie puede entenderle.

Mi madre suele responder gritando en ruso y a los dos les da un ataque de risa al darse cuenta de que no entienden ni una palabra de lo que dice el otro.

Dejando el libro en la mesilla de noche, voy de puntillas hasta la puerta de mi dormitorio y pego la oreja, con la esperanza de entender lo que dice mi padre.

—¡Lárgate de mi casa!

¿Hay alguien en nuestra casa?

Siento un nudo en el estómago cuando una voz grave y desconocida le contesta a gritos con un fuerte acento parecido al de mi madre.

La voz de mi padre retumba. —Te lo advertí, joder…

Un estruendo enorme interrumpe a mi padre y yo chillo.

Quienquiera que sea con quien mi padre está hablando está haciendo enfadar a mi papi. Y no el tipo de enfado que le entra cuando a Marco y a mí nos pillan robando caramelos de la despensa.

Esto es diferente.

Hay algo peligroso en ello.

No quiero escuchar esto.

Mi padre es un hombre fuerte y sé que se asegurará de que nada ni nadie nos haga daño nunca ni a mí, ni a Marco, ni a mamá. Así que, en lugar de salir a hurtadillas para investigar más, me alejo de la puerta y me acomodo en el banco que hay bajo mi ventana, con vistas a los jardines.

Las luces del porche están encendidas e inundan no solo el patio de abajo con una luz anaranjada, sino también a un chico que me está mirando.

Doy un respingo, me caigo del banco y aterrizo en el suelo con un golpe sordo mientras me llevo la mano al corazón.

¿Quién es y por qué está en mi jardín?

Me asomo por el alféizar de la ventana y lo veo todavía ahí de pie, mirándome con unos ojos tan tristes.

Parece tener unos trece o catorce años, con extremidades largas y el pelo oscuro y alborotado.

¿Qué hace aquí? ¿Y por qué no deja de mirarme?

Los gritos de abajo son cada vez más fuertes y se oye otro gran estruendo debajo de mi habitación.

No oigo la voz de mi madre en absoluto.

¿Por qué no dice nada para detener esto?

Debería ir a asegurarme de que Marco está bien. No le gustan los ruidos fuertes y estará asustado.

Corro hacia mi puerta y tiro del pomo con fuerza, pero la puerta no se mueve.

—¡Vamos! ¡Ábrete de una vez! —mascullo, intentándolo de nuevo.

Nada.

No puedo salir.

—¡Mami! —grito mientras golpeo la puerta con la mano.

¿Será Marco gastándome una broma?

—¡Marco, no tiene gracia! ¡Déjame salir!

Pego la oreja a la puerta, intentando oír las pisadas de Marco corriendo por el pasillo, o su risa pícara cuando se burla de mí.

Pero solo hay gritos.

La voz de mi padre se pierde en el mar de voces que se han unido.

Han venido más hombres.

¿Qué está pasando?

—¡Socorro! —tiro del pomo con todas mis fuerzas—. ¡Por favor, papi! Ayúdame…

Me llega un olor horrible y miro a mi alrededor.

El humo se está colando por debajo de la puerta.

Retrocedo tambaleándome, alejándome de la puerta mientras el humo empieza a llenar mi habitación.

Me pica la garganta y no puedo contener la tos.

Si hay humo, hay fuego. Y estoy completamente atrapada.

Las piernas casi me fallan cuando el pánico se apodera de mí.

—¡MAMI! ¡PAPI! ¡MARCO! —corro hacia la puerta, golpeándola con los puños—. ¡AYUDADME!

El humo está llenando mi habitación a una velocidad alarmante, lo que significa que el fuego debe de estar cerca.

¿Está cerca del cuarto de mi hermano?

—Marco —sollozo mientras sigo aporreando la puerta.

El humo empieza a llenarme los pulmones y empiezo a toser violentamente.

Las lágrimas me corren por la cara mientras el humo me quema los ojos, pero no tengo a dónde ir.

No puedo escapar.

Voy a morir quemada si alguien no me encuentra rápido.

Me da un ataque de tos y la garganta se me empieza a cerrar.

Cojo el vaso de agua que siempre tengo en la mesilla de noche, pero se me resbala y se hace añicos en el suelo.

Me incorporo de golpe en la cama, boqueando en busca de aire mientras el humo fantasma me quema los pulmones.

No puedo respirar.

No puedo-

—Una… —me pongo una mano en el corazón para intentar calmarme.

—Dos… —Es como si mis pulmones lucharan contra mí mientras intento respirar, pero no siento alivio.

—Tres… —Tengo la piel cubierta de sudor y el pelo se me pega a la cara.

—Cuatro… —Pongo en práctica mi ejercicio de anclaje.

—Cinco… —Estoy en mi apartamento.

—Seis… —Se oyen sirenas cerca.

—Siete… —Mi piel huele a mi nuevo jabón de fresa.

—Ocho… —Solo ha sido una pesadilla.

—Nueve… Diez…

No es la primera vez que me despierto pensando que estoy atrapada en la casa de mi infancia mientras arde en llamas. Las pesadillas recurrentes son lo que me llevó a ver a la doctora Mills en primer lugar.

Pero justo cuando creo que estoy a salvo, vuelven a colarse en mi vida y vuelvo a tener ocho años. Aterrorizada y sola.

Suelen ocurrir cuando estoy estresada o ansiosa, así que no me sorprende que esté empezando a tenerlas de nuevo. Es probable que el trauma de los últimos meses haya reabierto algunas viejas heridas del pasado y, a pesar de mis esfuerzos por hablar de mis

sentimientos con la doctora Mills, no voy a curarme de la noche a la mañana.

Estas cosas llevan su tiempo.

Pero eso no hace que las pesadillas sean menos angustiosas.

Extiendo el brazo para encender la luz antes de apartar las sábanas y dirigirme al baño para echarme agua fría en la cara.

Si tuviera más energía, me metería en la ducha para quitarme el sudor que me empapa la piel, pero estoy agotada. Así que esto tendrá que bastar.

Cuando vuelvo al dormitorio, mis ojos se posan en una única rosa roja que han dejado al pie de mi cama.

Él ha estado aquí.

Reprimo un sollozo de felicidad mientras corro hacia la cama y cojo la flor. Me la llevo a la nariz e inspiro profundamente.

—Lev —susurro.

Quiere consolarme, aunque signifique arriesgarse a que lo atrape uno de los hombres de Mikhail.

No me ha abandonado.

La idea hace que se me hinche el corazón.

Vuelvo a meterme en la cama y dejo la rosa en la almohada de al lado, dejando que me reconforte mientras cierro los ojos y vuelvo a quedarme dormida.

TENGO LA CABEZA embotada cuando me despierto unas horas más tarde. No ayuda que la luz del sol entre a raudales por mi ventana, haciéndome bizquear mientras abro los ojos.

¿Desde cuándo es pleno día a las seis de la mañana en octubre?

—¡Oh, Dios mío!

Me incorporo y busco el móvil por la cama.

—Oh, *no* —gimo cuando me doy cuenta de que son casi las ocho y tengo que estar en el hospital… bueno, ahora mismo.

Maldiciendo entre dientes, corro hacia el baño e intento aparentar un aspecto medianamente presentable para ir a trabajar cuando la oleada de náuseas que me siguió a casa desde la cafetería ayer me golpea de nuevo.

Me agarro el estómago.

Por un breve segundo, creo que estoy a salvo. Pero justo cuando voy a coger el rímel, me golpea de nuevo y, antes de darme cuenta, estoy inclinada sobre el inodoro con arcadas.

Llamar a mi jefa desde el suelo del baño mientras estoy inclinada sobre el inodoro no era la forma en que quería empezar el día, pero aquí estamos.

—Hola, Karla —grazno.

—Elle, cariño, ¿estás bien?

—Creo que tengo un virus estomacal. —La bilis me quema la garganta—. Y se me ha pasado la alarma, así que voy a llegar un poco tarde...

—No vas a ir a ninguna parte, cielo. Lo último que necesito es un virus vomitador por la UCI. Descansa y avísame cuando te sientas mejor.

—¿Estás segura? Quizá podría ir a las rondas de la tarde...

—Ni lo intentes. Como me entere de que andas a escondidas por la planta, te pondré a limpiar cuñas hasta Año Nuevo.

Suspiro.

—De acuerdo.

—Avísame si necesitas algo.

—Gracias, Karla, eres la mejor.

—Eso me han dicho. —Se ríe—. Hablamos luego.

Pillar un virus de vez en cuando es un gaje del oficio, así que debería estar acostumbrada, pero sigo odiándolo.

Una vez que considero que es seguro abandonar mi puesto junto al inodoro, vuelvo directamente a la cama e intento quitarme de encima con sueño el bicho que me atormenta.

Son casi las dos cuando me despierto de nuevo. La rosa sigue a mi lado en la almohada, pero no consigue animarme mucho.

Me encuentro fatal, lo que significa que voy a tener que rendirme y llamar a un médico.

Trabajar en un hospital privado significa que tengo un seguro médico excelente, y consigo una cita telefónica con mi médico de cabecera casi de inmediato.

—¿Cuánto tiempo lleva sintiendo náuseas?

—Desde ayer por la tarde. —Tengo la garganta irritada de tanto vomitar, y la cabeza me martillea por la deshidratación.

—¿Y hay alguna posibilidad de que esté usted embarazada?

Niego con la cabeza.

—No…

¿Verdad?

—¿Señorita Conti? ¿Va todo bien?

—Oh, Dios mío, y-yo tengo que volver a llamarle. —Cuelgo el teléfono y corro al baño para revisar el armario de debajo del lavabo.

Tal y como me temía, la caja de tampones que compré el mes pasado está en la balda, completamente sin abrir.

—No te rías de mí. —Cierro la puerta de golpe—. ¡Oh, Dios, esto no puede estar pasando!

Pero tiene sentido.

Debería haberme venido la regla hace dos semanas, lo que significa que es muy probable que esté embarazada.

Corro de nuevo hacia el inodoro, pero esta vez no por las náuseas, sino por el pánico.

Mis ataques de vómitos son demasiado impredecibles para arriesgarme a salir a la farmacia a por una prueba, y definitivamente no puedo llamar a Lucia para que me compre una.

—No puedo creer que esté haciendo esto.

Cojo el móvil y abro la aplicación de *Postmates.*

Hay algo ligeramente humillante en que te traigan una prueba de embarazo a casa. Pero no puedo arriesgarme a ir al trabajo y coger una de las gratuitas. Si una de mis compañeras me viera, ¿cómo demonios le explicaría quién es el padre?

Ah, sí, sobre eso... Solo es un asesino que lleva años acosándome y, cuando nos acostamos, yo tenía los ojos vendados, así que nunca le vi la cara. ¡Pero no te preocupes, que vamos a comprar una casa de tres habitaciones en Queens y a tener un golden doodle!

Se me escapa una risa histérica al pensarlo.

Los siguientes treinta minutos se me hacen los más largos de mi vida mientras espero que el repartidor me traiga la bolsa de CVS. No ayuda que apenas parece tener edad para beber y que prácticamente me tire la bolsa con los test de embarazo como si se le fuera a pegar algo.

—Gilipollas.

Llevo la bolsa al cuarto de baño.

Me tiemblan los dedos mientras abro una de las cajas y desenvuelvo el test.

Ojalá no tuviera que hacer esto sola. Ojalá Lucia, o joder, incluso el propio Lev, pudieran cogerme la mano mientras dejo el test en la encimera después de usarlo y espero los resultados.

En cuanto pongo el temporizador, la cabeza empieza a írseme a mil por hora.

Lev no me parece precisamente el tipo de hombre de casita y jardín. Y aunque lo fuera y la idea de ser padre lo llenara de alegría, ¿cómo demonios se supone que vamos a empezar una vida juntos cuando los Koslov le han puesto precio a su cabeza?

Estoy tan sumida en mi espiral de pensamientos que el sonido del temporizador me hace chillar.

—La hora de la verdad. —Cojo el test.

—Joder. —Las dos líneas rosas hacen que me fallen las rodillas y tengo que agarrarme a la encimera para no caerme al suelo.

No estoy segura de cómo sentirme.

Siempre me he imaginado teniendo hijos, pero no así. Una parte de mí está emocionada, pero no lo suficiente como para ocultar la desolación.

¿Cómo va a funcionar esto?

Después de todo, puede que mi familia quiera verlo muerto.

Pero yo lo quiero a *él*.

Y ahora mismo, solo puedo esperar que él me quiera a mí y a este bebé.

Supongo que solo hay una forma de averiguarlo.

Tengo que decírselo, así que cojo el test positivo y me dirijo a la ventana de mi dormitorio.

Faltan horas para que anochezca, e incluso entonces no hay garantía de que pueda subir hasta aquí a escondidas.

Tengo que esperar que esté mirando cuando deje el test de embarazo positivo en el alféizar, y que sea capaz de colarse aquí arriba al amparo de la oscuridad para encontrarlo.

Vuelvo a la cama con el peso de esta noticia sobre mis hombros, sabiendo que el destino de nuestro futuro está en manos de los Koslov.

Capítulo Veinticuatro

LEV

FRUNZO EL CEÑO cuando Elle coloca algo en el alféizar de la ventana.

Mira a la calle de abajo, con expresión tensa mientras me busca.

¿Qué puede estar dejándome?

Sea lo que sea, está claro que es importante.

Me muero por saberlo, pero sería una estupidez por mi parte intentar subir por la escalera de incendios a plena luz del día. Incluso aunque los hombres que Alexei ha puesto de vigilantes sean una mierda.

Ya he pasado dos veces junto al Mercedes gris pizarra aparcado al otro lado de la calle del edificio de Elle y me he encontrado a los dos hombres dormidos con la boca abierta y un hilo de baba cayéndoles por la barbilla. No costaría mucho mandarle un recadito a Alexei, pero su escasa ética profesional me ha venido de perlas.

Gracias a eso anoche pude colar en el apartamento de Elle una rosa que había robado en el mercado de agricultores.

Me sorprendió que no estuviera en la cama cuando entré a hurtadillas, pero el ruido del agua en el baño me indicó que

probablemente se había despertado de una pesadilla.

Me destrozó no poder consolarla, pero no tuve más remedio que irme. No puedo arriesgarme a que Mikhail me vuelva a pillar, porque presiento que la próxima vez no tendré tanta suerte.

Así que solo espero que la rosa haya bastado para que no se sintiera tan sola.

Quizá me esté dejando un regalito por su parte...

Los perros guardianes de Alexei suelen cambiar de turno sobre la medianoche, que será el momento perfecto para actuar. Hasta entonces, me mantengo en las sombras de un callejón cercano y espero a que pasen las horas.

—Justo a tiempo. —El reloj de mi móvil marca las once y cuarenta y cinco y el motor del Mercedes ruge.

Se me acelera el pulso cuando el coche se aleja del bordillo.

En cuanto lo pierdo de vista, cruzo la calle a toda prisa y empiezo a subir por la escalera de incendios hasta el piso de Elle.

Tengo menos de cinco minutos antes de que llegue la siguiente pareja de perros guardianes, y la verdad es que no estoy de humor para otra pelea.

Aunque, cuando por fin veo lo que Elle me ha dejado, desearía no haberme arriesgado.

Doy un traspié hacia atrás y casi pierdo el equilibrio.

—Joder. —Me agarro a la barandilla.

Elle está embarazada.

Esas dos líneas rosas hacen que se me hiele la sangre en las venas.

¿Cómo demonios ha pasado esto?

Se suponía que debía *protegerla*, no dejarla preñada con un niño que no estoy seguro de que siquiera quiera.

El corazón me late con fuerza mientras cojo el test positivo del alféizar y entro por la ventana.

La habitación está a oscuras y la silueta de Elle durmiendo en la cama hace que rechine los dientes.

No quiero despertarla, sobre todo después de la pesadilla que tuvo anoche, pero tenemos que hablar de esto y no tengo mucho tiempo.

—¿Elle? —susurro en la oscuridad.

Elle gime suavemente mientras da vueltas bajo las sábanas.

¿Está teniendo una pesadilla?

Cruzo la habitación en un instante, olvidándome momentáneamente del test de embarazo mientras intento despertarla con cuidado.

—Elle.

Tiene las mejillas húmedas de lágrimas y el pelo empapado en sudor.

—Estás bien, Elle. Estás a salvo. —Se me encoge el corazón al pensar en su sufrimiento.

De repente, se incorpora de golpe, casi tirándome de la cama.

—Joder.

—¿Lev? —Va a encender la lámpara, inundando la habitación de luz.

—Sí. —Me llevo una mano al corazón—. ¿Estás bie...?

Casi vuelvo a caerme de la cama cuando Elle me rodea el cuello con los brazos y me abraza con fuerza.

Mis manos le encuentran la cintura y hundo la nariz en su cuello, inhalando el aroma ligeramente salado de su piel.

Es tan cálida y suave que solo quiero abrazarla un poco más.

—¡Pero ¿qué *coño*, Lev?! —Se aparta y me golpea en el brazo.

—¿A qué ha venido eso?

—Literalmente me has hecho *ghosting*.

—¿*Ghosting*? ¿Qué significa eso?

—Da igual. —Resopla, cruzándose de brazos.

—Está claro que no da igual.

—Significa que simplemente... desapareciste.

—Lo sé, pero no tuve elección. Los Koslov te vigilan veinticuatro horas al día y no podía arriesgarme a que me pillaran. —No es la única razón por la que me he mantenido alejado, pero es suficiente para calmar su ansiedad.

La verdad es que intento mantenerme alejado, pero parece que mis esfuerzos han sido en vano, vista la realidad de nuestra situación.

—¿Estás embarazada?

Elle asiente, mordiéndose el labio inferior mientras sus ojos escudriñan mi cara. —Dime qué estás pensando.

—Yo... no sé qué pensar. —No quiero mentir.

Nunca me planteé tener hijos, teniendo en cuenta la forma en que me crie, así que no tengo ni idea de qué sentir.

—Yo tampoco. Lo que sí sé es que no me importa quién seas, ni lo que hayas hecho, Lev.

Abro la boca para replicar, pero levanta una mano para silenciarme. —Por favor, déjame terminar.

Asiento y ella me coge la mano y la sostiene en su regazo.

—Tenemos una conexión, Lev, una que parece fortalecerse con el tiempo, y creo que un bebé solo la fortalecería más.

—No puedo darte la vida que te mereces, Elle —me atraganto, y un vacío desgarrador me invade al pensar en el niño que ahora crece dentro de ella.

—No me importa.

—Puede que digas eso ahora, pero un día, te prometo que te importará. Una vida conmigo... No tendrías una, Elle. No soy bueno para ti ni para este bebé.

—Tú no decides eso. —Se mueve para sentarse a horcajadas sobre mi regazo.

—Elle...

Me rodea el cuello con los brazos.

Su aroma es embriagador y, mientras le llevo las manos a las caderas y meto los dedos bajo el dobladillo de su camiseta para sentir su piel cálida, me doy cuenta de que ya he perdido esta batalla.

—Te deseo, Lev —susurra antes de inclinarse para besarme.

Sus labios son tan suaves y cálidos que meto la lengua con avidez en su boca, anhelando saborearla.

Sus gemidos cuando deslizo mi lengua contra la suya hacen que se me endurezca la polla en los pantalones.

—Por favor.

La agonía en la voz de Elle hace que me rinda ante ella por completo.

—Quítate esto —gruño, tirando del dobladillo de su camiseta.

Elle sonríe contra mis labios antes de apartarse y quitarse la camiseta.

El último resquicio de mi autocontrol se hace añicos al ver sus pechos hinchados, y me inclino con avidez para tomarle uno de los pezones en la boca, succionando suavemente el duro botón.

—Mmm... Qué bueno.

Me echo hacia atrás y empiezo a masajearle los pechos. —Qué preciosos.

Los ojos de Elle se cierran mientras empieza a restregar suavemente el coño contra mi erección.

Le froto los pezones con los pulgares.

—Lev.

—Joder, te necesito.

—Soy toda tuya.

Esas tres palabras son mi perdición.

Paso un brazo por la cintura de Elle y la pongo boca arriba.

Chilla, y me descubro sonriendo mientras le alcanzo la cinturilla de los pantalones cortos.

Esta mujer va a ser mi muerte.

Cuando está completamente desnuda, le cojo los muslos y se los separo.

Su coño hinchado y reluciente hace que mi polla presione dolorosamente contra la cremallera.

Se me hace la boca agua al pensar en hundir la lengua en su interior, en saborear su excitación mientras se corre.

Pero por la expresión de agonía en la cara de Elle, está claro que esta noche necesita algo más que placer de mí.

Necesita conexión.

—Por favor. —Busca la cinturilla de mi pantalón—. Te necesito.

Nuestras miradas permanecen unidas mientras me levanto de la cama y me quito la ropa.

Incluso cuando mi polla se libera de un salto y me la acaricio en toda su palpitante longitud, ella no aparta la vista de mi cara ni una sola vez.

—Soy tuyo, Elle. —Vuelvo a subirme a la cama y me coloco entre sus muslos—. Soy todo tuyo.

Sus ojos verdes se llenan de lágrimas mientras me hundo lentamente en su interior, y le seco con suavidad las pocas que se escapan mientras sigo moviendo las caderas.

—Lev.

—Lo sé, *schast'ye*. —Me inclino para besarla suavemente.

Me trago el sonido de sus gemidos al hundirme del todo en ella, gimiendo cuando su coño se cierra a mi alrededor—. Estás increíble.

Ella solloza, enterrando la cara en mi cuello y besándome las cicatrices mientras empiezo a moverme lentamente en su interior.

Antes me repelía la idea de que Elle me viera así. Y aunque todavía me siento increíblemente vulnerable, poder conectar con ella de esta manera me facilita olvidar que siquiera las tengo.

Me tomo mi tiempo, dejando que se adapte a mi tamaño. Aunque por sus jadeos frustrados, pronto queda claro que Elle necesita más.

—Lev —gime, arqueando la espalda para que sus pezones rocen mi pecho.

—¿Qué quieres, Elle? —Me inclino para besarle la curva del pecho.

—Qui-quiero… —grita cuando le muerdo el pezón.

—Muéstrame. —Deslizo suavemente mi polla fuera de ella, y ella pone las manos en mis hombros.

—Así.

Dejo escapar un gruñido de aprobación cuando me empuja para tumbarme boca arriba y se sube encima de mí.

—Quiero verte correrte. —Mete la mano entre nosotros para agarrarme la polla.

—Joder.

Su mano es tan pequeña y cálida que tengo que apretar los dientes para no correrme por todas partes mientras empieza a acariciarme la verga.

—Mmm… —Sus labios esbozan una sonrisa mientras hace rodar su mano sobre el glande resbaladizo.

—Elle.

—Quiero cabalgarte, Lev. —Se mueve para frotar la punta contra su centro empapado.

—Yo también quiero eso —me ahogo al sentir lo mojada que está.

Le pongo las manos en las caderas para sujetarla mientras alinea mi polla con su entrada.

Ver a Elle buscar su placer mientras me cabalga será la tortura más dulce, y me muero de ganas.

Con una sola embestida de mis caderas, me entierro por completo en ella.

Elle echa la cabeza hacia atrás mientras grita mi nombre, pero no se da mucho tiempo para adaptarse antes de apretar los muslos y

levantarse de mi polla.

—Lev —jadea mientras vuelve a hundirse, sus pechos botando con el movimiento.

—Joder.

Es como estar en el cielo, tan mojada y estrecha que ya siento cómo se me tensan los huevos por la necesidad de correrme.

Pero dejo que ella marque el ritmo, disfrutando simplemente de ver su cuerpo moverse mientras me cabalga.

Es la visión más increíble que existe, y no quiero que acabe nunca.

—Eso es, Elle.

—Joder, sí, justo ahí. —Se ahueca los pechos mientras bota arriba y abajo sobre mi polla.

Miro el punto donde nos unimos y observo mi polla deslizarse dentro y fuera de ella.

Nunca nada me ha parecido tan correcto, lo que hace que sea aún más doloroso saber que tendré que irme cuando esto acabe.

Así que, por ahora, voy a asegurarme de que Elle no sienta nada más que placer.Ajusto la mano para poder empezar a frotarle el clítoris con el pulgar.

Los gemidos de Elle como respuesta y la forma en que su coño palpita a mi alrededor me indican que está cerca.

—Estás jodidamente buena, Elle.

—¡Oh, sí, Lev, por favor! —Se restriega contra mi mano.

—Eso es, *schast'ye*. —Le trabajo el clítoris más rápido—. Lo estás haciendo muy bien.Una ligera capa de sudor cubre su piel mientras aumenta el ritmo.

Igualo mis movimientos a los suyos, embistiéndola con mi polla mientras ella se deja caer, gimiendo ambos al chocar.

No hay visión más hermosa que Elle a punto de alcanzar el clímax. Ver cómo frunce el ceño y abre la boca mientras sus gritos se convierten в jadeos hace que mi polla empiece a gotear.

—Oh. Dios. Sí, me corro.

—Mírame, Elle. Mírame.

Su cabeza cae hacia delante y me mira con los ojos vidriosos mientras se cierne al borde del abismo.

—Córrete conmigo, Elle.

Me pierdo en sus ojos verdes y, por un momento, el tiempo parece detenerse por completo.

Se le corta la respiración, y las paredes de su coño se agitan alrededor de mi polla antes de que su orgasmo la golpee y grite de placer.

Ver a Elle llegar al clímax es suficiente para llevarme al límite. Con una última y dura embestida de mis caderas, me vacío dentro de ella.

—Hostia puta.

Cuando ambos estamos completamente rendidos, Elle se desploma sobre mí con mi polla todavía enterrada en su interior.

Ninguno de los dos habla mientras intentamos recuperar el aliento, y yo estoy demasiado aturdido por lo que ha pasado como para hacer mucho más que acariciarle suavemente la espalda.

Al cabo de un rato, su respiración empieza a hacerse más profunda y me preocupa que se esté quedando dormida de verdad mientras sigo dentro de ella.

—Necesitas dormir, *dushenka* —murmuro mientras le acaricio el pelo ligeramente húmedo.

—Mmm…

La giro con cuidado para ponerla boca arriba y saco lentamente mi polla aún dura de su interior, reprimiendo un gemido al notar lo mojada que está.

No me costaría mucho estar listo para repetir, pero Elle está claramente agotada y debería dejarla dormir.

Cuando hago el amago de levantarme de la cama, los ojos de Elle se entreabren y vuelve a alargar el brazo hacia mí.

—Por favor, quédate. Solo un ratito.

Me tiene comiendo de la palma de su mano, porque me encuentro girándome de lado y pegándola contra mí.

No deseo otra cosa que quedarme con ella entre mis brazos toda la noche, pero si alguno de los Koslov descubriera que estoy aquí, me mataría. Lenta y dolorosamente.

Aunque merecería la pena. —Solo un ratito.

Abro los ojos de golpe y veo que la luz del sol empieza a colarse por la ventana. Elle yace a mi lado con el muslo sobre mis piernas y su respiración aún acompasada por el sueño.

Mierda.

Me he quedado dormido.

—Elle —susurro mientras le sacudo suavemente el hombro.

Su pelo está desparramado sobre mi pecho y la suave curva de sus senos presiona contra mi costado.

Por un momento, me distraigo al ver a Elle tumbada sobre mi pecho, con su cuerpo desnudo enroscado en el mío mientras duerme…

Los golpes de alguien en la puerta me devuelven bruscamente a la realidad.

—¿Elle?

—Joder, es Lucia.

Esto no es bueno. Lucia *no puede* pillarme aquí. Puede que sea más fácil quitársela de encima que a Mikhail, pero eso no significa que quiera arriesgarme a un encontronazo con ella.

—¡Elle, despierta! —siseo en voz baja.

Consigo desenredarme de ella y salto de la cama para empezar a buscar mi ropa.

—¿Mmm? —Se acurruca más bajo las sábanas.

—¡Elle! —Esta vez no es Lucia quien aporrea la puerta, sino Mikhail.

Esto no es *nada* bueno.

Su voz parece bastar para despertar a Elle.

Se sienta de golpe y me mira parpadeando.

Tiene el pelo revuelto y los ojos cargados de sueño, pero las sábanas le caen hasta la cintura, ofreciéndome una vista perfecta de sus pechos desnudos.

No creo haber visto nunca una imagen más hermosa.

Mikhail vuelve a aporrear la puerta. —¡Abre la puerta, Elle!

Los ojos de Elle se abren como platos al mirar mi figura semidesnuda mientras intento ponerme los pantalones.

—Joder. —Aparta las sábanas de un manotazo—. No puedes estar aquí.

—Iba por delante de ti. —Me pongo la sudadera.

Lucia también golpea la puerta. —En serio, Elle, ¡abre la puerta!

—¡Un minuto!

Sus ojos vuelan hacia mí. —¿Qué demonios hacen aquí?

Busca su ropa y se pone una camiseta por la cabeza.

—Baja por la escalera de incendios.

Me acerco a la ventana y miro hacia abajo.

—Joder. —Señalo la calle—. Anton y Danil están ahí abajo.

Parece que la mayor parte de la *bratva* Koslov quiere hacerle una visita a Elle esta mañana.

No me cabe duda de que tienen más hombres cerca, lo que significa que no solo me superan en número, sino que además estoy completamente atrapado.

No hay forma de que esto acabe bien.

—Mierda, vale. No hay por qué entrar en pánico. Puedes esperar aquí mientras me deshago de ellos.

—¿Cómo?

—Se me ocurrirá algo.

—Elle…

—Nadie sabe que estás aquí, así que todo irá bien. —Desaparece de la habitación.

Probablemente tiene razón, pero no es eso lo que me preocupa.

Es solo cuestión de tiempo que los Koslov descubran el vínculo entre Elle y yo. Y cuando lo hagan, cualquier oportunidad que pudiéramos haber tenido de construir una vida juntos se hará añicos para siempre.

Capítulo Veinticinco

ELLE

Intento que no me entre el pánico al pensar que Lev está tan cerca de Lucia y Mikhail.

¿Qué demonios hacen aquí? Nunca se han pasado por mi piso tan temprano. Por lo general, si Lucia aparece, es porque ha estado de compras por la zona y quiere dejarme varios regalos que me ha comprado. Pero siempre viene sola o con Vivi.

Así que me pone aún más nerviosa saber por qué Mikhail ha decidido apuntarse.

¿Sabe que Lev está aquí?

Seguramente, si ese fuera el caso, me habría despertado con el sonido de él echando la puerta abajo, así que debe de ser otra cosa.

Sea cual sea el motivo, no puedo seguir ignorando sus incesantes golpes.

Mientras cruzo el salón, me paso las manos por el pelo, esperando parecer simplemente despeinada por haber estado durmiendo y no porque me he pasado la noche montando al medio hermano de Mikhail.

Tras una última respiración profunda, dibujo una sonrisa en mi cara y abro la puerta de par en par.

—Hola. Qué sorpresa más agradable.

—No sabía que tuvieras el sueño tan profundo. —Lucia va envuelta en un abrigo acolchado enorme con un gorro de pompón y una bufanda a juego. Como siempre, está guapísima sin esfuerzo, con la cara lavada y el pelo oscuro suelto sobre los hombros. Levanta una bolsa de papel—. ¡Hemos traído café y bagels!

—Vaya, eh, es todo un... detalle.

Fuerzo una sonrisa mientras mis ojos se desvían hacia Mikhail, que tiene la misma cara de póquer de siempre. Ha cambiado su habitual chaqueta de traje por una bomber negra que se ha remangado hasta los codos para dejar al descubierto sus brazos tatuados.

—Hola, Mikhail. —No he hablado con él desde la noche en que me fui de su casa dando un portazo, y la incomodidad de la situación actual está haciendo que me empiecen a sudar las palmas de las manos.

Aunque eso también podría deberse a que estoy ocultando a su medio hermano en mi dormitorio.

Mikhail asiente levemente con la cabeza a modo de respuesta, y supongo que eso es lo más parecido a una tregua que voy a conseguir de Mikhail Koslov.

Cuando sus ojos miran más allá de mí, hacia el interior de mi piso, me estremezco al ver que se detienen en la puerta cerrada de mi dormitorio.

—Bueno, ¿vas a hacer que nos desayunemos esto en el pasillo o...? —se ríe Lucia.

—Ah, eh, claro... —Me hago a un lado—. Pasad.

El corazón me martillea en el pecho mientras los sigo hacia el salón.

Mi piso es bastante pequeño, lo que significa que, como a Lev se le ocurra hacer un solo ruido, es imposible que Lucia y Mikhail no se den cuenta.

También tengo que esperar que a ninguno de los dos le entre la necesidad de usar el baño mientras están aquí, ya que el único que tengo está dentro de mi dormitorio.

Este va a ser el desayuno del infierno.

Me entretengo cogiendo platos y vasos para un poco de zumo mientras Lucia y Mikhail se acomodan en el sofá.

No me dejan de temblar las manos mientras llevo las cosas a la mesa de centro, y solo puedo rezar para que no se den cuenta.

—¿Otra vez sin Vivi?

Lucia abre la bolsa de papel y empieza a poner los bagels en los platos. —Se quedó a dormir en casa de los gemelos. Zara la adora, y los gemelos también.

—Estoy empezando a pensar que en realidad Zara te la ha robado —bromeo mientras me siento en el sillón de enfrente, aunque mi tono es de todo menos ligero.

Tengo que espabilar antes de ser yo quien delate a Lev.

Aclarándome la garganta, cojo un bagel y un café, esperando que, al mantener mis manos ocupadas, mi incomodidad sea menos evidente.

Mikhail permanece en silencio mientras Lucia charla animadamente sobre Vivi, aunque sus ojos no dejan de moverse por la habitación, observando cada pequeño detalle.

Hago todo lo posible por fingir interés, pero no puedo evitar mirar la puerta de mi dormitorio.

Si a Mikhail se le ocurriera de repente echar un vistazo, todo se acabaría.

—Bueno, ¿qué hacéis aquí en realidad? —Sacudo la rodilla arriba y abajo.

Supongo que cuanto antes vayan al grano, antes podrán marcharse.

La mirada que Lucia le dirige a Mikhail confirma que esta visita es algo más que un simple desayuno de buena mañana.

—A Mikhail le preocupaba que no te estuvieras tomando en serio todo este asunto con Lev.

—Ah, ¿sí...?

—Elle —advierte Lucia.

—Decidí investigar un poco. —Mikhail apoya el brazo en el respaldo del sofá. Es tan corpulento que hace que mi sofá de dos plazas parezca un sillón.

—¿Ah, sí? —Picoteo mi bagel, sin tener la más mínima hambre. Aunque esta vez no es por las náuseas.

Joder, ¿cómo demonios voy a decirles lo del embarazo?

Ahora sí que estoy empezando a sudar...

—¿Tierra llamando a Elle? —Lucia chasquea los dedos.

—¿Mmm?

—Estabas en Babia.

—Perdona, el café aún no me ha hecho efecto. Lo siento, Mikhail. ¿Decías?

—Decía que nada de esta situación tenía sentido para mí. —Se inclina hacia delante para apoyar sus musculosos antebrazos en las rodillas—. Hasta que me casé con Lucia, los Conti no tenían ninguna relación evidente con mi familia, así que no podía entender por qué Lev estaba tan obsesionado contigo en particular.

—Siento que debería ofenderme.

A Mikhail se le tensa un músculo de la mandíbula y decido no intentar hacer más chistes para ocultar mi incomodidad.

—Tenía que haber algo que se me hubiera pasado por alto, así que hice que mi detective privada se involucrara.

Lucia asiente. —Rosa es un tiburón. Una mujer absolutamente aterradora, pero la mejor en su campo.

—Entonces, ¿supongo que has encontrado algo? —Un peso enorme se instala en mi pecho.

La razón de la obsesión de Lev por mí es algo que siempre me he preguntado también, pero por la expresión del rostro de Mikhail, no estoy segura de querer saber la respuesta.

—Rosa decidió investigar el incendio que mató a tu hermano y a tus padres.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver eso con Lev?

—Resulta que tiene *todo* que ver con Lev, y también con Igor Ivanov.

El corazón empieza a encogérseme.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que Lev es la razón por la que tu familia está muerta, Elle. Y creo que ha reaparecido para intentar terminar lo que empezó.

—Es la cosa más ridícula que he oído en mi vida.

—Es verdad.

—No. —Me agarro la garganta mientras lucho por respirar—. N-no, eso es… eso es imposible.

Mi cuerpo ha entrado en shock.

Apenas puedo oír lo que dice Mikhail por encima del zumbido en mis oídos.

Esto no puede ser verdad.

No *permitiré* que sea verdad.

Porque ¿cómo podría estar enamorándome del hombre responsable del asesinato de mis padres y mi hermano?

—T-tiene que haber algún error…

Jadeo cuando el recuerdo del chico en el jardín aparece en mi mente.

Esos ojos…

Los ojos de *Lev*.

Todo este tiempo, él estuvo allí.

Estuvo allí y no hizo *nada* mientras mi casa ardía en llamas, mientras mis padres y mi hermano pequeño morían asfixiados y sus restos se convertían en cenizas.

Y, sin embargo, las quemaduras de su cuello y sus manos sugieren lo contrario.

—Oh, Dios mío. —Sé por qué sobreviví esa noche.

Volvió a por mí.

Pero ¿por qué?

Mikhail niega con la cabeza. —Me temo que es verdad, Elle.

—Lo sentimos mucho. —La voz de Lucia se quiebra, ahogada en lágrimas—. Odiamos tener que remover todo esto de nuevo, pero esperamos que pueda ayudarte a pasar página.

No me molesto en contener las lágrimas. En vez de eso, dejo que caigan.

Mikhail se inclina hacia delante. —¿Se ha puesto Lev en contacto contigo? Odio preguntar, pero necesito saberlo, Elle. Ese hombre es

peligroso y está claro que tiene asuntos pendientes contigo.

—N-no, n-no lo ha hecho.

No sé por qué estoy mintiendo. Después de todo lo que ha hecho, no se merece mi protección.

Solo haría falta una inclinación de cabeza hacia mi dormitorio para que Mikhail se diera cuenta de la verdad, y todo se acabaría.

Pero entonces también tendría que decirle que el mismo hombre que asesinó a mis padres es también el padre de mi hijo.

Esa revelación hace que hunda la cabeza entre las manos.

¿Cómo puede estar pasando esto?

Lucia se levanta y viene a sentarse en el brazo del sillón. —Elle, todo va a salir bien.

Pone una mano en mi hombro y lo aprieta para tranquilizarme, pero no sirve de mucho para hacerme sentir mejor. —Mikhail se encargará de él.

¿Qué?

¿Es eso lo que quiero?

Estoy tan confundida que apenas puedo pensar con claridad.

—No puedo lidiar con esto ahora mismo. —Me sacudo la mano de Lucia y me pongo en pie.

Tengo las mejillas húmedas de lágrimas y noto el cuerpo pesado por el agotamiento. —Creo que deberíais iros para que pueda procesarlo.

Mikhail apoya las manos en los muslos. —Comprendo que es mucho que asimilar, pero no podemos seguir ignorando esta amenaza, Elle. De verdad creo que deberías volver al adosado con nosotros.

—No es necesario, Mikhail.

—Elle…

—Por favor, ¿podéis *iros* los dos? —Me estremezco al oír mi tono.

Esta no soy yo. Yo no soy así.

No me peleo con Lucia ni les contesto mal a mis amigos. Pero desde que Lev entró en mi vida, siento que ya no me reconozco.

—Lo siento. —Suspiro—. Es que… ha sido demasiado.

—No tienes que disculparte. —Lucia se pone de pie—. Pero de verdad creo que no deberías estar sola. Quizá pueda quedarme y pasamos el rato, solo nosotras dos.

Mis ojos se desvían hacia la puerta de mi dormitorio y niego con la cabeza.

—Creo que solo quiero estar sola. —No se me escapa el destello de dolor en los ojos de Lucia, pero asiente.

—¿Prometes llamar en cuanto estés lista para hablar?

—Lo prometo.

En el momento en que cierro la puerta tras Lucia y Mikhail, el miedo se apodera de mí. El hombre que asesinó a mis padres está en mi dormitorio.

Y yo podría ser la siguiente.

Me tiemblan las manos mientras giro el pomo de la puerta y, con una última respiración profunda, la abro.

Casi esperaba que Lev se hubiera ido, pero no.

Está sentado en el borde de mi cama con una expresión que confirma que ha oído toda la conversación.

—Lárgate de mi puto apartamento.

La expresión de Lev se transforma en una de pura agonía al darse cuenta de que ya no me trago sus gilipolleces.

—Elle, escúchame…

—¡Lárgate de una puta vez!

Lev se pone de pie.

—¡He dicho que te *largues*!

Los ojos de Lev se abren como platos al mirar hacia la ventana abierta.

Anton y Danil podrían estar todavía ahí abajo y, si me oyeran gritar, no tardarían en darse cuenta de quién está ahora mismo en mi dormitorio.

Me lanzo a través de la habitación, pero Lev es más rápido.

Cierra la ventana de un golpe y se pone de espaldas a ella para que no pueda alcanzarla.

—Tienes que escucharme. —Su rostro ha perdido todo el color, haciendo que la cicatriz de su cuello destaque sobre la palidez de su piel.

—Que te jodan.

—Elle, sigues en peligro.

—Esa parte la tengo clarísima.

Lev aprieta la mandíbula mientras me mira y, por primera vez, de verdad le tengo miedo.

¿Cómo he podido estar tan ciega cuando la verdad ha estado aquí todo el tiempo?

¿Estaba tan desesperada por que alguien por fin me *viera* que estuve dispuesta a ignorar las señales de alarma?

Supongo que estoy a punto de descubrirlo.

—Igor vendrá a por ti, sé mejor que nadie de lo que es capaz.

—Seguro que planeaste todo el montaje del secuestro y le echaste la culpa a tu padre para que confiara en ti. Porque no bastaba con matarme en ese mismo momento. Querías hacerme sufrir de verdad.

—Elle, nunca te haría daño.

—Demasiado tarde. —Me doy la vuelta para salir furiosa de la habitación.

Pero ni siquiera llego a la puerta antes de que una mano me tape la boca y Lev me rodee la cintura con el brazo, pegándome por completo contra su duro cuerpo.

—Siento mucho hacerte esto, Elle, pero tienes que escucharme.

Lucho contra él.

—Me da igual que me odies, pero tienes que saber la verdad, Elle.

Que tenga las manos sobre mí me hace luchar contra las ganas de vomitar.

Intento gritar, pero el sonido sale ahogado.

Solo puedo esperar que Anton y Danil sigan fuera de mi ventana para oírme gritar.

Fui estúpida al echar a Mikhail y a Lucia. ¿Qué esperaba? ¿Volver a mi habitación y fingir que no me había enterado de que Lev asesinó a mis padres y a mi hermano?

Supongo que soy aún más tonta de lo que pensaba.

Lev ajusta su agarre para poder sacar el móvil del bolsillo. Pero su mano permanece apretada sobre mi boca para que no pida ayuda a gritos.

—¿Pyotr? Necesito que me traigas un coche. Reúnete conmigo en el callejón lateral junto al apartamento 428, en la esquina de la 83 Este, en cinco minutos.

¿Quién coño es Pyotr? ¿Y adónde diablos me lleva?

Lo único que puedo hacer es retorcerme. Incluso con un solo brazo sujetándome, sigo siendo demasiado débil para zafarme de él.

Ojalá le hubiera aceptado la oferta a Lucia hace tantos años de aprender defensa personal. A ella nunca la pillarían en una situación como esta. Habría tumbado a Lev en el suelo en cuestión de segundos.

Es como lo del incendio otra vez.

Estoy completamente indefensa, solo que esta vez, Lev no va a sacarme en brazos de las llamas. En lugar de eso, va a obligarme a caminar a través de ellas.

Lev cuelga el teléfono. —No voy a hacerte daño. Por favor, necesito que confíes en mí.

Su cuerpo presionado contra el mío ya no me resulta reconfortante ni familiar. El hombre del que me estaba enamorando, el hombre que ha engendrado a mi hijo, no es más que un desconocido para mí ahora.

Y lo peor es que incluso intentó advertirme, pero me negué a escuchar. Estaba demasiado absorta en mi propia fantasía como para darme cuenta de lo que tenía delante.

Un monstruo, escondido a plena vista.

Lev me aprieta más la mano sobre la boca para ahogar mis sollozos mientras me saca casi a rastras de mi apartamento y baja las escaleras.

Rezo para que aparezca alguien, para que haya oído mis gritos y haya decidido venir a investigar, pero a medida que nos acercamos a

la planta baja, me doy cuenta de que nadie va a venir a salvarme.

—Siento hacer esto, Elle —repite Lev una y otra vez.

Hubo un tiempo en que le habría creído.

Pero ya no.

Cuando llegamos a la planta baja, Lev me arrastra lejos de la puerta, hacia la salida de incendios de la parte trasera del edificio, que da al callejón donde están los cubos de basura.

Su aliento en mi oído hace que se me erice la piel, y el corazón me late tan fuerte en el pecho que siento que voy a desmayarme.

Lev no pierde el tiempo en abrir de un empujón la salida de emergencia y obligarme a salir, donde ya espera un coche.

Un hombre corpulento vestido todo de negro, de pelo rubio bien peinado y ojos azules, está apoyado en el todoterreno de lunas tintadas.

Solo puedo suponer que es Pyotr.

De inmediato, mis ojos se clavan en la pistola que lleva metida en el cinturón y empiezo a intentar zafarme del agarre de Lev, pero es inútil.

No puede acabar así.

¿Dónde diablos están Mikhail o Anton?

La única vez que han decidido hacerme caso y dejarme en paz es la única vez que de verdad los necesito.

Los ojos de Pyotr se abren como platos al verme forcejear contra Lev, pero no dice nada. Se limita a abrir la puerta trasera del coche y a hacerse a un lado.

No puedo dejar que me lleve.

Para cuando Lucia o Mikhail se den cuenta de que he desaparecido, probablemente será demasiado tarde.

Por lo que sé, Lev me lleva directamente a su padre.

—Tengo que meterla en el coche ya. —Lev me empuja hacia delante.

Tengo una única oportunidad y debo aprovecharla.

En el momento en que me suelta para meterme en el coche, me doy la vuelta y echo a correr. Pero, en vez de eso, reboto contra el duro pecho de Lev y trastabillo hacia atrás, dándome un golpe en la cabeza con el marco de la puerta.

—Mierda —sisea Lev en voz baja mientras se me nubla la vista.

Su voz es lo último que oigo antes de que todo se vuelva negro.

Capítulo Veintiséis

LEV

SIEMPRE SUPE QUE Elle acabaría descubriendo la verdad. Pero no me esperaba que doliera tanto cuando sus preciosos ojos verdes se volvieron gélidos al mirarme.

El dolor físico no es nada nuevo para mí, pero verla descubrir por fin el monstruo que soy es un dolor sin igual. Soportaría con gusto la ira de Igor el resto de mi vida si eso significara que Elle no volviera a mirarme así nunca más.

Sé que nunca he sido digno de su amabilidad o su afecto, pero durante las últimas semanas me he perdido en la fantasía de todo aquello, de *ella* y de la vida que podríamos haber tenido si las cosas hubieran sido distintas.

Cuando no huyó al ver mis cicatrices, o cuando se enteró de que yo era probablemente el responsable de la muerte de Andre Koslov y su esposa, me hizo creer que era posible que alguien por fin me quisiera.

Sentí que nada de lo que pudiera decir o hacer la asustaría.

Me hizo creer que quizá, cuando por fin descubriera la verdad sobre el incendio, sería capaz de pasarlo por alto y perdonarme.

Pero el amor de Elle por su familia es feroz e inquebrantable, y pensar que lo traicionaría a cambio de amarme...

Fui un necio por siquiera considerarlo.

Debería haberme entregado a los Koslov en el momento en que Mikhail le dijo la verdad. Al fin y al cabo, no puedo negar lo que hice. Puede que salvara a Elle del incendio aquella noche, pero soy la razón por la que su hermano y sus padres están muertos.

Igor me habló de su plan para matar a Marco Conti sénior, así como a su mujer y a sus hijos, y no hice nada para detenerlo. No importa que le tuviera pánico.

Mi propia cobardía le costó a Elle la vida de las personas que más quería en el mundo, y ahora se ve obligada a llevar a mi hijo como un recordatorio constante de mi debilidad. De mis mentiras y mi traición.

Merezco sufrir por lo que he hecho. Aunque ningún dolor que los Koslov me infrinjan será jamás suficiente para compensar el dolor por el que he hecho pasar a Elle.

Pero hasta que llegue ese momento, tengo que intentar que entienda que no soy la única persona a la que debe temer.

Puede que Mikhail piense que soy yo quien viene a terminar el trabajo que Igor empezó hace tantos años, pero no podría estar más equivocado.

Igor ha estado esperando el momento oportuno desde el secuestro, y *actuará* contra ella.

Solo me queda rezar para poder hacerla entrar en razón antes de que sea demasiado tarde para ella y para mi hijo.

Elle sigue inconsciente, después de haberse golpeado contra el lateral del coche, así que cuando aparco frente a la cabaña, no tengo más remedio que llevarla en brazos como hice hace tantas semanas. Por suerte, no se ha hecho ningún corte, pero ya empieza

a formársele un gran moratón en la sien, y no dudo de que tendrá una jaqueca de mil demonios cuando se despierte.

Solo espero tener analgésicos guardados en algún lugar de la cabaña.

Miro su rostro tranquilo y se me parte el pecho. Ojalá las cosas hubieran sido distintas, que en otra vida hubiéramos podido tener nuestro final feliz.

Cuando Elle por fin vuelve en sí mientras entro en la sala de estar principal, parpadea y me mira. Tiene los ojos un poco desenfocados, y es probable que tenga una conmoción cerebral leve. Pero todavía no puedo arriesgarme a llevarla a un hospital.

—Hemos vuelto a la cabaña —la pongo de pie en medio de la pequeña sala, manteniendo las manos en su cintura por si está un poco inestable—. No voy a hacerte daño.

—Mataste a mi familia —susurra Elle, con un profundo ceño fruncido entre sus oscuras cejas—. Ya me has hecho más daño del que podrías imaginar.

Se me escapa cada vez más con cada palabra que pronuncia.

Pero no puedo dejarla marchar hasta que esté a salvo de una vez por todas.

—Elle, necesito que me escuches. —Automáticamente, intento acariciarle la cara para consolarla como he hecho tantas veces, pero me aparta la mano de un manotazo.

—¡Suéltame! —me empuja el pecho.

Tiene las mejillas sonrosadas por el arrebato de ira y consigue usar la fuerza suficiente para que yo dé un traspié.

—Elle...

—¡Llévame a casa, *ahora*! Te juro por Dios, Lev, que vas a pagar por lo que has hecho. —Vuelve a empujarme el pecho, y le agarro las

muñecas para inmovilizarla.

Nunca he visto a Elle tan descontrolada, y no puedo negar que una pequeña parte de mí está impresionada de que esté plantando tanta cara.

—Necesito que me escuches, Elle.

—Que te jodan. —Tira para soltarse de mi agarre.

—Igor fue quien provocó el incendio aquella noche. —No le suelto las muñecas—. Me dijo que íbamos a tu casa para que pudiera hablar con tu padre, y que yo tenía que acompañarlo.

—No quiero oírlo. —Se le quiebra la voz y las lágrimas empiezan a correr por sus mejillas.

—Lo sé, lo siento mucho, pero tienes que saberlo.

Niega con la cabeza, con el labio inferior temblándole mientras mira al suelo, pero deja de forcejear, así que lo tomo como una señal para continuar.

—Me dijo que esperara fuera mientras él iba a hablar con tu padre, y fue entonces cuando te vi en la ventana. Creo que te asusté, porque desapareciste de mi vista de un salto. Pero luego te pillé mirando de nuevo, y eso me hizo sonreír.

El rostro de Elle se descompone, y reprimo el impulso de secarle las lágrimas que le caen por las mejillas.

—Y entonces... —Se me hace un nudo en la garganta y tengo que tomarme un segundo para recomponerme—. Igor estaba dentro y se oían muchos gritos. Luego, docenas de sus hombres rociaron el lugar con gasolina y, antes de darme cuenta, toda la casa estaba en llamas.

—Lev, por favor —solloza Elle.

Le tiembla todo el cuerpo, y me arriesgo a girarle las muñecas para acariciarle suavemente la delicada piel con los pulgares.

—Lo siento mucho, Elle.

—¿Sabías lo que planeaba?

—Nunca me lo dijo explícitamente, pero no ignoraba la reputación de Igor. Sabía que planeaba hacer algo más que hablar con tu padre. En ese momento, no podía entender por qué Igor me había llevado a mí en lugar de a mi hermano Maxim. Él era mayor y tenía más experiencia. Pero fuera cual fuera su razonamiento, me alegro de que me llevara a mí, porque si no, ese fuego también te habría consumido a ti.

Los hombros de Elle se sacuden con sollozos silenciosos mientras hablo.

—Te oí gritar por la ventana abierta, y yo… —Esta vez, la voz se me quiebra y se me hace un nudo en la garganta mientras sus gritos fantasmales me atormentan.

El recuerdo aparece en mi mente con total claridad, como si hubiese sido ayer.

—Le grité a Igor que te sacara, pero se limitó a reírse. Cuando se dio cuenta de que iba a entrar a por ti, me amenazó de muerte, pero no me importó. No podía dejar que te murieras sin más. Así que entré corriendo en la casa y te encontré inconsciente en tu habitación.

—Todavía me despierto pensando que estoy atrapada en esa habitación —susurra Elle—. Todavía oigo a mi padre gritar. Todavía huelo el humo. A veces, desearía haber muerto también en ese incendio, porque así ahora estaría con ellos y no viviendo con el dolor de haberlos perdido.

—Lo siento mucho, Elle.

—No tienes derecho a sentirlo. —Se suelta de mi agarre de un tirón y se aleja de mí—. Podrías haberlo detenido, podrías haber…

Se lleva una mano a la boca para ahogar los sollozos.

—Lo sé.

—¿De verdad?

Agacho la cabeza, sin saber qué más decir. Se lo he contado todo, y ahora le toca a ella decidir qué hacer.

—No importa que me salvaras la vida —susurra, con un odio gélido en los ojos al volverse para mirarme—. Eso no cambia el hecho de que dejaste morir a mi familia. ¡Sabías que Igor estaba sentenciando a muerte a mi familia y no hiciste *nada*! Mis padres, mi hermano pequeño…, todos están muertos por *tu* culpa.

Casi caigo de rodillas al ver la expresión de agonía en su rostro.

Este no puede ser el final.

Porque sin Elle, mi vida no merece la pena.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Salvarme solo para dejarme sola? —Da un paso hacia mí con los ojos desorbitados—. No eres mejor que Igor.

—No me parezco *en nada* a Igor. Arriesgué mi vida para salvarte esa noche. Me dio una paliza de muerte porque decidí desobedecerlo y meterme en el incendio al oír tus gritos.

—¡Habría preferido mil veces una paliza a la muerte de mi familia!

—Joder, no quería decir eso. —Me paso la mano por la cara—. Lo estoy diciendo todo fatal.

Un dolor sordo se está acumulando en mis sienes y presiono las palmas de las manos a los lados de la cabeza mientras intento respirar a pesar del dolor.

—Igor es un hombre cruel y sádico… —gruño mientras el dolor se intensifica detrás de mis ojos—..., al que solo le importa él mismo.

—Supongo que de tal palo, tal astilla.

—¡No me estás *escuchando*! —grito, levantando las manos—. ¡Tú misma lo has dicho, amenazó la vida de su propio nieto! Yo jamás haría eso, Elle. Él es el verdadero monstruo aquí…

—No tienes derecho a hacer eso. —Niega con la cabeza—. No tienes derecho a descartar tus propios crímenes porque los de tu padre sean peores.

—No es mi padre.

—Te *crio*. Te vistió y te alimentó. Es tu padre en todo lo que importa.

Cada una de sus palabras es un cuchillo en el corazón. Pero no puedo negar que tiene razón.

Puede que por mis venas corra sangre Koslov, pero me crie como un Ivanov.

—Daría mi vida por la tuya si tuviera que hacerlo, Elle. ¿No *ves* lo mucho que significas para mí? Yo… ¡te quiero, joder!

Las palabras se me escapan de los labios antes de que pueda contenerme.

Elle parpadea. Entreabre los labios y, por un brevísimo instante, me pregunto si está a punto de decirme que ella también me quiere…

Pero el momento pasa y la frialdad regresa.

—Lo único que veo es tu culpabilidad, Lev. Intentas sentirte mejor tratando de convencerme de que solo me protegías. Pero no me estás protegiendo, Lev. Me estás *haciendo daño*.

—No. —Niego con la cabeza mientras el dolor se intensifica—. No, eso no es verdad, Elle.

—*Sí* que lo es.

Me tambaleo hacia atrás al sentir un dolor tan cegador que casi vomito allí mismo.

—¿Lev?

La voz de Elle suena lejana, como si estuviera atrapado bajo el agua.

Cierro los ojos con fuerza, intentando coger aire, pero ya es demasiado tarde. Voy a perder el conocimiento, y Elle aprovechará la oportunidad para huir.

Mientras me sumerjo en la oscuridad, lo único que puedo esperar es que los Koslov la encuentren antes que Igor.

Y que un día, cuando todo esto acabe, encuentre en su corazón la fuerza para perdonarme.

Capítulo Veintisiete

ELLE

Lev se desploma en el suelo, completamente inconsciente.

En un momento estaba ahí de pie, hablando conmigo, y al siguiente, estaba K.O. Como si le hubieran desconectado un interruptor en el cerebro.

¿Es este uno de sus apagones?

Hago ademán de acercarme, pero me detengo.

Podría estar fingiendo para que me acerque a él. El día de hoy no ha hecho más que demostrar que he subestimado enormemente a Lev y, por mucho que desearía poder confiar en él, no puedo.

Esa confianza se ha roto y no estoy segura de que pueda repararse jamás.

Pero verlo ahí tirado, tan vulnerable, hace que se me encoja el estómago.

Si ingresara en el hospital como paciente, lo trataría sin dudarlo. Así que ¿por qué ahora debería ser diferente?

—¿Lev?

Nada.

Ni siquiera se mueve un poco. Está tan quieto que ni siquiera puedo saber si está respirando.

El corazón me grita que vaya a ayudarlo, pero la cabeza me dice que me mantenga bien alejada de él. Ahora mismo necesito protegerme a mí y a mi hijo, así que me quedo en el lado opuesto de la habitación.

—¡Lev!

Tiene la cara mortalmente pálida y un ligero brillo de sudor en la frente.

No tiene nada buen aspecto.

—Oh, Dios.

Me llevo la mano al vientre y pienso en nuestro hijo.

De repente, esto ya no se trata solo de lo que es mejor para mí. A pesar de todo, sigue siendo el padre de mi hijo.

¿Podría vivir conmigo misma si simplemente lo dejara aquí?

Cruzo la habitación y me arrodillo junto a Lev antes de tener la oportunidad de disuadirme. Le presiono el cuello con dos dedos y, cuando siento el pulso firme, se me escapa un sollozo.

—Oh, gracias a Dios. —Me siento sobre los talones y miro a Lev.

Él mismo me dijo que podía estar así cinco minutos o cinco horas. Esta podría ser mi única oportunidad para largarme de aquí.

Podría cogerle las llaves y huir.

Si la suerte está de mi lado, podría hacer que Mikhail y Alexei volvieran aquí antes incluso de que él se despertara...

Una vez más, la mano se me va al vientre, donde el hijo que concebimos juntos está empezando a crecer. Un hijo que

concebimos, me doy cuenta ahora, por el amor que nos tenemos.

Teníamos.

Porque lo quería. Quizá todavía lo quiero... Sinceramente, estoy tan confundida por todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas que ya no sé qué pensar ni qué creer.

Lo que no puedo ignorar es el hecho de que Lev estaba allí la noche en que murió mi familia. Que podría haber detenido el fuego que destrozó a mi familia.

En lugar de eso, se quedó de brazos cruzados y dejó que ese monstruo asesinara a mi familia.

Para mí, eso lo hace tan culpable como a Igor.

Oírle decir que me quiere me habría hecho llorar de alegría en otro tiempo, pero ahora todo lo que siento es dolor. Corresponder a su amor es como traicionar a mis padres y a Marco.

Le miro la cara y no puedo evitar sentir una abrumadora sensación de pena.

Pena por mi familia, por mi hijo y por nosotros.

—Adiós, Lev. —Alargo la mano para tocarle la mejilla.

Su barba de tres días es áspera y su piel está caliente al tacto.

Los ojos empiezan a escocerme por las lágrimas mientras me pongo en pie, pero tengo que darme prisa si quiero salir de aquí.

Me meto la mano en el bolsillo y saco el móvil para llamar a Mikhail. Debería haberle dicho la verdad cuando tuve la oportunidad, y no dudo de que se enfadará muchísimo conmigo cuando se entere, pero en ese momento pensé que lo correcto era mantener en secreto la realidad de mi relación con Lev.

Pero ya no puedo ignorar el hecho de que Lev es la razón por la que Mikhail y sus hermanos perdieron a sus padres.

Los Koslov han hecho demasiado por mí y por mi familia como para que siga traicionándolos así. Si alguien que conozco y que me importa estuviera escondiendo a Igor a mis espaldas, yo estaría igual de enfadada.

Así que abro mis contactos y marco el número de Mikhail.

—Mierda. —No tengo cobertura.

Mi única opción es coger el coche de Lev, volver a la ciudad e intentar llamar a Mikhail por el camino. Tendré que ir directamente a la casa de Lucia y esperar que ella y Mikhail me perdonen por haber sido tan cabezota.

Si les hubiera hecho caso, ahora no estaría metida en este lío.

Corro hacia la puerta y estoy a punto de abrirla de golpe cuando oigo el sonido de pasos en el exterior.

—Que nadie lo toque —ladra una voz grave—. Es asunto mío.

Retrocedo tambaleándome, alejándome de la puerta.

Conozco esa voz.

De repente, vuelvo a tener ocho años, de pie con la oreja pegada a la puerta de mi habitación mientras escucho a esa voz discutir con mi padre.

La voz de Igor Ivanov.

—Oh, Dios mío. —Se me hiela la sangre.

—Registrad el perímetro.

Mis ojos vuelan hacia las ventanas y me tiro al suelo para que no me vean.

Si Igor se entera de que estoy aquí, no hay forma de que salga de esta con vida.

—Tienen mi permiso para disparar, pero solo a herir. Dejen que yo haga el resto.

Llevan armas.

Es el motel otra vez, solo que esta vez puede que Lev no sea capaz de salvarme. Solo puedo imaginar el tipo de horrores que Igor me hará sufrir antes de que finalmente decida matarme.

No hay duda de que me tendrá suplicando la muerte para cuando acabe conmigo.

«Lev». Miro por encima del hombro su cuerpo inconsciente.

Solo puedo esperar que Lev lo dijera en serio cuando dijo que me quería, porque puede que sea mi única esperanza de salir de esta con vida.

Me arrastro por el polvoriento suelo de madera hasta Lev y lo zarandeo violentamente por el hombro.

—Lev —siseo—. Lev, despierta.

—¡Haced vuestro puto trabajo! —grita Igor, haciéndome respingar.

—Por favor, despierta —sollozo, pero Lev no muestra ninguna señal de despertarse.

Se nos acaba el tiempo.

Le cojo la cara con las manos y me inclino hasta que mis labios quedan suspendidos sobre los suyos.

—Lev, si puedes oírme, necesito que te despiertes —susurro—. Por favor, Lev. Soy Elle. N-necesito que te despiertes.

Sus párpados empiezan a agitarse y reprimo un sollozo mientras me mira parpadeando.

—¿Elle?

—Lev, tenemos que irnos de aquí. Igor está fuera y, si lo que dijiste es verdad, va a matarnos a los dos.

Los ojos de Lev se abren de par en par y echa un vistazo hacia la puerta.

Se filtra el sonido de varias voces, la más fuerte de ellas la de Igor.

—Joder. —Se pone en pie a toda prisa, pero las piernas casi le fallan, así que tiene que apoyarse en la pared para estabilizarse.

Sus ojos se dirigen rápidamente a la ventana y un profundo surco aparece entre sus oscuras cejas.

—¿Qué hacemos? —susurro mientras me pongo en pie.

Estoy a punto de desmayarme de lo rápido que me late el corazón.

—Elle, necesito que confíes en mí. —Lev me tiende la mano—. ¿Puedes hacerlo?

Miro su mano y los ojos se me llenan de lágrimas.

—No lo sé.

Los gritos de Igor resuenan fuera, y no tengo elección.

Alcanzo la mano de Lev y, cuando sus cálidos dedos se entrelazan con los míos, no me inunda el asco ni la repulsión. En este momento, es el mismo Lev que era hace todas esas semanas, llevándome en brazos a esta misma cabaña después de cargarse a esos dos hombres en el motel.

Siempre me ha prometido que me mantendría a salvo, y ahora es la oportunidad perfecta para que lo demuestre.

Lev se lleva un dedo a los labios antes de guiarme por el salón.

Miro hacia la puerta, tratando por todos los medios de no hacer ruido al oír la voz de Igor.

—¡Comprueba la matrícula! Más vale que esto no sea una puta pérdida de tiempo, Luka.

Me estremezco al oír su tono. Sé de sobra de lo que es capaz Igor Ivanov, y si supiera que yo estoy aquí dentro además de Lev, no dudo de que le prendería fuego a este lugar como hizo con la casa de mi familia.

—Lev —gimoteo.

Me aprieta la mano antes de apartar la alfombra de una patada para revelar una trampilla oculta. El color todavía no le ha vuelto a la cara y me pregunto si está tan aterrorizado como yo.

Lev me ayuda a bajar al suelo y contengo la respiración mientras él levanta la puerta en silencio.

Sus ojos se dirigen a la ventana y luego asiente, indicándome en silencio que baje las escaleras.

No hace falta que me lo diga dos veces.

Me tiemblan tanto las piernas que casi pierdo el equilibrio y acabo hecha un ovillo al final de la escalera, pero Lev no me suelta la mano ni un segundo. Me la sigue sujetando mientras baja, ajustando la puerta y la alfombra sobre la marcha.

Un pesado cerrojo se desliza y encaja en la cerradura, y hago una mueca.

—Está bastante bien insonorizado —susurra Lev mientras bajamos el resto de las escaleras—. Construí este espacio hace unos años por si pasaba algo así. Nadie sabe que existe. Ni siquiera Pyotr.

Cuando llegamos abajo, enciende una pequeña luz en el techo que ilumina el escondite subterráneo.

Es casi como un estudio, con una cama de matrimonio, lo que parece ser una nevera e incluso montones de libros. Una especie de acolchado cubre las paredes, lo que supongo que ayuda a

amortiguar el sonido. Hay incluso otra puerta al otro extremo de la habitación.

—Ahí dentro hay un cuarto de baño —susurra Lev cuando me ve mirar la puerta con recelo—. Hay suficientes provisiones aquí abajo como para quedarnos días si hace falta.

—¿Crees que hará falta?

—No tengo ni idea.

—Aprecio la sinceridad.

De repente, se oyen pasos en el piso de arriba y suelto un grito de terror.

—¡Chis! —sisea Lev, tapándome la boca con la mano y atrayéndome hacia él—. Preferiría no poner a prueba la insonorización ahora mismo.

—Quedaos aquí hasta que Lev y la chica vuelvan —ladra Igor desde arriba—. No nos vamos sin ellos.

Mis ojos se abren como platos y Lev se tensa a mi espalda.

Sabe que estoy aquí.

—Todo saldrá bien —me susurra al oído mientras las lágrimas empiezan a caerme por las mejillas—. No dejaré que te haga daño.

Aparta las manos de mi boca y las baja a mi cintura, y me doy la vuelta.

—Lev. —Lo busco con las manos.

Cuando me mira a los ojos, mi terror debe de ser evidente, porque me rodea con sus fuertes brazos y me pega a su cuerpo.

—Te tengo. No va a hacerte daño.

Me encuentro aferrándome a él en busca de consuelo. Sé que no debería, pero cuando no hay más que una trampilla entre la muerte

y yo, mi moral personal se va al traste.

—Su coche está aquí, así que deben de estar cerca —dice otro hombre.

Lev hace una mueca mientras mira hacia la trampilla. —Joder, lo siento mucho, Elle. Debería haber tenido más cuidado.

¿Cómo demonios vamos a salir de esta?

Puede que Lev haya llenado este búnker subterráneo de provisiones, pero Igor no tardará en poner el sitio patas arriba y encontrar la puerta oculta.

Si tan solo hubiera podido enviarle un mensaje a Mikhail…

—Oh, Dios mío —susurro.

—¿Qué?

—Mikhail puso un localizador en mi móvil.

—No te sigo.

—Después de que recuperara el móvil del bar, insistió en comprobar si tenía micrófonos y en ponerle un localizador, ya que dijo que la aplicación de ubicación se puede hackear. Era por si volvía a pasar algo como el secuestro. Pero aquí no tengo cobertura…

—Mikhail lo habría previsto. No me extrañaría que ya estuviera de camino con Alexei y los demás.

—¿Tú crees? —Un ligero atisbo de esperanza empieza a crecer en mí.

—Es muy posible.

No se me escapa el tono seco de su voz al hablar de Mikhail.

—¿Qué pasa? —Me aparto lo justo para poder verle la cara.

—Odio no ser suficiente para mantenerte a salvo —dice, y aparta la mirada de la mía—. Pero te prometo que haré lo que haga falta para protegerte, Elle. Aunque me cueste la vida, lo haré. Porque sin ti, mi vida no vale nada para mí.

Su mirada baja hasta la mía y se me corta la respiración mientras me quedo mirándole a los ojos.

A pesar de todo lo que ha hecho, no puedo evitar creerle.

—Lev…

—Te quiero, Elle. Siempre te he querido y siempre te querré.

Capítulo Veintiocho

LEV

Calculo que hay al menos cuatro hombres ahí arriba. Llevo lo que me parecen horas sin oír la voz de Igor, pero, conociéndolo, es probable que haya dejado a sus lacayos de niñeras para poder ir a por refuerzos aún mayores.

Es difícil saber cuánto tiempo llevamos atrapados aquí abajo, en mi pequeño búnker subterráneo, pero tengo la sensación de que Elle y yo no saldremos de aquí en un futuro próximo. Al menos, no hasta que Igor decida volver.

Solo puedo imaginar lo que nos hará cuando se entere de que hemos estado escondidos justo delante de sus narices todo este tiempo. Solo me queda esperar que Mikhail decida comprobar la ubicación de Elle antes de que lleguemos a ese punto.

Odio tener que depender de los Koslov para que nos saquen de este lío, pero ahora mismo no tenemos otra opción.

Si solo se tratara de mí, habría cogido una de las armas que tengo guardadas aquí abajo y me habría lanzado de cabeza al fuego cruzado.

Pero no puedo hacer eso. Dejaría a Elle completamente desprotegida, y no voy a arriesgar su vida de esa manera.

Nunca debería haber dejado el coche fuera de la cabaña. Estaba tan centrado en meter a Elle dentro que no me aseguré de cubrir mi rastro. Fue una irresponsabilidad por mi parte, y ahora podría costármelo todo.

Igor sabe que no puedo andar muy lejos y, de alguna manera, sabe que Elle está conmigo. Aunque no tengo ni idea de cómo.

Pero supongo que eso no importa en realidad. Lo único que importa es asegurarme de que no le ponga las manos encima.

Me duele la mandíbula de tanto apretarla mientras estrecho los brazos alrededor de su cuerpo tembloroso.

Elle no se merece sufrir así. Si no fuera un cabrón tan egoísta, habría salido de su apartamento y me habría entregado directamente a los Koslov. Pero necesitaba que me escuchara. Ella *necesitaba* entender el peligro que corría.

Pero lo único que he conseguido ha sido llevarla directamente hasta *él*.

Elle sigue acurrucada en mis brazos; su terror le hace olvidar momentáneamente que me odia. Se estremece y yo la abrazo con más fuerza para intentar darle algo de consuelo, a pesar de todo.

Hundo los dedos en su pelo y acuno su cabeza contra mi pecho. Es tan suave, y percibo una ráfaga de su champú afrutado que me obliga a reprimir un gemido.

—Lo siento mucho —susurro contra su pelo—. Odio que te hayas visto envuelta en este lío.

—No es culpa tuya.

—Sí que lo es. Todo es culpa mía.

Elle se queda callada un momento, perdida en sus propios pensamientos.

—¿Lev?

—¿Sí?

Se aparta lo justo para poder mirarme. Tiene los ojos enrojecidos y un poco vidriosos, pero la frialdad ha desaparecido.

—No pensaba lo que he dicho antes —se muerde el labio inferior—. No te pareces en nada a Igor.

Parpadea y unas cuantas lágrimas se escapan por sus mejillas.

Esta vez, no me contengo: le cojo la cara entre las manos y se las seco con los pulgares.

—Tú también eras solo un crío...

—No hace falta que hagas esto —le acaricio suavemente la mejilla mientras la miro a sus preciosos ojos.

—Estaba enfadada y dolida. Y no estuvo bien culparte por algo que tu padre... que Igor hizo. L-lo siento, Lev.

—Tú no tienes nada por lo que disculparte. Es como has dicho, tengo tanta culpa como él de lo que pasó.

—Tus apagones... ¿Son siempre tan... aterradores?

Me encojo. Odio que me viera así.

—Sinceramente, no lo sé. Nunca los recuerdo.

El labio inferior de Elle vuelve a temblar y alargo la mano para rozárselo con el pulgar.

—Hubo un momento en el que pensé que estabas muerto.

Siento como si el pecho se me partiera en dos.

—Siento haberte asustado —suspiro—. Es que... ojalá pudiera saber qué pasa durante ellos. Quiero decir, podría matar a alguien, literalmente, y no recordar nada de nada.

Los ojos de Elle escudriñan mi rostro, como si buscara algo.

Una pequeña arruga aparece en su entrecejo mientras levanta la mano para ahuecar mi mejilla.

—No creo que seas capaz de hacerle daño a nadie. Al menos, a nadie que no se lo mereciera. Con apagón o sin él.

Se me hace un nudo en la garganta por la emoción ante las palabras de Elle.

—Significa mucho para mí oírte decir eso.

—También quiero que sepas que... yo también te quiero. Con cicatrices, apagones y todo.

Le cojo la cara entre las manos y me inclino para rozar suavemente mis labios con los suyos. —Te quiero más de lo que podrías imaginar.

No sé si la inminente amenaza de muerte que se cierne sobre nosotros me está haciendo actuar por puro impulso, pero mientras deslizo la lengua en su boca, bajo las manos y la levanto por la parte de atrás de los muslos.

—¿Lev? —sus ojos se desvían hacia el techo mientras rodea mi cintura con las piernas.

No quiero recordarle que esta podría ser la última oportunidad que tengamos de estar juntos así. Quiero dejarle un recuerdo feliz de nosotros para cuando todo esto acabe.

Porque, ya sea Igor o Alexei, mi destino está decidido.

No voy a salir de esta con vida, así que, joder, claro que quiero aprovechar al máximo el tiempo que me queda con Elle.

La acomodo en la cama y ninguno de los dos pierde el tiempo en quitarse la ropa. Mientras me quito la sudadera por la cabeza, Elle se quita con avidez los vaqueros y las bragas antes de desabrocharse la blusa.

Cuando está completamente desnuda, se acomoda contra las almohadas, donde entonces separa lentamente los muslos para mí.

La visión de su coño desnudo hace que mi polla, ya dura, presione la cremallera.

Ojalá pudiera pasarme horas adorando cada curva de su cuerpo, pero ya estamos viviendo de prestado.

—Lev...

—Estoy aquí —me quito el resto de la ropa y me acomodo entre sus muslos.

Le paso un brazo por la cintura, pegándola a mí, mientras hundo los dedos en su pelo, sujetándola en su sitio mientras devoro su boca con la mía.

Jadea contra mis labios con el primer roce de mi polla contra su entrada, y reprimo un gemido cuando siento lo mojada que está por mí.

—Te quiero —susurro contra sus labios antes de empezar a mover las caderas lentamente.

—Yo también te quiero.

Deslizo mi polla lentamente en su ardiente y húmedo interior.

Cuando estoy completamente hundido en ella, me retiro un poco para mirarle el rostro y veo que sus mejillas están de nuevo húmedas por las lágrimas.

—*Dushenka*, ¿qué ocurre?

—No quiero perderte. —Me coge la cara entre las manos y me besa con fiereza.

—Siempre me tendrás —saco la polla de su interior—. Pase lo que pase.

Vuelvo a embestir.

Ahogo los gemidos de placer de Elle con mi boca y pronto encontramos un ritmo que nos deja a los dos jadeando y cubiertos de sudor.

Mis manos recorren la piel de Elle, memorizando cada centímetro de su cuerpo mientras sigo moviéndome en su interior.

El roce de sus pezones duros contra mi pecho y la forma en que su coño se aprieta alrededor de mi miembro mientras busca su orgasmo me obligan a apretar los dientes, en un intento por aguantar la eyaculación todo lo posible.

Algo que resulta casi imposible cuando veo la expresión de puro éxtasis en el rostro de Elle al meter la mano entre los dos y empezar a frotarle lentamente el clítoris.

—Elle —gimo mientras mi polla empieza a gotear.

—Por favor. No pares.

Hundo la cara en su cuello, inhalando su dulce aroma mientras aumento el ritmo.

Ojalá pudiéramos quedarnos aquí abajo para siempre, solo nosotros dos. Pero, en algún momento, la realidad se nos vendrá encima.

La idea de no volver a hacerle el amor a Elle nunca más es demasiado dolorosa como para plantearla, pero eso me hace querer atesorar este momento todavía más.

—Por favor, Lev.

—Te tengo, *dushenka*.

Se aferra a mí; sus uñas se me clavan en la espalda y sus muslos tiemblan a ambos lados de mi cintura mientras llega al clímax.

—*Elle*...

Su coño late alrededor de mi polla y me lleva al límite.

—Soy tuya —me susurra al oído mientras me corro dentro de ella.

Cuando por fin recuperamos el aliento, salgo de ella lentamente, siseando ante la oleada de placer, antes de ponerme de lado y atraer a Elle contra mi pecho.

Traza círculos suavemente en mi antebrazo. —¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que sea.

—¿Puedes contarme más sobre la noche del incendio? Todo lo que recuerdo es desmayarme y luego despertarme en una ambulancia.

—¿Estás segura? No quiero disgustarte.

—Quiero... quiero saberlo todo.

Me muevo para quedar apoyado de lado, con un brazo acunando el cuello de Elle y el otro sobre su abdomen. Quiero poder observarle la cara mientras se lo cuento, para saber si es demasiado para ella o no.

—No sé por qué estábamos allí. Como te he dicho, me extrañó que Igor no se llevara a Maxim. Tenía dieciséis años por aquel entonces, ya empezaba a acompañar a Igor en las redadas y a esas alturas ya era todo un experto en meterles balas en el cráneo a la gente.

Elle se encoge ante mis palabras, pero permanece en silencio.

Odio hablar de estas cosas con ella, pero quiere saberlo. Así que continúo.

—Mientras íbamos en coche a casa de tus padres, no paraba de preguntar por qué íbamos allí. Al final, Igor me dijo que íbamos a cobrar el pago de una deuda que Marco Senior tenía.

—¿Una deuda? —frunce el ceño Elle—. ¿Por qué iba a tener mi padre una deuda con Igor?

—Ni idea. Nunca me dio detalles. Por lo que sé, podría habérselo inventado para que me callara. Porque, seamos sinceros, ¿cuándo ha necesitado Igor Ivanov una razón legítima para ir a por alguien?

—Supongo que tienes razón... Entonces, ¿qué pasó?

—Cuando llegamos, Igor me dijo que esperara en el coche mientras él se encargaba de Marco. Se fue un buen rato y me aburrí, así que di una vuelta por la parte de atrás de la casa, que fue cuando te vi en la ventana.

Acaricio con suavidad el vientre de Elle mientras una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

—Tenías una expresión tan traviesa... —me río entre dientes.

—Se suponía que estaba durmiendo.

—Estuve tentado de trepar por el canalón para ir a hablar contigo. Sé que podías oír todos los gritos, y supongo que quería asegurarme de que no estuvieras asustada.

Elle abre los ojos como platos.

—¿De verdad?

Asiento, mirándole el vientre desnudo mientras trazo círculos lentamente sobre la suave piel.

—Sí... Pero entonces oí que Igor se iba y corrí hacia la parte delantera de la casa. Nunca lo había visto tan enfadado, y fue entonces cuando me dijo que iba a quemar toda la casa.

Elle se estremece, pero no me detengo.

—Docenas de sus hombres habían estado esperando cerca con bidones de gasolina y, en segundos, la casa se vio envuelta en llamas.

—Oh, Dios mío. —Elle se lleva la mano a la boca.

—Lo sé, lo siento mucho. Le rogué a Igor que os sacara a todos, que pasara lo que pasara, ni tú ni tu familia merecíais morir. Pero no me escuchó. Me dijo que me metiera en el coche, pero entonces pensé en ti, en tu habitación, y, simplemente..., no podía dejarte.

Niego con la cabeza. —Corrió detrás de mí, gritando que si no iba con él, me mataría, pero no me importó. No podía dejarte ahí arriba. Así que corrí a la parte de atrás de la casa y trepé por el canalón.

Elle tiene las mejillas empapadas de lágrimas, y me inclino para besar todas las que puedo. Se estremece a mi contacto, sus manos se aferran a mis brazos mientras sigo hablando.

—Estabas inconsciente cuando te encontré, envuelta en tu manta. Las llamas ya empezaban a meterse en tu habitación, pero no había manera de que pudiera bajarte por el canalón. Si me hubiera resbalado, nos habríamos matado los dos. Así que mi única opción era correr a través de las llamas.

—Lev. —La voz de Elle se quiebra mientras alarga la mano para trazar las cicatrices del lado de mi cuello.

—Para cuando te saqué, Igor y sus hombres se habían ido.

—¿Qué? ¿Simplemente te dejó *allí*?

—Supongo que pensó que había firmado mi propia sentencia de muerte al entrar en esa casa y le ahorró el trabajo de matarme él mismo.

—Eso es una barbaridad.

—Así es Igor.

Ambos guardamos silencio por un momento, nuestra respiración acompasada es el único sonido, hasta que finalmente reúno el valor para contarle el resto de la historia.

—Quiero que sepas que intenté volver a por tu familia. Pero el fuego era demasiado intenso. El piso de arriba se había derrumbado casi por completo, y el humo... De verdad que quería sacarlos, Elle.

Su rostro se descompone, vencida por la pena.

Sé que no hay nada que pueda decir para que se sienta mejor en este momento, pero odio verla así. Ojalá hubiera podido hacer más por su familia, por *ella*.

—Al final, oí sirenas que se dirigían hacia la casa. Aún estabas inconsciente, así que me quedé contigo hasta que vi los camiones de bomberos subiendo por el camino de entrada, y entonces me fui. No podía arriesgarme a que me hicieran preguntas. Pero me escondí entre los arbustos y vigilé para asegurarme de que te cuidaban.

—¿Te castigó? —La voz de Elle es apenas un susurro.

—Sí, pero mereció la pena...

Se oyen disparos en el piso de arriba, y Elle suelta un grito de terror mientras parece que se desata el infierno sobre nuestras cabezas.

La habitación tiembla mientras unos pasos pesados retumban en el suelo, seguidos de gritos indescifrables en ruso.

¿Qué coño está pasando?

—Mierda. —Salgo a toda prisa de la cama en busca de mi ropa.

Me tiemblan las manos mientras me la pongo, con el sonido de los disparos retumbándome en los oídos.

Ha llegado el momento.

—Quédate aquí.

—Lev...

—Todo va a salir bien. ¿Confías en mí?

Esta vez, asiente sin dudarlo.

Le señalo su ropa con la barbilla. —Vístete.

Me agacho en el suelo y busco a tientas mi arsenal de armas bajo la cama. No es mucho, solo un par de pistolas, pero es mejor que nada.

Se oye un fuerte golpe en el piso de arriba, y Elle suelta un gemido mientras mira ansiosamente al techo.

—No pasa nada —la tranquilizo, a pesar de que ha sonado como si un cuerpo hubiera caído al suelo.

Me meto ambas pistolas en el cinturón y me pongo de pie.

Está claro que ha pasado algo que ha asustado a los hombres de Igor, lo que me hace preguntarme si ha aparecido alguien que no estaba invitado.

—¡Elle! —grita una voz masculina desde arriba.

Elle abre los ojos como platos mientras me mira.

—Alexei —dice sin emitir sonido.

Supongo que esa es mi respuesta.

—¡Sé que estás aquí! ¡Suéltala, Lev!

Elle hace ademán de correr hacia las escaleras, pero levanto una mano para detenerla.

—Podría ser una trampa. Quédate aquí.

Elle se acurruca en la esquina mientras yo subo con sigilo los escalones hacia la trampilla. No hay forma de correr el cerrojo en

silencio, lo que significa que, si Elle se ha equivocado de persona y no es Alexei, podríamos estar muertos en cuestión de segundos.

Tras una última respiración profunda, corro el cerrojo y me preparo para quienquiera que nos espere al otro lado.

En el momento en que abro la trampilla, me encuentro mirando directamente al cañón de la pistola de Alexei.

—Lo sabía, joder. —Tiene la cara y las manos cubiertas de salpicaduras de sangre y, por el silencio sepulcral que reina ahora, sé que se ha cargado a todos y cada uno de los hombres de mi padre.

—¿Alexei? —lo llama Elle desde abajo, captando su atención.

—¡Apártate de mi puto camino! —ruge Alexei.

Alexei pasa furioso a mi lado y baja las escaleras para llegar hasta Elle.

Aprieto los dientes mientras él le pone una mano tranquilizadora en el hombro y ella le sonríe como si fuera su caballero de brillante armadura.

Gilipollas.

—¿Estás bien? —La examina y luego mira la cama. Entre las mejillas sonrojadas de Elle y las sábanas extremadamente revueltas, es jodidamente obvio lo que hemos estado haciendo aquí abajo.

Alexei parece darse cuenta cuando se vuelve hacia mí con una expresión asesina en el rostro.

—Estás jodidamente muerto...

—Estoy bien, Alexei. —Elle le pone una mano en el brazo—. De verdad.

Sus ojos se encuentran con los míos y me dedica una pequeña sonrisa.

—Eso no significa que confíe en él. —Los ojos de Alexei se clavan en mí.

—Si te sirve de consuelo, el sentimiento es mutuo.

—No te pases de listo conmigo. No perdería el sueño por tener que meterte una bala entre ceja y ceja...

Elle se interpone entre Alexei y yo. —¡Basta ya!

Ni siquiera me había dado cuenta de que había vuelto a bajar las escaleras hacia él, con la mano ahora apoyada en la empuñadura de la pistola metida en la cinturilla de mi pantalón.

Pero Elle extiende una mano y la apoya en mi pecho, deteniéndome en seco. —Creo que deberíamos irnos de aquí antes de que vuelva Igor.

Alexei clava su mirada en la mía. —Estoy de acuerdo, pero eso no significa que esto haya terminado.

Me doy cuenta de que soy incapaz de apartar la mirada.

La oleada de pena que me invade al observar todos los rasgos que son tan similares a los míos me oprime el pecho.

Es la primera vez que *miro* de verdad a Alexei y, a pesar de su estética impecable y la ausencia de cicatrices, puedo verme en él.

Mi hermano.

Mi *enemigo*.

Capítulo Veintinueve

ELLE

La rabia emana tanto de Lev como de Alexei mientras estoy de pie entre ellos. El búnker subterráneo ya era agobiante antes, pero tener a dos hombres hechos y derechos enfrentados hace que el lugar resulte asfixiante.

Los miro a uno y a otro. —¿Podemos salir de aquí, por favor?

Sus similitudes son un poco desconcertantes. Veo mucho de Lev en él. Sobre todo, en la mirada.

Sé que Alexei tiene todo el derecho a odiar a su hermanastro por lo que supuestamente ha hecho, pero no quiero que haga algo de lo que pueda arrepentirse después.

—Por favor, Alexei.

La expresión de Alexei se suaviza al mirarme.

Nunca me ha parecido tan intimidante como probablemente debería, dada su reputación. Pero nunca me ha dado ninguna razón para no sentirme a gusto con él.

También sé que haría cualquier cosa por proteger a su familia, incluso meterle una bala en el pecho a Lev, así que cuanto antes

podamos aclarar todo esto, mejor.

—Voy a llevarte de vuelta a Forest Hills. Lucía te está esperando allí.

Se me hace un nudo en el estómago al mencionar a mi prima. Le he hecho pasar un infierno estas últimas semanas y de verdad quiero arreglar las cosas con ella.

Lev me mira. —Deberías irte antes de que vuelva Igor.

—Ni se le ocurra pensarlo —dice Alexei, dando otro paso hacia delante—. Usted viene con nosotros.

Los dedos de Lev se flexionan alrededor de su pistola.

—Vamos, Lev.

Probablemente no sea tan malo que esté en medio de los dos. Aunque sé que si de verdad quisieran pelear, no les costaría mucho esfuerzo quitarme de en medio.

Sus ojos se clavan en los míos, y le suplico en silencio que acepte. Soy muy consciente de lo que probablemente nos espera cuando volvamos a casa de Alexei, pero al menos se nos está dando la oportunidad de razonar con los Koslov.

Prefiero enfrentarme a ellos que a Igor Ivanov cualquier día de la semana, y Lev parece darse cuenta también, porque asiente con la cabeza.

Lev coge su pistola y la tira al suelo sin decir palabra antes de darse la vuelta y subir las escaleras.

Suelto un suspiro de alivio al ver que está cooperando.

Alexei me indica con la cabeza que siga a Lev.

Cuando salgo por la trampilla y veo la media docena de cadáveres que cubren el suelo, se me doblan las rodillas y tengo que agarrarme a Lev para no desplomarme.

—Ojalá todavía tuviera la venda.

Nunca he visto tanta sangre. Está empapando las tablas del suelo y parece cubrir todas las superficies posibles.

El regusto a cobre en el aire me está revolviendo el estómago, y tengo que taparme la boca y la nariz para no vomitar.

—Vamos a sacarte de aquí. —Lev me guía hacia la puerta principal.

—¿Has hecho esto tú solo? —le pregunto a Alexei, que aparece a mi lado.

—Yakov y Feliks están fuera.

—¿Mikhail no?

—Quería venir yo mismo.

Lo que se traduce en que quería ser él quien capturara a Lev.

Dos Mercedes negros con los cristales tintados están aparcados detrás del coche de Lev, y Alexei hace un gesto con un dedo mientras bajamos los escalones del porche y uno de ellos arranca con un rugido.

—Yakov y Feliks nos seguirán hasta la casa.

Otra advertencia encubierta para que Lev se porte bien.

Quiero gritarle a Alexei que Lev no va a hacerle daño a nadie, pero sé que no me escuchará. Así que, en lugar de eso, me quedo callada mientras subo al asiento trasero del coche de Alexei junto a Lev, esperando que los Koslov estén de humor para perdonar.

Ni Lev ni Alexei hablan durante el trayecto a la mansión de Alexei en Forest Hills, y nunca me he sentido más incómoda.

La tensión se podría cortar con un cuchillo, y ninguno de mis intentos de iniciar una conversación ha funcionado.

Miro a Lev, que está mirando por la ventanilla.

Tiene la cara pálida y no para de apretar las manos en puños.

Ojalá pudiera hacer algo, pero esto se me escapa de las manos. Lo único que puedo hacer es apoyarlo y rezar para que Alexei y sus hermanos estén dispuestos a escucharnos a los dos.

Le cojo la mano y entrelazo mis dedos con los suyos.

Están helados, pero no me importa.

Sin apartar la vista de la ventanilla, me aprieta la mano una vez, y yo le devuelvo el apretón, pasando el pulgar de un lado a otro sobre la piel llena de cicatrices.

Un gesto silencioso que significa que estamos juntos en esto.

Al mirar por el retrovisor, Alexei frunce el ceño al ver nuestras manos entrelazadas.

Soy muy consciente de lo que esto debe parecerle. Que estoy traicionando a su familia por involucrarme con Lev. Pero la verdad es que no estoy convencida de que Lev fuera el responsable de matar a sus padres.

Esto tiene el sello de Igor Ivanov por todas partes.

Ya ha dejado perfectamente claro lo mucho que le gusta torturar a Lev, así que tiene sentido que le eche la culpa de los asesinatos. Es sádico hacer creer a Lev que fue él quien mató a su propio padre, que es *exactamente* la razón por la que empiezo a creer que todo esto fue una trampa.

Pero el hecho es que Lev no recuerda nada, así que puede que nunca sepamos lo que ocurrió realmente aquella noche.

Cuando por fin llegamos a las puertas de la casa, el corazón se me acelera y estoy a punto de vomitar.

Ya está.

Para cuando Alexei aparca el coche delante, me sudan las manos y creo que voy a desmayarme.

—Está bien —me articula Lev con los labios.

Ojalá pudiera creerle, pero lo tenemos todo en contra.

Apenas he salido del coche cuando Lucía sale corriendo de la casa hacia mí.

Parece casi tan pálida como Lev y tiene los ojos rojos, como si hubiera estado llorando. —Oh, Dios mío, Elle.

—Estoy bien…

Lucia me echa los brazos al cuello y me abraza con fuerza.

—Qué alivio que estés bien, estaba muy preocupada.

—Estoy bien, Lucia, te lo prometo.

Pero no parece escucharme; se aparta y se encara con Lev, que apenas ha salido del coche.

—Y *tú*... ¡Joder, te voy a *matar*!

Intenta abalanzarse sobre él, pero me interpongo en su camino.

—Mikhail, ¿puedes venir a impedir que tu mujer cometa una agresión, por favor? —le grito a Mikhail, que ha aparecido en lo alto de la escalera.

—Creo que estoy bien aquí. —Mikhail se apoya en uno de los pilares.

Lucia le lanza un guiño a su marido y él inclina la barbilla antes de que su mirada se pose en Lev y su expresión se transforme en una de fría furia.

Lucia entorna los ojos hacia Lev. —Has arriesgado la vida de mi prima, ¿y esperas que te reciba con los brazos abiertos? ¡Eres un puto *psicópata*!

Hago una mueca, pero Lev no parece ni un poco afectado. Por lo que me ha contado de su infancia, esto debe de ser poca cosa en comparación. Pero eso no significa que merezca aguantar la mierda de cada uno de los miembros de mi familia.

—Lev solo intentaba protegerme. Sabía que Igor era peligroso y yo no estaba siendo razonable. Hizo lo que tenía que hacer para mantenerme a salvo...

Alexei resopla. —Sí, y casi la mata en el intento.

Me doy la vuelta y lo fulmino con la mirada.

—Ya me ha salvado la vida tres veces. Entiendo que estéis enfadados con él, pero al menos escuchadle...

—¿Escucharle? —los ojos oscuros de Alexei relampaguean—. Asesinó a mis padres.

—Nadie sabe eso a ciencia cierta. Lev no recuerda lo que pasó, e Igor es lo bastante sádico como para ser el verdadero cerebro detrás de todo esto.

Mikhail se yergue. —Eso es lo que quiere que penséis.

—¿No podéis... concederle el beneficio de la...?

—Ni se te ocurra terminar esa frase —espeta Alexei, y yo me encojo ante su tono.

—No le hables así, joder. —Lev se mueve para ponerse delante de mí.

Mikhail se vuelve hacia la puerta. —Entremos, *ahora*. Vamos a llegar al fondo de esto, de una vez por todas.

—Me parece una buena idea. —Pongo una mano en el brazo de Lev.

Aprieta la mandíbula y no aparta la vista de Alexei, ni siquiera cuando tiro de la manga de su sudadera.

Alexei inclina la barbilla hacia donde sigue de pie su hermano. —Si Lev es responsable, lo *pagará*.

Miro a Lev, pero él solo asiente, como si ya hubiera admitido su derrota.

Quiero gritarles a todos que se equivocan de hombre.

¿Es que no lo ven? Lev no es la verdadera amenaza aquí.

—Alexei —suplico mientras él coge a Lev del brazo y tira de él hacia la casa.

—Vamos. —Lucia me coge de la mano.

Seguimos a Lev como si estuviéramos en una especie de procesión macabra.

Se me encoge el corazón al ver cómo se le hunden los hombros y agacha la cabeza.

—Por aquí —le ladra Alexei a Lev una vez que entramos en el gran vestíbulo de la casa.

Me crispo por su tono, pero antes de que pueda reprenderle, Lucia tira de mí en la dirección opuesta.

—Vayamos a la cocina.

—No, quiero ir con Lev. —Intento soltarme de ella.

—Elle, tienes que dejar que solucionen esto entre ellos.

—Pero no le *escucharán*. Ya han decidido que es culpable, y yo soy la única razón por la que Alexei no le ha metido ya una bala en el cráneo.

Miro por encima del hombro justo a tiempo para ver a Lev desaparecer en el salón con Alexei y Mikhail, donde no me cabe duda de que espera el resto de la bratva Koslov.

—Lev.

Pero no mira hacia atrás.

El sonido de la puerta al cerrarse de golpe hace que me trague un sollozo, y dejo que Lucia me lleve a la cocina, donde me obliga a sentarme a la mesa.

—¿Por qué no nos preparo un poco de chocolate caliente?

Su tono alegre es forzado, pero me alegro de que algo la ocupe por un momento para poder sumirme en mi pena.

Estoy desesperada por saber de qué están hablando.

¿Se está defendiendo Lev? ¿O está dejando que le culpen por un crimen que probablemente no cometió?

—No puedo quedarme aquí sentada.

—Sí, puedes. Te sujetaré yo misma si hace falta.

Levanto la vista hacia mi prima mientras se acerca a la mesa con dos tazas de chocolate caliente en la mano, y sé que no bromea.

—A la tuya le he puesto nubes de más. —Deja la taza rebosante delante de mí—. Así que bébetelo antes de que se enfríe.

—Gracias. —La rodeo con los dedos para calentármelos.

—Estoy confundida sobre tu situación con Lev. —Lucia se sienta frente a mí—. ¿Está pasando algo que yo no sepa? Quiero decir, sabía que estabais... ¿pasando el rato? Si es que se le puede llamar así.

—Lucia, estoy embarazada.

Supongo que es tan buen momento como cualquier otro para admitir la verdad. Al fin y al cabo, podría ser la única manera de convencer a Alexei de que le perdone la vida a Lev.

Lucia se queda paralizada con la taza a medio camino de la boca.

Por un segundo, me preocupa que la vaya a dejar caer, pero entonces la vuelve a posar sobre la mesa.

—Perdona, ¿qué?

—Estoy embarazada.

—Estás embarazada.

—Sí.

La arruga del entrecejo de Lucia se acentúa mientras permanece en silencio un momento.

—Y Lev es...

—Es el padre.

—Cristo, Elle, ¿en qué *demonios* estabas pensando? —Se levanta y empieza a pasear—. ¿Te *acostaste* con el hombre que te estaba acosando?

—Evidentemente.

—No hagas eso. No actúes como si esto no fuera importante.

—¡Porque no lo es!

—Elle...

—¿Ahora entiendes por qué necesito estar ahí dentro con él? Es el padre de mi *hijo*, Lucia. No puedo dejar que le hagan daño. Nunca podré perdonarlos si lo hacen.

—Joder, esto no es bueno. —Se pasa los dedos por el pelo mientras mira de reojo la puerta.

—Tienen que saber la verdad. Si Alexei sabe que estoy embarazada...

—Tienes que entender que estoy atrapada en medio. No quiero tomar partido, pero al fin y al cabo, este hombre mató a los padres

de mi marido, y no estoy segura de que eso sea algo que Mikhail y sus hermanos puedan superar. Y, sinceramente, Elle, no quiero tener que pedírselo.

—Es imposible que lo hiciera. Igor lleva años explotando las debilidades de Lev para su propio beneficio.

—Eso no lo sabemos.

—¿Qué demonios ha pasado con lo de ser inocente hasta que se demuestre lo contrario, eh? A mí me parece que los Koslov solo quieren una cabeza de turco, y Lev es un objetivo más fácil que Igor.

—Eso no es justo...

—¡Lo que le están haciendo ahora mismo no es justo! —Se me quiebra la voz y, de repente, soy incapaz de contener las lágrimas por más tiempo.

Hundo la cara entre las manos, superada por el dolor.

Lucia se sienta en la silla a mi lado y, cuando me pone una mano en el brazo, no la aparto.

—¿Lo amas?

Bajo las manos y la miro con los ojos llenos de lágrimas. —Más que a nada en el mundo.

Vuelve a mirar la puerta antes de asentir una vez.

—Todo saldrá bien, Elle. Te lo prometo.

Ojalá pudiera creerla, pero después de todo lo que ha pasado, ¿cómo es posible que las cosas se arreglen?

Algo tiene que ceder aquí, y tengo el horrible presentimiento de que va a ser mi relación con Lev.

Capítulo Treinta

LEV

En el momento en que la puerta se cierra de un portazo a mi espalda, sé que todo ha terminado.

Y, por la expresión del rostro de Elle mientras Lucia se la llevaba, ella también lo sabe.

Anton y Danil están de pie en el centro del salón, ambos con una mirada tan asesina como la de Alexei. Los dos tienen los brazos cruzados sobre el pecho y no se me escapan las pistolas que asoman por la cinturilla de sus pantalones negros.

—Le sugiero que empiece a hablar —suelta Alexei a mi espalda, como si pudiera leerme el pensamiento.

Miro el carrito de bar bien surtido en un rincón de la sala. Necesito desesperadamente una copa para intentar calmar los nervios, pero creo que si me acercara y empezara a servirme del licor, sin duda carísimo, sería una forma segura de que me mataran.

Así que me quedo quieto. —¿No quieren esperar a Dimitri?

Anton frunce el ceño. —Dimitri no es asunto suyo. Así que hable.

Miro a cada uno de los Koslov por turnos, viendo una pequeña parte de mí mismo en cada uno de ellos.

En otro universo, mi padre me habría traído a casa con él y me habría criado junto a sus hijos. Habría crecido en una casa como esta y habría vivido una vida llena de risas y diversión. Pero lo mejor de todo es que, si alguna vez me hubiera visto en un aprieto, habría tenido hermanos a los que llamar que habrían estado a mi lado sin hacer preguntas.

Hay una pequeña parte de mí en cada uno de ellos, y siento una pena muy arraigada al pensar en lo que podría haber sido.

Sé que Elle espera que todavía haya una posibilidad de que pueda tener eso, pero no hay nada que pueda decirles que limpie mi nombre.

—No tengo nada que decir. —Me meto las manos en los bolsillos.

Mikhail se acerca al lado de Anton. —¿Se da cuenta de que su puta vida está en juego aquí?

—Soy consciente.

Alexei me agarra del hombro y me gira para que lo mire. —No te pases de listo con nosotros. Puede que Elle piense que eres un héroe, pero yo no me trago tu mierda.

Su cara está a apenas un par de centímetros de la mía y puedo oler el regusto metálico a sangre que impregna su ropa.

—No soy un héroe —le digo, mirando a los ojos a mi hermano—. Soy muy consciente de que solo he tenido que salvarle la vida a Elle por los errores que he cometido.

Mikhail asiente. —Me alegro de que estemos de acuerdo en eso.

Me alejo un paso de Alexei. —No sé qué quiere que diga. No tengo ningún recuerdo de esa noche.

—Paparruchas —escupe Anton.

Intento mantener la calma a pesar del interrogatorio porque lo último que necesito es perder el conocimiento en una habitación llena de hombres que me quieren muerto. Pero el dolor sordo empieza a palpitar en mis sienes.

Cierro los ojos con fuerza e intento respirar hondo. —Es la pura verdad.

Alexei se mueve, pero no sé adónde. —Qué puto conveniente.

—Ya sé cómo suena...

—¡Suena a una puta excusa por asesinar a nuestros padres!

Abro los ojos a la fuerza y me encuentro a Alexei con la cara roja mientras intenta controlar su temperamento. Una gruesa vena le palpita en la sien y sé que estoy a un movimiento en falso de que me corten el cuello.

Levanto las manos y me giro lentamente para poder mirar a Anton.

—Supongo que Nina se lo ha contado todo, ¿no? ¿Lo de las lagunas mentales?

Anton mira con recelo a Alexei, pero luego asiente.

—Las mencionó, sí.

—¿Lagunas mentales? —Danil mira de Anton a mí—. ¿De qué está hablando?

Me encojo de hombros. —Igor no se toma a la ligera que le desobedezcan. Cuando decidí meterme en el fuego para salvar a Elle, me dio una paliza que casi me mata, lo que incluyó un golpe importante en la cabeza. Nunca me llevó a un hospital, así que el alcance del daño neurológico nunca se confirmó, pero desde entonces sufro de lagunas mentales. Puedo estar inconsciente durante minutos u horas y cuando vuelvo en mí, no recuerdo nada de lo que he hecho.

Mikhail resopla. —Una historia bien ensayada, debo decir.

—Ustedes querían la verdad...

Alexei me agarra por el cuello y tira de mí hacia atrás.

Apenas tengo tiempo de tropezar con mis propios pies antes de que me estampe contra la pared con tal fuerza que me deja sin aliento.

—Ya me importas una mierda, Lev. —Aprieta su agarre en mi cuello —. Se acabó el tiempo.

Se me empiezan a aguar los ojos mientras lucho por respirar. Ninguno de los Koslov hace ademán de detener a Alexei.

Saben que él tiene la última palabra aquí.

Sé que fue él quien encontró a sus padres yaciendo en charcos de su propia sangre. Si alguien tiene que matarme, es él.

—Hazlo y ya está. —Le rodeo las muñecas con las manos, aunque no hago ningún intento de quitármelo de encima.

Los ojos de Alexei casi se desenfocan mientras aprieta las manos alrededor de mi cuello, como si estuviera en trance. Mientras la última bocanada de aire abandona mis pulmones, el martilleo en mi cabeza se intensifica.

En cuestión de segundos, o moriré a manos de Alexei, o perderé el conocimiento y despertaré en un charco de sangre con una bala alojada en el pecho.

De cualquier forma, soy hombre muerto.

—Dame una puta buena razón por la que no debería acabar contigo ahora mismo.

La cabeza de Alexei se vuelve bruscamente hacia la puerta que acaba de abrirse para revelar a Dimitri. —Yo te daré una.

—¿Dónde *coño* has estado?

Su agarre en mi cuello se ha aflojado lo justo para que pueda tragar una bocanada de aire, pero no lo suficiente para aliviar el dolor en mis pulmones.

—He encontrado algo que podría interesarles a los dos. —Me mira—. Lev. —Inclina la barbilla hacia mí como si fuéramos viejos amigos.

Alexei lo mira entrecerrando los ojos. —Dimitri.

—Tengo un informe policial de la noche en que mataron a nuestros padres. —Se mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saca un papel doblado—. Dice que Lev estaba bajo custodia esa noche en una comisaría de Brooklyn después de que lo encontraran inconsciente en el arcén de una carretera. Luego lo hospitalizaron al no despertarse y lo mantuvieron en observación hasta el día siguiente.

—Un informe policial puede falsificarse. ¿Cómo puedes estar seguro de que el informe es real?

—Le pedí al padre de Zara que lo investigara por mí. Él es quien me ha enviado el informe junto con las grabaciones de las cámaras de seguridad tanto de la comisaría como del hospital. Todas las pruebas están ahí para confirmarlo, Alexei.

Me escuecen los ojos. —¿Qué está diciendo?

Dimitri me mira directamente a los ojos. —Estoy diciendo que no hay forma de que usted pudiera haber matado a nuestros padres.

Alexei entrecierra los ojos y me clava la mirada, como si no se creyera que nada de esto sea cierto. Aunque no lo culpo. Yo tampoco puedo creer lo que estoy oyendo.

—Puedes soltarlo, Alexei —Dimitri le pone una mano en el brazo a su hermano—. Lev es inocente.

—Oh, Dios mío —solloza Elle desde el umbral de la puerta mientras Alexei me suelta. Inspiro una bocanada de aire y las piernas amenazan con fallarme.

Inocente.

Nunca pensé que esa palabra se usaría para describirme.

Sé que debería sentir alivio, pero no es así.

Durante más de una década, me hicieron creer que había asesinado a Andre Koslov y a su esposa a sangre fría. Igor solía describírmelo con todo lujo de detalles, hasta el punto de que empecé a ver cómo se desangraban en mis sueños.

Sus muertes han moldeado en quién me he convertido.

Su sangre ha manchado mis manos durante tanto tiempo que no estoy seguro de quién soy sin ella.

No tuve más remedio que distanciarme de todos a los que amaba y quería durante la mayor parte de mi vida para protegerlos de lo que yo era.

Un monstruo.

¿Pero ahora?

No tengo ni idea de quién soy.

Elle solloza. —Lev.

Apenas me doy cuenta de que me echa los brazos al cuello y me besa. Ni siquiera la sensación de sus suaves labios contra los míos puede sacarme de mis pensamientos.

—¿Has oído lo que ha dicho Dimitri? —Se aparta, mirándome con los ojos llenos de lágrimas—. Eres inocente, Lev.

Inocente.

—Elle —me inclino para cogerle la cara entre las manos y la beso con ferocidad.

No me importa que haya una habitación llena de gente mirándonos. Solo me importa la mujer que tengo delante y el niño que crece en

su vientre.

Cuando por fin nos separamos, la sangre me arde en las mejillas al darme cuenta de que todos los ojos están puestos en nosotros.

Rodeo la cintura de Elle con el brazo y la atraigo hacia mí.

—¿Recuerda haber estado en el hospital? —Dimitri se hunde en un sillón y deja caer el informe policial sobre la mesa de centro como si no fuera más que una multa de aparcamiento.

Estoy demasiado aturdido como para pensar con claridad, y mucho menos para recordar una de las muchas veces que me he despertado en un hospital.

—Sinceramente, no.

—Pero has dicho que hay grabaciones de las cámaras de seguridad, ¿verdad? —Los ojos de Elle se llenan de esperanza mientras nos mira a Dimitri y a mí—. Así que cuadra.

—Elle… —empieza Alexei, pero ella levanta una mano para hacerlo callar.

—No quiero oírlo, Alexei.

No se me escapa el destello de ira en los ojos del Pakhan de la bratva, pero no insiste más con Elle.

—¿Puede Lev irse ya o qué?

Los ojos de Alexei se clavan en los míos, y contengo la respiración.

—Podemos hablar más tarde —Alexei se dirige al carrito de las bebidas y se sirve una copa.

Elle me coge de la mano, pero antes de irme con ella, hay una última cosa que quiero decir.

—¿Alexei?

Alexei se bebe la copa de un trago rápido antes de servirse otra sin molestarse siquiera en mirarme.

—¿Qué?

—Solo quiero que sepa que deseo que Igor se enfrente a la justicia tanto como usted.

Alexei mira por encima del hombro y me asiente con la cabeza.

Es un gesto pequeño, pero poderoso.

Por primera vez, me permito imaginar cómo sería formar parte de esta familia.

Sé que llevará tiempo generar confianza. Sería ingenuo pensar que podemos olvidar el pasado como si nunca hubiera ocurrido, pero eso no significa que no pueda ser el primero de nosotros en tender una mano.

—Podría valer la pena echar un vistazo al muelle de la calle 69 en Bay Ridge.

—No lo sigo.

—Los muelles. Ha movido algo de mercancía allí en las últimas semanas.

Alexei parece sorprendido. —¿Sabe dónde está?

—No en este momento, pero sé que pasará por allí pronto. Podría valer la pena vigilar el lugar por si decide hacer una visita. Además, hay un montón de existencias que podrían valer algo si quieren servirse.

Alexei frunce el ceño mientras mira a Mikhail y a Dimitri, que se encogen de hombros.

—Parece sorprendido de que le cuente esto.

—Un poco —admite Alexei.

—Créame cuando le digo que lo quiero muerto tanto como usted, Alexei. Si no más.

Capítulo Treinta Y Uno

ELLE

Lev no dice ni una palabra durante el trayecto de vuelta a mi apartamento.

Dimitri ha tenido la amabilidad de prestarnos su coche y Lev ha insistido en conducir. Creo que es porque quiere mantener las manos ocupadas para intentar distraerse de los pensamientos que probablemente le bullen en la cabeza.

Me muero de ganas de hablar de lo que acabamos de descubrir en la casa, pero sé que Lev procesa las cosas de forma muy interna. Me gusta pensar que hablará conmigo cuando esté listo, pero, por ahora, permanezco en silencio.

Cuando por fin aparca delante de mi edificio y apaga el motor, alargo el brazo y le pongo la mano en el muslo.

Él la mira y frunce el ceño, como si se hubiera olvidado de que no estaba solo en el coche.

—¿Estás bien?

Lev asiente, pero por la forma en que tiene el ceño fruncido, sé que miente.

—Son buenas noticias, ¿verdad? —mantiene la vista fija en mi mano —. Lo que Dimitri ha encontrado... demuestra que no los maté. Que no maté a mi padre.

—Eso es exactamente lo que demuestra.

—No sé muy bien cómo sentirme —me mira por debajo de sus oscuras pestañas.

Hay una tristeza tan desoladora en sus ojos.

Ojalá pudiera quitarle todo el dolor, pero no puedo. Esto es algo que tiene que superar él. Pero lo que sí puedo hacer es estar a su lado en cada paso del camino.

—Nadie espera que proceses esto inmediatamente. Lo que Dimitri ha encontrado... es mucho que asimilar.

—Sí.

—Sé que lo que ha encontrado no borra el hecho de que durante mucho tiempo pensaste que los habías matado. Esa herida tardará mucho en cicatrizar. Pero estoy aquí y quiero superarlo contigo, si me dejas.

Lev agacha la cabeza y casi puedo ver cómo se le quita un peso de encima mientras mis palabras calan en él.

Aprieto su muslo. —¿Entramos? ¿Podríamos pedir una pizza y ver una película? Aunque suena ridículamente mundano y anticlimático, teniendo en cuenta que acabas de enterarte de que no mataste a tu padre. Quizá deberíamos comprar champán o algo...

—¿Elle?

—¿Sí?

—Lo mundano me parece bien —las comisuras de los labios de Lev se contraen.

Lev entrelaza sus dedos con los míos mientras entramos en mi edificio y cogemos el ascensor hasta mi planta. No deja de apretarme la mano en todo momento, como si estuviera comprobando que soy real.

—Creo que prefiero cuando entras por la ventana —bromeo mientras abro la puerta principal con la llave de repuesto de debajo del felpudo—. Usar la puerta principal no parece tan prohibido...

—Espera aquí fuera —levanta una mano para evitar que cruce el umbral de mi apartamento—. Quiero comprobar que es seguro.

—¿Crees que hay alguien dentro?

—Solo quiero asegurarme. Vuelvo enseguida —me da un beso rápido en la frente.

La piel me hormiguea por su contacto y contengo la respiración mientras lo veo desaparecer dentro de mi apartamento.

Me quedo en el umbral, mirando los vasos de café y los envoltorios de los bagels de mi desayuno con Lucia y Mikhail, que siguen esparcidos por la mesa de centro.

¿Eso ha sido solo esta mañana?

Siento que se me cierran los párpados solo de pensar en el día que he tenido.

—Todo despejado —Lev sale de mi dormitorio. Echa un vistazo al salón—. Aunque creo que me sentiría mejor si pudiera quedarme un rato.

Me aguanto la risa al ver lo serio que está Lev ahora mismo.

¿No se da cuenta de que somos libres para estar juntos? No necesita una excusa para pasar la noche aquí.

Quizá necesite que se lo recuerde...

—Supongo que no pasa nada... Quiero decir, siempre me estás vigilando de todos modos. Quizá deberíamos mudarnos juntos y dejarnos de historias —entro en mi apartamento y cierro la puerta detrás de mí.

Lev parpadea.

—A no ser que... no quieras...

Da un paso hacia mí. —Quiero hacer mucho más que simplemente vivir contigo. Quiero hacerlo todo contigo.

Da otro paso. —Formar una familia contigo.

Y otro.

—Envejecer contigo.

Se detiene delante de mí. —Casarme contigo.

Se arrodilla en medio de mi salón.

El corazón me canta y se me llenan los ojos de lágrimas. —¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio. El día de hoy no ha hecho más que demostrar lo rápido que puede cambiar la vida, y no quiero perder ni un segundo más.

—Lev —me llevo una mano al pecho.

—Sé que todavía no tengo un anillo, pero si me dejas, Elle Conti, quiero darte el mundo.

No puedo contener las lágrimas que empiezan a caer.

Hace solo unas horas, estaba tan segura de que nunca tendríamos nuestro final feliz. Y ahora, al ver a Lev arrodillado, prometiéndome el mundo, siento que el corazón podría estallarme de felicidad.

—Por supuesto que me casaré contigo.

La sonrisa que se dibuja en el rostro de Lev mientras se pone en pie es sobrecogedora.

Nunca lo había visto sonreír así, y espero que sea la primera de muchas.

Se levanta y, en un momento, mis pies están firmemente en el suelo y, al siguiente, están enroscados en la cintura de Lev mientras me levanta en el aire.

—¡Lev! —me aferro a sus anchos hombros.

—No tienes ni puta idea de lo mucho que significas para mí, Elle Conti —murmura contra mis labios.

—Podría decirte lo mismo. Vas a ser el marido más increíble que podría haber esperado tener, y el padre más maravilloso para nuestro hijo.

Lev apoya su frente contra la mía y cierra los ojos.

—Te quiero.

—Y yo a ti —presiono mis labios contra los suyos.

Apenas me doy cuenta de que Lev me está llevando al dormitorio. Solo estoy concentrada en la sensación de sus labios sobre los míos. En su sabor mientras deslizo mi lengua en su boca de una forma que le hace gemir contra mis labios.

Por segunda vez hoy, nos desnudamos. Pero esta vez no hay ninguna amenaza cerniéndose sobre nosotros, así que Lev me hace los honores de quitarme cada prenda, besándome la piel a su paso.

Para cuando estoy tumbada desnuda en la cama, ardo de tal manera y siento tal dolor entre los muslos que tengo que bajar la mano y empezar a frotarme el clítoris para intentar aliviarme.

Los ojos de Lev se oscurecen por el deseo mientras me ve deslizar dos dedos por mi coño húmedo.

—Elle —gruñe mientras tira la camisa al suelo.

Recorro con la mirada las duras líneas de su pecho y abdomen hasta que me detengo en el prominente bulto de su polla, que se marca contra la cremallera.

—Lev… —Mi coño se contrae, desesperado por que me llene.

—Qué impaciente —se ríe entre dientes mientras empieza a desabrocharse el cinturón.

Para cuando está de pie, desnudo, a los pies de la cama, estoy tan a punto de correrme que tengo que obligarme a quitar la mano de entre los muslos para no hacerlo.

Quiero que sea él quien me haga llegar, pero parece que Lev quiere tomarse un momento para disfrutar de las vistas.

Se rodea la polla con los dedos y empieza a masturbarse mientras mira mi coño reluciente. —Joder, qué preciosidad.

Da un golpe de muñeca sobre la punta de la polla.

—Te necesito —jadeo.

Lev aprieta los dientes mientras se masturba de nuevo. La punta ya gotea y se me hace la boca agua al pensar en saborearlo.

Pero antes de que pueda sugerirle que me lo meta en la boca, Lev se sube a la cama y entierra la cara entre mis muslos.

—Eres mía. —Me lame la intimidad.

—Soy tuya. Oh, Dios. —Bajo las manos para hundir los dedos en su pelo y mantenerlo en su sitio.

Me pone las manos en el culo, inclinando mis caderas para poder hundir su lengua profundamente en mi coño.

—¡Lev! —grito.

—Sabes jodidamente bien. —Pasa la lengua por mi centro antes de moverla sobre mi clítoris.

—Oh, joder.

Estoy tan al borde del abismo que unos cuantos lametones más de su lengua sobre mi clítoris me harán llegar al orgasmo. Y parece que Lev también lo sabe.

—Córrete en mi lengua, Elle.

Bajo la mirada y casi llego al clímax al verle mirarme desde entre mis muslos.

Sus ojos oscuros están vidriosos y observo cómo lame y chupa mi clítoris con avidez.

—¡No pares! —grito cuando rodea el sensible botón con los labios y succiona—. ¡Sí!

Mi espalda se arquea sobre la cama mientras llego al orgasmo y me aferro a Lev mientras mi cuerpo tiembla violentamente con cada ola de placer que me recorre.

Nunca me he corrido tan fuerte, y cuando por fin me quedo exhausta, me derrumbo sobre las almohadas, jadeando en busca de aire mientras Lev me besa la cara interna de los muslos.

—Esa es mi chica. —Se incorpora sobre las rodillas.

La visión de su polla reluciente me hace gemir.

—Te… te necesito.

Se inclina sobre mí. —Soy todo tuyo.

Mientras baja la mano para alinearse con mi entrada, recorro con los dedos las cicatrices que cubren su cuello.

Las cicatrices que sirven de recordatorio de lo valiente y abnegado que es este hombre.

—Me salvaste.

—Yo podría decir lo mismo de ti. —Se entierra dentro de mí.

—Oh, Dios mío.

Me llena a la perfección. Es como si nuestros cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro.

—Joder —sisea.

Los músculos de su espalda se flexionan bajo las yemas de mis dedos cuando saca la polla de mí, y ambos nos miramos fijamente mientras vuelve a embestir.

Se acabaron las vendas en los ojos.

Se acabó el esconderse.

Por fin somos libres para estar juntos.

No creí que alguna vez tuviera la oportunidad de sentir una felicidad como esta. Durante mucho tiempo, me asustaba tanto la idea de perder a alguien a quien amaba de nuevo que no me permití la oportunidad de amar.

Pero, de alguna manera, Lev me ha hecho sentir lo suficientemente segura como para abrir mi corazón una vez más, y no podría estarle más agradecida.

—Te quiero —digo con la voz ahogada mientras me escuecen los ojos por las lágrimas.

Lev me coge la cara entre las manos y me besa con tanta suavidad que no puedo evitar que se me caigan las lágrimas.

—Yo también te quiero.

Lev apoya su frente en la mía, con los ojos clavados en los del otro, mientras me hace el amor.

El único sonido es nuestra respiración agitada mientras ambos perseguimos nuestro orgasmo.

Cuando Lev frunce el ceño mientras lucha contra el impulso de correrse, le cojo la cara entre las manos y le beso profundamente.

—Córrete conmigo —jadeo mientras mis muslos empiezan a temblar.

Es todo el permiso que necesita.

Su ritmo pasa de suave a brutal mientras me embiste con la polla, golpeándome tan profundo que grito su nombre al correrme.

Entierra la cara en mi cuello mientras su cuerpo se estremece, y sus gruñidos me hacen ver las estrellas.

—Oh, joder… —Su polla se sacude, y se derrama dentro de mí.

Después de que nos limpia, nos metemos en la cama, y yo me acurruco en su pecho mientras él me rodea con sus brazos.

—Gracias por quererme —susurra en mi oído mientras me quedo dormida.

EPÍLOGO

ELLE

Siete meses después

—Sabes que siempre decía que quería tener como ocho hijos. Pues retiro lo dicho. No volveré a hacerlo nunca más.

Lucia se ríe mientras acuna a mi hijo recién nacido en brazos.

—¿Ahora entiendes por qué dudo en tener otro después de Vivi? *Acabo* de dejar de mearme encima cuando me río. Todavía no estoy dispuesta a renunciar a eso.

Anton niega con la cabeza desde su asiento en un rincón del paritorio. —No necesitaba saber eso, la verdad.

Nina está sentada en el brazo de su sillón. —Pero es verdad. Vosotros disfrutáis de unos minutos de diversión mientras que las mujeres tenemos que perder el control de la vejiga y nos crecen unas tetas como melones para daros descendencia.

—¿Unos minutos? Vaya, más suerte la próxima vez, Anton —dice Dimitri entre risas, dándole una palmada en la espalda a su primo.

—Que te jodan, duro más que tú.

Bianca bufa. —No digáis palabrotas delante del bebé. ¡Tiene oídos inocentes!

Danil se ríe. —No por mucho tiempo.

Gimo mientras me agarro el costado. —No me hagáis reír.

Dimitri mira a su alrededor. —¿Podemos bautizar a este niño ya? Estoy sediento.

—Dimitri —lo regaña Zara—. Hoy no se trata de ti.

Dimitri me mira con expresión avergonzada y yo vuelvo a reírme.

—Puedes abrir el champán, Dimitri, no pasa nada.

Me dedica una sonrisa, lo que solo hace que Zara frunza más el ceño.

Me encanta que toda la familia esté aquí para conocer a nuestro hijo, incluidos los niños. Aunque, por el momento, los han dejado en la guardería del hospital mientras los adultos disfrutan de una copa de champán para brindar por el nuevo miembro de la familia.

Mientras Dimitri está ocupado derramando champán por todo el suelo del hospital, Lucia me devuelve a mi hijo antes de sentarse a mi lado en la cama.

—Creía que tenía dos semanas más para prepararme mentalmente para todo esto. —Miro al bebé dormido en mis brazos.

Lucia niega con la cabeza mientras mira de reojo a Mikhail. —Por si no te has dado cuenta, a los Koslov no les gusta que les digan lo que tienen que hacer. ¡Vivi también fue así!

—Oh, ya me he dado cuenta —digo entre risas.

—Se parece a ellos.

Acaricio suavemente la mata de pelo oscuro y sonrío.

—La verdad es que sí.

Lucia se pone en pie. —En serio, Dimitri, deja que abra yo el puñetero champán.

Ayuda a Dimitri a abrir la segunda botella.

Lev está extrañamente callado en la silla junto a la cama, así que le cojo la mano y se la aprieto. Todavía no está acostumbrado a estar rodeado de tanta gente, pero agradezco lo mucho que se ha esforzado en los últimos meses.

Le sonrío. —Ven a sentarte con nosotros.

Me dedica una leve sonrisa mientras se desliza sobre la cama y me acerca a su costado.

Con la ayuda de Nina, le conseguimos un nuevo terapeuta, así como un neurólogo para intentar ayudarle a superar su trauma y sus desvanecimientos.

Tras varias exploraciones, se llegó a la conclusión de que los desvanecimientos de Lev son en realidad convulsiones, resultado del daño cerebral permanente causado por Igor.

Aunque no tienen cura, Lev ha sido capaz de controlarlas tomando medicación y reduciendo el estrés, lo que sé que le ha quitado un gran peso de encima.

Los últimos meses han sido una curva de aprendizaje para todos. Ha pasado la mayor parte de su vida aislado y solo, por lo que ser acogido de repente en una familia tan grande fue un poco chocante. Pero todo el mundo nos ha apoyado mucho, dándonos espacio cuando lo necesitábamos y también tendiéndonos la mano.

Incluso Alexei.

Aunque me encantaría llevar a Lev a casa de Alexei para la cena familiar de cada mes, sé que es mucho para él. Siempre ha sido un extraño y creo que tardará mucho tiempo en sentirse de otra manera.

Así que, por ahora, hemos pasado mucho tiempo con Nina y Anton.

Nina ha sido de una ayuda increíble preparándome para la vida con un nuevo bebé, y Lev y Anton han conectado gracias a su amor mutuo por los negocios. Se ha llevado a Lev a *Espionage* en muchas ocasiones, solo ellos dos, y cada vez que Lev vuelve a casa, siempre tiene una ligereza que todavía me estoy acostumbrando a ver.

No hago demasiadas preguntas sobre lo que hablan, pero me aseguro de que Anton sepa cuánto le agradezco que pase tiempo con Lev.

—Bien, ¿tenéis todos una copa? —pregunta Dimitri por encima del murmullo.

Zara me tiende una copa y la cojo con entusiasmo. No he probado ni una gota de alcohol en casi nueve meses y, después de las últimas veinticuatro horas, creo que me merezco un sorbito o dos.

Dimitri levanta su copa. —Todos, levantad vuestras copas por…

Zara levanta una mano. —¡Espera, no podemos brindar sin saber su nombre! Habéis decidido un nombre, ¿verdad?

—Bueno… —Miro con ansiedad a Lev, cuyo rostro ha palidecido al ver que todos los ojos se giran hacia él.

Lucia nos mira a los dos. —¿Qué pasa? Dios mío, no le habréis puesto un nombre raro, ¿verdad?

Dimitri se ríe. —¿Cómo Danil?

Danil le hace una peineta. —Que te jodan.

Los hombros de Lev se estremecen con una risa silenciosa y mis labios esbozan una sonrisa.

—Tenemos un nombre. —Le cojo la mano a Lev—. Es solo el apellido lo que no tenemos claro.

—No te sigo… —interviene Nina.

—Bueno… Lev y yo… Queríamos saber si todos vosotros consideraríais a nuestro hijo un Koslov.

Lev mantiene la vista baja y un ligero rubor le tiñe las mejillas mientras la habitación queda en silencio.

Miro a Alexei en busca de confirmación, ya que es el cabeza de familia, pero toda su atención está puesta en Lev.

—Eres nuestro hermano. —Alexei cruza la habitación, posando una mano en el hombro de Lev—. Lo que os convierte tanto a ti como a tu hijo en Koslov.

Lev se pone en pie y abraza a Alexei creo que por primera vez en la historia. Es un momento increíble de presenciar.

Después de tantos años pensando que era un monstruo, de aislarse de todos los que le importaban solo para protegerlos, ver por fin a Lev rodeado de su familia y de gente que se preocupa de verdad por él hace que las lágrimas corran por mis mejillas.

Nina también rompe a llorar antes de ponerse de pie de un salto y echarle los brazos al cuello a su hermano. Verse por fin libres del apellido Ivanov y haber encontrado al fin a su verdadera familia es un momento trascendental para ambos.

Durante mucho tiempo, Lev se ha machacado por lo que Igor le hizo creer. Y yo pasaré el resto de mi vida asegurándome de que sepa lo mucho que se le quiere de verdad.

Danil esboza una sonrisita. —¿Bueno, podemos saber ya el nombre de nuestro nuevo sobrino o qué?

Lev me mira. —¿Quieres decírselo tú?

—Atención todos. —Bajo la mirada hacia el bebé que duerme en mis brazos—. Quiero que conozcáis a nuestro hijo, Marco Andre Koslov.

—¡Por Marco! —exclaman todos al unísono.

Lev se inclina para besarme suavemente mientras toda nuestra familia choca las copas para brindar por el nacimiento de nuestro hijo.

—Te quiero —susurra contra mis labios.

—Yo también te quiero.

—¿Eres feliz?

—La que más.

Me besa de nuevo antes de inclinarse y besar el suave mechón de pelo oscuro en la cabeza de Marco.

Alexei vuelve a levantar su copa. —También creo que deberíamos brindar por Lev, ya que es el miembro más reciente de la Bratva Koslov.

Lev gira la cabeza bruscamente en dirección a Alexei, con los ojos como platos, mientras asimila sus palabras.

Siento un nudo en la garganta por la emoción mientras unas enormes sonrisas se dibujan en todos los rostros de la habitación.

Alexei mantiene su copa en el aire. —Que todo el mundo levante su copa por Lev Koslov.

—Por Lev Koslov.

Alexei inclina su copa solo hacia Lev. —Bienvenido a la familia, hermano.

Preparando la historia de Danil y Emily...